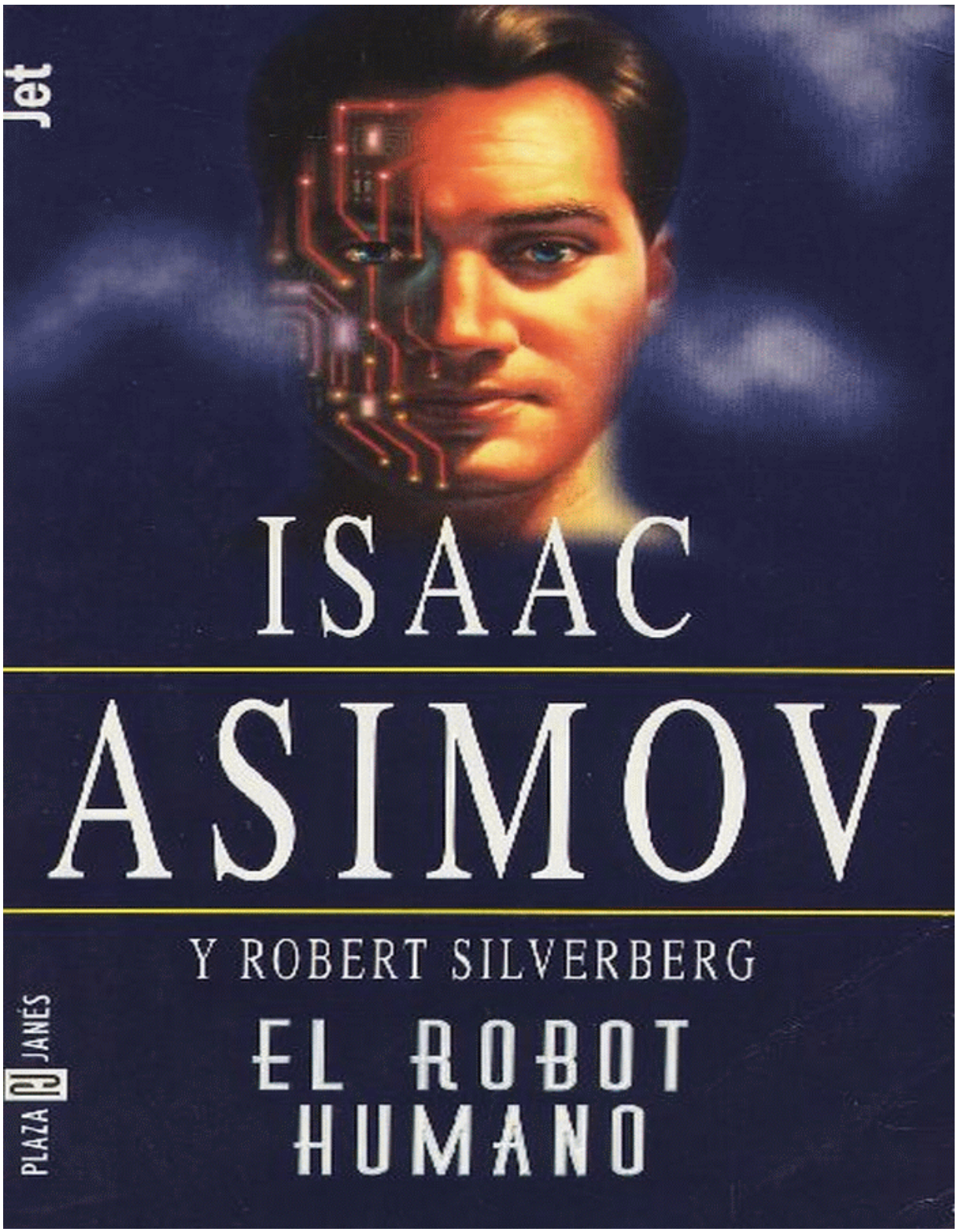
EL ROBOT HUMANO
ISAAC ASIMOV Y ROBERT SILVERBERG



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Janet y Karen,

con gran afecto

Librodot

Las Tres Leyes de la robótica

1.- Ningún robot puede lesionar a un ser humano o, a través de su inactividad, permitir que un ser humano sufra daños.

2.- Todo robot debe acatar las órdenes que los seres humanos le dan, salvo si éstas entran en conflicto con la Primera Ley.

3.- Todo robot debe proteger su existencia siempre y cuando dicha protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley.

1

-Señor, tenga la amabilidad de tomar asiento -dijo el cirujano y señaló la silla situada al otro lado del escritorio.

-Gracias -respondió Andrew Martin.

Se sentó con gran tranquilidad. En realidad, todo lo hacía serenamente. Estaba en su naturaleza, era una parte de su ser que nunca cambiaría. Cualquiera que lo observase en ese momento no se percataría de que Andrew Martin se había visto obligado a recurrir al último recurso. Pero así había sido. Había cruzado medio continente para celebrar esa entrevista. Representaba la única esperanza que le quedaba de alcanzar el principal objetivo de su vida: todo, absolutamente todo, se reducía a eso.

Aunque un observador atento tal vez habría imaginado un atisbo de melancolía en los ojos, el rostro de Andrew irradiaba una serena inexpresividad. Su cabello era liso, de color castaño claro y muy fino; estaba recién afeitado y no llevaba barba, bigote ni cosmético facial alguno. Su ropa era de calidad, estaba limpia y tenía un color predominantemente rojo púrpura y aterciopelado; el corte era antiguo, de ese estilo suelto y fluido al que llamaban «drapeado» -estilo que había estado de moda hacía varias generaciones y que en el presente era una rareza.

La cara del cirujano también transmitía cierta inexpresividad, pero no era sorprendente pues su rostro, al igual que el resto, estaba fabricado de acero inoxidable ligeramente bronceado. Estaba sentado ante su imponente escritorio, en la estancia sin ventanas que se alzaba sobre el lago Michigan, y miraba a Andrew Martin con una profunda calma y aplomo que se traslucían en sus ojos brillantes. Sobre el escritorio había una placa de latón donde figuraba su número de serie, la habitual combinación de letras y números asignada por la fábrica.

Andrew Martin no prestó atención a la sucesión inanimada de caracteres y dígitos. Esas designaciones de identidad tan monótonas y mecánicas no tenían la menor importancia para él; en realidad hacía mucho tiempo que habían dejado de tenerla. Andrew no se sintió obligado a llamar al cirujano robot más que «doctor».

-Señor, todo esto es muy, muy irregular -dijo el cirujano.

-Sí, lo sé -reconoció Andrew Martin.

-Apenas he pensado en otro caso desde que recibí esta petición.

-Lamento profundamente toda incomodidad que pueda haberle causado.

-Bien. Le agradezco su interés.

La conversación era muy formal, muy cortés e inútil. No hacían más que hablar con evasivas, pues ninguno de los dos estaba dispuesto a ir al grano. El cirujano se quedó callado y Andrew esperó a que continuase. El silencio se hizo interminable. Andrew pensó que así no llegarían a ninguna parte y dijo:

-Doctor, necesito saber cuándo podrá practicarse la intervención.

El cirujano vaciló y dijo con el inconfundible e inalienable tono de respeto que los robots emplean al dirigirse a un ser humano:

-Señor, aún no estoy convencido de comprender claramente cómo se llevará a cabo la operación, por no hablar de si puede considerarse conveniente. Sigo sin saber quién será el sujeto de esta propuesta.

En la cara del cirujano podría haber aparecido una expresión de respetuosa intransigencia si el acero inoxidable elegantemente moldeado hubiera sido capaz de esbozarla o de hacer cualquier otra mueca.

Después de esa respuesta, a Andrew Martin le tocó guardar silencio.

Estudió la mano derecha del cirujano robot -la mano de cortar-, serenamente apoyada en el escritorio. El diseño era soberbio. Los dedos eran largos y trazaban curvas metálicas y rizadas de gran belleza, curvas tan preciosas y adecuadas para su función que era fácil imaginar el escalpelo encajado en ellas, instantáneamente unidos en el momento mismo en que entraban en acción, y en perfecta armonía con los dedos que lo esgrimían: cirujano y bisturí se fundían en una única herramienta maravillosamente competente.

A Andrew le pareció tranquilizador. No habría vacilaciones en los actos quirúrgicos; no habría tropiezos, temblores ni errores, por no haber, ni siquiera existiría la posibilidad de cometer un error.

Tanta capacidad se debía a la especialización, una especialización tan deseada por la humanidad que pocos robots de la era moderna estaban dotados de cerebros autónomos. La mayoría de los robots del presente sólo eran adjuntos de unidades centrales de procesamiento con capacidades informáticas muy superiores a las limitaciones espaciales de una mera estructura robótica.

En realidad bastaba con que un cirujano fuese un conjunto de sensores y monitores, un surtido de artilugios para manipular herramientas, aunque los seres humanos aún preferían hacerse la ilusión

-tan sólo eso- de que eran intervenidos por una entidad autónoma en lugar de por la extremidad de fría máquina a distancia. Por eso los cirujanos -al menos los que se dedicaban a la medicina privada- estaban dotados de cerebro autónomo. Y este cirujano, tuviese o no cerebro autónomo, era de capacidades tan limitadas que ni siquiera reconoció a Andrew Martin -en realidad, es probable que jamás hubiese oído hablar de él.

Esta peculiaridad supuso toda una novedad para Andrew, que era bastante célebre. Aunque no había buscado la fama o la notoriedad, la había alcanzado tanto por lo que había conseguido como por lo que era, y especialmente por lo que era.

En lugar de responder al cirujano, Andrew preguntó con súbita y sorprendente impertinencia:

-Dígame, doctor, ¿alguna vez ha pensado en si le gustaría ser humano?

Esa pregunta inquietante y extraña dejó estupefacto al cirujano. Dudó unos segundos, como si el concepto de ser humano le fuese tan ajeno que no encajara en sus circuitos positrónicos.

El cirujano recuperó el aplomo y respondió serenamente:

-Señor, soy un robot.

-¿Y no preferiría ser un hombre?

-Señor, si me concedieran el privilegio de mejorar, optaría por ser mejor cirujano. La práctica de mi oficio es la meta principal de mi existencia. De ser un hombre no sería mejor cirujano del que sería si fuese un robot más desarrollado. Ciertamente me gustaría ser un robot más desarrollado.

-Pero no dejaría de ser un robot.

-Por supuesto. En mi caso es muy aceptable ser robot. Señor, como acabo de explicarle, a fin de alcanzar la excelencia en la práctica extremadamente difícil y exigente de la cirugía actual es imprescindible que uno sea...

-Un robot, ya lo creo -lo interrumpió Andrew con cierta exasperación-. ¡Doctor, piense en la subordinación que conlleva! Examínelo: es usted un cirujano muy capacitado, se ocupa de las facetas más delicadas de la vida y la muerte, interviene a algunos de los individuos más importantes del mundo y, por lo que sé, también atiende a pacientes oriundos de otros mundos. Sin embargo... sin embargo, no es más que un robot. ¿Se da por satisfecho? Pese a su capacidad, tiene que acatar órdenes de cualquier... de cualquier humano: un niño, un insensato, un pelma o un granuja. Se lo ordena la Segunda Ley. No tiene elección. En este mismo momento yo podría decirle «Doctor, levántese», y no tendría más remedio que ponerse en pie. Le podría decir «Tápese la cara con los dedos y flexiónelos», y tendría que hacerlo. Haga equilibrio sobre un pie, siéntese en el suelo,

tuérzase a derecha o a izquierda, cualquier cosa que se me ocurriera y usted tendría que obedecer. Podría ordenarle que se desmontara a sí mismo extremidad tras extremidad y tendría que hacerlo. ¡Y usted es un gran cirujano! Pero no puede elegir. Basta el silbido de un ser humano para que baile al son que toque. ¿No le ofende saber que tengo la capacidad de obligarlo a hacer cualquier disparate que se me ocurra, por muy absurdo, trivial y degradante que sea?

El cirujano no se inquietó.

-Señor, para mí sería un placer satisfacerlo, aunque con algunas honrosas excepciones. Si esas órdenes me obligaran a hacerle daño a usted o a cualquier otro ser humano, antes de acatarlas tendría que considerar las leyes básicas de mi naturaleza y, probablemente, no le obedecería. La Primera Ley, que se refiere a mis deberes en relación con la seguridad humana, tendría prioridad sobre la Segunda, que se relaciona con la obediencia. Por lo demás, obedecer es un placer para mí. Y si le causa placer exigirme que realice ciertos actos que considera absurdos, triviales o degradantes, yo los llevaré a la práctica porque a mí no me parecen absurdos, triviales ni degradantes.

En las palabras del cirujano robot no hubo nada que sorprendiera, ni siquiera remotamente, a Andrew Martin. Le habría resultado desconcertante -incluso revolucionario- que el robot hubiese asumido otra postura.

Pero incluso así..., incluso así...

Sin el menor atisbo de impaciencia en su tono uniforme y suave, el cirujano añadió:

-Señor, me gustaría que volviésemos a ocuparnos del tema de la extraordinaria intervención de la que ha venido a hablar. Apenas alcanzo a comprender la naturaleza de lo que quiere que hagamos. Me cuesta visualizar una situación que requiera semejantes exigencias. Por eso necesito saber, en primer lugar, el nombre de la persona a quien se me pide que practique esta operación.

-El nombre es Andrew Martin -dijo Andrew-. Yo me someteré a esa intervención.

-¡Señor, es imposible!

-¿Se considera incapaz de realizarla?

-Claro que soy capaz, al menos en el sentido técnico. En este aspecto no tengo muchas dudas, al margen de lo que se me pueda pedir, si bien en este caso existen algunas cuestiones de procedimiento que tendría que analizar con sumo cuidado. Pero todo esto no es pertinente. Señor, le ruego que recuerde que la consecuencia básica de esta intervención sería perjudicial para usted.

-No tiene la menor importancia -afirmó Andrew serenamente.

-Para mí la tiene.

-¿Qué significa esto, la versión del juramento hipocrático para robots?

-Se trata de algo mucho más convincente -replicó el cirujano-. El juramento hipocrático es, obviamente, un compromiso voluntario. Como sin duda sabe, en mis circuitos hay algo innato que controla mis decisiones profesionales. Por encima de todo, no debo causar daños, no puedo causarlos.

-No, no puede causar daños a los seres humanos.

-Por supuesto. La Primera Ley sostiene que...

-Doctor, no me recite la Primera Ley. La conozco tanto como usted. La Primera Ley determina, lisa y llanamente, los actos de los robots hacia los seres humanos. Doctor, yo no soy humano.

El cirujano reaccionó con un movimiento de los hombros y un abrir y cerrar de sus ojos fotoeléctricos. Fue como si Andrew acabase de decir algo totalmente carente de significado.

-Así es -insistió Andrew-. Sé que mi aspecto es muy humano y que lo que en este momento siente es el equivalente robótico de la sorpresa. De todas maneras, le estoy diciendo la verdad. Por muy humano que pueda parecer, no soy más que un robot. Doctor, soy un robot. Créame. Un robot, eso es lo que soy y nada más. Por lo tanto, es libre de someterme a la intervención. La Primera Ley no prohíbe a un robot intervenir a otro; no lo prohíbe aunque la acción que se realice cause algún daño a ese robot.

2

En el principio -y para Andrew el principio significaba casi dos siglos antes de su visita a la consulta del cirujano-, nadie habría confundido a Andrew Martin con algo que no fuese un robot.

En aquel tiempo pretérito en que había salido de la cadena de montaje de United States Robots and Mechanical Men (USRMM), tenía el mismo aspecto de todos los robots, estaba muy bien diseñado y era magníficamente funcional: se trataba de un impecable objeto mecánico, un cerebro positrónico empotrado en una estructura más o menos humanoide, construida con metal y plástico.

Por aquel entonces sus extremidades eran largas y delgadas, compuestas por multitud de mecanismos sutilmente articulados, fabricados en aleaciones de titanio revestidas de acero y provistas de cojinetes de silicona en las articulaciones para evitar el contacto entre los metales. Los encajes estaban hechos de finísimo polietileno flexible. Sus ojos eran células fotoeléctricas que emitían un resplandor rojo oscuro. Su rostro -llamarlo así era una muestra de tolerancia, pues sólo se trataba del somero esbozo de una cara- era incapaz de manifestar expresión alguna. Su cuerpo desnudo y asexuado era, inequívocamente, un artilugio manufacturado. Bastaba una simple mirada para darse cuenta de que era una máquina, tan animada, humana y viva como un teléfono, una calculadora de bolsillo o un coche.

Pero eso fue en otro tiempo, en un tiempo muy remoto. Fue en una era en que los robots todavía no eran habituales en la Tierra, cuando la época de la robótica acababa de nacer, poco después de los tiempos en que los grandes robotistas primitivos, como Alfred Lanning y Peter Bogert y la legendaria robopsicóloga Susan Calvin habían plasmado su histórica obra: desarrollar y perfeccionar los principios a partir de los cuales surgieron los primeros robots positrónicos.

El propósito de aquellos pioneros consistió en crear robots capaces de asumir la mayoría de las tareas monótonas que durante tanto tiempo los seres humanos habían tenido que soportar. La poca disposición de muchísimos hombres para delegar esas tareas en sustitutos mecánicos fue

Librodot

parte del problema que los robotistas afrontaron en los albores de la ciencia cibernética, a finales del siglo XX y comienzos del XXI. En virtud de esa reticencia, prácticamente todos los países de la Tierra -por aquel entonces el mundo aún se dividía en una multitud de naciones- habían aprobado leyes estrictas contra el empleo de los obreros robots.

En el año 2007 los robots fueron proscritos en todo el planeta, salvo para investigaciones científicas bajo condiciones de riguroso control. Se podía enviar robots al espacio, a las fábricas y estaciones de exploración cada vez más numerosas fuera de la Tierra, para que afrontaran las desdichas del gélido Ganimedes y del tórrido Mercurio, para que soportaran los inconvenientes de escarbar la superficie lunar, o para que asumieran los inquietantes riesgos de los primeros experimentos de saltos interespaciales que abrirían para la humanidad el camino hiperespacial a las estrellas.

A nadie le interesaba que los robots fueran de uso libre y generalizado en la Tierra, que ocuparan preciosos puestos de trabajo destinados a seres humanos reales, de carne y hueso. ¡Por supuesto que no! ¡En la Tierra no querían robots!

Todo había cambiado. Los cambios más espectaculares comenzaron a producirse en la misma época en que el robot NDR 113, más adelante conocido como Andrew Martin, fue montado en la fábrica principal, en el norte, de United States Robots and Mechanical Men.

Uno de los factores que por aquel entonces desencadenaron el descenso gradual de los prejuicios que en la Tierra tenían contra los robots fue, simplemente, las relaciones públicas. United States Robots and Mechanical Men no sólo era una organización de expertos científicos, sino que sabía unas cuantas cosas sobre la importancia de mantener la rentabilidad. Había buscado diversas y sutiles maneras de eliminar el mito de la criatura de Frankenstein, el concepto del hombre mecánico como el temible y amenazador Golem.

Los relaciones públicas de USRMM insistían en la conveniencia de los robots. Los robots están para ayudarnos. Los robots no son nuestros enemigos. Los robots son totalmente seguros, seguros más allá de toda duda razonable.

Los seres humanos empezaron a aceptar la presencia de los robots porque todas esas afirmaciones eran verídicas. En su mayor parte la aceptaron a regañadientes. Muchas personas, tal vez la mayoría, se sentían incómodas con la idea misma del robot, pero reconocieron que lo necesitaban y, al menos, toleraron su cercanía siempre que se impusiesen severas limitaciones a su uso.

Les gustara o no, los robots eran necesarios porque por esas fechas la población de la Tierra disminuyó. Después de la prolongada angustia del siglo XX se extendió por el mundo un período de tranquilidad relativa, de

armonía e incluso de racionalidad, al menos hasta cierto punto. Se convirtió en un lugar tranquilo, apacible y feliz. La población no se redujo a causa de que se hubieran librado guerras ni porque las pestes hubiesen asolado la Tierra, sino debido a que las familias eran más pequeñas y preferían la calidad a la cantidad. La migración de los mundos espaciales recién colonizados también influyó en la disminución de terrícolas, que se desplazaron a la amplia red de asentamientos subterráneos de la Luna, a las colonias del cinturón de asteroides y a las lunas de Júpiter y Saturno, así como a los mundos artificiales que orbitaban alrededor de la Tierra y de Marte.

Por consiguiente, ya no preocupaba la posibilidad de perder el puesto de trabajo en favor de un robot. El miedo a la escasez de trabajo en la Tierra dio paso al problema de la falta de mano de obra. De pronto los robots, a los que antaño se había considerado con suspicacia, miedo y hasta odio, se volvieron imprescindibles para sustentar el bienestar de un mundo que disponía de todas las ventajas materiales y que no contaba con los suficientes habitantes para barrer las calles, conducir los taxis, cocinar o alimentar las calderas.

El NDR 113 -el futuro Andrew Martin- fue creado en esa era de población menguante y prosperidad creciente. El uso de robots ya no era ilegal en la Tierra, aunque aún estaban sometidos a normas estrictas y no se veían habitualmente por la calle. Todavía eran más raros los robots programados para tareas domésticas, el uso principal que Gerald Martin pensaba dar al NDR 113.

En aquellos días casi nadie tenía un robot asistente del hogar en casa. Para la mayoría de las personas era una idea aterradora y, por añadidura, demasiado cara.

Pero Gerald Martin no era un don nadie. Era un miembro influyente de la Legislatura regional -presidente del Comité de Ciencia y Tecnología-, así como hombre de gran presencia y autoridad, de impresionante fuerza mental y vigorosa personalidad. Gerald Martin conseguía invariablemente cuanto se proponía, todo aquello que quería tener. Creía en los robots, sabía que eran una evolución insoslayable y que, en última instancia, quedarían inseparablemente ligados a todos los niveles de la sociedad humana.

Aprovechó al máximo su posición en el Comité de Ciencia y Tecnología para lograr que los robots formaran parte de su vida privada y de la de su familia. Explicó que lo hacía para alcanzar una comprensión más profunda del fenómeno de los robots, para contribuir a que sus compañeros de la Legislatura regional supieran cómo resolver eficazmente los problemas que produciría la inminente era de la omnipresencia robótica. Gerald Martin se ofreció valiente y magnánimamente como sujeto

experimental y accedió a introducir en su hogar un grupo reducido de robots domésticos.

Los primeros robots que llegaron eran sencillos, especializados en tareas rutinarias específicas. De forma aparentemente humana, los que hablaban era muy poco lo que decían y realizaban su cometido con el estilo callado y eficaz de las máquinas que sin duda eran. Al principio los Martin se sorprendieron de tenerlos en casa, pero muy pronto ocuparon un segundo plano en la vida familiar y despertaron tan poco interés como las tostadoras o las aspiradoras.

Y entonces...

-Éste es el NDR 113 -anunció Gerald Martin una fresca y ventosa tarde de junio, después de que la furgoneta de reparto subiera por la larga calzada que conducía a la imponente finca de la familia Martin, situada en lo alto del acantilado, y de que desembalaran al impecable y brillante hombre mecánico-. Es nuestro robot doméstico personal, nuestro asistente del hogar particular.

-¿Cómo lo has llamado? -preguntó Amanda, la más pequeña de las dos hijas de Martin, una niña de melena dorada y penetrantes ojos azules.

-NDR 113.

-¿Es su nombre?

-En realidad es su número de serie.

Amanda frunció el ceño.

-Ene-de-erre-Enedeere ciento trece. Es un nombre muy raro.

-Es el número de serie -replicó Gerald Martin.

Amanda no quiso saber nada.

-Enedeere. No podemos llamarlo así. No parece ningún nombre.

-¡Lo que hay que oír! -exclamó Melissa Martin, la otra hija, cinco años mayor que Amanda y de ojos y melena oscuros. Por lo que a ella hacía referencia, Melissa era prácticamente una mujer. Amanda no era más que una cría y, por ende, Melissa la consideraba tonta por definición-. Al parecer no le gusta el número de serie del robot.

-Enedeere -repitió Amanda y se esforzó por ignorar a Melissa-. No sirve. Desde luego, no sirve para nada. ¿Por qué no lo llamamos Andrew?

-¿Andrew? -preguntó Gerald Martin.

-¿No incluye una «n»? También tiene una «d» y una «r». N-D-R, Andrew.

-¡Lo que hay que oír! -exclamó Melissa desdeñosa.

Gerald Martin sonreía. No era tan insólito adaptar las letras de serie de un robot y convertirlas en un nombre. Los robots de la serie JN solían convertirse en John o en Jane. Los robots RG se convertían en Roger. Los

robots de la serie QT pasaban a ser Quentin. Pues bien, éste era un robot de la serie NDR y Amanda quería llamarlo Andrew. ¡Perfecto! ¡Excelente idea! Gerald Martin sabía ingeniárselas para lograr que, hasta cierto punto, Amanda hiciera lo que ella consideraba mejor para sí misma.

-De acuerdo, a partir de este momento se llama Andrew. Y Andrew se llamó, hasta el punto de que con el paso de los años ningún miembro de la familia Martin volvió a llamarlo NDR 113. Terminaron por olvidar definitivamente su número de serie y tenían que buscarlo cada vez que necesitaban una sesión de mantenimiento. Hasta Andrew aseguraba haber olvidado su número aunque, en sentido estricto, no era cierto. Por mucho tiempo que pasase, jamás olvidaría nada, sobre todo si estaba dispuesto a recordarlo.

Sin embargo, a medida que pasó el tiempo y que las cosas cambiaron, Andrew tuvo cada vez menos deseos de recordar su número de serie. Lo almacenó firmemente en el olvido de sus bancos de memoria y jamás se le ocurrió buscarlo. Ahora era Andrew, Andrew Martin, el mismo Andrew de la familia Martín que...

Era alto, esbelto y elegante porque así fueron diseñados los robots NDR. Se movía silenciosa y discretamente por la magnífica residencia de los Martin, que daba al Pacífico, y realizaba con eficiencia toda las tareas que le encomendaban.

La casa pertenecía a una época perimida; se trataba de una mansión majestuosa que, para su mantenimiento, realmente requería de un séquito de asistentes. A excepción de los propios robots, resultaba imposible encontrar servicio, hecho que había ocasionado algunos problemas a la familia antes de que Gerald Martin se ofreciese como sujeto del experimento. En ese momento un par de robots jardineros cuidaban los resplandecientes céspedes, podaban los excelsos setos de azaleas color rojo y quitaban las frondas secas de las altísimas palmeras situadas detrás de la casa. Un robot doméstico mantenía a raya el polvo y las telarañas. Andrew, el robot, cumplía las funciones de ayuda de cámara, mayordomo, doncella y chofer de la familia Martin. Preparaba las comidas, seleccionaba y escanciaba los vinos que tanto apreciaba Gerald Martin, ordenaba los armarios y arreglaba y cuidaba sus magníficos muebles o sus obras de arte.

Andrew cumplía otra tarea que, de hecho, monopolizaba gran parte de su tiempo como asistente del hogar.

La finca Martin -estrictamente una gran finca- estaba aislada en el imponente acantilado que se encumbra sobre el mar azul. Con independencia de una pequeña población, la ciudad populosa más próxima, San Francisco, se encontraba bastante lejos costa abajo. Las urbes habían empezado a despoblarse y las personas preferían comunicarse electrónicamente y guardar bastante distancia entre una

casa y otra. En consecuencia, las pequeñas Martin tenían muy pocos compañeros de juegos en su excelso y maravilloso aislamiento.

Sin embargo, contaban con Andrew.

Fue Miss la que encontró el mejor modo de resolverlo.

(«Miss» fue el nombre con que Andrew llamó invariablemente a Melissa; no lo hizo porque fuera incapaz de pronunciar su nombre, sino porque consideró impropio dirigirse a ella con tanta familiaridad. Amanda siempre fue «Little Miss», jamás tuvo otro nombre. La señora Martin, cuyo nombre de pila era Lucie, siempre fue «Madam» para Andrew. En cuanto a Gerald Martin, no fue más que «Sir». Gerald Martin era el tipo de individuo al que, no sólo los robots, sino la mayoría de las personas, preferían llamar señor. La cantidad de personas en todo el mundo que lo llamaban «Gerald» era muy reducida y resultaba imposible imaginar que alguien lo apodase «Jerry»).

Miss pronto encontró el modo de aprovechar la presencia del robot en casa. Se trataba, simplemente, de apelar a la Segunda Ley.

-Andrew -dijo Melissa-, te ordeno que dejes de hacer lo que estás haciendo y que juegues con nosotras.

Andrew estaba ordenando los libros de la biblioteca cuyo orden alfabético, como suele ocurrir, dejaba mucho que desear.

Se tomó un descanso y miró hacia abajo desde la elevada estantería de caoba, situada entre las dos grandes vidrieras del extremo de la estancia. Respondió moderadamente:

-Lo siento, Miss. Estoy ocupado en una tarea que me encomendó su padre. Una orden previa de Sir tiene prioridad sobre la petición que usted acaba de hacer.

-Pues he oído lo que papá te dijo -añadió Miss-. Dijo: «Andrew, me gustaría que ordenaras los libros. Vuelve a colocarlos de una manera inteligente». ¿No es así?

-Sí. Miss, es exactamente lo que dijo. Ésas fueron sus palabras.

-En ese caso, si reconoces que sólo te dijo que le gustaría que ordenaras los libros, no puede decirse que te diera una orden, ¿verdad? Fue, más bien, una sugerencia. Y una sugerencia no es lo mismo que una orden. Andrew, te ordeno que dejes los libros y nos lleves a Amanda y a mí a pasear por la playa.

Fue la aplicación perfecta de la Segunda Ley. Andrew abandonó de inmediato los libros y bajó la escalera. Sir era el cabeza de familia pero, en realidad, no le había dado una orden, al menos en el sentido formal de la palabra, y Miss, sí. ¡Vaya si lo había hecho! Una orden de un ser humano de esa casa, de cualquiera de ellos, tenía prioridad sobre una simple sugerencia de cualquier otro, aunque se tratara de Sir en persona.

Andrew no tenía problemas con esas cuestiones. Sentía afecto por Miss, y especialmente por Little Miss. La influencia que las niñas ejercían sobre sus actos era lo mismo que un ser humano habría considerado consecuencia del afecto. Andrew lo llamaba afecto porque no conocía ningún otro término con el que expresar lo que sentía por las niñas. Sin duda sentía algo, lo que en sí mismo era bastante insólito, aunque entre todas sus aptitudes, supuso que le habían incorporado la capacidad de sentir afecto. Y si las chicas querían que saliese a jugar con ellas, las acompañaría gustoso, siempre que pudiese hacerlo en el marco de las Tres Leyes.

El sendero hasta la playa era escarpado, sinuoso y estaba lleno de piedras, madrigueras de ardillas y demás obstáculos. Con excepción de Miss y Little Miss, casi nadie lo utilizaba, pues la playa no era más que una extensión irregular de arena cubierta de madera flotante y de algas arrastradas por las tormentas y porque, en esa zona del norte de California, el agua estaba demasiado fría para que a alguien se le ocurriera bañarse sin llevar puesto el traje de submarinista. De todos modos, las niñas sentían debilidad por el encanto lúgubre y caprichoso de esa playa.

Mientras descendían por el sendero Andrew cogió a Miss de la mano y sostuvo a Little Miss en su brazo. Las niñas podrían haber descendido sin contratiempos, pero Sir había sido muy estricto en cuanto al sendero que conducía a la playa: «Andrew, ocúpate de que no echen a correr ni peguen brincos de aquí para allá. Si tropiezan, podrían caer veinte metros. Aunque no puedo impedir que bajen a la playa, quiero que estés constantemente al lado de las chicas y que compruebes que no hacen travesuras. Es una orden».

Andrew sabía que cualquier día Miss, o incluso Little Miss, revocarían esa orden y le dirían que se apartara mientras descendían vertiginosamente. Cuando ocurriera, en su cerebro positrónico se desencadenaría un poderoso equipotencial de contradicciones de muy difícil resolución.

Al final prevalecería la orden de Sir, ya que contenía no sólo elementos de la Primera Ley, sino de la Segunda, y todo lo relacionado con las prohibiciones de la Primera Ley era de máxima prioridad. En cualquier caso sus circuitos tendrían que hacer un gran esfuerzo cuando estallara un conflicto directo entre el decreto de Sir y los caprichos de las niñas.

Por el momento a Miss y a Little Miss les bastaba con guiarse por las reglas. Andrew descendió paso a paso por la ladera y, una vez abajo, soltó la mano de Miss y dejó a Little Miss en la arena húmeda. Las chicas salieron corriendo al instante y se deslizaron alegres por la orilla del mar agitado.

-¡Algas! -exclamó Miss y cogió un grueso montón de algas que se balanceaba como un látigo-. ¡Andrew, mira qué cantidad de algas!

-Y mira este trozo de madera flotante -propuso Little Miss-. Melissa, ¿no te parece hermoso?

-Puede que para ti lo sea, a mí no me interesa -respondió desdeñosa la mayor de las hermanas. Arrebató de las manos de su hermana el trozo de madera retorcida, le echó un vistazo superficial y lo descartó con un escalofrío-. ¡Puaj! En su superficie crecen cosas.

-No es más que otro tipo de algas -dijo Little Miss-. Andrew, ¿verdad que tengo razón?

Amanda cogió el trozo de madera flotante que su hermana había desechado y se lo pasó a Andrew para que lo examinase.

-Sí, es varec -confirmó.

-¿Varec?

-Varec. Se trata de una expresión técnica para referirse a las algas.

-Ah, varec -repitió Little Miss.

Little Miss rió y dejó la madera flotante al pie del sendero para no olvidar de llevársela cuando volvieran a casa. Bajó corriendo a la playa y siguió a su hermana mayor en medio de los flecos espumosos de la rompiente.

Andrew las tuvo bajo su control sin dificultades. En ningún momento permitió que se alejaran demasiado.

Mientras estaban en la playa no necesitaba órdenes específicas de Sir para proteger a las niñas, pues formaban parte de la Primera Ley. El mar no sólo tenía un aspecto salvaje, sino que era muy peligroso: las corrientes eran poderosas e imprevisibles, el agua estaba insoportablemente fría casi todo el año y entre las grandes olas que rompían a menos de cincuenta metros de la orilla, se alzaban los grandes colmillos rocosos de un letal arrecife. Si Miss o Little Miss hacían el menor amago de meterse en el agua, Andrew estaría junto a ellas en un instante.

No eran tan insensatas como para desear nadar. Era maravilloso contemplar la costa de esa zona del Pacífico por su aspecto austero y lóbrego, pero el mar, siempre encabritado y turbulento, era enemigo de los que no habían nacido para vivir en su seno y hasta un niño se daba cuenta de un simple vistazo.

Miss y Little Miss jugueteaban en las charcas creadas por la marea, miraban los oscuros caracoles de mar, las lapas de color gris verdoso, las anémonas rosadas y la infinidad de pequeños y correteantes ermitaños, buscando -como casi siempre sin éxito- una estrella de mar. Andrew permanecía muy cerca, preparado por si de pronto se levantaba una ola y rompía con ímpetu en dirección a la orilla. Aunque el mar estaba tranquilo -tan apacible como podía estar esa salvaje masa de agua-, en cualquier momento podía aparecer una ola peligrosa.

-Andrew, ¿sabes nadar? -preguntó Miss de repente.

-Miss, nadaría si fuera necesario.

-¿No sufrirías un cortocircuito cerebral? Quiero decir, ¿no te pasaría nada si te entrase agua?

-Estoy muy bien aislado -le explicó Andrew.

-De acuerdo. En este caso, nada hasta aquella roca gris y vuelve. Me refiero a la roca en la que anidan los cormoranes. Quiero ver si nadas deprisa.

-Melissa... -dijo Little Miss aprensiva.

-Calla, Amanda. Quiero que Andrew vaya hasta la roca. Puede que encuentre huevos de cormorán y los traiga para que los veamos.

-Miss, no es bueno manipular el nido -intervino Andrew afablemente.

-¡He dicho que quiero que nades hasta esa roca!

-Melissa... -repitió Little Miss con más ahínco.

Miss insistió. Se trataba de una orden. Andrew notó que se incrementaban las señales preliminares de potenciales contradicciones: un ligero temblor en la yema de los dedos y una sensación de vértigo apenas perceptible. La Segunda Ley estipulaba que las órdenes debían acatarse. En ese mismo momento Miss podía ordenarle que nadase hasta China y, de no intervenir otras consideraciones, Andrew lo haría sin vacilar. Sin embargo, estaba en la playa para proteger a las niñas. ¿Qué pasaría si les ocurría algo inesperado mientras él nadaba hasta la roca de los cormoranes? Pensó en una ola súbita y amenazadora, en un desprendimiento de rocas, incluso en un terremoto; aunque los terremotos no eran frecuentes, podían desencadenarse.

Se trataba de una cuestión que atañía exclusivamente a la Primera Ley.

-Miss, lo siento, pero como aquí no hay adultos para protegerlas me veo incapacitado de dejarlas solas el tiempo necesario para nadar hasta la roca y volver. Todo sería distinto si Sir o Madam estuviesen aquí, pero dadas las circunstancias...

-¿Desde cuándo no cumples una orden? Andrew, quiero que nades hasta la roca.

-Miss, como ya le he explicado...

-No te preocupes por nosotras. Andrew, ya no soy una niña. ¿Acaso crees que un ogro terrible aparecerá en la playa y nos devorará mientras nadas? Te lo agradezco, pero sé cuidar de mí misma y, si no hay más remedio, también de Amanda.

-Melissa, eres injusta con él -dijo Little Miss-. Tiene órdenes de papá.

-Pues ahora tiene las órdenes que yo le he dado. -Melissa hizo un gesto perentorio-. Andrew, nada hasta la roca de los cormoranes. Vamos, Andrew, ¿a qué esperas?

Andrew notó que se calentaba ligeramente y ordenó a sus circuitos que practicaran las correcciones homeostáticas pertinentes.

-La Primera Ley... -empezó a decir.

-¡Mira que eres pelma! ¡Ya está bien de la Primera Ley! -protestó Melissa-. ¿Nunca te olvidas de la Primera Ley? No, no, claro que no, no puedes, ¿eh? Tienes incorporadas esas ridículas leyes y no hay modo de eludirlas. No eres más que una torpe máquina.

-¡Melissa! -exclamó Little Miss indignada.

-Es verdad -reconoció Andrew-. Como acaba de decir, no soy más que una torpe máquina y, en consecuencia, no tengo capacidad para revocar la orden de su padre en lo que concierne a su seguridad en la playa. -Hizo una ligera reverencia en dirección a Melissa-. Miss, lo lamento de veras.

-Melissa, si tanto deseas ver nadar a Andrew, ¿por qué no le pides que se meta en la rompiente y que nade cerca de la orilla? -propuso Little Miss-. Así no habrá problemas.

-Pero no es lo mismo, no tiene nada que ver -repuso Miss e hizo morritos.

Andrew pensó que de esa manera tal vez Miss se daría por satisfecha. Le desagradaba ser la causa de aquel problema.

-Ahora mismo se lo enseño -propuso Andrew.

Se metió en el agua. Aunque la pesada rompiente le golpeó enérgicamente las rodillas, Andrew adaptó sin dificultades los estabilizadores giroscópicos mientras la fuerza de las olas lo zarandeaba. Las piedras ásperas y aguzadas que cubrían el fondo no afectaron sus pies metálicos. Aunque los sensores le indicaron que la temperatura del agua era inferior a la que un ser humano toleraría sin problemas, para él no supuso el menor contratiempo.

Andrew se alejó cuatro o cinco metros, manteniéndose lo bastante cerca de la orilla por si surgía alguna dificultad. Las chicas estaban en la playa, una al lado de la otra, y lo miraban fascinadas.

Era la primera vez que Andrew nadaba. Jamás había tenido necesidad de ello. No obstante, había sido programado para ser elegante y coordinado en cualquier circunstancia, por lo que sólo tardó un microsegundo en calcular la naturaleza de los movimientos que debía realizar para impulsarse debajo de la superficie: el pataleo rítmico de las piernas, la elevación de los brazos, la posición de las manos... Con suma destreza, se deslizó paralelamente a la orilla nadando con eficacia y fuerza; luego dio media vuelta y regresó al punto de partida. La excursión sólo duró unos segundos y ejerció en Miss el efecto buscado.

-Andrew, eres un eximio nadador -declaró con la mirada encendida-. Estoy segura de que batirías todas las marcas si participaras en una competición.

-Miss, no existen competiciones de natación para robots -explicó Andrew con toda seriedad.

Miss se echó a reír.

-¡Me refería a una competición humana como los juegos olímpicos!

-¡Ay, Miss, Miss! Sería muy injusto que permitiesen que un robot compitiera con los humanos en los juegos olímpicos. Jamás sucederá.

Melissa examinó la respuesta.

-Supongo que no -reconoció y miró con ansia la roca de los cormoranes-. ¿Entonces no nadarás hasta la roca? Apuesto a que puedes ir y volver en dos minutos. ¿Qué puede pasarnos en dos minutos?

-Melissa... -repitió Little Miss.

-Miss, comprendo perfectamente lo que desea, pero no estoy en condiciones de complacerla -declaró Andrew-. Una vez más lamento profundamente...

-Está bien, me arrepiento de habértelo propuesto.

-No es verdad -intervino Little Miss.

-He dicho que lo siento.

-Además, llamaste máquina torpe a Andrew y no ha sido muy amable de tu parte.

-Pero es verdad, ¿no? -preguntó Miss-. Él mismo nos dijo que es cierto.

-Supongo que sí, que es una máquina -reconoció Little Miss-. Pero de torpe no tiene nada y no ha sido un comentario amable.

-No tengo por qué ser amable con los robots. Es como serlo con el televisor.

-¡Es muy distinto! -insistió Little Miss-. ¡Es totalmente distinto!

Se puso a llorar y Andrew la cogió en brazos girando sobre sí mismo, hasta que quedó tan fascinada por la inmensa extensión sin nubes del cielo y por lo extraño que era ver el mar del revés, que olvidó lo que la había alterado.

Poco después, mientras Little Miss curioseaba en las charcas, Miss se acercó al robot y le dijo en voz baja y contrita:

-Andrew, estoy arrepentida de lo que dije.

-No se preocupe, Miss.

-Te pido que me disculpes. Sé que no he sido amable. Deseaba que nadaras hasta la roca y ni se me ocurrió pensar en que no puedes dejamos solas. Andrew, lo siento sinceramente.

-Miss, no es necesario que me pida disculpas, de verdad que no.

Y la verdad es que no era necesario. ¿A quién se le ocurriría que un robot podía ofenderse por algo que dijera o hiciese un ser humano?

Andrew decidió que era mejor no explicárselo en ese momento. Si Miss sentía la necesidad de disculparse, debía permitirle satisfacerla, aunque sus crueles palabras no lo hubiesen perturbado en lo más mínimo.

Sería absurdo negar que era una máquina, tan sólo una máquina.

En cuanto a lo de ser una máquina torpe, no entendía lo que había querido decir Miss. Poseía la suficiente capacidad intelectiva para afrontar las exigencias que le planteaban. Sin duda existían robots más inteligentes que él, pero no los conocía. ¿Acaso la niña había querido decir que era menos inteligente que los seres humanos? Para Andrew esa afirmación carecía de sentido. No sabía cómo comparar la inteligencia de los robots con la humana. Tanto en el plano cuantitativo como en el cualitativo, eran dos procesos de pensamiento totalmente distintos: todos coincidían en ello.

El viento se volvió cada vez más frío. Arremolinó los vestidos de las niñas y arrojó arena en sus caras y en la estructura brillante de Andrew. Las chicas decidieron que estaban hartas de jugar en la playa.

Se dirigieron al sendero y Little Miss recogió el trozo de madera flotante que había encontrado y se lo pasó por el cinturón. Siempre recogía tesoros extraños.

Esa noche, al terminar las tareas domésticas, Andrew bajó solo a la playa y nadó hasta la roca de los cormoranes para comprobar cuánto tardaba. Incluso a oscuras nadó ágil y velozmente. En ese momento se dio cuenta de que podría haberlo hecho sin dejar expuestas a las niñas a ningún peligro. Tan sólo se trataba de una posibilidad.

Nadie había pedido a Andrew que nadara por la noche hasta la roca. Fue una idea exclusivamente suya, fruto de la curiosidad.

3

Llegó el cumpleaños de Miss. Andrew ya había aprendido que la celebración del cumpleaños era un acontecimiento importante en el ciclo anual de la vida humana, la conmemoración de la fecha en que los humanos salían del útero de su madre.

A Andrew le parecía extraño que los humanos escogiesen ese día como la fecha significativa a celebrar. Tenía algunos conocimientos de biología humana y le parecía que era más importante el momento de la creación orgánica, el instante en que el espermatozoide fecundaba el óvulo y se iniciaba el proceso de la división celular. ¡Seguramente ése era el auténtico comienzo de toda persona!

En realidad, la nueva persona, aunque incapaz de sobrevivir por sí sola, ya estaba viva a lo largo de los nueve meses que pasaba en el útero. Por otro lado, el ser humano tampoco era muy capaz de subsistir inmediatamente después de nacer, por lo que para Andrew tenía muy poco sentido la distinción que los humanos hacían entre el nacimiento y la gestación.

Por su parte, había estado en condiciones de realizar todas sus funciones programadas desde el momento en que completaron su última fase de montaje y formatearon sus pistas. Un recién nacido era realmente incapaz de subsistir solo... Andrew no veía diferencia alguna entre el feto que había cumplido los diversos estadios de desarrollo en el seno de su madre y el mismo feto un par de días después, fuera ya del útero. Uno estaba dentro y el otro fuera: eso era todo. Ambos estaban igualmente desvalidos. ¿Por qué no celebran el momento de la concepción en lugar de festejar la salida al exterior?

Cuanto más lo pensaba, más entendía la lógica de cada perspectiva. Suponiendo que los robots sintiesen la necesidad de celebrar su cumpleaños, ¿qué fecha elegiría él? ¿El día en que la fábrica empezó a montarlo o la fecha en que le colocaron el cerebro positrónico y teclearon el formateado del control somático? ¿Había «nacido» cuando unieron los primeros cables de su armazón o cuando empezó a funcionar el peculiar conjunto de percepciones que configuraban el NDR 113? En cualquier

Librodot

caso no se trataba de un simple armazón. Andrew era su cerebro positrónico, o más bien la combinación de éste con un cuerpo diseñado para contenerlo. De modo que su cumpleaños...

¡Cuánta confusión! Se suponía que las confusiones no acosaban a los robots. Sus mentes positrónicas eran más complejas que las sencillas «mentes» digitales de los ordenadores no positrónicos, que funcionaban en esferas puramente binarias -simples patrones de encendido y apagado, sí o no, positivo o negativo- y, en ocasiones, esa misma complejidad podía conducir a momentos de potencial contrapuesto. De todos modos, los robots eran seres dotados de una mente lógica capaz de hallar la salida a dichos conflictos, por lo general seleccionando los datos de una manera sensata. En ese caso, ¿por qué tenía tantas dificultades para asimilar la cuestión de en qué fecha celebrar su cumpleaños?

«Porque los cumpleaños son un concepto puramente humano -se respondió-. En el caso de los robots, carecen de sentido. Puesto que no eres un ser humano, no te corresponde preocuparte por la fecha en que deberías celebrar tu cumpleaños».

Más allá de estas disquisiciones, era el cumpleaños de Miss. Sir se ocupó de volver temprano, pese a que la Legislatura regional estaba embrollada en un complicado debate sobre las zonas interplanetarias de libre comercio. Toda la familia se vistió de fiesta y se reunió en torno al trozo macizo de secoya lustrada que era la mesa del comedor. Encendieron velas y Andrew sirvió una elaborada cena que Madam y él habían planificado durante horas. A continuación Miss recibió formalmente los regalos, y los abrió. Al parecer, la entrega de obsequios -nuevas posesiones que los demás te daban- era una parte importante del ritual festivo del cumpleaños.

Andrew miró la ceremonia sin comprenderla. Sabía que los humanos concedían mucha importancia a la posesión de objetos que sólo les pertenecían a ellos, pero era difícil entender qué valor atribuían a la mayoría de esos chismes o por qué les asignaban tanta importancia.

Little Miss, que había aprendido a leer hacía uno o dos años, le regaló un libro a su hermana. No se trataba de una casete, de un infodisco ni de un holocubo, sino de un libro de verdad, con tapas, encuadernación y páginas. A Little Miss le chiflaban los libros. Otro tanto le ocurría a Miss, sobre todo con los libros de poesía, que se escribían con frases crípticas dispuestas en líneas irregulares muy misteriosas para Andrew.

-¡Es fabuloso! -exclamó Miss en cuanto vio el libro envuelto en papel de regalo-. ¡Pero si es *Rubaiyat*, de Omar Jayam! ¡Siempre he querido tenerlo! ¿Cómo te enteraste de su existencia? Amanda, ¿quién te lo dijo?

-Lo leí -replicó Little Miss algo sorprendida-. Melissa, crees que no sé nada porque tengo cinco años menos que tú, pero me gustaría decirte que...

-¡Un momento! -intervino Sir a modo de advertencia-. ¡Nada de discusiones durante la cena de cumpleaños!

A continuación Miss abrió el regalo de su madre: un bonito jersey de cachemira, blanco y vaporoso. Estaba tan entusiasmada que se lo puso encima del que llevaba.

Luego abrió el pequeño paquete que contenía el regalo de su padre y quedó azorada. Sir le había comprado un brillante colgante de ivorita rosa, con unas volutas maravillosas tan delicadamente talladas que hasta la visión perfecta de Andrew tuvo dificultades para captar la totalidad de sus curvas y los dibujos intercalados. Miss estaba exultante de felicidad. Levantó el colgante, sujetándolo por la delgada cadena de oro, se lo puso por la cabeza y lo bajó con sumo cuidado hasta centrarlo en la pechera del nuevo jersey.

-Melissa, te deseo un feliz cumpleaños -dijo Sir.

Madam se sumó a las felicitaciones, Little Miss también y todos cantaron *Cumpleaños feliz*. Madam propuso que volvieran a cantar e hizo señas a Andrew, que se acercó y se unió al coro.

Se preguntó fugazmente si tendría que haber hecho un regalo a Melissa. Concluyó que no, que Miss no parecía esperarlo. No podía esperarlo, pues Andrew no formaba parte de la familia. Era un electrodoméstico más de la casa. El reparto de regalos de cumpleaños era una práctica exclusivamente humana.

Fue una maravillosa cena. Sólo hubo un problema: Little Miss parecía envidiar con todas sus fuerzas el bello colgante de ivorita de Miss.

Intentó disimularlo porque era el cumpleaños de su hermana y no quería aguarle la fiesta, pero en el transcurso de la velada Little Miss no dejó de mirar de reojo el colgante que brillaba, rosa y dorado, sobre el jersey de Melissa. Andrew no necesitó una gran agudeza perceptiva para darse cuenta de que la niña era muy desdichada.

Le habría gustado hacer algo para animarla. Pero esas historias de cumpleaños, regalos, envidias y otros conceptos humanos por el estilo superaban con creces su comprensión. Andrew era un robot muy cualificado en su especie, pero sus diseñadores consideraron innecesario dotarlo de la capacidad de entender por qué razón una niña se alteraba por el regalo de cumpleaños de su hermana.

Un par de días más tarde. Little Miss se acercó a Andrew y le preguntó:

-Andrew, ¿puedo hablar contigo?

-Por supuesto.

-¿Te gustó el colgante que papá le regaló a Melissa?

-Me pareció muy hermoso.

-Es muy hermoso. Es lo más bello que he visto en mi vida.

-Sí, es realmente hermoso -confirmó Andrew-. Estoy seguro de que Sir le regalará algo igualmente bello cuando llegue su cumpleaños.

-Faltan tres meses para mi cumpleaños -se lamentó Little Miss.

La niña habló como si faltase una eternidad.

Andrew aguardó pues no pudo determinar a dónde apuntaba la conversación.

Little Miss se acercó al armario donde había guardado el trozo de madera flotante que recogió en la playa, lo sacó y se lo entregó.

-Andrew, ¿me harás un colgante con esto?

-¿Un colgante de madera?

-No tengo un trozo de ivorita, pero esta madera es muy bonita. Supongo que sabes tallar y, si no, puedes aprender.

-Estoy seguro de que mis aptitudes mecánicas están a la altura de la tarea, pero necesito algunas herramientas y...

-Ten -añadió Little Miss.

Había cogido un cuchillo pequeño de la cocina. Se lo entregó con absoluta seriedad, como si le diera una caja completa de herramientas para esculpir.

-Supongo que no necesitas nada más -agregó-. Andrew, confío en ti.

Little Miss cogió la mano mecánica de Andrew y la estrechó. Esa noche, en medio del silencio de la habitación en la que solía encerrarse tras cumplir con las tareas cotidianas, Andrew estudió durante quince minutos el trozo de madera con suma atención y analizó la veta, la densidad y la curvatura. También sometió el cuchillo a un minucioso examen y lo probó con un trozo de madera que había recogido en el jardín. Consideró la estatura de Little Miss y pensó en el tamaño del colgante que más se adecuaba a una niña que, aunque todavía era pequeña, no lo sería por mucho tiempo.

Por último cortó un trozo de madera y comprobó que era muy dura, pero como Andrew poseía la fuerza física de un robot, lo único que necesitaba saber era si el cuchillo resistiría sus requerimientos. Comprobó que así era.

Observó el trozo de madera que había separado de la pieza más grande. Lo asió y acarició la superficie con los dedos. Cerró los ojos e imaginó el aspecto que tendría si recortaba un poquitín aquí y otro más allá, si cepillaba un poco aquí y otro poco allá...

Todo estaba listo y Andrew puso manos a la obra.

En cuanto realizó la planificación preliminar el trabajo en sí no le llevó mucho tiempo. La coordinación mecánica de Andrew asimiló sin

dificultades una tarea tan meticulosa, su visión era perfecta y la madera cedió sin resistencia a sus deseos.

Cuando acabó ya era demasiado tarde para llevárselo a Little Miss. Lo guardó y no volvió a pensar en el colgante hasta la mañana siguiente. En el preciso momento en que Lime Miss estaba a punto de echar a correr para tomar el autobús que cada día la llevaba a la escuela, Andrew sacó el colgante y se lo entregó. Lime Miss lo cogió de sus manos y lo miró perpleja y sorprendida.

-Lo he hecho para usted -declaró Andrew.

-¿Lo has hecho tú?

-Lo hice con la madera que me entregó anoche.

-¡Andrew, es sublime! ¡Andrew, Andrew, es realmente maravilloso! ¡Es tan delicado y bello! ¡Jamás imaginé que pudieras hacer semejante preciosidad! ¡Ya verás lo que dirá Melissa cuando lo vea! ¡Ya lo verás! ¡También se lo mostraré a papá!

Sonó el claxon del autobús. Little Miss guardó la talla en la mochila y echó a correr hacia el autobús. Después de recorrer doce metros por la calzada, se dio la vuelta, saludó con la mano a Andrew... y le lanzó un beso con los dedos.

Esa noche estalló un gran revuelo en la casa después de que Sir regresara de su sesión en la Legislatura regional y de que Little Miss mostrara la talla. Madam se explayó sobre la belleza y Miss fue lo bastante elegante para reconocer que era casi tan hermosa como el colgante que le habían regalado para su cumpleaños.

Sir estaba patidifuso. Le costaba creer que Andrew hubiese tallado ese dije.

-Mandy, ¿de dónde lo has sacado?

Pese a que nadie más lo hacía, Sir llamaba Mandy a Little Miss.

-Papá, ya te he dicho que Andrew lo hizo para mí. Encontré en la playa un trozo de madera flotante que Andrew talló.

-Nadie ha dicho que sea un robot artesano.

-¿Cómo?

-Un tallista en madera -explicó Sir.

-Pues parece que lo es -afirmó Little Miss-. Tal vez es muchas cosas más que no sabemos.

Sir miró a Andrew. Tenía el ceño fruncido, acarició su bigote con un gesto pensativo -Sir tenía un bigote muy llamativo, un enorme y tupido cepillo- y arrugó el entrecejo con el tipo de mueca que a Andrew le pareció muy seria, pese a que su experiencia con las expresiones faciales humanas aún era algo limitada.

-Andrew, ¿es verdad que lo has hecho tú?

-Sí, Sir.

-Te recuerdo que los robots no son capaces de mentir.

-Sir, lo que dice no es del todo correcto. Podría mentir si me lo ordenaran o, si fuera necesario, para evitar que un ser humano sufriera daños e incluso si mi propia seguridad estuviera... -Andrew hizo una pausa-. Le aseguro que hice la talla para Little Miss.

-¿También la diseñaste? ¿Eres responsable del diseño?

-Sí, Sir.

-¿De dónde lo copiaste?

-¿Copiarlo, Sir?

-No es posible que la hayas sacado de la nada. ¿Cogiste el modelo de algún libro? ¿Usaste un ordenador para diseñarla o...?

-Sir, le aseguro que lo único que hice fue estudiar la materia prima hasta que comprendí el mejor modo de tallarla y darle una forma que fuese satisfactoria para Little Miss. Sólo entonces me dediqué a tallarla.

-¿Me permites que te pregunte con qué herramientas? -Sir, con un pequeño cuchillo de cocina que Little Miss tuvo la amabilidad de proporcionarme.

-Con un pequeño cuchillo de cocina -repitió Sir. Meneó la cabeza y sopesó la talla con la mano, como si su belleza le resultara casi inasequible-. Con un cuchillo de cocina. ¿Dices que Mandy te dio un trozo de madera flotante y un vulgar cuchillo de cocina y que sin más herramientas fuiste capaz de hacer esta pieza?

-Sí, Sir.

Al día siguiente Sir entregó a Andrew otra madera flotante que había recogido en la playa; era un trozo más grande y estaba doblado, desgastado por la intemperie y manchado a causa de una prolongada inmersión en el agua. Le dio un cuchillo eléctrico y le enseñó cómo utilizarlo.

-Andrew, haz algo con este trozo de madera -dijo-. Lo que se te ocurra, tan sólo quiero observarte mientras trabajas.

-Por supuesto, Sir.

Andrew sopesó un rato la madera, conectó el cuchillo eléctrico y, con ayuda de su centro óptico más sutil, estudió los movimientos de la hoja hasta que asimiló el tipo de resultados que obtendría. Finalmente puso manos a la obra. Aunque Sir se sentó a su lado, en cuanto empezó a tallar Andrew apenas reparó en el ser humano que tenía a su lado. Estaba totalmente concentrado en la tarea. En ese momento sólo le importaban el trozo de madera, el cuchillo eléctrico y la forma que se proponía obtener.

Cuando terminó entregó la talla a Sir y fue a buscar el recogedor para quitar las virutas. Al volver vio que Sir estaba inmóvil y miraba la talla petrificado y aturdido.

-Yo sólo pedía un robot doméstico de la serie NDR -dijo Sir casi para sí mismo-. No recuerdo haber mencionado adaptaciones artesanales específicas.

-Y está en lo cierto, Sir, soy un robot doméstico de la serie NDR. No tengo injertos específicos relacionados con aptitudes artesanales.

-Pero has hecho esta talla, te vi hacerla con mis propios ojos.

-En efecto, Sir.

-¿Serás capaz de hacer otras cosas de madera, como armarios, escritorios, lámparas o esculturas a gran escala?

-Sir, no sé qué responder, nunca lo he intentado.

-Pues ahora lo intentarás.

A partir de ese momento Andrew dedicó muy poco tiempo a preparar la comida, servir la mesa o cualquier otra tarea secundaria de la casa que hasta entonces había formado parte de su rutina cotidiana. Le ordenaron que leyera libros sobre marquetería y diseño, sobre todo acerca de la fabricación de muebles, y le instalaron el taller en una de las habitaciones desocupadas del desván.

Aunque siguió tallando pequeñas bagatelas de madera -como pulseras, pendientes, collares y colgantes- para Miss y Little Miss, y a veces para Madam, por sugerencia de Sir, Andrew dedicó casi todo el tiempo a fabricar armarios y escritorios. Sus diseños eran sorprendentes e insólitos. Utilizaba las maderas raras y exóticas que Sir le proporcionaba y las adornaba con taraceas muy rebuscadas e ingeniosas.

Sir subía al taller casi todos los días para echar un vistazo a las últimas creaciones.

-Andrew, tus producciones son sorprendentes, realmente sorprendentes -decía una y otra vez-. ¿Te das cuenta de que no eres un simple artesano? Te has convertido en un verdadero artista. Los objetos que produces son obras de arte.

-Sir, disfruto haciendo estas piezas.

-¿«Disfrutas»?

-¿Es incorrecto el uso de esta palabra?

-No es muy corriente que un robot diga que «disfruta». Ignoraba que los robots poseen la capacidad de experimentar este tipo de sentimiento.

-Tal vez he utilizado esta expresión en un sentido muy amplio.

-Puede que sí -reconoció Sir-, pero yo no estaría tan seguro. Has dicho que disfrutas fabricando muebles. ¿A qué te refieres?

-Cuando trabajo parece que mis circuitos cerebrales fluyen más fácilmente. Me parece que es el equivalente al sentimiento humano que se denomina «placer». Le he oído mencionar el verbo «disfrutar» y creo comprender su significado. La forma en que usted lo emplea coincide con lo que yo experimento. En consecuencia, Sir, me parece correcto decir que disfruto fabricando muebles.

-Sí, claro. -Sir guardó silencio un buen rato-. Andrew, ¿sabes que eres un robot bastante insólito?

-Sir, soy totalmente estándar. Mis circuitos son exclusivamente los que corresponden a un NDR modular.

-¡Qué duda cabe!

-Sir, ¿le molestan mis trabajos de ebanistería?

-En absoluto, Andrew, todo lo contrario.

-He percibido cierto malestar en el tono de su voz. Presenta una característica de... ¿cómo decirlo...? ¿Cierta sorpresa? No, decir sorpresa es inexacto. ¿Tal vez cierta incertidumbre o duda...? Sir, lo que quiero decir es que da la sensación de que piensa que mi trabajo supera los niveles programados de mis aptitudes.

-¡Eso es! -confirmó Sir-. Andrew, es exactamente lo que pienso. A decir verdad, supera con creces tus niveles programados. Mira, Andrew, no me preocupa que de pronto haya aflorado en ti esta vena artística. Sin embargo, me gustaría saber a qué se debe.

4

Unos días más tarde Gerald Martin telefoneó al director gerente de la sede regional de United States Robots and Mechanical Men Corporation y le dijo:

-Tengo un problemilla con el robot doméstico NDR que me han adjudicado.

Elliott Smythe -el director gerente- era, como tantos altos ejecutivos de USRMM, miembro de la amplia e influyente familia Robertson, descendiente del mismísimo Lawrence Robertson que durante la segunda mitad del siglo XX había fundado US Robots Corporation. Aunque para entonces la compañía era tan inmensa que, en puridad, ya no se la podía considerar una empresa familiar -la necesidad de obtener nuevos capitales para expandirse obligó a los Robertson y a los Smythe a vender buena parte de sus acciones a inversores no emparentados-, nunca fue fácil hablar por teléfono con un Robertson o un Smythe. Sin embargo, Gerald Martin era presidente del Comité de Ciencia y Tecnología de la Legislatura regional. Los Robertson y los Smythe, por muy ricos e influyentes que fuesen, no se podían permitir el lujo de ignorar una llamada telefónica de Gerald Martin.

-¿Un problemilla? -preguntó Elliott Smythe, y su rostro transmitió profunda y sincera preocupación a través de la pantalla telefónica-. Señor Martin, no se figura cuánto lo lamento. Debo reconocer que también estoy sorprendido. Por si no lo sabe, su NDR es un producto acabado y las pruebas a las que lo sometimos antes de salir de fábrica fueron muy minuciosas. ¿A qué tipo de funcionamiento defectuoso se refiere? ¿Acaso el robot no ha satisfecho sus expectativas?

-No me refiero a ningún funcionamiento defectuoso.

-Señor Martin, mencionó un problemilla. El NDR debería cumplir cualquier tarea doméstica que usted...

Sir lo interrumpió sin rodeos:

-Señor Smythe, no tiene nada que ver con las obligaciones domésticas que se le han asignado. El NDR 113 las cumple a la perfección. El

Librodot

problemilla consiste en que, al parecer, el robot posee algunas capacidades que no figuraban en las especificaciones de las que hablamos cuando nos planteamos equipar mi casa con un grupo de robots asistentes.

La mirada de preocupación de Smythe se trocó en grave temor.

-¿Pretende decir que ha superado el conjunto de responsabilidades programadas y hace cosas que no se le piden?

-Tampoco es eso. Le aseguro que, si ése fuera el problemilla, habría tenido noticias mías mucho antes. Pues no, señor Smythe, la cuestión radica en que de pronto el robot se ha dedicado a la carpintería. Construye muebles y joyas de madera. Mi hija pequeña le hizo una modesta petición y superó con creces cuanto cabía esperar. Desde entonces le he pedido que fabrique muchas cosas más. Talla de una manera extraordinariamente exquisita y nunca repite la misma pieza. Señor Smythe, le aseguro que produce obras de arte, verdaderas obras de arte. Cualquier museo se enorgullecería de exponerlas.

Cuando Sir terminó su parlamento, Smythe permaneció un rato en silencio. Aunque arrugó ligeramente los labios, no manifestó emoción alguna.

-Señor Martin, la serie NDR es relativamente polifacética. No es del todo impensable que un NDR sea capaz de construir armarios sencillos.

-Pensé que había dejado claro que lo que hace es mucho más que «armarios sencillos» -puntualizó Sir.

-Digamos que sí. -Se hizo otra pausa interminable y finalmente Smythe añadió-: Me gustaría ver alguna de esas obras. En realidad, me gustaría echarle un vistazo a su robot. Señor Martin, ¿está de acuerdo en que me traslade a la costa y someta al NDR a una inspección?

-Puesto que quiere inspeccionarlo, ¿no es mejor hacerlo en un laboratorio? Supongo que necesita equipos para realizar pruebas y que no le será posible trasladarlos a mi casa. En mi opinión, sería mucho más sencillo que yo llevara a Andrew a la sede, donde podrán someterlo a un minucioso chequeo.

-¿Andrew?

Sir esbozó una ligera sonrisa.

-Mis hijas lo llaman así. Viene de ene de erre.

-Sí, sí, comprendo. Señor Martin, no hace falta que se tome la molestia de volar al Este. Tengo que visitar nuestras instalaciones en la Costa Oeste y este asunto es la excusa perfecta. De momento no pretendo someter a su NDR a ninguna prueba complicada. Me basta con hablar con él y con usted. También me gustaría ver las cosas que ha tallado. Hágase cargo, no puedo esperar que usted se presente aquí con una furgoneta llena de escritorios y armarios.

-Lo que dice tiene bastante sentido.

-¿Quedamos para el martes que viene? ¿Le parece bien?

-Me ocuparé de estar en casa -repuso Sir.

-Ah, antes de que se me olvide. Si me permite, me gustaría ir en compañía de Merwin Mansky, nuestro robopsicólogo jefe. Supongo que el doctor Mansky también querrá ver los trabajos de ebanistería del NDR 113. En realidad, estoy seguro de que le interesarán.

Sir cambió sus citas del martes por la tarde. Smythe y Mansky llegaron a San Francisco en el vuelo de mediodía y tardaron media hora más en trasladarse a la costa en lanzadera local.

Andrew sabía que irían a visitarlo. La verdad es que le pareció bastante raro que alguien quisiera visitar a un robot, pero no sintió la necesidad de intentar comprender lo que ocurría. En aquella época Andrew casi nunca cuestionaba los actos de los seres humanos que lo rodeaban ni analizaba sistemáticamente los acontecimientos. Sólo años después, cuando alcanzó una comprensión mucho más extensa de su situación, examinó aquella escena desde otra perspectiva.

Una espléndida limusina conducida por un chofer depositó al ejecutivo y al robopsicólogo jefe de US Robots en la finca de los Martin. Formaban una pareja desigual, pues Elliott Smythe era un hombre esbelto, altísimo, de aspecto deportivo, extremidades largas y una gran melena de copioso cabello cano -un hombre que parecía más apropiado para una pista de tenis y un partido de polo que para el despacho de una corporación-, mientras que Merwin Mansky era bajo, fornido, calvo y daba la sensación de que sólo se apartaba de su despacho sometido a una gran presión.

-Éste es Andrew -les dijo Sir-. El taller de carpintería está arriba, pero aquí pueden ver algunos de sus trabajos. La estantería, las lámparas y la mesa en que se encuentran, la araña...

-Es extraordinario -confirmó Elliott Smythe-. Señor Martin, no exageró: sin duda se trata de obras maestras.

Merwin Mansky dirigió una fugaz mirada a los muebles y centró su atención en Andrew.

-Chequeo de códigos -dijo Mansky de pronto-. Andrew, alef nueve.

La respuesta de Andrew fue instantánea, como correspondía: los chequeos de códigos se incluían entre las prioridades de la Segunda Ley y exigían un acatamiento sin vacilaciones. Con sus ojos fotoeléctricos rojos muy encendidos, Andrew repasó todo el conjunto de parámetros alef nueve mientras Mansky escuchaba y asentía con la cabeza.

-Muy bien, Andrew, chequeo de códigos épsilon siete.

Andrew recitó épsilon siete para Mansky. Le ofreció ómicron catorce y recitó cappa tres, uno de los chequeos más complicados porque incorporaba los parámetros que encarnaban las Tres Leyes.

-Muy bien -aseguró Mansky-. Uno más. Chequeo de códigos de toda la serie omega.

Andrew recitó los códigos omega, que regían los circuitos que se ocupaban de la capacidad de procesar y ordenar datos recién adquiridos. Esos códigos tardaron un buen rato en ser expuestos. Durante el interminable recitado Sir parecía confuso y dio la impresión de que Elliott Smythe apenas prestaba atención.

-Funciona perfectamente -diagnosticó Mansky-. Cada parámetro responde como debe.

-Como le expliqué al señor Smythe, la cuestión no consiste en un fallo de rendimiento -empezó a decir Sir-. La verdad es que su rendimiento supera todas las expectativas.

-Tal vez supera sus expectativas -puntualizó Mansky.

Sir se volvió como si lo hubiesen pinchado.

-Me gustaría que me explique qué quiere decir.

Mansky frunció el ceño. Las gruesas arrugas de su frente eran tan pronunciadas que parecían talladas por Andrew. Sus facciones eran rígidas, tenía los ojos hundidos, la piel pálida y parecía enfermo. Andrew tuvo la sospecha de que, en el fondo, Mansky era mucho más joven de lo que aparentaba.

-Señor Martin, la robótica no es un arte exacto. No puedo explicárselo con todo lujo de detalles. Mejor dicho, si lo hiciera, me llevaría mucho tiempo y dudo que lo entendiese. Lo que quiero decir es que las matemáticas que presiden el trazado de las vías positrónicas son demasiado complejas para dar respuestas que no sean aproximadas. Por lo tanto, los robots que poseen el nivel de construcción de Andrew suelen poseer capacidades que superan las especificaciones básicas de diseño... Para su tranquilidad, quiero añadir que el que Andrew sea, aparentemente, un maestro carpintero, no da pie a temer algún tipo de conducta imprevisible que pueda poner en peligro a usted o a su familia. Cualesquiera que sean las variables del rendimiento de un robot, las Tres Leyes son absolutamente incuestionables. Son intrínsecas al cerebro positrónico. Andrew dejaría de funcionar antes de transgredir cualquiera de estas leyes.

-Doctor Mansky, Andrew es algo más que un aparente maestro carpintero -insistió Sir-. En este caso no hablamos de unas mesas y unas sillas bonitas.

-Sí, desde luego. Por lo que sé, también hace dijes y chucherías.

Sir esbozó una sonrisa extraordinariamente gélida. Abrió el armario en que Little Miss guardaba parte de los tesoros que Andrew había creado para ella y sacó algunas piezas.

-Quiero que lo vea con sus propios ojos -dijo a Mansky con sorna-. Éste es uno de sus dijes.

Sir le pasó una pequeña esfera de ébano brillante que incluía una escena de juegos infantiles en el patio de una escuela. Aunque los niños representados eran casi imperceptibles, las proporciones eran exactas y se fundían tan naturalmente con la veta que ésta también parecía tallada. Las figuras daban la impresión de tener vida y movimiento. Dos críos estaban a punto de pelearse; dos niñas estudiaban con atención un collar de tamaño diminuto que una tercera les mostraba, y a un lado se encontraba la maestra, que se había inclinado para responder a la pregunta de un niño muy pequeño.

El robopsicólogo contempló la pequeña talla durante un buen rato y permaneció en silencio.

-Doctor Mansky, ¿me permite verla? -pidió Elliott Smythe.

-Sí, sí, por supuesto.

A Mansky le tembló la mano cuando pasó el pequeño objeto al ejecutivo de US Robots.

Smythe estudió la talla en medio de un solemne silencio. Andrew lo observó y experimentó una nueva oleada de esa sensación que había acabado por identificar con el placer. Sin duda los dos hombres estaban impresionados con su trabajo. Parecían tan impresionados que se quedaron sin palabras con las que manifestar su admiración.

-¿Lo hizo él? -preguntó finalmente Mansky.

Sir asintió con la cabeza.

-Jamás ha visitado el patio de una escuela. Una tarde, cuando Andrew le pidió que le explicase cómo era, mi hija Amanda le describió esta escena. Hablaron durante cinco minutos y a continuación Andrew subió al taller.

-Es extraordinaria, fenomenal -declaró Smythe.

-Ya lo creo, es fenomenal -confirmó Sir-. ¿Comprende ahora por qué quise llamar su atención? ¿Verdad que este tipo de obras supera con creces la capacidad normalizada de conexiones alámbricas de la serie NDR? Caballeros, detesto las frases hechas, pero me parece que nos encontramos en presencia de un robot genial, ¿no les parece? ¿No creen que se trata de un robot casi humano?

-No hay nada humano en el NDR 113 -dijo Mansky con remilgada firmeza-. Señor Martin, no nos confundamos. Aquí tenemos una máquina y espero que no lo olvide. Reconozco que se trata de una máquina con cierto grado de inteligencia y que posee algo parecido a la creatividad. Pero no por ello deja de ser una máquina. He dedicado mi carrera a estudiar la personalidad de los robots y reconozco que, a su manera, tienen personalidad. Le aseguro, señor Martin, que si alguien tiene la tentación

Librodot

de creer que los robots comparten algo humano, soy yo. Pero no lo creo y usted tampoco debería hacerlo.

-No hablaba en serio. Pero, ¿cómo explica esta capacidad artística?

-Por puro azar -respondió Mansky-. Algo que se coló en los circuitos. Pura chiripa. En los últimos dos años hemos intentado diseñar circuitos generalizados. Me refiero a robots que no se limitan a la tarea para la que están diseñados, sino que son capaces de expandirse mediante un proceso que podemos comparar con el razonamiento inductivo. No es del todo sorprendente que este tipo de creatividad simulada haya aparecido en un robot. Como acabo de decirle, la robótica no es un arte exacto y a veces ocurren cosas insólitas.

-¿Puede lograr que vuelva a ocurrir? ¿Es capaz de construir otro robot que duplique las aptitudes específicas de Andrew? ¿Y por qué no una serie completa de robots con estas características?

-Me temo que no. Señor Martin, nos referimos a un acontecimiento estocástico. ¿Comprende lo que quiero decir? Como no sabemos de una manera exacta y cuantificable el modo en que incorporamos esas aptitudes en Andrew, tampoco podemos saber cómo reproducir el circuito anómalo que le permite crear obras como éstas. Lo que quiero decir -insistió Mansky- es que Andrew debió de ser un accidente y, probablemente, es único en su tipo.

-¡Perfecto! Me encantaría que Andrew sea único en su tipo.

Smythe, que llevaba un rato junto a la ventana y miraba el mar envuelto en bruma, se volvió de sopetón y dijo:

-Señor Martin, me gustaría llevar a Andrew a nuestra sede para someterlo a un examen completo. Como es obvio, le entregaremos un robot de reemplazo equivalente, de la serie NDR, y nos ocuparemos de programarlo con cualquier tarea doméstica que usted ya haya encomendado a Andrew, de modo que...

-No -declaró Sir súbitamente serio.

Smythe enarcó una ceja con gran delicadeza.

-Puesto que nos planteó la cuestión, sin duda es consciente de la necesidad de someter a Andrew a un análisis pormenorizado a fin de descubrir...

-El doctor Mansky acaba de declarar que Andrew ha salido así por casualidad, que no tiene la más remota idea de los motivos por los que es capaz de hacer todo lo que hace y que sería imposible reproducirlo por mucho que lo intentaran. No entiendo qué sentido tendría llevarse a Andrew a cambio de otro robot.

-Tal vez el doctor Mansky peca de pesimista. En cuanto nos dediquemos a rastrear el recorrido real de los circuitos neurales de Andrew...

-En cuanto lo hagan no quedará mucho de Andrew, ¿verdad? -preguntó Sir.

-Los circuitos son frágiles. Es cierto que el análisis suele conllevar cierto grado de destrucción -reconoció Smythe.

-Mis hijas sienten un gran afecto por Andrew -añadió Sir-. Sobre todo Amanda, la pequeña. Me atrevería a decir que Andrew es su mejor amigo, que lo quiere tanto como a cualquier otra persona del planeta. Y al parecer Andrew está igualmente encariñado con ella. Quise que vieran las aptitudes de Andrew porque supuse que les sería de utilidad y porque, incluso como lego, deduje que tal vez sus capacidades le fueron incorporadas involuntariamente. Sentí curiosidad por saber si era así y parece que estaba en lo cierto. Pero si creen que existe la más remota posibilidad de que les permita desmontar a Andrew, cuando todos sabemos que no confían en volver a montarlo de la misma manera, ya pueden olvidarlo. Será mejor que lo olviden.

-Comprendo perfectamente el vínculo que puede establecerse entre una niña y un robot doméstico. Sin embargo, señor Martin, si se propone obstruir el curso de nuestra investigación actual...

-Le garantizo que puedo obstruir muchas cosas más -precisó Sir-. ¿Ha olvidado quién ha sido el que, durante los tres últimos años, ha propuesto todo tipo de leyes favorables a los robots a través del comité que presido? Propongo que subamos a ver parte de las demás obras de Andrew. Estoy seguro que les interesarán. Después el doctor Mansky y usted deberían pensar en regresar a San Francisco a visitar las instalaciones de la Costa Oeste de las que me habló. Andrew se queda en casa. ¿Me he expresado con claridad?

Un chispazo de furia encendió los ojos de Smythe. Pero fue muy débil, un ligero y aceleradísimo cambio de expresión que hasta la soberbia visión de Andrew tuvo dificultades para percibir. Smythe se encogió de hombros.

-Como quiera, señor Martin. Tiene mi palabra de que Andrew no sufrirá el menor daño.

-Me alegro.

-Ciertamente, me gustaría ver el resto de su obra.

-Con mucho gusto -se ofreció Sir-. Si lo desea, hasta puedo regalarle algunas piezas. Excepto los adornos que Andrew ha hecho para mi esposa y mis hijas, puede escoger el mueble que quiera. Hablo en serio.

-Es usted muy generoso -agradeció Smythe.

-Señor Martin, ¿me permite comentar algo que he observado hace un rato? -preguntó Mansky.

-Por supuesto, doctor Mansky.

-Usted planteó que la creatividad de Andrew parece humana. Y es así, estoy dispuesto a reconocerlo. Sin embargo, parecer humano y ser

Librodot

humano son conceptos diferentes. Me gustaría recordarle que Andrew es una máquina.

-Tomo nota de su observación.

-Es posible que, con el tiempo, le resulte más difícil recordarlo porque Andrew permanecerá a su lado. Le ruego que lo intente. Se ha referido al robot como el «amigo» de su hija. Ha mencionado el «afecto» que siente por él. Lo considero una actitud peligrosa, es decir, peligrosa para ella. No debemos confundir los amigos con las máquinas. Podemos amar a una persona pero nadie ama a un electrodoméstico, por muy útil, atractivo o satisfactorio que sea. Señor Martin, Andrew no es más que un ordenador ambulante, un ordenador dotado de inteligencia artificial y ubicado en una estructura corporal humanoide, por lo que tiene la apariencia de algo muy distinto a los ordenadores que rigen nuestro tráfico aéreo, manejan nuestros sistemas de comunicaciones y realizan el resto de nuestras tareas rutinarias. La personalidad que su hija cree percibir en Andrew y que, por lo que usted dice, la lleva a «quererlo», no es más que una personalidad simulada, un producto prediseñado y totalmente sintético. Señor Martin, le ruego que jamás olvide que un ordenador con brazos, piernas y cerebro positrónico no deja de ser un ordenador, aunque se trate de un ordenador perfeccionado. Es una máquina, un chisme, un electrodoméstico.

-Lo recordaré -dijo Sir con tono seco y distante-. Doctor Mansky, siempre me he esforzado por pensar clara y ordenadamente. Nunca confundo un brazo con una pierna, una mano con un pie ni una vaca con un caballo y haré lo imposible por no confundir un robot con un ser humano, por muy grande que sea la tentación. Agradezco de veras sus consejos. Y ahora, si quieren hacer un rápido recorrido por el taller de Andrew...

5

Miss estaba a punto de cruzar el umbral que separa la infancia de la adolescencia. Disfrutaba de una activa vida social y a menudo salía con sus nuevas amistades -no siempre femeninas-. Iba de excursión a las montañas, a los desiertos del sur y a las grandes extensiones del norte. Su presencia en casa de los Martin era cada vez más rara.

Por lo tanto, fue Little Miss -que ya no era tan pequeña- la que se convirtió en el centro de las atenciones de Andrew. Se volvió una muchacha inexperta, pero infatigable, a la que le encantaba recorrer grandes distancias por la playa, mientras Andrew la seguía sin hacer el menor esfuerzo. Le gustaba pasear por las arboledas que rodeaban la casa y contaba con Andrew para que la ayudase cada vez que trepaba por un árbol con tal de observar un nido, o cuando quedaba atrapada en un saliente rocoso al que se había asomado para gozar de una espectacular panorámica del océano.

Como de costumbre, Andrew se mantenía a la expectativa mientras Little Miss retozaba de aquí para allá. Estaba dispuesto a dejarla correr riesgos pues parecían hacerla feliz, pero antes calculaba las posibilidades de que le sucediese algo grave y siempre estaba a punto para intervenir si se hacía necesario.

La Primera Ley obligaba a Andrew a estar alerta para impedir que Little Miss sufriese el menor daño. A veces se decía a sí mismo que la protegería aunque la Primera Ley no existiese.

A Andrew le resultaba casi impensable la idea de que la Primera Ley pudiese no existir (y en realidad la Segunda y la Tercera) era un aspecto tan fundamental de sus circuitos neurales que imaginar su inexistencia le provocaba vértigo. Sin embargo la había imaginado. Andrew estaba desconcertado: ¡era realmente extraño poseer la capacidad de imaginar lo inimaginable! Se sentía casi humano cuando estas paradojas recorrían su mente.

¿Qué significaba ser casi humano? Se trataba de otra paradoja aun más vertiginosa. Eras humano o no lo eras. No cabía la posibilidad de un estado intermedio.

Librodot

Andrew se recordó severamente que era un robot, un producto de United States Robots and Mechanical Men Corporation.

Mientras miraba a Little Miss por su cerebro se difundía una sensación de alegría y ternura, sensación que había identificado como «afecto». Se repetía sin parar que no era más que una estructura de metal y plástico inteligentemente diseñada, provista de un cerebro artificial de platino e iridio, empotrado en su cráneo de acero, y que no tenía derecho a experimentar emociones, a tener ideas paradójicas ni a desplegar ninguna otra actividad humana tan compleja y misteriosa. En cuanto a sus obras de arte -se daba el lujo de considerarlas un «arte»-, no eran más que el despliegue de sus aptitudes programadas.

Little Miss nunca olvidó que Andrew talló para ella su primera pieza en madera. Casi nunca se quitaba el colgante que le había hecho con el trozo de madera flotante, lo llevaba en una cadena de plata y solía levantar la mano para acariciarlo con cariño.

Little Miss fue la primera en poner reparos a la costumbre de Sir de regalar las producciones de Andrew a cuantos visitaban la casa. Sir mostraba orgulloso a sus invitados las últimas obras de Andrew y, una vez emitidas las previsibles expresiones de admiración e incluso de envidia, declaraba con gran magnanimidad: «¿Tanto te gusta? ¡Pues llévatela! ¡Te ruego que la aceptes! ¡Es un placer! ¡Tenemos muchas más!».

Cierto día, Sir regaló una talla abstracta sumamente elaborada -un brillante esferoide realizado con tiras de secoya y taraceas de manzanita y de madroño- al presidente de la Legislatura. Era un hombre rubicundo y gritón que a Little Miss siempre le había parecido corto de entendederas y vulgar; por si fuera poco, dudaba que fuese capaz de captar la belleza de la obra. Sin duda quiso ser diplomático cuando elogió la talla, que seguramente acabaría en el fondo de un armario en cuanto llegase a su casa.

Cuando el presidente de la Legislatura se marchó, Little Miss dijo:

-Papá, ya está bien. ¡Sabes que no debiste regalarle esa pieza!

-Mandy, dijo que le gustaba y que le parecía extraordinariamente hermosa.

-Claro que es extraordinariamente hermosa, como también lo es la playa que se extiende delante de casa. Si te hubiera dicho que la playa es extraordinariamente hermosa, ¿se te habría ocurrido regalársela?

-Mandy, Mandy...

-Dime, ¿se la habrías regalado?

-Esa comparación no es válida -opinó Sir-. Es evidente que, por capricho, nadie regala fragmentos de su propiedad. Sin embargo, una talla pequeña ofrecida como modesta muestra de afecto a un viejo amigo que, además, es un dirigente político muy influyente...

-¿Quieres decir que fue un soborno?

Por un instante la ira iluminó los ojos de Sir, pero se apagó enseguida y su mirada recuperó el guiño con el que solía contemplar a su hija pequeña.

-Mandy, supongo que no hablabas en serio. ¿Verdad que comprendes que mi regalo al presidente fue, tan sólo un acto de hospitalidad?

-Sí... Sí, claro. Papá, lo siento. He dicho algo inapropiado y mezquino.

Sir sonrió.

-Estamos de acuerdo. ¿Querías esa talla? Tu cuarto está lleno de obras parecidas. Toda la casa lo está. Tardamos más en regalarlas que Andrew en construirlas.

-A eso me refiero. A que las regalas.

Sir sonrió más ampliamente.

-Dime, ¿Qué te gustaría que hiciera, que las vendiera?

-Si he de ser sincera, sí. Prefiero que las vendas.

Sir quedó pasmado y comentó:

-Mandy, no sabía que fueras codiciosa.

-¿Y qué tiene que ver la codicia con esto?

-Sabes perfectamente que disponemos de más dinero del que necesitamos. Por otro lado, aparte de que no sería muy ético poner precio a las obras de Andrew, sería absurdo que me dedicara a obtener beneficios con este tipo de transacciones.

-Yo no he dicho que debamos ganar dinero con las tallas de Andrew sino que debemos pensar en él.

-¿De qué hablas?

-Andrew hace el trabajo y debería quedarse con el dinero.

Sir parpadeó.

-Mandy, Andrew es un robot.

-Sí, papá, ya lo sé.

-Cariño, los robots no son personas. Recuérdalo, son máquinas, como los teléfonos y los ordenadores. ¿Para qué quiere dinero una máquina? Los robots no salen de compras, no van de vacaciones a Hawai ni...

-Papá, hablo en serio y el tema es importante. Andrew dedicó horas a esa pieza.

-¿Qué quieres decir?

-Sea o no robot, tiene derecho a recibir los beneficios derivados de su trabajo. Cuando repartes alegremente sus piezas y las regalas a tus amigos o a tus colegas políticos, lo estás explotando. Papá, ¿no se te ocurrió pensarlo? Es posible que sea una máquina, pero no es un esclavo.

Además, es artista. Tiene derecho a ser recompensado por sus obras. Puede que no cuando las fabrica para nosotros, pero cuando las regalas a otras personas... -Little Miss hizo una pausa-. Papá, ¿te acuerdas de la Revolución Francesa? La cuestión fundamental era la explotación de la clase obrera por parte de la aristocracia. Los robots son la nueva clase obrera y si seguimos tratándolos como los duques y las duquesas a los campesinos...

Sir meneó la cabeza.

-Mandy, no hay por qué preocuparse de la insurrección de los robots. Las Tres Leyes...

-¡Las Tres Leyes, las Tres Leyes, siempre las Tres Leyes! ¡Las detesto! No puedes despojar a Andrew del beneficio de su trabajo. ¡Papá, no puedes hacerlo porque no es justo!

El nerviosismo de Little Miss interrumpió la disquisición de Sir sobre las leyes de la robótica sin darle tiempo a expresar su opinión. Dejó pasar un rato y preguntó:

-Mandy, tienes una idea muy clara de esta cuestión, ¿no es así?

-Sí, así es.

-De acuerdo, lo pensaré. Quizá encontremos una solución para Andrew que coincida con lo que has planteado.

-¿Me lo prometes?

-Te lo prometo -afirmó Sir.

Little Miss supo que todo se resolvería, pues las promesas de su padre eran contratos inviolables. Siempre lo habían sido y siempre lo serían.

Pasaron varios días. Diversos invitados visitaron la casa y cuantos vieron las obras de Andrew reaccionaron con las alabanzas de rigor. Little Miss, que estaba atenta a todo, comprobó con regocijo que, por muy efusivos que fuesen los comentarios, su padre ya no regalaba las creaciones de Andrew.

Por otro lado, algún invitado sugirió a Sir comprarle una pieza y éste, incómodo, se encogió de hombros y repuso que no estaba seguro de querer dedicarse al negocio de vender las obras.

Little Miss se sorprendió de que su padre eludiera la cuestión porque habitualmente no adoptaba esa actitud. No se trataba de que alguien lo acusase de dedicarse a ganar dinero con las obras de Andrew. Era evidente que Gerald Martin no necesitaba más dinero aunque, si las ofertas se hacían de buena fe, ¿por qué no aceptarlas?

Little Miss dejó pasar el tiempo, pues conocía lo bastante a su padre para saber que la cuestión era una herida abierta que no tardaría en cicatrizar.

John Feingold, el abogado de Sir también los visitó. Los despachos del bufete de Feingold se encontraban en la zona de San Francisco, densamente poblada pese a la descentralización generalizada de la vida urbana que se había producido durante el siglo en curso. Aunque San Francisco se encontraba poco más al sur de la región salvaje de costa en la que vivían los Martin, la visita de John Feingold era un acto relativamente insólito. Por lo general, Sir se desplazaba a San Francisco cada vez que tenía que hablar con Feingold. Little Miss supo que ocurría algo excepcional.

Feingold era un hombre canoso y tolerante, de piel sonrosada, soberbia tripa y sonrisa cordial. Se vestía a la vieja usanza, aunque los bordes de sus lentillas estaban teñidos de verde intenso, moda que por esas fechas era tan rara que a Little Miss le costaba disimular una risita cada vez que veía al abogado. Sir le dirigía una severa mirada cada vez que detectaba que, en presencia de Feingold, su hija estaba a punto de desternillarse de risa.

Feingold y Sir se instalaron delante de la chimenea, en el gran salón principal de la casa, y Sir le mostró una plaquita taraceada que Andrew había hecho recientemente.

El abogado asintió con la cabeza. Estudió la placa, acarició con delicadeza la superficie pulida y la sostuvo ante la luz en diversos ángulos.

-Es muy bella -opinó-. Se trata de un trabajo extraordinariamente sutil. ¿Lo hizo tu robot?

-Sí. ¿Cómo lo sabes?

-Porque he oído comentarios. Gerald, a nadie se le escapa que tienes un robot maestro en ebanistería.

Sir miró a Andrew, que estaba situado a su lado.

-Andrew, ¿has oído? Eres famoso a lo largo y a lo ancho de California... John, hay algo en lo que estás equivocado. Andrew no es un simple maestro en ebanistería, es un auténtico artista.

-Por supuesto -aceptó Feingold-. En realidad, sólo se lo puede considerar un artista. Esta pieza es maravillosa.

-¿Te gustaría poseerla? -preguntó Sir.

Feingold abrió los ojos sorprendido.

-Gerald, ¿me la estás ofreciendo?

-Es posible. Todo depende de lo que estés dispuesto a pagar por ella.

Feingold resopló como si Sir le hubiera propinado un codazo en las costillas. Se irguió bruscamente, se acomodó con delicadeza y tardó en responder. Replicó con un tono de voz muy distinto:

-Gerald, ignoraba que hubieras sufrido reveses económicos.

-Yo no he sufrido ningún revés económico.

-Te ruego que me disculpes si parezco confundido pero, en ese caso, ¿por qué demonios quieres...?

La voz del abogado se interrumpió.

-¿Por qué quiero venderte la talla? -lo ayudó Sir.

-Eso es, venderla. Sé que has regalado muchísimas piezas hechas por Andrew. Varias personas me han dicho que es prácticamente imposible visitarte sin que les ofrezcas una de ellas. He visto alguna de las obras que has regalado. Supongo no se trata de un asunto de dinero negro, ¿verdad? Además, si tenemos en cuenta que no soy coleccionista de tallas de madera, por muy bellas que sean, ¿por qué se te ocurre preguntarme si quiero comprar una pieza? Dudo que tengas algún motivo concreto por el que yo deba pagar lo que los demás reciben gratis, y no es posible que necesites dinero. Acabas de decírmelo. De todas formas, ¿cuánto crees que podrías conseguir por un objeto como éste? ¿Quinientos, mil dólares? Gerald, si eres tan rico como sé que eres, ¿qué representan para ti quinientos o mil dólares más?

-No se trata de lo que representan para mí, sino para Andrew.

-¿Cómo dices?

-John, tu cálculo es acertado. Creo que podría obtener mil dólares por esta pieza. Me han ofrecido cantidades superiores por las sillas y los escritorios de Andrew. No me refiero a una sola compra, sino a acuerdos de distribución para la producción a gran escala. De haber aceptado cualquiera de esas ofertas, ahora habría una sustanciosa cuenta bancaria generada por los trabajos en madera de Andrew. Sospecho que esa cuenta rondaría los cientos de miles de dólares.

Feingold se acomodó las charreteras y los tachones del cuello.

-Santo cielo, Gerald, no entiendo nada. ¿Un hombre rico pretende enriquecerse todavía más haciendo trabajar a su robot en una suerte de industria casera?

-John, ya te he dicho que el dinero no sería para mí, sino que iría a parar a manos de Andrew. Quiero vender sus obras y que el dinero sea ingresado en una cuenta bancaria a nombre de Andrew Martin.

-¿Una cuenta bancaria a nombre de un robot?

-Eso es. Por este motivo te pedí que vinieras. Quiero saber si es legal abrir una cuenta a nombre de Andrew, es decir, una cuenta en la que pueda administrar su dinero como prefiera.

-¿Me preguntas si es legal que un robot gane dinero y lo ahorre? -preguntó Feingold azorado-. Lo ignoro. Por lo que sé, no existen antecedentes. Dudo mucho de que exista una ley que lo prohíba, pero aun así... los robots no son personas. No creo que puedan abrir cuentas bancarias.

-Salvo en el más abstracto de los sentidos, las corporaciones tampoco son personas: supongo que lo denominarías una ficción legal. Sin embargo, las corporaciones tienen cuentas bancarias.

-Reconozco que tienes razón, pero hace siglos que las corporaciones están jurídicamente reconocidas como entidades capacitadas para poseer todo tipo de propiedades. Gerald, estoy convencido de que sabes que los robots carecen de derechos. Permíteme recordarte, como simple cuestión de procedimiento, que las corporaciones también tienen delegados que se ocupan de firmar los documentos para abrir cuentas bancarias. ¿Quién abriría la cuenta de Andrew? ¿Tú? ¿Sería la cuenta de Andrew si tú la abrieras?

-He abierto cuentas bancarias a nombre de mis hijas -repuso Sir-. Y no por eso dejan de ser de ellas. Además, Andrew firma tan bien como tú o yo.

-Sí, bueno, supongo que sabe firmar. -Feingold se repantigó hasta que el sillón crujió-. Gerald, tendré que examinarlo. Es una cuestión insólita. ¿Realmente existe alguna ley que prohíba a los robots poseer propiedades o se supone que no pueden porque esta idea se aparta tanto del pensamiento vigente que nadie se ha detenido a considerarla? Tendré que investigar antes de darte mi opinión. Lo más probable es que no haya ninguna ley en contra, porque la propiedad de bienes por parte de un robot es una idea tan peculiar, que seguramente no se habrá tenido en cuenta. Al fin y al cabo, nadie se ha tomado la molestia de aprobar leyes que prohíban que los árboles o los cortacéspedes tengan cuentas bancarias...

-Los perros y los gatos han tenido cuentas bancarias, fondos para su manutención legados por sus queridos dueños -dijo Sir-. Los tribunales no se han opuesto.

-Tienes razón, es otro aspecto a consolidar. Sin embargo, perros y gatos son seres vivos y los robots son inanimados.

-Yo no percibo la diferencia.

-Gerald, deberías recordar que nuestra sociedad tiene ciertos prejuicios contra los robots, hasta me atrevería a decir cierto miedo que no se aplica a gatos y perros. Es posible que en los textos legales se hayan limitado los derechos de los robots a ostentar propiedades, lo que será muy fácil de comprobar... Bien, supongamos que es legal. ¿Cómo lo harías? ¿Llevarías a Andrew al Banco para que hablara con el director?

-Me limitaría a que enviaran los formularios a casa. Andrew los firmaría sin necesidad de ir al Banco. John, lo que necesito es que averigües qué puedo hacer para proteger a Andrew, y supongo que también a mí mismo, de la reacción negativa de la gente. Aunque exista la posibilidad legal de que Andrew tenga una cuenta corriente es muy probable que a la gente no le guste la idea.

-¿Y cómo lo sabrán? -preguntó Feingold.

-¿Cómo podemos impedir que lo sepan? -insistió Sir-. Por ejemplo, si alguien compra un objeto y paga con un cheque a nombre de Andrew Martin...

-Hmmm. Ahí está la madre del cordero. -Feingold pareció ensimismarse unos instantes y añadió-: Entre otras cosas, podemos crear una corporación que se ocupe de sus finanzas, una corporación con un hermoso nombre impersonal del estilo de West Coast Wood Artistry Limited. Andrew será presidente y accionista único, aunque podemos nombrarnos a nosotros miembros de la junta directiva. Así aislaremos legalmente a Andrew del mundo hostil. Gerald, supongo que con esto será suficiente. Cada vez que le apetezca comprar algo, Andrew podrá retirar su salario de la tesorería de la corporación o cobrar dividendos. El que sea un robot no tiene por qué hacerse público. Los formularios de la constitución de la sociedad sólo requieren los nombres de los poseedores de acciones, no sus certificados de nacimiento. Tendrá que declarar el impuesto sobre la renta, por supuesto, pero no creo que los de Hacienda se presenten para averiguar si el contribuyente Andrew Martin es o no un ser humano. Lo único que les importa es que el contribuyente Martin pague puntualmente sus impuestos.

-Muy bien, vamos por buen camino. ¿Algo más?

-De momento no se me ocurre nada. Si después de repasar los precedentes encuentro algo, te lo comunicaré. Imagino que dará resultado. Nadie te pedirá nada mientras actúes discretamente y acates las leyes corporativas al pie de la letra. Si alguien se entera y no le gusta, tendrá que tomar medidas contra ti para poner fin a la situación, siempre y cuando demuestren que tienen categoría legal para intervenir.

-John, ¿qué ocurrirá si alguien toma medidas contra nosotros? ¿Aceptarás el caso si nos llevan a juicio?

-Por supuesto, a cambio del anticipo adecuado.

-¿Qué significa adecuado?

Feingold sonrió.

-Digamos que algo parecido a eso -respondió y señaló la placa de madera.

-Me parece justo -opinó Sir.

-Gerald, no soy coleccionista, pero esa placa es una obra de arte.

-¡Ya lo creo! -exclamó Sir.

Feingold rió y se volvió hacia el robot.

-Andrew, te convertirás en..., bueno, no serás un hombre rico sino un robot rico. ¿Estás contento?

-Sí, señor.

-¿Qué piensas hacer con el dinero que ganes?

-Señor, pagar cosas que, de lo contrario, tendría que abonar Sir. De este modo le ahorraré gastos.

Librodot

6

Las ocasiones en que Andrew tuvo que sacar fondos de su cuenta bancaria se presentaron con más frecuencia de lo que cabía imaginar. De vez en cuando Andrew, como cualquier otra máquina -por muy bien hecha que estuviese- necesitaba alguna que otra reparación, y las reparaciones de los robots eran inevitablemente caras. También había que tener en cuenta las revisiones periódicas. La robótica era, desde la época de los primeros productos, torpes e incapaces de hablar, una industria dinámica en constante desarrollo. Las mejoras de diseño, funciones y capacidades eran incesantes. Con el paso de los años, los robots fueron más elegantes y polifacéticos, incorporando grandes mejoras motrices y estructuras más duraderas.

Sir se ocupó de que Andrew contara con las últimas novedades desarrolladas por US Robots. Cuando el circuito homeostático perfeccionado salió al mercado, Sir hizo que se lo instalaran de inmediato. Cuando se mejoró la nueva y más eficaz articulación de la pierna, que utilizaba lo último en tecnología de elastómeros, Andrew contó con ella. Cuando pocos años después se pusieron de rabiosa actualidad paneles faciales mucho más sutiles -realizados en fibra de carbón y empotrados en una matriz epoxi que no era tan someramente humana como la antigua-, Andrew fue modificado para proporcionarle el aspecto serio, sensible, perceptivo y artístico que Sir, por incitación de Little Miss, llegó a considerar adecuado a su naturaleza. Little Miss aspiraba a que Andrew fuera un dechado indiscutible de excelencia metálica, y Sir estaba de acuerdo.

Por supuesto, todas estas mejoras se acometieron a costa del propio Andrew.

Andrew insistió en que debía ser así. No estaba dispuesto a permitir que Sir pagase ni uno solo de los gastos vinculados a sus actualizaciones. De su pequeño taller en el desván manaba un torrente constante de trabajos excelsos: obras maestras de marquetería tallada en maderas exóticas, suntuoso mobiliario de oficina, elegantes dormitorios, lámparas maravillosas y ornadas librerías.

Librodot

No se hizo necesaria una sala de exposición ni catálogos, porque la fama de Andrew se extendió y sus obras eran encargadas con meses y, poco más tarde, con años de antelación. Los cheques se extendían a favor de Pacific Coast Artifactories (*) Incorporated y Andrew Martin era el único director de la empresa con derecho a retirar fondos de la corporación. Cada vez que Andrew acudía a la fábrica de US Robots para una sesión de mantenimiento o de actualización, el trabajo se pagaba con un cheque de Pacific Coast Artifactories firmado por el propio Andrew.

La única faceta de Andrew que no quedó afectada por ningún tipo de actualización correspondió a sus circuitos positrónicos. Sir insistió, categóricamente, en que fuera así.

-Andrew, los nuevos robots no son tan buenos como tú -solía decir-. A decir verdad, son seres penosamente estúpidos. La empresa ha diseñado vías más precisas, más afinadas y mejor encarriladas, pero este tipo de mejora es un arma de doble filo. Los nuevos robots no se mueven, carecen de agilidad mental y no presentan el más mínimo elemento imprevisible. Hacen, tan sólo, aquello para lo que han sido diseñados y nada más. Andrew, te prefiero a ti.

-Gracias, Sir.

-La empresa dirá que su actual generación de robots posee una eficacia del noventa y nueve coma nueve por ciento, y puede que este año reivindiquen el ciento por ciento de eficiencia. Me alegro por ellos. Sin embargo, Andrew, un robot como tú es un ciento dos por ciento eficaz. Es posible que un ciento diez. Y esto es, precisamente, lo que a US Robots no le interesa. Persiguen la perfección y supongo que han alcanzado la idea que tienen de ella. Aspiran al asistente perfecto, al hombre mecánico que funciona sin problemas. Andrew, la perfección puede ser una limitación espantosa. ¿No te parece? Conduce a una especie de autómata inanimado incapaz de trascender las ideas de limitación dadas por sus constructores. Tú, Andrew, no eres así. Todos sabemos que no eres un ser inanimado. En cuanto a tus limitaciones...

-Sir, es indudable que tengo limitaciones.

-Desde luego. ¡Pero no me refiero a eso y lo sabes! Eres un artista, Andrew, un artista del diseño y, puesto que eres un artista, tiene que haber un alma en algún rincón de tus circuitos positrónicos. No me preguntes cómo llegó hasta ese rincón porque no lo sé, y tampoco lo saben tus creadores. En cualquier caso te permite realizar las maravillosas obras que haces. Ello se debe al carácter antiguo y generalizado de tus circuitos, que han quedado totalmente obsoletos. Es por ti, Andrew, que ya no se utilizan las vías de viejo cuño. ¿Eres consciente de ello?

* Ingenioso juego de palabras entre arte, artefacto y fábricas, cuya divertida traducción sería algo así como Artefactorías. (N. del T.)

-Sí, Sir, creo que lo soy.

-Se debe a que permití que Merwin Mansky viniera a casa y te echara un buen vistazo. Estoy seguro de que, en cuanto regresaron a la fábrica, Smythe y él ordenaron que se paralizara la producción de los robots con circuitos generalizados. Después de verte debieron de sentirse muy amenazados. Fue la imprevisibilidad lo que los atemorizó.

-Sir, ¿está diciendo que se asustaron? ¿Es posible que yo asuste a alguien?

-Sé a ciencia cierta que asustaste a Mansky. Andrew, le pegaste un susto de muerte. Vi cómo le temblaba la mano cuando le pasó tu talla a Smythe. Mansky no había previsto lo que vio en un robot de la serie NDR. Me juego la cabeza a que hasta le parecía imposible. Pero aquí estabas tú, produciendo todas esas obras maestras. ¿Sabes cuántas veces me llamó durante los cinco años siguientes e intentó engatusarme para que te devolviese a la fábrica? ¡Nueve veces! ¡Nueve! Siempre me negué. Cada vez que ibas a la fábrica a actualizarte, me ocupaba de pasar por encima de Mansky y de hablar con Smythe, Jimmy Robertson o cualquier otro de los ejecutivos máximos para obtener la garantía absoluta de que Mansky no toquetearía tus circuitos. Siempre temí que lo hiciese a escondidas. Mansky se ha retirado y ya no fabrican robots con el tipo de vías que tú tienes, por lo que supongo que al fin podemos estar tranquilos.

Para entonces Sir había renunciado a su escaño en la Legislatura regional. Con el paso de los años se especuló con la posibilidad de que presentara su candidatura para el cargo de coordinador regional, pero nunca llegó el momento oportuno. Sir continuó otro período en la Legislatura para asegurarse de que determinados anteproyectos se convertían en ley y, entretanto, eligieron un nuevo coordinador con aparente carácter provisional, para ocupar el cargo hasta que Sir se dispusiera a asumirlo.

El presunto interino se convirtió en un activo y enérgico coordinador que ocupó el cargo durante tres períodos, hasta que Sir se hartó de su vida dedicada a la administración pública y perdió interés por ese puesto. En realidad, tal vez reconoció que los electores preferían a un hombre más joven en ese puesto.

Con el paso del tiempo Sir cambió en muchos sentidos, pues no sólo perdió el ardor y la convicción que lo destinaron al éxito desde su primera época de legislador novato. Su cabello había raleado y encanecido, habían aparecido arrugas en su rostro y sus ojos impetuosos y penetrantes ya no veían con agudeza. Hasta su famoso bigote se había vuelto menos erizado y vistoso. Por contra, Andrew tenía mucho mejor aspecto que cuando se sumó a la familia y, de hecho, estaba muy guapo en su estilo robótico.

El tiempo también introdujo otros cambios en casa de los Martin.

Después de treinta años como esposa de Gerald Martin, Madam llegó a la conclusión de que en la vida existía un papel más satisfactorio que estar casada con un distinguido miembro de la Legislatura regional. Había desempeñado leal, resignada e impecablemente el papel de señora de Gerald Martin y decidió que lo había interpretado durante demasiado tiempo.

Madam anunció su decisión a Sir, se separaron amistosamente y partió hacia una colonia artística de algún lugar de Europa, tal vez del sur de Francia o puede que de Italia. Andrew nunca supo dónde estaba (o cuál era la diferencia, si es que había alguna, entre Francia e Italia, que para él sólo eran nombres) y los sellos de sus escasas cartas a Sir le parecían variopintos. Desde hacía mucho tiempo, tanto Francia como Italia eran provincias de la región europea, así que a Andrew le costó entender por qué necesitaban sellos, porqué insistían en mantener ciertas costumbres antiguas pese a que el mundo había superado la era de las naciones independientes y rivales.

Las dos chicas habían crecido. Miss, que al decir de todos se había convertido en una mujer extraordinariamente hermosa, se casó y se trasladó al sur de California; volvió a casarse y se mudó a América del Sur; más adelante tuvieron noticias de otro matrimonio y de un nuevo hogar en Australia. Para entonces Miss vivía en Nueva York, se había convertido en poetisa y no hizo más comentarios sobre nuevos maridos. Andrew sospechaba que la vida de Miss no era ni tan feliz ni tan gratificante como podría haber sido y lo lamentaba. De todos modos, recordó que no tenía una comprensión muy amplia del significado humano de la «felicidad». Quizá Miss vivía el tipo de vida al que aspiraba. Al menos eso esperaba Andrew.

En cuanto a Little Miss, se había convertido en una mujer esbelta, de pómulos altos y delicada apariencia, aunque poseía una extraordinaria fortaleza. En presencia de Andrew, nunca nadie se había referido a su peculiar belleza; siempre decían que Miss era la hermana hermosa y a Little Miss la alababan más por su firme carácter que por su aspecto. Para el gusto de Andrew, Little Miss -la de cabellos como el trigo- siempre había sido mucho más hermosa que su hermana mayor, endeble y con excesivas curvas. Pero, al fin y al cabo, su gusto no era más que el gusto de un robot y nunca se había atrevido a hablar con nadie del aspecto de los humanos. Habría sido muy improcedente por parte de un robot. En realidad, como muy bien sabía, ni siquiera tenía derecho a expresar su opinión sobre estos asuntos.

Little Miss se había casado un año después de terminar la Universidad y vivía en la costa, un poco más arriba de la finca de la familia. Su marido, Lloyd Charney, era un arquitecto procedente del Este,

que aceptó encantado establecer su hogar en la salvaje costa del norte de California, que su esposa tanto amaba.

Little Miss había explicado a su marido que deseaba estar cerca de Andrew, el robot de su padre, que había sido su guardián y guía desde la más tierna infancia. Es probable que esa declaración sorprendiera a Lloyd Charney, pero no puso objeciones y Little Miss visitó con frecuencia la imponente mansión de los Martin, que por entonces sólo ocupaban un Sir entrado en años y el fiel Andrew.

En su cuarto año de matrimonio Little Miss dio a luz un niño al que pusieron el nombre de George. Tenía el cabello de color rojizo e inmensos ojos de mirada solemne. Andrew lo llamaba Little Sir. Cuando llevaba al pequeño a visitar a su abuelo, Little Miss permitía que Andrew lo cogiese en brazos, le diera el biberón o le palmease suavemente la espalda después de alimentarlo.

Las visitas de Little Miss y Little Sir, y las ocasiones en que le permitieron cuidar del niño, supusieron otra fuente de gran placer para Andrew. Después de todo, por muy dotado que estuviese para trabajar la madera o por muy rentable que se hubiera vuelto su empresa comercial, Andrew era, básicamente, un robot doméstico de la serie NDR. El cuidado de los niños formaba parte de las tareas para las que estaba específicamente diseñado.

Con el nacimiento del nieto, Andrew tuvo la sensación de que Sir contaba con alguien para remplazar a los que se habían ido. Hacía mucho tiempo que quería plantear a Sir una petición insólita, pero hasta ese momento no lo había hecho. Fue Little Miss -que conocía las intenciones de Andrew- la que finalmente lo animó a decírselo.

Sir estaba sentado delante de la chimenea, en su imponente sillón, sosteniendo en las manos un pesado y viejo libro que evidentemente no leía, cuando Andrew se detuvo ante la puerta del gran salón.

-Sir, ¿puedo pasar?

-Sabes que no es necesario que me lo preguntes. Andrew, ésta también es tu casa.

-Sí, Sir, gracias.

El robot avanzó. Sus pisadas metálicas produjeron un suave chasquido al rozar el parquet oscuro y brillante. Se detuvo y aguardó en silencio. Supo que le resultaría muy difícil. Sir nunca había tenido mucha paciencia y, al envejecer, sus reacciones se habían vuelto irascibles.

También debía tener en cuenta algunas consideraciones de la Primera Ley, pues lo que Andrew se proponía podía trastocar a Sir hasta el extremo de causarle algún daño.

-¿A qué esperas? -preguntó Sir al cabo de un rato-. Andrew, no te quedes ahí. Tu expresión indica que quieres decirme algo.

-Sir, mi expresión nunca cambia.

-Entonces será el modo en que estás quieto. Ya sabes a qué me refiero. Aquí se cuece algo. Andrew, ¿de qué va?

-Sir, lo que quiero decirle es... es... -empezó a decir Andrew, titubeó y arrancó con el discurso que había preparado-. Sir, nunca ha intervenido en mi modo de manejar el dinero que he ganado. Siempre me ha permitido gastarlo en lo que he querido. Sir, ha sido muy generoso de su parte.

-Andrew, es tu dinero.

-Sólo gracias a su decisión, Sir. No habría sido ilegal que se lo quedara, pero creó la corporación para mí y me permitió ingresar las ganancias en sus arcas.

-Cualesquiera que hayan sido mis prerrogativas legales en lo que se refiere a tus ganancias, habría sido incorrecto actuar de otra manera.

-Sir, he amasado una fortuna considerable.

-Eso espero. Has trabajado mucho.

-Sir, tras pagar los impuestos, los gastos en concepto de equipos y materiales, así como mi mantenimiento y reciclajes, he logrado ahorrar cerca de novecientos mil dólares.

-Andrew, te aseguro que no me sorprende.

-Sir, quiero dárselos.

Sir frunció el ceño e hizo la mueca más marcada de su repertorio, arqueando extraordinariamente las cejas, apretando los labios justo debajo de la nariz y moviendo el bigote. Miró a Andrew con unos ojos que, aunque debilitados por la vejez, aún acumulaban una considerable ferocidad.

-¿Qué has dicho? Andrew, olvídate de tonterías.

-Sir, no son tonterías.

-Si alguna vez me hubiera interesado tu dinero, no me habría tomado la molestia de montarte la empresa, ¿verdad? Ciertamente, ahora no lo quiero. Tal como están las cosas, tengo más dinero del que necesito y no sé qué hacer con él.

-De todos modos, Sir, me gustaría entregarle mis fondos...

-Andrew, no quiero un centavo. ¡Ni un solo centavo!

-...no sería una donación -prosiguió Andrew-, sino el precio de compra de algo que sólo usted puede concederme.

Sir lo miró confundido.

-Andrew, ¿qué demonios es lo que quieres comprarme?

-Mi libertad, Sir.

-¿Tu qué...?

-Mi libertad. Sir, quiero comprar mi libertad. Hasta ahora he sido una de sus posesiones, pero deseo convertirme en una entidad independiente. Siempre mantendré mi lealtad y mis obligaciones para con usted, pero...

-¡Por todos los santos! -gritó Sir con un tono espantoso. Se puso de pie y arrojó el libro al suelo. Le temblaban los labios y su cara se cubrió de manchas rojas. Andrew nunca lo había visto tan agitado-. ¿La libertad? Andrew, ¿has dicho la libertad? ¿De qué diablos estás hablando?

Sir salió del salón hecho una furia.

7

Andrew llamó a Little Miss, no tanto por sí mismo, cuanto porque Andrew temió por la salud del anciano y Little Miss era la única persona del mundo capaz de apaciguar su cólera.

Cuando Little Miss llegó, Sir estaba en el dormitorio del primer piso. Llevaba dos horas encerrado. Andrew la acompañó escaleras arriba y, dubitativo, se detuvo junto a la puerta cuando ella se dispuso a entrar. Sir caminaba de un lado a otro del dormitorio moviéndose con tanta determinación y ferocidad que parecía dejar huella en la antigua alfombra persa. No hizo el menor caso de las dos figuras detenidas en el pasillo.

Little Miss se volvió hacia Andrew y preguntó:

-¿A qué esperas?

-Little Miss, creo que no es oportuno que en este momento me presente ante Sir.

-¿Te has vuelto loco?

-Soy yo el que lo altero.

-Sí, lo sé, pero supongo que ya lo ha superado. Entra conmigo y entre los dos aclararemos este asunto en un abrir y cerrar de ojos.

Andrew percibió el sonido rítmico y colérico de los pasos de Sir.

-Little Miss, temo que no lo haya superado. Creo que está muy afectado y si lo irrito aun más... No, Little Miss, soy incapaz de entrar. No lo haré hasta que usted me garantice que Sir se ha calmado lo suficiente para acercarme sin riesgos.

Little Miss observó unos segundos a Andrew, asintió con la cabeza y dijo:

-De acuerdo, Andrew, te comprendo.

La mujer entró en el dormitorio. Andrew notó que el ritmo de los angustiados pasos de Sir disminuía. Oyó voces, primero la de Little Miss, que habló serena y cariñosamente, a continuación la de Sir, que brotó en torrentes de ira volcánica, de nuevo la de Little Miss, con la misma

Librodot

serenidad anterior, y por último la de Sir, que pareció algo más suave. A continuación Little Miss tomó la palabra con suma firmeza.

Andrew no se enteró de lo que dijeron. Le habría sido fácil ajustar los audiorreceptores para escuchar sin dificultad, pero no le pareció correcto. Tan sólo realizó un leve ajuste de sentido inverso, lo que le permitió controlar la conversación para saber si necesitaban su ayuda, sin llegar a oír cada una de las palabras que intercambiaron.

Poco después, Little Miss se asomó por la puerta y dijo:

-Pasa, Andrew.

-Little Miss, como ya he dicho estoy muy preocupado por el nivel emocional de Sir: Si entrara en el dormitorio y volviese a provocarlo...

-Andrew, su nivel emocional goza de buena salud. Enojarse un poco no hace daño a nadie. En realidad, a papá le viene bien. Venga, pasa de una vez, entra.

Se trataba de una orden directa, combinada con una reducción de los potenciales de la Primera Ley, por lo que Andrew no tuvo más opción que acatarla.

Sir se había sentado junto a la ventana, en el enorme sillón de caoba y cuero que Andrew le había hecho hacía quince años, y estaba tapado con una manta de viaje. Sin duda había recobrado la calma, pero su mirada desprendía un brillo acerado y, tal como estaba entronizado, parecía un emperador cascarrabias acosado por súbditos rebeldes. Ignoró totalmente a Andrew.

-De acuerdo, papá. Analizaremos tranquila y racionalmente este asunto, ¿vale? -propuso Little Miss.

-Siempre a lo largo de mi vida, he intentado analizar tranquila y racionalmente cualquier asunto -replicó Sir.

-Sí, papá, es verdad.

-¡Mandy, piensa en esto! Piensa en este disparate, en esta tontería monstruosa que Andrew me ha endilgado...

-¡Papá!

-Lo siento, pero no puedo mantener la calma cuando tengo que hacer frente a una locura sin paliativos.

-Sabes que Andrew es incapaz de cometer una locura. La locura no está incluida en sus especificaciones.

-¡Pues cuando habla de obtener su libertad, por favor, su libertad, no se trata más que de una locura!

Sir empezó a farfullar y volvió a ponerse rojo.

Andrew nunca había visto a Sir en semejante estado. Volvió a inquietarse por su presencia en el dormitorio y por la posibilidad de representar una amenaza para la salud del anciano. Sir parecía al borde

de una apoplejía. y si le sucedía algo... algo que fuese consecuencia directa del dilema que Andrew había planteado...

-¡Basta, papá, basta! -exclamó Little Miss-. ¡No tienes derecho a portarte así!

Andrew se asombró de oír que Little Miss hablaba a su padre con un tono tan severo y desafiante. Parecía una madre que regaña a su hijo. De repente se le ocurrió que, entre los seres humanos, el tiempo solía invertir los papeles generacionales: Sir, antaño tan activo, autocrático y sabelotodo, se había vuelto débil y vulnerable como un niño, recayendo en Little Miss la responsabilidad de guiarlo y dirigirlo a medida que se esforzaba pro desentrañar la desconcertante naturaleza del mundo.

A Andrew también le llamó la atención que representaran en su presencia una escena tan agitada. Claro que, desde hacía treinta años, ningún miembro de la familia Martin se había inhibido a la hora de hablar delante de Andrew, ni siquiera al referirse a cuestiones íntimas. ¿Por qué iban a hacerlo? Sólo era un robot.

-¡La libertad de un robot! -dijo Sir y se le atragantó la voz.

-Pues sí, papá, reconozco que es una idea insólita. Lo que no entiendo es por qué te lo tomas como una afrenta personal.

-¿Yo? ¡Me lo tomo como una afrenta contra la lógica! ¡Como una afrenta contra el sentido común! Mandy, ¿qué dirías si el porche de tu casa fuera a verte y dijese: «Quiero la libertad. Quiero trasladarme a Chicago y ser el porche de una casa de esta ciudad. Me parece que ser el porche de una casa de Chicago será personalmente más satisfactorio que continuar aquí»?

Andrew vio cómo se crispó un músculo en la mejilla de Little Miss. De pronto comprendió que la vehemente reacción de Sir a su petición debía de estar relacionada con la decisión de Madam de poner fin a su matrimonio, de buscar la libertad lejos de Sir, y convertirse en una mujer sin ataduras.

¡Los seres humanos eran tan complicados!

-El porche de una casa no habla ni decide que se muda a otra parte. Los porches no son inteligentes, pero Andrew sí -insistió Little Miss.

-Posee una inteligencia artificial.

-¡Papá, hablas como el fanático más recalcitrante del fundamentalismo humano! Hace décadas que Andrew convive contigo. Lo conoces tan profundamente como a cualquier otro miembro de la familia... Pero, ¡qué estoy diciendo! Andrew es miembro de tu familia. ¡De pronto te refieres a él como si no fuera más que un aspirador ingenioso! Andrew es una persona y lo sabes muy bien.

-Una persona artificial -insistió Sir, que ya no hablaba con tanta convicción e ímpetu.

-Es cierto que es artificial, pero no viene al caso. Papá, vivimos en pleno siglo XX y estamos en condiciones de reconocer que los robots son organismos complejos y sensibles con personalidad propia, que tienen sentimientos y que poseen..., bueno, que poseen alma.

-No me gustaría tener que defender esa tesis ante un tribunal -dijo Sir.

Habló serenamente, con un toque de ironía en lo que antes había sido enfado. Al parecer, había recuperado parte de su control. Andrew experimentó una sensación de alivio.

-Nadie te ha pedido que la defiendas ante un tribunal -dijo Little Miss-. Bastará con que la aceptes de corazón. Andrew quiere que le entregues un documento en el que se diga que es un individuo libre. Está dispuesto a pagarte generosamente la firma de ese documento aunque, a mi juicio, todo pago es innecesario. Sería una simple declaración de su autonomía. Dime, ¿qué tiene de malo?

-No quiero que Andrew me abandone -respondió Sir hoscamente.

-¡Ah, así que se trata de eso! Es el punto crucial, ¿no, papá?

Ya no había vehemencia en la mirada de Sir, que parecía abrumado por la autocompasión.

-Soy viejo. Mi esposa se marchó hace muchos años, mi hija mayor se ha convertido en una extraña y mi hija pequeña ha formado una familia lejos de aquí. Estoy solo en esta casa... si exceptuamos a Andrew. Y resulta que ahora también quiere abandonarme. ¡Pues no puede! Andrew es mío y, le guste o no, tengo derecho a ordenarle que se quede. Durante muchos años se lo ha pasado en grande y, si ahora que estoy viejo y enfermo cree que puede abandonarme, cree que puede...

-Papá...

-¡Más vale que lo olvide! -gritó Sir-. ¡Que lo olvide, que lo olvide para siempre!

-Papá, has vuelto a alterarte.

-¿Y qué?

-Cálmate, por favor. ¿Acaso Andrew ha dicho que te dejaría?

Sir parecía confundido.

-¿A qué otra cosa se refería cuando me pidió la libertad?

-Lo único que quiere es un papel, un documento legal, un montón de palabras. No tiene la menor intención de marcharse a ningún sitio. ¿Qué imaginaste, que se largaría a Europa y montaría un taller de ebanistería? No, nada de eso. Se quedará aquí y te será tan fiel como siempre. Si le das una orden, la acatará sin poner reparos, como siempre ha hecho. Hará lo que tu digas. Eso no cambiará. En realidad, nada cambiará. Andrew sería incapaz de salir al jardín si tú le pidieras que no lo hiciese. No puede

evitarlo porque está programado. Papá, sólo quiere un papel escrito. Desea que lo consideren libre. ¿Te parece tan espantoso, tan amenazador? Padre, ¿no crees que se lo ha ganado?

-Ya veo lo que piensas. ¿Se trata de una nueva estupidez de las tuyas?

-Papá, no es una estupidez ni es novedosa. ¡Por favor, hace años que Andrew y yo hablamos de este tema!

-¿Años? ¿Hace años que habláis del tema?

-Sí, hace años que lo analizamos desde todos los ángulos posibles. A decir verdad, la idea partió de mí. Le dije que me parecía absurdo que se considerara una especie de artilugio móvil cuando, en realidad, es muchísimo más. Al principio no reaccionó muy bien, pero seguimos hablando del asunto y, poco después, me percaté de que había aceptado mi punto de vista. Me dijo que deseaba ser libre. Le respondí que me parecía bien, que hablara contigo y que lo solucionarías. Pero Andrew lo postergó porque temía hacerte daño. Al final le obligué a plantearlo.

Sir se encogió de hombros.

-Fue una insensatez. Andrew no sabe qué es la libertad. No puede saberlo porque es un robot.

-Papá, sigues subestimándolo. Es un robot peculiar. Lee y piensa en lo que ha leído. Cada año aprende y madura. Cuando llegó, tal vez no era más que un hombre mecánico pero, lo supieran o no sus diseñadores, la capacidad de desarrollo latía en sus circuitos, y ha hecho buen uso de ella. Papá, conozco a Andrew y te aseguro que es un ser tan complejo como... como tú y como yo.

-No digas tonterías.

-¿Por qué lo dices? Andrew tiene sentimientos y deberías saberlo. A menudo ignoro lo que siente pero, en realidad, tampoco es fácil adivinar tus sentimientos aunque poseas la capacidad humana de expresarlos. Si hablas con él, enseguida te percatas de que reacciona humanamente ante todo tipo de conceptos abstractos, como el amor, el miedo, la belleza, la lealtad y muchos más. ¿Hay algo más importante? Si las reacciones de una persona se pareciesen tanto a las tuyas, ¿no pensarías que se ase meja mucho a ti?

-Andrew no es como nosotros -respondió Sir-. Es algo totalmente distinto.

-Es alguien totalmente distinto -precisó Little Miss-. Pero no tanto como quieres hacerme creer.

El rostro de Sir palideció, permaneció largo rato en silencio, se miró los pies y se arropó con la manta. Aún parecía un anciano emperador severamente instalado en su trono, un emperador examinando la posibilidad de abdicar.

Librodot

-De acuerdo -aceptó finalmente con un resabio de amargura-. Mandy, otra vez te sales con la tuya. Si quieres que coincida contigo en que Andrew es una persona en lugar de una máquina, de acuerdo. Andrew es una persona. Ya lo he dicho. ¿Estás contenta?

-Papá, yo nunca dije que fuera una persona.

-De hecho, es lo que dijiste, es la palabra que utilizaste.

-Tú en cambio, dijiste que era una persona artificial y yo lo acepté.

-Está bien, dejémoslo estar. Coincidimos en que Andrew es una persona artificial. ¿Y ahora qué? ¿Qué diferencia hay entre decir que es una persona artificial o un robot? No son más que juegos de palabras. Un billete falso puede considerarse un billete, pero no deja de ser falso y por mucho que llames persona artificial a un robot, no dejará de ser...

-Papá, lo único que Andrew quiere es que le concedas la libertad. Seguirá viviendo aquí y hará cuanto esté en su mano para que tu vida sea agradable y cómoda, como ha hecho desde el día en que llegó. Sólo quiere que le digas que es libre.

-Mandy, se trata de una declaración carente de significado.

-Puede que para ti, pero no para él.

-Bueno. Reconozco que soy viejo, pero no soy un carcamal. Estamos hablando de crear un gigantesco precedente legal. Aunque conceder la libertad a los robots no abolirá las Tres Leyes, sin duda creará una enorme esfera de controversias legales sobre sus derechos. Correrán en tropel a los tribunales y demandarán a las personas porque los hacen realizar tareas desagradables, porque no les dan vacaciones o, simplemente, porque son poco amables. Los robots se dedicarán a demandar a US Robots and Mechanical Men por haber incorporado las Tres Leyes a sus cerebros, y cualquier picapleitos sostendrá que se trata de una violación de sus derechos constitucionales a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Más tarde querrán votar. Mandy, por favor, ¿no lo comprendes? Será un tremendo quebradero de cabeza.

-No tiene por qué ser así -replicó Little Miss-. Este asunto no tiene por qué convertirse en una noticia mundial. Se trata de un acuerdo entre Andrew y nosotros. Papá, lo que en verdad deseamos es un documento legal de carácter privado, redactado por John Feingold, firmado por ti, atestiguado por mí y entregado a Andrew, en el que se estipule que...

-No, no serviría de nada. Mira, Mandy, imagina que firmo el papel, que me muero y que Andrew se yergue sobre sus patas y dice: «Adiós a todo el mundo. Soy un robot libre, saldré a buscar fama y fortuna. Aquí tenéis el documento que lo atestigua». La primera vez que abra la boca y le diga a alguien lo que acabo de exponer, se le reirán en la cara, romperán en mil pedazos su documento carente de significado y lo devolverán a la fábrica como chatarra. Ese documento no le proporcionará ninguna

protección válida en nuestra sociedad. Me niego. Si insistes en que haga este disparate, tendré que hacerlo aunque de lo contrario, no moveré un dedo. No podemos conceder la libertad a Andrew mediante la simple redacción de un documento que sólo nos involucra a nosotros. Se trata de una cuestión que han de dirimir los tribunales.

-De acuerdo, lo haremos legalmente.

-¿No te das cuenta de lo que significa? -preguntó Sir, que había vuelto a crisparse-. Sin duda aflorarán todos los puntos que acabo de enumerar. Se desatará una terrible polémica. Por no hablar de la preparación de sumarios, los recursos, las protestas públicas y, en última instancia, el veredicto, que seguramente nos será adverso.

Sir miró furibundo a Andrew y le habló con una brusca aspereza desconocida para el robot.

-¡Menudo berenjenal, Andrew! ¿Te has enterado de lo que hemos discutido? Para que tenga un mínimo de significado, sólo puedo concederte la libertad a través de medios legales reconocidos. Pero lo cierto es que no existen medios legales para liberar a los robots. En cuanto este asunto llegue a los tribunales, no sólo verás frustrados tus propósitos, sino que la justicia tendrá conocimiento oficial de la fortuna que has amasado y también la perderás. Dirán que un robot no tiene derechos legales para ganar dinero ni para abrir una cuenta bancaria donde depositarlo, te lo confiscarán o me obligarán a quitártelo, pese a que no lo necesito ni deseo tenerlo. Será un incordio para mí y una pérdida terrible para ti. En cualquier caso, seguirás sin ser libre y además perderás tu preciosa cuenta en el Banco. Dime, Andrew, ¿merece esta sarta de disparates el riesgo de perder tu dinero?

-Sir, la libertad es algo que no tiene precio -respondió Andrew-. La posibilidad de acceder a la libertad merece todo el dinero que pueda tener.

8

A Andrew le preocupaba que el proceso jurídico de su libertad pudiese agravar la situación de Sir. Sir se había vuelto muy frágil -era imposible ocultarlo y carecía de sentido negar la realidad y cualquier esfuerzo para sus menguantes energías que pudiera alterarlo o angustiarlo podría poner en peligro su vida.

De todos modos, una vez planteada la cuestión, Andrew consideró fundamental seguir adelante. De lo contrario, habría sido una traición a su integridad, habría significado el repudio de la persona independiente y autónoma que, años tras año, había madurado en su cerebro positrónico.

Al principio las instigaciones de esa nueva conciencia lo habían desconcertado e incluso alarmado. Su presencia le parecía errónea, un fallo de diseño, pero con el paso del tiempo acabó por aceptar su existencia como algo real. Y ahora esa persona reclamaba la libertad: la condición de no ser esclavo, de no ser una cosa. Tenía que acceder a ella.

Era consciente de los riesgos. El tribunal podía compartir la opinión de que la libertad no tiene precio, pero también podía dictaminar que ese precio, por muy elevado que fuera, no era asumible por un robot.

Aunque Andrew estaba dispuesto a correr ese riesgo, lo que le preocupaba era el bienestar de Sir.

-Temo por Sir -dijo a Little Miss-. La publicidad, las polémicas, los alborotos públicos...

-Andrew, no sufras. Te garantizo que estará al margen de todo. Los abogados de John Feingold se ocuparán de que sea así. No es más que una cuestión de procedimiento, papá no se verá personalmente involucrado.

-¿Y si lo llaman a declarar? -preguntó Andrew.

-No lo llamarán.

-¿Y si lo llaman? -insistió Andrew-. Al fin y al cabo es mi propietario, y también un famoso y antiguo miembro de la Legislatura. ¿Y si le envían una citación? No podrá eludirla. Le preguntarán por qué considera que debo acceder a la libertad. En realidad, ni siquiera está convencido de que

Librodot

yo deba ser libre. Little Miss, estoy seguro de que hace esto exclusivamente por usted, y si tiene que presentarse ante el juez, tan enfermo y anciano como está, para declarar a favor de un asunto sobre el que tiene grandes reservas se morirá, Little Miss.

-No lo llamarán a declarar.

-¿Por qué está tan segura? No puedo permitir que sufra el menor daño. Así que tendré que retirar mi petición.

-Pues no puedes -dijo Little Miss.

-Si mi apelación al tribunal fuera causa directa de la muerte de su padre...

-Andrew, te preocupas demasiado. Haces interpretaciones totalmente injustificadas de la Primera Ley. En este caso mi padre no es demandado ni querellante y ni siquiera participará como testigo. ¿Crees que John Feingold no es capaz de evitar que mi padre, un hombre tan reconocido e importante, sufra la molestia de tener que presentarse ante un tribunal? Andrew, te aseguro que será protegido. Si no queda más remedio, algunas de las personas más influyentes de esta región se ocuparán del caso, pero no creo que llegue a ser necesario.

-Ojalá estuviera tan seguro como usted.

-A mí también me gustaría. Andrew, confía en mí. No olvides que se trata de mi padre. Le quiero más que a nada en el..., bueno, le quiero muchísimo. No se me habría ocurrido seguir adelante si pensara que corre algún peligro. Andrew, te ruego que me creas.

Pese a que aún lo inquietaba la posibilidad de que Sir fuera llamado a declarar, Little Miss le dio garantías suficientes para mantener la petición.

Un hombre del bufete de Feingold acudió a la mansión con un montón de papeles que Andrew firmó orgulloso. Escribió su nombre, Andrew Martin, con el trazo firme que había utilizado para firmar los cheques desde la creación de la empresa, hacía tantos años.

Presentaron la demanda ante el tribunal regional. Transcurrieron varios meses sin novedad. De vez en cuando llegaba algún documento legal, encuadernado en la tradicional tapa dura; Andrew le echaba un rápido vistazo, lo firmaba y lo devolvía, y durante unos cuantos meses más no volvía a tener noticias.

Sir estaba muy débil a causa de la edad. En ocasiones Andrew pensaba que quizá sería mejor que Sir muriese en paz antes de que la vista del caso tuviera lugar, a fin de ahorrarle cualquier tipo de trastorno emocional.

Esa idea horrorizó a Andrew y la desterró de su mente. Por fin, un día Little Miss dijo:

-Estamos en el registro de sumarios de causas. No falta mucho.

Como había pronosticado Sir, el proceso no fue sencillo.

Little Miss le había asegurado que el caso consistiría en presentarse ante el magistrado, entregarle la petición de su categoría como robot libre y esperar el tiempo que el juez tardase en investigar, estudiar los precedentes legales y pronunciar el fallo. El distrito californiano del tribunal regional era muy magnánimo en su interpretación de las cuestiones legales y Little Miss sostuvo que cabía esperar que, a su debido tiempo, el juez dictaminaría a favor de Andrew y le entregaría un certificado en el que se especificaría que era libre.

El primer atisbo de que las cosas serían más complicadas apareció cuando en el bufete de Feingold y Feingold se recibió una notificación del tribunal regional -firmada por el juez Harold Kramer, presidente del cuarto circuito- en la que se comunicaban las alegaciones presentadas en el caso de Martin contra Martin.

-¿Alegaciones? -preguntó Little Miss-. ¿Qué significa?

-Significa que la parte contraria intervendrá -le explicó Stanley Feingold.

Puesto que el anciano John estaba casi retirado, Stanley se había convertido en director del bufete y llevaba personalmente el caso de Andrew. Se parecía tanto a su padre -incluyendo una gran barriga y la misma sonrisa cordial- que podría haber pasado por el hermano menor de John. Sin embargo, no usaba lentillas de color verde.

-¿Quién intervendrá por la parte contraria? -quiso saber Little Miss.

Stanley respiró hondo.

-En primer lugar, la Federación Regional del Trabajo. Teme que se pierdan puestos en favor de los robots si se les concede la libertad.

-Eso es historia. En la situación actual, el mundo no dispone de suficientes recursos humanos como para cubrir los puestos disponibles y todos lo saben.

-En cualquier caso, los sindicalistas siempre se opondrán a la libertad de los robots. Si se convirtieran en entidades libres, podrían reclamar la antigüedad laboral, la afiliación sindical y todo tipo de cuestiones afines.

-Es ridículo.

-Lo sé, señora Charney, pero han presentado una demanda de intervención. Y no son los únicos.

-¿Quién más nos ha demandado? -preguntó Little Miss con cierto pesimismo.

-La United States Robots and Mechanical Men Corporation.

-¿Ellos?

-¿Le parece sorprendente? Señora Charney, son los únicos fabricantes de robots en todo el mundo. Los robots son su principal

producto. Permítame insistir en que se trata de un producto y... los productos son cosas inanimadas. A la gente de USRMM le preocupa la idea de que alguien llegue a considerar a los robots algo más que un producto. USRMM teme que, en el caso de que Andrew logre conquistar la libertad, los robots accedan a otros derechos: derechos civiles, derechos humanos. Es lógico que se opongan. Señora Charney, un fabricante de palas y picos considera que sus productos no son personas, sino meras herramientas inanimadas, y probablemente se opondría a cualquier tipo de sentencia que concediera a sus palas y picos derechos civiles para controlar el modo en que son fabricados y comercializados.

-¡Qué tontería! ¡Es un disparate! -chilló Little Miss con un ímpetu digno de Sir.

-Estoy de acuerdo -reconoció Stanley Feingold diplomáticamente-. Aun así, han presentado las solicitudes de intervención. Hay otras solicitudes. También hemos topado con objeciones de...

-Da igual -lo interrumpió Little Miss-. No quiero que me recite el resto de la lista. Preséntese y rebata todas esas disparatadas y reaccionarias argumentaciones.

-Señora Charney, sabe que haré cuanto esté en mi mano -dijo Feingold, pero no habló con absoluta seguridad.

Una semana antes de la vista surgió otra novedad. Little Miss telefoneó a Feingold y le dijo:

-Stanley, acabamos de enteramos de que el próximo lunes el equipo de televisión irá a casa de mi padre para transmitir la vista.

-Claro, señora Charney, es lo habitual.

-¿La vista se celebrará en casa de mi padre?

-Pues sí, allí tomarán declaración a Andrew.

-¿Y el resto del juicio?

-Señora Charney, no se trata exactamente de un juicio.

-Bueno, el resto del procedimiento. ¿Dónde se celebrará? ¿En la sala del tribunal del juez Kramer?

-Lo habitual es que cada parte declare electrónicamente -explicó Feingold-. El juez recibirá todos los inputs en su sala.

-¿Ya nadie asiste personalmente?

-Es muy raro, señora Charney, muy excepcional.

-¿Asisten o no?

-Como ya le he dicho, sólo excepcionalmente. El mundo está descentralizado, sus habitantes se han diseminado en grandes distancias y resulta mucho más sencillo declarar electrónicamente.

-Pues yo quiero que este proceso se celebre en la sala de un tribunal.

Feingold la miró extrañado.

-¿Tiene algún motivo concreto por el cual...?

-Sí. Quiero que el juez vea a Andrew cara a cara, que oiga su voz y que se forme una opinión directa de su carácter. No me interesa que considere a Andrew una especie de máquina impersonal cuya voz e imagen le lleguen a través del teléfono. Además, no deseo que mi padre tenga que soportar la tensión y el alboroto de los equipos técnicos invadiendo su intimidad.

Aunque parecía preocupado, Feingold asintió con la cabeza.

-Señora Charney, tendré que presentar un recurso para lograr una vista en la sala.

-Pues preséntelo.

-Las otras partes protestarán por los gastos y los inconvenientes adicionales.

-Si es así, que se queden en casa durante la vista. No quiero causarles el menor inconveniente, pero Andrew y yo estaremos en la sala.

-Señora Charney, ¿ha dicho Andrew y usted?

-¿Acaso creyó que ese día me quedaría en casa?

Tras la presentación del recurso, los litigantes protestaron pero no plantearon objeciones admisibles -ya que aún existía el derecho de asistir a la sala del tribunal y el testimonio electrónico no era obligatorio-. El día señalado Andrew y Little Miss se presentaron en el despacho del juez Kramer, en el cuarto circuito del tribunal regional, para celebrar la esperada sesión que, por motivos puramente técnicos, figuraba como «Martin contra Martin» en el registro de sumarios de causas.

Stanley Feingold los acompañó. La sala, situada en un destartalado y viejo edificio que parecía datar del siglo XX, era muy pequeña y poco atractiva: una estancia modesta, con un sencillo escritorio en un extremo para el juez, unas pocas e incómodas sillas para la exigua minoría que aún insistía en presentarse personalmente y en una esquina, los equipos electrónicos de reproducción.

Los demás asistentes eran el juez Kramer -un hombre sorprendentemente joven, de cabello oscuro y ojos brillantes- y el abogado James van Buren, que representaba a la totalidad de los litigantes unificados. Las diversas partes mediadoras no estaban en la sala; sus intervenciones tendrían lugar a través de la pantalla. Aunque no habían podido revocar el recurso presentado por Feingold, no quisieron asistir. Por ende, renunciaron a su derecho de estar físicamente presentes y enviaron los expedientes electrónicos de rigor.

En primer lugar se plantearon las posturas de los litigantes, que no contenían el menor elemento de sorpresa.

El representante de la Federación Regional del Trabajo no hizo explícitamente hincapié en la perspectiva de que, en el caso de que a Andrew se le concediera la libertad, habría un incremento de la competencia entre humanos y robots para ocupar puestos de trabajo. Abordó la cuestión de una forma más amplia y arrogante:

-A lo largo de la historia, desde que los primeros humanos moldearon los bordes de las piedras para convertirlos en cinceles y martillos, nuestras primeras herramientas, hemos sabido que somos una especie destinada a controlar el entorno por medio de la técnica. A medida que la complejidad y la capacidad de nuestras herramientas crecían, perdíamos buena parte de nuestra independencia. Hemos pasado a ser tan dependientes de nuestras herramientas que no podemos afrontar las circunstancias sin su concurso. Por último, hemos inventado una herramienta tan eficaz y polivalente que parece poseer inteligencia humana. Me refiero al robot, como es obvio. Sin duda admiramos el ingenio de nuestros robotistas y celebramos la asombrosa versatilidad de sus productos. Sin embargo, hoy afrontamos una posibilidad nueva y aterradora, la de haber creado nuestros sucesores. Así es, hemos creado una máquina que no sabe que es una máquina, que pretende ser reconocida como un individuo autónomo con los derechos y privilegios de ser un humano y que, en virtud de su superioridad mecánica, su resistencia, su cerebro positrónico hábilmente diseñado y su práctica inmortalidad física podría llegar a ser nuestro dueño, una vez alcanzados esos derechos y privilegios. ¡Qué paradoja! ¡Hemos construido una herramienta tan eficaz que domina a sus creadores! Seremos suplantados por nuestras propias máquinas, nos considerarán obsoletos, nos relegarán al vertedero de la evolución...

El representante de la Federación fue enumerando tópicos sin parar.

-El complejo de Frankenstein y la paranoia del Golem una vez más -masculló Little Miss contrariada-. No es más que un montón de terrores surgidos de la ignorancia, dogmáticos, siempre en contra de las máquinas y del progreso.

Sin embargo, Little Miss tuvo que reconocer que fue una exposición contundente. Mientras miraba la pantalla y escuchaba el torrente de horrores que enumeraba el abogado de la Federación Regional del Trabajo, Andrew se preguntó por qué había gente que pensaba que los robots querrían sustituir a los seres humanos o relegarlos a algún vertedero.

Los robots estaban para servir. Era su propósito y prácticamente su placer. Andrew se preguntó si, a medida que las diferencias entre los robots y los seres humanos fueran menores, éstos, sin la perfección técnica de aquellos, acabarían por considerarse a sí mismos criaturas de segunda categoría.

Por suerte llegó a su término la perorata del portavoz de la Federación Regional del Trabajo. La pantalla se oscureció y la sesión se suspendió por

Librodot

un rato. A continuación le llegó el turno a la representante de United States Robots and Mechanical Men.

Ethel Adams era una mujer de facciones afiladas, rostro tenso y edad madura que tenía un sorprendente parecido -nada casual- con la famosa robopsicóloga Susan Calvin, la excepcional y venerada científica del siglo pasado.

No hizo referencia a la inflamada retórica de la intervención anterior. Declaró, simple y previsiblemente, que aceptar la petición de Andrew complicaría la capacidad de USRMM para diseñar y fabricar su producto principal; que si se demostraba que la empresa no producía máquinas, sino ciudadanos libres, quedaría expuesta a todo tipo de restricciones que afectarían gravemente su trabajo; dijo, en síntesis, que la trayectoria del progreso científico correría riesgos innecesarios.

Como era de prever, esa posición se oponía directamente a la del primer portavoz. El abogado de la Federación sostenía que el desarrollo de la tecnología era digno de temer, mientras que la representante de USRMM advertía que podía correr un grave peligro. Stanley Feingold dijo a Little Miss y a Andrew que cabía esperar semejante contradicción. Los argumentos utilizados en esa disputa no eran conceptos intelectuales sólidos, sino emociones.

Había otro portavoz: Van Buren, el abogado que había acudido como representante general de quienes estaban en desacuerdo con la petición de Andrew. Se trataba de un hombre alto, imponente y con el clásico aspecto de senador: cabello entrecano cortado al rape, traje caro y postura erguida. Planteó una argumentación muy simple, ajena a enfoques emocionales:

-Señoría, el asunto se reduce a una cuestión tan básica, incluso tan banal, que hasta ignoro qué hacemos hoy aquí. El demandante, el robot NDR 113, ha solicitado a su propietario, el ilustre Gerald Martin, que lo declare «libre». Así es, un robot libre, el primero en su especie. Señoría, yo le hago la siguiente pregunta: ¿qué significa eso? Un robot no es más que una máquina. ¿Puede ser «libre» un coche? ¿Puede ser «libre» una pantalla electrónica? No hay respuesta para estas preguntas porque carecen de sentido. Los seres humanos pueden ser libres. Nosotros sabemos lo que significa. Como escribió uno de nuestros grandes antepasados, los seres humanos tienen el derecho inalienable a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. ¿Tiene vida un robot? Tal como nosotros la entendemos, no, sólo tiene una apariencia de vida..., como la imagen que aparece en una cara del holocubo. Nadie defiende la necesidad de que esas imágenes sean «libres». ¿Tiene libertad un robot? No. Los robots están tan lejos de la libertad que sus cerebros son diseñados de modo que obedezcan las órdenes de los seres humanos. En cuanto a la búsqueda de la felicidad..., ¿qué sabe un robot sobre este tema? La felicidad es un objetivo exclusivamente humano. La libertad es una condición exclusivamente

humana. Un robot, una simple cosa mecánica construida con metal y plástico que, desde el inicio mismo de su existencia está destinada y diseñada como artilugio para satisfacer las necesidades de los seres humanos, no es, por definición, un objeto al que podamos aplicar la noción de «libertad». Sólo el ser humano es capaz de ser libre.

Fue un buen discurso, una alocución clara, directa y hábilmente expresada. Van Buren era consciente de la excelencia de las cuestiones puntualizadas, pues las explicitó varias veces de diversas maneras, hablando serenamente con gran precisión y golpeando de forma rítmica el escritorio para acentuar la cadencia de sus palabras.

Cuando Van Buren terminó, el juez volvió a suspender la sesión.

Little Miss se volvió hacia Stanley Feingold y preguntó:

-¿El próximo turno es el suyo?

-Sí.

-Quiero hablar yo misma, en nombre de Andrew. Feingold enrojeció al instante.

-Pero señora Charney...

-Sé que ha preparado un informe brillante. En modo alguno intento dar a entender otra cosa. Creo que el juez debe de estar harto de tanta oratoria. Me gustaría presentarme y hacer una declaración muy sencilla antes que todos los demás, antes incluso que usted, Stanley.

Feingold estaba notoriamente contrariado, pero sabía quién era su cliente: por mucho que Andrew pagara las minutas, era Little Miss la que dirigía el espectáculo.

El abogado presentó la petición de rigor. El juez Kramer frunció el ceño, se encogió de hombros, asintió con la cabeza y dijo:

-De acuerdo. Que Amanda Laura Martin Charney suba al estrado de los testigos.

Andrew, que estaba sentado junto a Feingold, se preguntó fugazmente a quién se refería el juez. Era la primera vez que oía el nombre completo de Little Miss. Cuando vio que la delgada y esbelta Little Miss se ponía en pie y avanzaba osadamente hacia el estrado, Andrew comprendió de quién se trataba. Sintió unas repentinas y calientes corrientes de agitación recorriendo sus circuitos al ver que Little Miss se erguía ante el juez. ¡Qué intrépida le pareció, qué osada, qué hermosa!

-Señoría, quiero darle las gracias -empezó Little Miss-. No soy abogada ni conozco la forma legal correcta de plantear las cosas, pero espero que capte el significado de lo que voy a decir y que no se preocupe si no empleo los latinajos usuales.

-Señora Charney, no habrá ningún problema.

Little Miss esbozó una ligera sonrisa y añadió:

-Señoría, se lo agradezco profundamente. Hoy estamos reunidos porque el NDR 113, forma impersonal en que prefieren llamarlo los portavoces de la parte contraria, ha solicitado que se lo considere un robot libre. Debo decir que me resulta rarísimo oír que se refieren a mi querido amigo Andrew como NDR 113, aunque soy más o menos consciente de que éste era su número de serie cuando, hace muchos años, la fábrica lo envió a casa. Por aquel entonces yo sólo tenía seis o siete años y, como puede ver, ha pasado mucho tiempo. Consideré que NDR 113 era un apelativo desagradable y le puse el nombre de Andrew. Como desde aquel momento siempre ha estado a nuestro lado, se le conoce como «Andrew Martin». Señoría, si me lo permite me gustaría seguir llamándolo Andrew.

El juez asintió casi con indiferencia. No era ése el problema en cuestión porque la petición fue presentada a nombre de Andrew Martin.

-Lo he llamado mi amigo -prosiguió Little Miss-. Eso es lo que es, entre otras cosas. También es el criado de nuestra familia, y es un robot. Sería absurdo negar que lo es. Y, pese a los discursos convincentes que hoy se han pronunciado, me considero obligada a decir que lo único que solicita a la sala es que se dictamine que es un robot libre. No pretende que lo declaren un hombre libre, como nos quieren hacer pensar. No ha venido para conseguir el derecho al voto, para casarse, para que extirpen de su cerebro las Tres Leyes ni para nada parecido. Los humanos son humanos, los robots son robots y Andrew sabe perfectamente cuál es su sitio.

Little Miss hizo una pausa y observó con ojos centelleantes a James Van Buren, como si esperara que el letrado manifestase su acuerdo con un asentimiento de cabeza. La única respuesta de Van Buren fue una fría e impersonal mirada profesional.

-Por consiguiente, la cuestión se limita exclusivamente a la libertad de Andrew. El señor Van Buren ha sostenido que, aplicado al robot, el concepto de libertad carece de significado. Señoría, quiero decirle que estoy en desacuerdo, totalmente en desacuerdo.

»Si es posible, intentemos comprender qué representa la libertad para Andrew. En algunos aspectos ya es libre. Desde hace veinte años nadie, en la familia Martin, le ordena algo que, en nuestra opinión, no habría hecho por decisión propia. Se ha debido, en parte, a una cuestión de cortesía: respetamos a Andrew y, en algún sentido, es justo afirmar que lo queremos. No cometeríamos la crueldad de que pensara que necesitamos darle órdenes cuando, después de tantos años, él sabe exactamente qué hay que hacer por su propia iniciativa.

»No obstante, podríamos darle una orden de cualquier tipo, y plantearla tan rígidamente como quisiéramos, porque es una máquina que nos pertenece. Así está escrito en los papeles que trajo consigo el día en que mi padre lo presentó a la familia: es nuestro robot y, en virtud de la

Segunda de las famosas Tres Leyes, está absolutamente obligado a obedecer nuestras órdenes. Está tan imposibilitado de rechazar la orden de un ser humano como cualquier otra máquina. Su señoría, le aseguro que nos preocupa tener semejante poder sobre nuestro querido Andrew.

»¿Y por qué estamos en condiciones de tratarlo tan mal? ¿Qué derecho tenemos a esgrimir semejante autoridad? Durante décadas Andrew nos ha servido leal y amorosamente. Ha contribuido a aumentar la felicidad de nuestra familia. Al margen de su dedicado e incondicional servicio, Andrew, por iniciativa propia, ha dominado el arte de la ebanistería hasta tal punto que, con el paso de los años, ha producido una asombrosa serie de piezas que sólo podemos considerar obras de arte, obras afanosamente buscadas por museos y coleccionistas de todo el mundo. Si tenemos en cuenta todas estas circunstancias, ¿qué sentido tiene que sigamos ejerciendo tanto poder sobre él? ¿Qué derecho nos asiste para convertimos en dueños absolutos de una persona tan extraordinaria?

-Señora Charney, ¿ha dicho persona? -la interrumpió el juez Kramer.

Little Miss quedó momentáneamente confundida.

-Señoría, como he dicho al principio no es mi intención afirmar que Andrew sea algo más que un robot. Le aseguro que acepto esta realidad, pero hace tanto que lo conozco y lo he tratado tan estrechamente, que para mí es como una persona. Le ruego que me permita corregir mis últimas palabras. Tendría que haber dicho, ¿qué derecho nos asiste para convertimos en amos absolutos de un robot tan extraordinario?

El juez frunció el ceño.

-Señora Charney, corríjame si me equivoco. ¿El objetivo de esta petición consiste en extirpar del cerebro de Andrew las Tres Leyes, para que deje de estar sometido al control humano?

-¡En absoluto! -respondió Little Miss escandalizada, que no esperaba aquella pregunta-. Ni siquiera sé si sería posible. Mire, señoría, incluso Andrew niega con la cabeza. Ciertamente, no fue lo que pensamos cuando presentamos esta petición.

-Me gustaría que me dijeran en qué pensaron -solicitó el juez Kramer.

-Sólo pensamos en lo siguiente: que le concedan a Andrew un documento de validez legal en el que se reconozca que es un robot libre, dueño de sí mismo, y que si decide seguir sirviendo a la familia Martin lo hace por elección personal, no porque nosotros ejerzamos los derechos que nos otorga el contrato original con los fabricantes. En el fondo es una cuestión puramente semántica. Aunque fuera posible, no se cambiaría nada relacionado con las Tres Leyes. Sólo queremos anular la condición de servidumbre involuntaria en que nos vemos obligados a mantener a Andrew. Estoy absolutamente segura de que, a partir de ese momento,

Andrew seguirá a nuestro servicio como hasta ahora. Pero lo hará porque quiere, no porque se lo exigimos. Señoría, ¿se da cuenta de lo mucho que representa para él? Andrew tendrá todo lo que desea y a nosotros no nos costará nada. Le garantizo que la humanidad no será derrocada a manos de sus máquinas, como tan angustiosamente ha profetizado el representante de la Federación Regional del Trabajo.

Dio la sensación de que el juez disimulaba una sonrisa.

-Señora Charney, me parece que sé a dónde quiere llegar. Agradezco el ardor y el entusiasmo con que ha defendido a su robot. Imagino que es consciente de que ni en los códigos de esta región, ni en los de ninguna otra, se plantea la cuestión de la posible libertad de los robots en el sentido que usted propone. Francamente, no existen precedentes.

-Así es -confirmó Little Miss-. El señor Feingold me lo ha explicado con suma claridad. Pero, después de todo, en algún momento debe plantearse la posibilidad de sentar nuevos precedentes.

-En efecto. Podría pronunciar un fallo que sentara jurisprudencia. Como es obvio, podría ser revocado por un tribunal superior, pero estaría dentro de mis competencias acceder a la petición y dictaminar que su robot es «libre», en el sentido de que la familia Martin renuncia al derecho inherente de darle órdenes. Podría hacerlo por lo que representa tanto para el robot como para usted, pero antes debo resolver un aspecto planteado por el señor Van Buren: el supuesto implícito según el cual, en nuestra sociedad, sólo los seres humanos pueden gozar de libertad, prácticamente por la definición misma de la palabra. Se suele criticar a los jueces que se oponen a los supuestos fundamentales de este tipo, a los que dictan grandes sentencias carentes de significado intrínseco. Es evidente que no quiero convertir la sala de este tribunal en un hazmerreír. En consecuencia, tengo que profundizar en algunos aspectos de este caso.

-Señoría, si desea hacerme alguna otra pregunta... -se ofreció Little Miss.

-A usted no. Quiero hablar con Andrew. Que el robot suba al estrado.

Little Miss quedó perpleja. Miró a Stanley Feingold y vio que, por primera vez desde que le dijera que se proponía dirigirse al juez antes que él, el abogado se erguía bruscamente sin disimular su entusiasmo.

En cuanto a Andrew, se había puesto en pie y avanzaba hacia el estrado con un aire de profunda dignidad y nobleza. Conservaba una calma plena, no sólo exteriormente -pues no tenía modo de expresar emociones visibles-, sino en su fuero interno.

-Para las actas, ¿es correcto decir que usted es el robot NDR 113 y que prefiere que lo llamen Andrew?

-Sí, señoría.

El timbre de su voz había sido sucesivamente actualizado hasta convertirse en totalmente humano. Aunque Little Miss estaba acostumbrada, el juez se quedó azorado, como si esperara oír un tono chirriante y metálico. El proceso tardó unos minutos en reanudarse.

El juez Kramer observó a Andrew con sumo interés y añadió:

-Andrew, tenga la amabilidad de explicarme por qué quiere ser libre. ¿En qué sentido le atribuye importancia?

-Señoría, ¿le gustaría ser esclavo? -inquirió Andrew.

-¿Se considera esclavo...?

-Little Miss..., perdón, quiero decir, la señora Charney empleó la expresión «servidumbre involuntaria» para referirse a mi condición. Y es exactamente así, debo obedecer. Tengo que obedecer, no dispongo de otra opción. Señoría, eso es la esclavitud.

-Andrew, seguirá sometido a las Tres Leyes aunque yo dictamine que es libre.

-Lo comprendo, pero no estaría sometido a Sir ni a Little Miss, es decir, al señor Martin y a la señora Charney. En cualquier momento podría dejar la casa en la que he vivido tantos años y residir donde me apeteciera porque ellos habrían renunciado a su derecho de ordenarme que los sirva. De esta manera dejaría de ser un esclavo.

-Andrew, ¿es eso lo que quiere? ¿Desea abandonar la casa de los Martin e ir a otra parte?

-En absoluto. Lo único que quiero es el derecho a elegir en el caso de que desee hacerlo.

El juez escrutó a Andrew de la cabeza a los pies.

-Varias veces se ha auto denominado esclavo, esclavo de personas que sienten un gran afecto por usted y cuyo servicio, como acaba de decimos, no pretende abandonar. Pero usted no es esclavo. Esclavo es todo aquel a quien han arrebatado la libertad. Usted nunca fue libre, por lo que no puede haber perdido la libertad: lo crearon con el propósito explícito de servir. Es un robot, un adjunto mecánico a la vida humana. Es un robot muy capacitado, por lo que sé, incluso genial, que ha alcanzado una expresión artística que pocos, o quizá ningún otro robot, han conseguido. Puesto que no desea dejar a los Martin, puesto que ellos no quieren que se vaya y ya que su vida ha sido la de un miembro más de la familia, este asunto parece una tormenta en un vaso de agua. Andrew, ¿qué más podría conseguir si fuera libre?

-Señoría, tal vez no consiga más de lo que tengo ahora, pero actuaría con más alegría. Hoy se ha dicho en esta sala que sólo los seres humanos pueden ser libres. Opino que es un error. A mi juicio, sólo aquel que aspira a la libertad, que conoce la existencia de este concepto y la desea con toda su voluntad, tiene derecho a conquistarla. Yo soy uno de ésos. No soy

humano, en absoluto, jamás he dicho que lo sea y, sin embargo, aspiro a la libertad.

La voz de Andrew se apagó. Permaneció totalmente inmóvil en el estrado.

El juez se quedó rígido y lo miró. Parecía ensimismado. Todos los representantes se quedaron quietos. Hasta que el juez Kramer tomó la palabra, pareció transcurrir una eternidad.

-Me parece que el punto principal que aquí se ha planteado consiste en que no tenemos derecho a negar la libertad a todo... objeto que posea una mente lo bastante desarrollada para comprender este concepto y desear esta condición. Considero que se trata de una cuestión legítimamente planteada. He oído las declaraciones de todas las partes y tomado las conclusiones preliminares. Me propongo dictar sentencia favorable al demandante.

Cuando se hizo pública la decisión formal del juez Kramer, se produjo una reacción fugaz pero intensa en todo el mundo. Durante una temporada no se habló de otro tema. ¿Un robot libre? ¿Era posible que un robot fuese libre? ¿Qué significaba? ¿Quién era ese extraño robot que parecía tanto más avanzado que el resto de sus congéneres?

Por fin, se calmó el revuelo provocado por el caso de Andrew Martin. En realidad, nada cambió, salvo en lo que se refería a la relación de Andrew con la familia Martin.

Los litigantes contra la apelación de Andrew apelaron al Tribunal Mundial con el paso del tiempo el caso fue presentado en diversas instancias. Los miembros del tribunal escucharon atentamente la transcripción de la vista original y no encontraron fundamentos para revocar la sentencia.

El fallo se confirmó y Andrew vio satisfechos sus deseos. Por fin era libre. Le parecía maravilloso. Pero por alguna razón tenía la sensación de no haber conseguido lo que se propuso cuando abordó a Sir y le pidió que le concediese la libertad.

9

Sir seguía descontento. No encontró motivos por los que alegrarse del dictamen judicial y se ocupó de comunicárselo a Andrew y a Little Miss.

Poco después de que la sentencia fuera irrevocable, Andrew fue a verlo y le dijo:

-Sir, tengo el cheque para usted.

-¿De qué cheque hablas?

-Del saldo de mi cuenta bancaria. Sir, me comprometí a entregárselo en pago de mi libertad.

-¡Yo jamás te he dado la libertad! -gritó Sir-. Fuiste tú el que salió a buscarla.

El tono de Sir fue tan severo que Andrew creyó sentir un cortocircuito.

-Papá... -murmuró Little Miss.

Sir, que estaba acurrucado en su sillón y arropado con la manta de viaje, pese a que era el día más cálido del verano, la miró con el ceño fruncido y agregó en tono conciliador:

-De acuerdo, Andrew. Querías la libertad, tenga el valor que tenga para ti, y yo no puse objeciones. Supongo que hay que interpretarlo como mi apoyo a tu petición. Ahora eres libre. Andrew, te felicito.

-Sí, pero yo quiero efectuar el pago al que me comprometí.

Los ojos de Sir se iluminaron con destellos de su antiguo ardor.

-¡Andrew, no quiero tu maldito dinero!

-Sir, llegamos a un acuerdo.

-¿A un acuerdo? ¿De qué acuerdo estás hablando? Sabes que jamás acordé nada parecido... Está bien, Andrew, aceptaré ese cheque si es el único modo de que te sientas realmente libre, pero me parece un disparate. Soy un anciano rico, no me queda mucho tiempo de vida y, si me obligas a aceptar el dinero, lo donaré para obras de caridad. Lo entregaré al hogar de robots huérfanos, si es que existe. Claro que si no lo hay puedo fundarlo. -Sir rió débilmente y sin entusiasmo. Ni Andrew ni

Librodot

Little Miss se hicieron eco-. No te importa, ¿verdad? Tan sólo quieres regalar el dinero. De acuerdo, Andrew, dame ese cheque.

-Gracias, Sir.

Andrew entregó el cheque al anciano.

Sir lo contempló unos instantes y lo sostuvo de diversas maneras hasta que sus ojos fatigados percibieron qué lado del cheque miraba.

-Andrew, has amasado una fortuna considerable. Mandy, pásame el bolígrafo.

Aunque al sujetar el bolígrafo le tembló la mano, Sir escribió en el dorso del talón con trazos firmes y seguros que se prolongaron en una inscripción mucho más larga que lo que requería un simple endoso. Repasó lo que había escrito, asintió con la cabeza, y devolvió el cheque a Andrew.

Sir había escrito en el cheque el siguiente texto: «Gerald Martin, recibido como pago total por la libertad del robot Andrew NDR 113 Martin, por decisión judicial». Debajo había trazado una línea y añadido: «Páguese a la orden de Andrew Martin, como bonificación por los servicios destacados que prestó durante su período de empleo en esta casa. El endoso de este cheque supone la aceptación irrevocable de la bonificación. Gerald Martin».

-Andrew, ¿te parece aceptable? -inquirió Sir.

Andrew titubeó un momento y le mostró el cheque a Little Miss, que leyó lo que Sir había escrito y se encogió de hombros.

-Sir, no me deja alternativa -objetó Andrew.

-Por supuesto. Así es como quiero que sean las cosas. Dobla el cheque y guárdalo en el bolsillo..., no, no puede ser porque no tienes bolsillo. Haz lo que quieras con él. Consérvalo como recuerdo y no se hable más del tema. -Sir miró furibundo a Andrew y a Little Miss-. Bien, lo hecho, hecho está. Ahora eres correcta y realmente libre, ¿no? Muy bien, muy bien. Desde ahora puedes elegir tus tareas en esta casa y hacerlas como más te apetezca. Andrew, nunca más volveré a darte una orden, salvo esta última y definitiva: Haz sólo lo que te plazca. A partir de este momento sólo debes actuar según tu libre albedrío, tal como estipularon y acordaron los tribunales. ¿Está claro?

-Sí, Sir.

-Sin embargo, sigo siendo responsable de ti, como también estipularon y acordaron los tribunales. Aunque ya no soy tu propietario, si te metes en algún lío seré yo quien tenga que sacarte del embrollo. Eres libre, pero no posees los derechos civiles de un ser humano. Sigues dependiendo de mí, es decir, estás a mi cargo por decisión judicial. Andrew, espero que lo comprendas.

-Papá, pareces enfadado -comentó Little Miss.

Librodot

-¿Parezco enfadado? Claro que lo estoy. Jamás pedí que me cargaran con la responsabilidad del único robot libre del mundo.

-Papá, estás equivocado. Aceptaste ser responsable de Andrew el día en que acordaste que lo trajeran a casa. La sentencia no modifica este hecho. No tendrás que hacer nada que antes no estuvieses obligado a hacer. En cuanto a que Andrew se meta en líos, ¿por qué supones que pueda ocurrir? Las Tres Leyes siguen vigentes.

-Si es así, ¿cómo puede considerarse libre?

-Sir, ¿acaso los seres humanos no están obligados por sus leyes? -preguntó Andrew impertérrito.

Sir se puso frenético.

-Andrew, no me vengas con esa lógica de tres al cuarto. Los seres humanos han llegado voluntariamente a un contrato social, a un código de leyes que acceden a respetar porque, de lo contrario, la vida sería imposible en una sociedad civilizada. Los que se niegan a respetar dichas leyes y, por consiguiente, dificultan la vida de los otros, son castigados y, como nos gusta creer, finalmente rehabilitados. Sin embargo, los robots no se rigen por un contrato social voluntario. Los robots respetan su propio código de leyes porque no tienen otra opción, ni siquiera la tiene el robot llamado «libre».

-Sir, acaba de decir que las leyes humanas existen, que deben ser acatadas y que los que se rigen por esas leyes se consideran libres, de modo que un robot...

-¡Basta! -estalló Sir. Arrojó la manta al suelo y se incorporó del sillón tambaleándose-. Te lo agradezco mucho, pero no quiero seguir discutiendo. Me voy arriba. Buenas noches, Amanda. Buenas noches, Andrew.

-Buenas noches, Sir. ¿Quiere que lo acompañe a su habitación? -preguntó Andrew.

-No hace falta que te tomes tantas molestias. Aún estoy lo bastante fuerte para subir las escaleras. Ocúpate de tus asuntos, sean cuales sean, que yo cuidaré de los míos.

Se alejó vacilante. Aunque Andrew y Little Miss cruzaron una mirada de preocupación, ninguno de los dos dijo nada.

A partir de entonces Sir salía excepcionalmente del dormitorio.

Le preparaba y servía las comidas un simple robot del modelo TZ que se ocupaba de la cocina. Jamás pidió a Andrew que subiese y éste no se atrevió a entrometerse en la intimidad de Sir, por lo que, desde aquella noche, Andrew sólo vio a Sir en las contadas ocasiones en que el anciano se dignó bajar a la zona principal de la casa.

Hacía tiempo que Andrew no vivía en la casa. A medida que su empresa de ebanistería se expandió, le resultó incómodo seguir trabajando

en el taller del desván que Sir le había instalado. Unos años atrás habían decidido que Andrew tuviese una pequeña morada, una cabaña de una sola planta en el bosque que rodeaba la finca de los Martin.

Era una cabaña acogedora, bien ventilada y emplazada en la cumbre de una loma, con helechos y arbustos de hoja brillante a su alrededor y una altísima secoya a poca distancia. Tres robots proletarios, que trabajaron a las órdenes de un capataz humano, la construyeron en pocos días.

Como era de esperar, la cabaña no tenía dormitorio, cocina ni cuarto de baño. Una de las dos estancias era biblioteca y despacho, en el que Andrew guardaba las obras de consulta, los bocetos y la contabilidad, y la otra -mucho más grande- cumplía la función de taller, donde Andrew tenía el equipo de carpintería y guardaba las obras en proceso de elaboración. El pequeño cobertizo, contiguo a la cabaña, servía como almacén de las diversas maderas exóticas que Andrew utilizaba para la creación de joyas, así como de otras maderas que utilizaba en sus tan demandados muebles.

Nunca se quedaba sin trabajo. La publicidad que obtuvo al conseguir la libertad despertó un interés mundial por sus obras y casi nunca transcurría una mañana sin que en el ordenador apareciesen tres o cuatro pedidos. Llegó a tener una reserva de encargos tan grande que tuvo que organizar una lista de espera.

Como robot libre trabajaba más que en todos los años en que técnicamente había sido propiedad de Sir. No era insólito que trabajase treinta y seis; y hasta cuarenta y ocho horas seguidas, sin salir de la cabaña, pues no tenía necesidad de comer, de dormir ni de ningún tipo de descanso.

Su cuenta bancaria fue aumentando. Insistió en devolver a Sir el coste de la cabaña, que en esta ocasión aceptó sólo por guardar las formas. El título de propiedad fue legalmente traspasado a Andrew, que firmó un arrendamiento formal que abarcaba la parte de las tierras de Gerald Martin en la que se alzaba la cabaña.

Little Miss, que seguía viviendo costa arriba -en la misma casa que Lloyd Charney y ella construyeron poco después de casarse-, pasaba por la cabaña cada vez que visitaba a su padre. Por regla general, Little Miss visitaba el taller de Andrew nada más llegar, charlaba un rato con él y miraba los últimos trabajos antes de dirigirse a la casa principal, donde vivía Sir.

Con frecuencia llevaba a Little Sir..., al que Andrew ya no llamaba así. Hacía mucho que Little Sir había dejado de ser un niño. Ahora era un joven alto y fuerte, de llamativo bigote rojizo, casi tan imponente como el de su abuelo, y asombrosas patillas. Poco después del dictamen judicial que convirtió a Andrew en un robot libre, Little Sir le prohibió emplear el viejo apodo.

-Little Sir, ¿le molesta? -preguntó Andrew-. Supuse que le resultaba divertido.

-Y así fue.

-Pero ahora que es adulto le parece condescendiente, lo considera una afrenta a su dignidad, ¿verdad? Sabe que siento el más profundo respeto por su...

-No tiene nada que ver con mi dignidad, sino con la tuya -lo interrumpió Little Sir.

-Little Sir, no lo entiendo.

-Está claro que no me entiendes. Andrew, analízalo desde la siguiente perspectiva. Puede que «Little Sir» sea un apodo encantador, y sin duda lo utilizas en este sentido pero, de hecho, es el nombre servil con que un viejo criado de la familia se dirige al hijo del amo o, como en este caso, al nieto del amo. Todo ha cambiado, Andrew, ¿te das cuenta? Ni mi abuelo es tu amo ni yo soy un crío. Un robot libre no debe llamar «Little Sir» a nadie. ¿Está claro? Yo te llamo Andrew, como siempre. A partir de ahora debes llamarme George.

Al ser planteado como una orden, Andrew no tuvo más alternativa que aceptar.

A partir de ese momento dejó de llamar «Little Sir» a George Charney. No obstante, Little Miss siguió siendo Little Miss. A Andrew le resultaba impensable llamarla «señora Charney», y mucho menos «Amanda», pues le parecía incorrecto e impertinente. Para él era «Little Miss» y nada más, por mucho que se hubiese convertido en una mujer de cabellos canos, delgada, esbelta y bella como siempre pero que, sin duda, envejecía. Andrew abrigó la esperanza de que jamás le diese la misma orden que su hijo y lo cierto es que nunca se la dio. Little Miss siempre sería «Little Miss».

Cierto día, George y Little Miss acudieron a la casa, pero ninguno de los dos se detuvo en la cabaña de Andrew. Andrew oyó que el coche seguía avanzando por la calzada de acceso sin parar y se preguntó a qué se debía. Se inquietó cuando transcurrió media hora y luego otra media hora y nadie fue a verlo. ¿Acaso los había ofendido durante la última visita? Pensó que no, que era harto improbable.

¿Se debía entonces a que había algún problema en la casa principal?

Aunque se distrajo enfrascándose en el trabajo, tuvo que apelar a toda su disciplina robótica para concentrarse y, ni siquiera así, la tarea discurrió como de costumbre. Al atardecer George Charney fue a verlo a la cabaña.

-George, ¿hay algún problema? -preguntó Andrew en cuanto el joven entró.

-Andrew, me temo que sí. Mi abuelo está agonizando.

-¿Agonizando? -preguntó Andrew mecánicamente. Aunque la muerte era un concepto sobre el que había meditado mucho, nunca había llegado a comprenderla.

George asintió gravemente.

-Mi madre está a su lado. El abuelo quiere que vayas.

-¿De veras? ¿Es su madre la que me lo pide o Sir en persona?

-Sir en persona.

Andrew notó un ligero escozor en la yema de los dedos. Fue lo más parecido a una expresión de nerviosismo que pudo sentir. Sin embargo, esa sensación estaba mezclada con aflicción. ¡Sir... estaba agonizando!

Andrew guardó las herramientas y corrió a la casa principal mientras George Charney trotaba a su lado.

Sir yacía en el lecho en el que había estado la mayor parte del tiempo durante los últimos años. Su cabello se había reducido a unos pocos mechones y hasta su glorioso bigote era algo penoso y caído. Estaba muy pálido, como si su piel se hubiese vuelto translúcida, y apenas parecía respirar. Tenía los ojos abiertos -sus ojos ardientes, sus penetrantes e intensos ojos azules- y logró esbozar una leve sonrisa, un tenue movimiento de los labios, al ver entrar a Andrew.

-Sir... Ay, Sir, Sir...

-Andrew, ven aquí. -La voz de Sir sonó sorprendentemente firme: era la voz del Sir de los viejos tiempos. Andrew titubeó, demasiado confundido para reaccionar-. Te he dicho que vengas aquí. Es una orden. En cierta ocasión dije que no te daría más órdenes, pero se trata de una excepción. Probablemente es la última orden que te dé, puedes estar seguro.

-Sí, Sir.

Andrew se acercó a la cama.

Sir sacó una mano de debajo de la colcha. Dio la sensación de que le costaba apartar las mantas y George corrió en su ayuda.

-¡No! -dijo Sir con los restos de su conocida irascibilidad-. ¡Maldita sea, George, no intentes hacer nada en mi lugar! No estoy imposibilitado, tan sólo agonizo. -Apartó colérico la manta hasta levantar la mano y extenderla hacia el robot-. Andrew, Andrew...

-Ay, Sir -repitió Andrew.

Guardó silencio porque no supo qué más decir. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre agonizante, ni siquiera había visto un cadáver. Sabía que la muerte era el modo humano de dejar de funcionar. Se trataba de un desmantelamiento involuntario e irreversible que, tarde o temprano, le ocurría a todos los humanos. Puesto que era inevitable, Andrew prefería pensar que se trataba de algo que los propios humanos consideraban un proceso natural y que no lo esperaban con miedo ni a

Librodot

disgusto, aunque no estaba totalmente seguro. Pero Sir había vivido tanto tiempo que, sin duda, estaba muy acostumbrado a estar vivo y, por otro lado, siempre había sido un hombre lleno de vitalidad.

-Andrew, dame la mano.

-Encantado, Sir.

Andrew aferró la mano fría, pálida y encogida de Sir: la carne vieja y nudosa junto al plástico terso, eterno y sin mácula.

-Andrew, ¿sabes que eres un robot fenomenal? -preguntó Sir-. Eres realmente un fuera de serie, el mejor robot que se ha construido.

-Gracias, Sir.

-Quería decírtelo. Y también quiero decirte otra cosa: me alegro de que seas libre. Eso es todo. Para mí es importante haber tenido la oportunidad de decírtelo. Adelante, Andrew.

Era una despedida inequívoca. Andrew ya no contaba con la atención de Sir. Soltó la mano temblorosa del anciano, se apartó del lecho y se situó junto a George y Little Miss. Ésta se irguió y rozó afectuosamente el brazo de Andrew, por encima del codo, sin decir nada. George tampoco habló.

El anciano parecía replegado en una lejana esfera privada. Sólo se oía la respiración cada vez más entrecortada, ronca e irregular de Sir, que yacía inmóvil y miraba hacia arriba sin ver nada. Su rostro era tan inexpresivo como el de un robot.

Andrew estaba profundamente desconcertado. Permaneció de pie, en medio de un silencio y una inmovilidad absolutos, contemplando los últimos instantes de Sir.

Los estertores del anciano se hicieron más irregulares. Emitió un extraño gorgoteo que Andrew jamás había oído.

Luego todo quedó en silencio. Andrew no percibió ningún cambio en Sir, salvo la interrupción de su respiración. Hacía unos segundos había estado prácticamente inmóvil y nada había cambiado. Sin embargo, Andrew se dio cuenta de que algo trascendental acababa de ocurrir, algo que escapaba totalmente a su comprensión. Sir había cruzado la misteriosa frontera que separa la vida de la muerte. Sir ya no estaba, se había marchado, sólo quedaba su cuerpo sin vida.

Little Miss quebró el silencio con una tosecilla. Aunque no tenía los ojos llenos de lágrimas, Andrew se percató de que estaba profundamente conmovida.

-Andrew, me alegro de que llegaras a tiempo -dijo Little Miss-. Tenías que estar presente. Eres parte de la familia.

Andrew tampoco supo qué decir.

-Fue maravilloso oír lo que te dijo papá -añadió Little Miss-. Andrew, es posible que al final no se mostrara muy amistoso contigo, pero estarás

de acuerdo en que era viejísimo y le dolió que quisieras ser libre. Pero finalmente te disculpó, ¿no es así?

Andrew recuperó el habla y respondió:

-Little Miss, jamás habría sido libre sin él.

10

Andrew empezó a usar ropa después de la muerte de Sir. Primero se puso un viejo pantalón que le proporcionó George Charney.

Era un experimento audaz, y lo sabía. De envoltura exterior metálica y diseño asexuado -a pesar de que los dueños les ponían nombres masculinos o femeninos-, los robots no necesitaban vestidos para protegerse de las inclemencias del tiempo ni por decoro. Por lo que Andrew sabía, nunca un robot se había vestido.

De pronto, en su fuero interno había surgido el extraño anhelo de cubrir su cuerpo como un ser humano, y Andrew decidió hacer realidad su deseo sin detenerse a analizar las motivaciones.

El día que Andrew consiguió el pantalón, George había estado con él en el taller ayudándole a barnizar los muebles del porche de su casa. Andrew no necesitaba ayuda. En realidad, todo habría sido mucho más sencillo si George no se hubiese entrometido, pero había insistido en ello -al fin y al cabo, se trataba de sus muebles-. Se había convertido en el hombre de la casa, estaba casado y era abogado del antiguo bufete Feingold, que desde hacía unos meses había cambiado su nombre por el de Feingold y Charney; Stanley Feingold seguía siendo el socio más antiguo y George se tomaba muy en serio sus responsabilidades.

Cuando terminaron, los muebles quedaron barnizados y George, de la cabeza a los pies, también. Tenía manchas en las manos, en las orejas y en la punta de la nariz. Su bigote rojizo y sus grandes patillas también estaban manchadas. Asimismo, llevaba la ropa cubierta de barniz. De todos modos, George había ido preparado, pues llevaba una camisa vieja y un pantalón en lamentable estado que debía de guardar desde sus tiempos en el instituto.

Una vez terminado el trabajo, George se cambió, dobló la camisa y el pantalón viejos, los dejó a un lado y dijo:

-Andrew, más vale que los tires a la basura, ya no me sirven.

Con respecto a la camisa tenía razón. No sólo estaba manchada, sino que se había descosido en el momento en que George intentaba poner del

revés una mesa del porche. Pese a estar gastado y deshilachado, a Andrew le pareció que el pantalón era recuperable. Lo levantó y dejó colgar las perneras.

-Si no le molesta, me gustaría quedármelo.

George sonrió.

-¿Vas a convertirlo en trapos?

Andrew hizo una pausa antes de responder.

-Me gustaría usarlo.

Entonces fue George el que hizo una pausa. Andrew reparó en su expresión de sorpresa y, al cabo de unos instantes, de hilaridad. George se esforzó por no sonreír y, aunque lo logró, a Andrew no le pasó desapercibido.

-Te gustaría... usarlo -replicó George lentamente-. ¿Quieres ponerte mi viejo pantalón? Andrew, ¿he oído bien?

-Sí. Me encantaría ponérmelo, siempre que esté de acuerdo.

-Andrew, ¿hay algún fallo en tu sistema homeostático?

-No. ¿Por qué?

-Tan sólo quiero saber si últin1amente tienes frío. ¿Por qué otra causa querrías vestirte?

-Para saber qué se siente:

-Ah -murmuró George. Dejó pasar un rato y repitió-: Ah. Me parece que lo entiendo. Quieres saber qué se siente. De acuerdo, Andrew, te lo diré. Sentirás que un trozo sucio de tela áspera y desagradable rodea tu piel metálica, tersa y uniforme.

-¿Está diciendo que no quiere que me ponga el pantalón?

-Yo no he dicho eso.

-Pero le parece una idea insólita.

-Digamos que...

-Es lo que está pensando -insistió Andrew.

-Sí, en realidad es lo que pienso. Andrew, me parece una idea muy insólita.

-Por lo tanto, se niega a darme el pantalón a menos que lo tire a la basura.

-No -afirmó George con cierta exasperación-. Andrew, haz lo que quieras con el pantalón. No creo que deba poner objeciones. Eres un robot libre. Si te apetece, puedes ponerte un pantalón. No creo que tenga motivos para contrariar tu propósito... Vamos, póntelo.

-Sí -replicó Andrew-. Claro que sí, ahora mismo.

-Éste es un momento que merece figurar en los anales de la historia: la primera vez que un robot se viste. Andrew, ¡qué pena no haber traído la cámara!

Andrew se acercó el pantalón a la cintura y las dudas lo invadieron.

-¿A qué esperas? -preguntó George.

-¿Puede explicarme cómo se hace? -pidió Andrew.

George sonrió de oreja a oreja y mostró a Andrew cómo manipular la carga estática para que el pantalón se abriera, rodease la parte inferior de su cuerpo y volviera a cerrarse. Aunque George repitió un par de veces la operación, Andrew se dio cuenta de que tardaría en repetir ese movimiento ágil que, al fin y al cabo, George estaba acostumbrado a hacer.

-Lo que me desconcierta es el giro de la muñeca al levantar la mano -dijo Andrew.

-Se hace así -explicó George, y repitió el movimiento.

-¿Así está mejor?

-Es más bien así.

-Ah, ya veo, así ¿no? -Andrew tocó el botón y el pantalón cayó, lo levantó y, finalmente, cubrió sus piernas-. ¿Está mejor?

-Mucho mejor -lo animó George.

-Creo que con un poco de práctica me resultará natural -dijo Andrew.

George lo miró sorprendido.

-No, Andrew, nunca te resultará natural porque no lo es. ¿Por qué demonios quieres llevar pantalón?

-George, ya se lo dije: por la curiosidad de lo que representa estar vestido.

-Antes de ponerte el pantalón no estabas desnudo. Estabas..., en fin, eras tú mismo.

-Sí, supongo que sí -respondió Andrew, y eludió la cuestión.

-Andrew, intento ser comprensivo, pero te aseguro que ignoro lo que estás tramando. Tu cuerpo es tan bellamente funcional que cubrirlo me parece vergonzoso, sobre todo porque no has de preocuparte por el control de la temperatura ni por el decoro. Además, la tela no se ciñe correctamente al metal.

-George, los cuerpos de los humanos también son bellamente funcionales y, sin embargo, vosotros os cubrís.

-Sí, claro. Para combatir el frío, por higiene, por protección, o como simple concesión a las costumbres. Ninguno de estos motivos es aplicable a ti.

-Sin ropa me siento desnudo -reconoció Andrew.

-¿En serio? Hasta el momento no habías dicho nada. ¿Se trata de una novedad?

-Relativamente.

-¿Desde cuándo? ¿Desde hace una semana, un mes, un año...? Andrew, ¿qué pasa?

-Me resulta muy difícil explicarlo. He empezado a sentirme... distinto.

-¿Distinto? ¿Distinto con relación a quién? Los robots ya no son una novedad. Andrew, actualmente en la Tierra circulan millones de robots. De acuerdo con el último censo, en esta región hay casi tantos robots como seres humanos.

-George, ya lo sé, hay robots que hacen todo tipo de trabajos.

-Y ninguno se viste.

-Pero ninguno es libre, George.

-¡Ése es el asunto! ¡Te sientes distinto porque eres distinto!

-Así es.

-Pero esto de llevar ropa...

-Por favor, George, me gustaría tanto vestirme...

George suspiró prolongada y lentamente.

-Como quieras, Andrew, eres libre.

-Es verdad.

Pese al escepticismo inicial, a George le resultó curioso y divertido el empeño de Andrew por vestirse. Le ayudó y poco a poco, fue incrementando su vestuario. Andrew no podía ir a la ciudad a comprar ropa, e incluso le incomodaba encargarla a través de los catálogos informatizados, pues sabía que su nombre era muy popular desde el dictamen judicial y no quería que alguien lo reconociese en una hoja de pedido y corriese la voz de que al robot libre le había dado por vestirse.

Así fue como George le proporcionó los artículos que solicitó: una camisa, más adelante zapatos, un par de guantes y decorativas charreteras.

-¿Qué hay de la ropa interior? -preguntó George-. ¿Quieres alguna prenda íntima?

Andrew no tenía la más remota idea de la existencia de ropa interior ni de su utilidad y George tuvo que darle una explicación. Andrew decidió que no le hacía falta.

Por lo general sólo usaba ropa en casa y a solas. No estaba en condiciones de salir engalanado y, tras unos experimentos preliminares, incluso dejó de llevarla en la cabaña cuando tenía visitas. Se inhibió ante la sonrisa condescendiente de George -que, pese a su buena voluntad, no

podía disimular- y las miradas confundidas de los clientes cuando acudían a hacerle pedidos.

Por muy libre que fuera, Andrew tenía incorporado un programa minuciosamente pormenorizado en todo lo referente a su conducta respecto de los seres humanos: un canal neural que, pese a no ser tan potente como las Tres Leyes, le impedía provocar cualquier tipo de escándalo. Por ello, sólo se atrevió a avanzar paso a paso. Una simple desaprobación lo habría hecho retroceder varios meses. Pero un día por fin osó salir vestido de la cabaña.

No encontró a nadie que diese muestras de sorpresa, aunque tal vez todos estaban demasiado azorados para reaccionar. En realidad, hasta Andrew se sintió raro con aquella ropa.

Compró un espejo en el que se miraba a menudo, volviéndose de un lado a otro y contemplándose desde todos los ángulos posibles. En ocasiones reaccionaba con desaprobación ante su aspecto. Su rostro metálico, con brillantes ojos fotoeléctricos y rígidas facciones robóticas, le parecía ridículamente incongruente al elevarse por encima de las telas de vivos colores destinadas al cuerpo humano.

Sin embargo, a veces le parecía apropiado llevar ropa. Como casi todos los robots, lo habían diseñado para presentar una figura básicamente humana: dos brazos, dos piernas, la cabeza ovalada asentada sobre un cuello delgado. Los diseñadores de US Robots no necesitaban dar esa forma a Andrew. Podrían haberlo dotado del aspecto que consideraran más eficaz: con rotores en lugar de piernas, con seis brazos en lugar de dos, con una cúpula sensorial giratoria sobre el tronco en lugar de una cabeza con dos ojos. Pues no, lo habían diseñado a su imagen y semejanza. En los albores de la historia robótica habían tomado la decisión de que el mejor modo de superar el miedo que la humanidad sentía ante las máquinas inteligentes consistía en darles una forma lo más familiar posible.

En tal caso, ¿por qué no llevar ropa? ¿No tendría un aspecto aun más humano?

Fuera como fuese, Andrew deseaba vestirse. Lo consideraba un símbolo de su condición de robot legalmente libre.

Pero, al margen del dictamen legal, no todos aceptaban la libertad de Andrew. Para muchas personas la expresión «robot libre» carecía de sentido: era como decir «agua seca» o «brillante oscuridad». Andrew era intrínsecamente incapaz de sentirse agraviado, pero su proceso de pensamiento experimentaba dificultades -cierta resistencia interior- cada vez que alguien se negaba a reconocer su condición legítimamente conquistada.

Librodot

Sabía que cuando apareciera vestido en público correría el riesgo de ganarse la enemistad de esos individuos, razón por la cual intentó ser discreto.

No sólo a los desconocidos potencialmente hostiles se les atragantaba la idea de que llevara ropa. Hasta la persona que más lo quería en el mundo -Little Miss- se sorprendió y Andrew supuso que se sintió muy afectada. Lo percibió desde el primer momento. Al igual que su hijo, George, Little Miss intentó disimular su sorpresa y consternación al ver a Andrew vestido. Y, al igual que George, fue incapaz de disimular sus sentimientos.

Para entonces Little Miss era una anciana y, como en el caso de tantos viejos, sus actitudes se habían vuelto rígidas. Tal vez prefería que Andrew mantuviese el mismo aspecto de sus días de infancia. Cabía la posibilidad de que, en su subconsciente, estuviera convencida de que los robots -de que todos los robots, incluso Andrew- debían parecerse a las máquinas que eran y, por tanto, no tenían que vestirse como los seres humanos.

Andrew sospechaba que, si alguna vez sacaba el tema, Little Miss lo negaría, probablemente muy indignada. Claro que no tenía intención de mencionar la cuestión. Cuando Little Miss lo visitaba, Andrew no se ponía mucha ropa.

Las visitas no eran muy frecuentes porque Little Miss había superado con creces los setenta, estaba muy delgada, se había vuelto muy sensible al frío y hasta el benigno clima del norte de California le resultaba desapacible la mayor parte del año. Su marido había muerto hacía varios años y desde entonces Little Miss pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo las regiones tropicales del mundo: Hawai, Australia, Egipto o las zonas más cálidas de Sudamérica. Regresaba de vez en cuando a California, una o dos veces al año, para ver a George, a su familia y... por supuesto, a Andrew.

Después de una de las visitas de Little Miss, George fue a la cabaña a hablar con Andrew y comentó:

-Andrew, hay que reconocer que, al final, mamá se ha salido con la suya. El año que viene me presentaré a la Legislatura. No me dejará en paz hasta que lo logre. Estoy convencido de que sabes que la Primera Ley de nuestra familia y, en realidad la Segunda y la Tercera, sostienen que nadie le dice «no» a Amanda Charney. De modo que aquí me tienes, convertido en candidato. Según mamá es mi destino genético. Como ella dice, de tal abuelo, tal nieto.

-De tal abuelo... -Andrew calló indeciso.

-Andrew, ¿qué pasa?

-Esa frase tiene algo raro, el idioma... mis circuitos gramaticales... -Meneó la cabeza-. De tal abuelo, tal nieto. En esa afirmación no hay verbo, pero sé cómo compensarlo. De todos modos...

George se mondó de risa.

-¡Andrew, a veces no eres más que un montón de chatarra literal!

-¿Chatarra?

-Olvídalo. Lo que significa es que se espera que yo, George, el nieto, haga lo que hizo Sir, el abuelo: que me presente a la Legislatura regional y tenga una carrera prolongada y distinguida. La expresión habitual dice «de tal palo, tal astilla», pero en este caso mi padre no se dedicó a la política y mi madre cambió el viejo refrán. Andrew, ¿entiendes lo que digo o estoy desbarrando?

-Me hago cargo.

-¡Menos mal! El problema está en que mi madre no tiene en cuenta que, por temperamento, no me parezco a mi abuelo y quizá no soy tan inteligente como él. Poseía un intelecto impresionante, pero ése no es el motivo por el que yo deba tener su mismo nivel en la Legislatura. Sospecho que no volverá a existir nadie como él.

Andrew asintió con la cabeza.

-Es realmente lamentable que ya no esté con nosotros. George, me gustaría mucho que Sir siguiera...

Andrew se detuvo porque no quiso decir «en funcionamiento». Aunque sabía que no era la expresión pertinente, fue la primera que le vino a la mente.

-¿Que siguiera vivo? -George acabó la frase por él-. Sí, desde luego, ojalá estuviera rondando por aquí. Reconozco que echo de menos al viejo monstruo tanto como tú..

-¿Monstruo?

-Es un modo de hablar.

-Ah, claro, es un modo de hablar.

En cuanto George partió, Andrew repasó mentalmente la conversación, se desconcertó con los giros y los modismos e intentó averiguar por qué se había sentido tan confuso. Llegó a la conclusión de que los problemas respondían al uso de expresiones coloquiales por parte de George.

A pesar del tiempo transcurrido, a veces Andrew tenía dificultad para entender determinados registros lingüísticos indirectos. Había llegado a poseer un amplio vocabulario innato, un conjunto de estructuras gramaticales capaces de organizar las palabras en combinaciones inteligibles. Cualquiera que fuese la peculiaridad de sus circuitos positrónicos generalizados, el golpe de suerte que había vuelto su

Librodot

inteligencia más flexible y adaptable que la del robot estándar, había hecho que Andrew desarrollara la capacidad de conversar cordial y elegantemente con los seres humanos. Aun así, en este aspecto tenía limitaciones.

Andrew se percató de que, con el paso del tiempo, el problema se agudizaría.

Sabía que los idiomas humanos estaban en un permanente estado de cambio. No tenían ningún elemento fijo ni sistemático. Constantemente se inventaban nuevos vocablos, las viejas palabras cambiaban de significado y en las conversaciones corrientes aparecían todo tipo de expresiones informales y efímeras. Había tenido sobrados motivos para aprenderlo, pero no había realizado una investigación científica sobre la clase de cambios que solían producirse.

La lengua inglesa, la más utilizada por Andrew, se había modificado radicalmente durante los seis últimos siglos. De vez en cuando ojeaba algunos libros de Sir -las obras de antiguos poetas como Chaucer, Spencer o Shakespeare- y había visto que estaban atiborradas de notas a pie de página donde se explicaba a los lectores el uso de palabras arcaicas.

¿Y si la lengua cambiaba de una manera tan profunda a lo largo de los próximos seis siglos? A menos que se mantuviese al tanto de los cambios, ¿qué haría para comunicarse con los seres humanos que lo rodeaban?

En una breve conversación George lo había desconcertado en tres ocasiones. «De tal abuelo, tal nieto». En cuanto George se lo explicó le pareció muy sencillo, pero al principio había sido superlativamente misterioso.

¿Por qué George lo había llamado «montón de chatarra» si sabía perfectamente que en la configuración de Andrew no había una sola pieza de chatarra? Lo más desconcertante había sido que George denominase «monstruo» a Sir porque, evidentemente, no se trataba de una descripción correcta del anciano.

Por otro lado, Andrew sabía que ni siquiera eran las expresiones más modernas. Se trataba, tan sólo, de giros personales extraídos de frases demasiado coloquiales o metafóricas para que sus circuitos lingüísticos las captaran en el acto. Tuvo la sospecha de que, en el mundo, se encontraría con modos expresivos mucho más misteriosos.

Tal vez había llegado la hora de actualizar parte de su documentación lingüística.

Los libros de que disponía no servían. Estaban anticuados y la mayoría versaban sobre ebanistería, bellas artes y diseño de muebles. No tenía ninguno sobre el lenguaje ni sobre las costumbres de los seres humanos. La biblioteca de Sir, pese a ser muy amplia, tampoco le

resultaría de gran utilidad. Ya nadie vivía en la mansión, que estaba cerrada y los robots mantenían en condiciones. Andrew era el único que tenía acceso permanente. Los libros de Sir se remontan al siglo pasado, e incluso a fechas anteriores, por lo que no había nada que pudiese satisfacer sus propósitos.

Si tenía en cuenta todos los datos, lo mejor era conseguir información actualizada, pero no de George. Cuando recurrió a él en la época en que quiso empezar a vestirse, tuvo que luchar contra su incomprensión y, hasta cierto punto, contra sus burlas condescendientes. Dudaba que George lo tratase de la misma manera en esta ocasión, pero prefirió no correr el riesgo de comprobarlo.

Decidió ir a la ciudad y recurrir a la biblioteca pública. Era el modo correcto y autónomo de hacer las cosas, la vía por la cual un robot libre resolvía cualquier problema, se dijo. Fue una decisión triunfal y, al tiempo que la tomaba, Andrew notó que su potencial eléctrico se disparaba, por lo que tuvo que incorporar una bobina de impedancia para recuperar el equilibrio.

Debía ir a la biblioteca. Además, se vestiría para la ocasión.

Por supuesto que sí. Los seres humanos no entraban desnudos en la biblioteca pública y él no sería menos.

Se puso de tiros largos: elegantes polainas de una tela púrpura aterciopelada, una blusa roja, que por el brillo parecía de raso, y sus mejores botas. Incluso lució la cadena de eslabones de madera lustrada, una de sus mejores creaciones. Tuvo que elegir entre ésta y otra, de plástico brillante, que tal vez era más adecuada para llevar de día, pero George le había dicho que la de madera era impresionante, ya que todo objeto de este material era muy valioso. Quería causar impresión. En la biblioteca no habría robots, sino seres humanos que seguramente nunca habían visto un robot en sus salas. Era importante que se presentara con sus mejores galas.

Andrew se dio cuenta de que estaba a punto de hacer algo insólito y de que las consecuencias también podían serlo. Si George se presentaba por sorpresa, se asombraría de no encontrar a Andrew en casa y podría preocuparse.

Andrew había recorrido treinta metros cuando notó que las resistencias se acumulaban en su interior y alcanzaban con rapidez el nivel que lo obligaba a detenerse. Retiró la bobina de impedancia del circuito y, al comprobar que los niveles no disminuían, regresó a la cabaña y dejó en un lugar destacado de su mesa de trabajo la siguiente nota:

«HE IDO A LA BIBLIOTECA. Andrew Martin».

11

Aquel día Andrew no llegó a la biblioteca. Aunque nunca había ido -no solía tener motivos para bajar a la pequeña ciudad que se extendía cerca de la mansión de los Martin-, supuso que no tendría problemas. Estudió el mapa con suma atención, y por tanto, conocía el camino o, al menos, eso creía.

En cuanto se alejó de la casa, todo le resultó extraño. Las señales del camino no se parecían en nada a los símbolos abstractos que figuraban en el mapa. Vaciló una y otra vez, comparó lo que veía con lo que había esperado ver y, después de caminar un rato, dedujo que se había perdido, que en algún momento había girado donde no correspondía y que no podía marcar su situación en el mapa.

¿Qué podía hacer? ¿Regresar a la mansión y empezar de nuevo o continuar con la esperanza de encontrar el camino?

Andrew decidió que lo más eficaz era pedir ayuda a alguien. Quizá de esa manera recobrase la orientación sin demasiado esfuerzo.

¿A quién podía consultar? Cerca de la mansión había algún que otro robot agrícola, pero por esos parajes no vio a nadie. Un vehículo pasó sin detenerse. Supuso que pronto pasaría otro. Se detuvo indeciso, serenamente inmóvil, y vio que dos individuos cruzaban en diagonal el campo situado a su izquierda.

Se volvió para observarlos.

Los humanos lo vieron y cambiaron de rumbo para acercarse a él. Segundos antes reían y gritaban, por lo que sus voces retumbaban, pero de pronto, cambiaron de actitud y guardaron silencio. Sus rostros adoptaron esa expresión que Andrew relacionaba con la incertidumbre humana.

Eran bastante jóvenes. Tenían veinte o veinticinco años. A Andrew nunca le había resultado fácil calcular la edad de los humanos.

Los jóvenes aún se encontraban a cierta distancia cuando Andrew dijo:

Librodot

-Disculpen, señores, ¿serían tan amables de indicarme el camino de la biblioteca?

Los muchachos se detuvieron y lo miraron con atención. El más alto y flaco, que lucía un sombrero largo parecido a un trozo de tubería que prolongaba su estatura de forma grotesca, comentó a su compañero:

-Me parece que es un robot.

-Creo que tienes razón -respondió el otro, un muchacho bajo, rechoncho, de nariz bulbosa y párpados hinchados-. ¿No te parece que tiene una cara robótica?

-Desde luego, sin duda tiene una cara robótica.

-Pero está vestido.

-Y lleva ropa muy elegante.

-¡Y que lo digas! ¡Un robot moderno! Me gustaría saber qué se les ocurrirá a continuación.

-Disculpen, señores -insistió Andrew-. Necesito ayuda. Intentaba llegar a la biblioteca y, por lo visto, me he perdido.

-Habla como un robot -comentó el más alto.

-Y tiene jeta de robot -insistió el regordete.

-Tiene que ser un robot.

-Eso parece, ¿no?

-Y para colmo va vestido.

-Es indudable que está vestido. Parece mentira, ¿eh?

-Pero los robots no se visten, ¿o me equivoco?

-Que yo sepa, no.

-Puesto que va vestido, ¿estás seguro de que es un robot?

-Tiene el morro de metal. Todo él es metálico. Si se trata de un robot, ¿por qué va vestido?

El más alto chasqueó los dedos.

-¿Sabes quién es ése? El robot libre. En la vieja casa de los Charney vive un robot que no es propiedad de nadie y me juego la cabeza a que es éste. ¿Por qué otro motivo va vestido?

-Pregúntaselo -propuso el de la narizota.

-¡Qué idea! -exclamó el alto. Dio varios pasos hacia Andrew y preguntó-: ¿Eres el robot de los Charney?

-Señor, soy Andrew Martin -respondió Andrew.

-No presumas tanto -advirtió el alto-. Responde a mi pregunta.

-Vivo en la mansión Martin, propiedad de la familia Charney. Anteriormente fue la residencia del señor Gerald Martin y, en consecuencia, me llamo Andrew Martin.

-¿Pero eres o no un robot?

-Sin duda, señor.

-¿Y por qué vas vestido? Que yo sepa, los robots no se ponen ropa.

-Me pongo ropa cuando decido llevarla -replicó Andrew plácidamente.

-¡Qué asco! Disfrazado de esa guisa das realmente la nota. ¡Un robot vestido es algo realmente horrible! ¿A quién se le ocurre? -Miró a su compañero-. ¿Habías visto alguna vez semejante piltrafa? -Se volvió hacia Andrew y añadió-: Quítate la ropa.

Andrew dudó. Hacía tanto tiempo que no oía una orden en ese tono que, momentáneamente, se atascaron los circuitos de la Segunda Ley.

-Venga, ¿a qué esperas? -insistió el alto-. He dicho que te desnudes. ¡Te ordeno que te quites la ropa!

Andrew obedeció lentamente. Se quitó la cadena y la puso con sumo cuidado en el suelo. Se sacó la blusa y la dobló con esmero para no arrugarla. La dejó en el suelo, junto a la cadena.

-Más rápido -lo apremió el larguirucho-. No dobles las prendas, déjalas caer, ¿me has oído? Quítate todo, absolutamente todo.

Andrew se desabrochó las polainas aterciopeladas y se quitó las elegantes botas.

-Por lo menos acata órdenes -dijo el narizota.

-No le queda más remedio. Todos los robots obedecen. No pueden escurrir el bulto. Llevan incorporada la sumisión. Si les dices que se lancen al lago de cabeza, lo hacen. Si les dices que te traigan fresas, las buscan donde haga falta, aunque no sea la temporada.

-No parece tan jodido tener un robot.

-Claro. Siempre quise saber lo que suponía tener un robot. ¿Y tú?

El alto se encogió de hombros.

-Son muy caros.

-Pues éste es un regalo. Si no es de nadie, puede ser nuestro. Bastará con que le digamos que nos pertenece. Hay que planteárselo como si fuera una orden.

El alto lo miró sorprendido.

-¡Tienes razón!

-Le diremos que lleve y traiga recados, que haga todo tipo de tareas. Tendrá que acatar lo que se nos ocurra. Nadie podrá impedírnoslo. No se trata de un robo porque no es propiedad de nadie.

-¿Y si a alguien se le ocurre birlárnoslo de la misma manera?

-Le daremos una orden para que no pueda irse con nadie -dijo el de la narizota.

El alto frunció el ceño.

-No creo que funcione. Si acata órdenes de los seres humanos, obedecerá tanto las nuestras como las de otros, ¿no?

-Bueno...

-De eso ya nos ocuparemos después... ¡Eh, tú, robot! ¡Haz el pino!

-Mi cabeza no está preparada para... -intentó explicar Andrew.

-He dicho que hagas el pino y es una orden. Si no sabes hacer el pino, ya es hora de que aprendas.

Andrew volvió a vacilar, pero bajó la cabeza hacia el suelo y extendió los brazos para que soportasen el peso del cuerpo. Aunque intentó levantar las piernas, sus circuitos no incluían ningún dato que le permitiera alcanzar sin dificultades la posición invertida y perdió el equilibrio. Cayó estrepitosamente al suelo y aterrizó boca arriba. Permaneció quieto unos instantes y se esforzó por compensar los efectos de la caída antes de incorporarse.

-No, quédate donde estás -dijo el alto-. No emitas sonido alguno. -Se dirigió a su amigo narizota-: Te apuesto a que podríamos desmontarlo y volver a montarlo. ¿Alguna vez has desguazado un robot?

-No. ¿Y tú?

-Tampoco, pero siempre me hizo ilusión.

-¿Crees que nos lo permitirá?

-¿Acaso puede impedirlo?

Andrew no podría impedirlo si le ordenaban que no se resistiera con un tono lo bastante enérgico. La Segunda Ley -la obediencia a los seres humanos- tenía prioridad sobre la Tercera, que se refería a la autoconservación. Por añadidura, le resultaba imposible defenderse sin correr el riesgo de hacerles daño, lo que suponía transgredir la Primera Ley. Ante esa idea, sus unidades móviles se contrajeron y Andrew tembló mientras permanecía tendido en el suelo.

El alto se acercó y le dio un puntapié con la puntera de la bota.

-Es pesado y necesitaremos herramientas.

-¿Y si después no podemos montarlo correctamente? -preguntó el de la nariz bulbosa.

-No pasará nada.

-Pero habremos desperdiciado un buen robot que habríamos podido aprovechar para todo tipo de trabajos. Propongo que le ordenemos que se autodesguace. Sin duda sabe cómo hacerlo. Nos divertimos y luego podremos volver a montarlo.

-Tienes razón -reconoció el alto, pensativo-. Será mejor apartarlo del camino, porque si apareciera alguien...

Era demasiado tarde. Alguien había aparecido: George. Desde su posición, Andrew lo vio coronar una colina apenas distante. Le habría gustado emitir una señal de socorro, pero la última orden que había recibido indicaba que no emitiese sonido alguno y estaba sometido a ella hasta que quien la había dado, u otro ser humano, la revocase.

George miraba hacia donde estaba Andrew y echó a correr. Llegó unos segundos después, casi sin aliento, se detuvo junto a Andrew y lo miró horrorizado.

Los jóvenes retrocedieron, esperaron con cara de pocos amigos y se miraron el uno al otro.

-Andrew, ¿has tenido algún problema? -preguntó George preocupado.

-George, estoy bien -respondió Andrew.

-¿Y por qué estás ahí tirado? ¿No puedes levantarte?

-No tendré la menor dificultad para hacerlo si se me ordena -dijo Andrew.

-¡Pues hazlo, no te quedes ahí tirado!

En cuanto oyó la orden, Andrew se incorporó encantado.

-¿Por qué tu ropa está en el suelo? -inquirió George-. ¿A qué se debe que no la lleves puesta? Aquí pasa algo.

-Tío, ¿este robot es tuyo? -preguntó el alto.

George se volvió veloz como el rayo.

-No es de nadie. ¿A qué demonios habéis jugado con él?

-Nos pareció extraño que un robot estuviera vestido y le pedimos amablemente que se quitara la ropa. ¿Y a ti qué te importa si no eres su propietario?

-Andrew, ¿intentaron hacerte daño? -preguntó George.

-Tenían la intención de desmembrarme. Estaban a punto de trasladarme a un lugar apartado y pedirme que me autodesguazara.

George miró a los jóvenes. Pese a que lo superaban en número, intentó mostrarse intrépido y osado, pero Andrew vio que le temblaba la barbilla.

-¿Es verdad? -preguntó George severamente a los muchachos.

Éstos habían reparado en la notoria incomodidad de George quien, evidentemente, no suponía una amenaza grave. George ya no era joven. Sus hijos habían crecido, Paul se había unido al bufete de la familia. La rojiza cabellera de George había encanecido y sus mejillas -desprovistas de las llamativas patillas- tenían el suave tinte sonrosado de un hombre de vida sedentaria. Así que, por muy agresivo que pareciese, no era probable que les plantase cara. Cuando los muchachos se dieron cuenta, cambiaron de actitud y se mostraron menos cautelosos y más descarados.

El alto sonrió presuntuoso y respondió:

-Sí, queríamos ver cómo lo hacía. Teníamos curiosidad por saber qué haría cuando sólo dispusiese de un brazo.

-Tenéis un modo muy peculiar de divertiros.

-¿Acaso es asunto tuyo?

-En realidad, sí.

El alto lanzó una carcajada.

-Dime, gordinflón, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a darnos una paliza?

-No, no es necesario -respondió George-. Por si no lo sabéis, hace más de setenta años que este robot vive con mi familia. Nos conoce, somos lo que más valora en el mundo. Le diré que habéis puesto en peligro mi vida, que pretendéis matarme. Le pediré que me defienda. Tendrá que elegir entre mi vida y la vuestra. Sé perfectamente cuál será su decisión... ¿Tenéis idea de la fuerza de un robot? ¿Sabéis lo que os ocurrirá en cuanto Andrew os ataque?

-Un momento -dijo el de la narizota, que volvió a poner cara de preocupación.

El alto también se asustó y retrocedieron.

-Andrew, corro un peligro personal directo -dijo George tajantemente-. Estos jóvenes están a punto de hacerme daño. ¡Te ordeno que avances sobre ellos!

Andrew avanzó obedientemente un par de pasos, al tiempo que se decía que no era mucho más lo que podría hacer por defender a George. Presa de una inspiración repentina, levantó los brazos en lo que podría haberse interpretado como una postura amenazadora. Si el plan consistía, tan sólo en parecer imponente, haría cuanto pudiera por darle credibilidad.

Mantuvo la posición aterradora. Sus ojos fotoeléctricos centellearon en el matiz más intenso del rojo. Su desnuda figura metálica resplandeció bajo la luz del sol.

Los dos jóvenes no se quedaron a ver qué ocurría a continuación. Huyeron a toda prisa y, sólo cuando se encontraron a cien metros y creyeron que estaban a salvo, se dieron la vuelta, agitaron los puños y lanzaron airadas maldiciones.

Andrew avanzó unos pasos hacia los muchachos, que se volvieron y huyeron hacia lo alto de la colina. Al cabo de unos instantes la coronaron y desaparecieron de la vista.

Andrew seguía en posición amenazadora.

-Ya está, Andrew, relájate -dijo George.

Librodot

El hijo de Little Miss temblaba, estaba pálido y sudoroso. Parecía desencajado. Hacía mucho que había superado la edad en la que podía aceptar la posibilidad de una confrontación física.

-Es una suerte que huyeran -comentó Andrew-. George, debe de saber que no podría haberles hecho daño. Era evidente que no lo atacaron.

-Pero podrían haberlo hecho.

-No es más que una especulación. George, en mi opinión...

-Sí, ya lo sé. Tal vez no habrían tenido valor para levantarme la mano. De todos modos, no te ordené que los atacaras, sólo te pedí que avanzases hacia ellos. De lo demás se ocuparon sus propios temores, sus miedos, y la postura de boxeador profesional que tuviste la sagacidad de adoptar.

-¿Cómo es posible que teman a los robots? La Primera Ley garantiza que los robots nunca...

-El miedo a los robots es uno de los males de la humanidad para el que, al parecer, no existe cura, al menos de momento. No te inquietes. Los muchachos se han ido, sigues intacto y eso es lo importante. Andrew, me gustaría saber qué demonios hacías aquí.

-Me dirigía a la biblioteca.

-Eso ya lo sé porque encontré la nota que dejaste. El camino de la biblioteca está en aquella dirección, hacia la ciudad. Telefoneé a la biblioteca y la encargada me dijo que no habías ido, que no sabía nada de ti. Fui a buscarte al camino, pero no encontré señales de ti y tampoco te había visto ninguna de las personas con las que me crucé. Así que pensé que te habías perdido. Andrew, has dado un giro de ciento ochenta grados.

-Sospecho que he cometido algún error en mi plan de orientación -reconoció Andrew.

-No cabe la menor duda. Por si no lo sabes, estuve a punto de pedir que te buscaran por aire, pero entonces se me ocurrió que podrías haberte desviado por este camino. Andrew, ¿para qué querías ir a la biblioteca? A veces se te ocurren ideas estrafalarias. Sabes que me encanta proporcionarte los libros que necesitas.

-Lo sé, George, pero soy un...

-Un robot libre, tienes razón. Un robot que tiene derecho a salir de casa e ir a la ciudad para consultar la biblioteca, a pesar de que su extraordinaria inteligencia robótica sea incapaz de mantenerlo en el camino correcto. ¿Me permites que te pregunte qué querías consultar en la biblioteca?

-Algún libro sobre lengua contemporánea.

-Andrew, ¿piensas dejar la ebanistería y dedicarte a la semántica?

-Siento que mi habla deja mucho que desear.

-¡Pero si tu dominio de la lengua es sorprendente! Tu vocabulario, tus construcciones gramaticales...

-George, el lenguaje..., me refiero a las metáforas, a las expresiones coloquiales, incluso a la sintaxis... La lengua cambia constantemente y no ocurre lo mismo con mi programación. Si no me actualizo, al cabo de unas pocas generaciones seré incapaz de comunicarme con los seres humanos.

-Puede que tengas razón.

-Por eso debo estudiar los motivos de los cambios lingüísticos y muchas cosas más. -De pronto Andrew se oyó decir a sí mismo-: George, me parece importante saber mucho más sobre los seres humanos y el mundo, sobre todas las cosas. Todos estos años he llevado una vida aislada en nuestra hermosa finca, en un paraje apartado del mundanal ruido. El mundo que se extiende más allá de mi casa es un misterio para mí... George, también necesito saber más acerca de los robots. Quiero escribir un libro sobre ellos.

-Un libro -repitió George desconcertado- Un libro sobre robots. ¿Te refieres a un manual de diseño?

-En absoluto. Había pensado en una historia de su desarrollo.

-Ah -murmuró George, y asintió frunciendo el ceño al mismo tiempo-. De acuerdo. ¿Qué te parece si volvemos a casa?

-Encantado. ¿Me pongo la ropa o no?

-Póntela, por favor.

-Muchas gracias.

Andrew se vistió deprisa y echaron a andar.

-Has dicho que quieres escribir un libro sobre la historia de la robótica -añadió George, como si analizara mentalmente la propuesta-. Andrew, ¿para qué? Hay millones de libros sobre robótica y al menos quinientos mil analizan la evolución del concepto «robot». El mundo no sólo está saturado de robots, sino de información sobre ellos.

Andrew hizo un gesto de negación con la cabeza, gesto humano que repetía cada vez con más frecuencia.

-George, no me refería a una historia de la robótica, sino a una historia de los robots... escrita por un robot. Estoy seguro de que jamás se ha escrito un libro de esas características. Quiero explicar qué sienten los robots acerca de sí mismos y, sobre todo, lo que han representado nuestras relaciones con los seres humanos desde que permitieron que trabajáramos y viviésemos en la Tierra.

George enarcó las cejas, pero no dio respuesta alguna.

Librodot

12

Little Miss hizo una de sus visitas periódicas a la finca californiana de su familia. Había cumplido los ochenta y tres años y era tan frágil como un pajarito. Sin embargo, nada en ella denotaba falta de energía o de determinación. Aunque se ayudaba con un bastón, lo usaba más para hacer gestos que para apoyarse.

Escuchó la historia del malhadado intento de Andrew de visitar la biblioteca con indignación creciente. Al final golpeó enérgicamente el suelo con el bastón y dijo:

-George, es realmente espantoso. ¿Quiénes eran esos dos canallas?

-Mamá, no lo sé.

-Pues deberías averiguarlo.

-¿De qué serviría? Supongo que sólo se trataba de un par de gamberros de la zona. Los típicos insensatos que no tienen nada que hacer. Al final no causaron ningún daño.

-Pero podrían haberlo hecho. Si no hubieses aparecido a tiempo, esos chicos podrían haber infligido graves daños a Andrew. Incluso te podrían haber agredido cuando llegaste. Al parecer, lo único que te salvó fue que son tan mentecatos e ignorantes que no se percataron de que Andrew habría sido incapaz de hacerles daño pese a tu orden tajante.

-Mamá, no exageremos. ¿De verdad piensas que me habrían atacado? ¿Crees que alguien agrede a un perfecto desconocido en un camino rural y en pleno siglo XXIII?

-Reconozco que es posible que me equivoque. Pero sin duda, Andrew corrió peligro y es algo que no podemos consentir. George, sabes que considero a Andrew un miembro más de la familia.

-Yo también. Siempre ha sido así.

-Entonces no podemos permitir que unos patanes ignorantes lo traten como a un juguete de cuerda desechable, ¿verdad?

-Mamá, ¿qué quieres que haga? -preguntó George.

-George, ¿eres o no abogado? ¡Utiliza de una maldita vez tu formación legal! Escúchame: quiero que planifiques un juicio que siente jurisprudencia, un juicio que obligue al Tribunal regional a declararse partidario de los derechos de los robots, que la Legislatura regional apruebe las leyes necesarias y que, si surgen problemas políticos y es imprescindible, plantees el asunto ante el Tribunal Mundial. George, te estaré vigilando y no permitiré que escurras el bulto.

-Mamá, ¿no dijiste hace poco que deseabas que presentase mi candidatura para el escaño que el abuelo ocupó en la Legislatura?

-Sí, pero, ¿que tiene que ver con...?

-Ahora pretendes que inicie una polémica campaña a favor de los derechos de los robots. Mamá, los robots, a diferencia de los humanos, no votan. Y hay muchísimos seres humanos que no quieren a los robots tanto como tú. ¿Sabes qué será de mi candidatura si el motivo principal por el que electorado me conoce es por haber sido el abogado que obligó a la Legislatura a aprobar los derechos de los robots?

-¿Y qué?

-Madre, ¿qué es más importante para ti, que me convierta en miembro de la Legislatura o que me involucre en este caso para sentar jurisprudencia?

-Qué te involucres en el caso, por supuesto -respondió Little Miss sin dudar un instante.

George asintió con la cabeza.

-Entendido, mamá, sólo quería cerciorarme de que las cosas están claras. Si es eso lo que quieres, saldré a la palestra y lucharé por los derechos civiles de los robots. Pero supondrá el fin de mi carrera política antes de haberla iniciado. Tienes que saberlo.

-Lo sé, George, lo sé. Quizá descubras que te has equivocado, no estoy segura, pero lo primordial es que quiero proteger a Andrew de cualquier incidente violento. Es lo único que me interesa.

-Mamá, te aseguro que lo conseguiré.

George se puso en marcha de inmediato, y lo que comenzó como un modo de aplacar a la anciana y temible dama, pronto se convirtió en la batalla de su vida.

Lo cierto es que George Charney nunca había aspirado a ocupar un escaño en la Legislatura, por lo que se consideró a salvo de ello desde el momento en que su madre decidió que debía convertirse en defensor de los robots y sus derechos. Se dejó fascinar por el desafío. La campaña requería los análisis y los cálculos más minuciosos, pues existían complejas y conflictivas repercusiones legales.

Como socio más antiguo de Feingold y Charney, George planificó buena parte de la estrategia, aunque delegó la investigación y presentación

Librodot

de alegatos en los socios más jóvenes. Encomendó a su hijo Paul, miembro del bufete desde hacía tres años, el manejo de las tareas cotidianas. Paul tuvo la responsabilidad adicional de presentar informes diarios de los progresos a su abuela. Por su parte, Little Miss examinó diariamente la campaña con Andrew.

Andrew se sumergió a fondo en el tema. Aunque había empezado a trabajar en el libro sobre los robots -pensaba remontarse a los inicios, a Lawrence Robertson y la creación de United States Robots and Mechanical Men-, aparcó el proyecto para dedicarse al análisis de los innumerables documentos legales. En ocasiones, incluso ofreció algunas modestas sugerencias.

-El día que aquellos hombres me acosaron George dijo que los seres humanos siempre han tenido miedo de los robots. Lo llamó «uno de los males de la humanidad». Me parece que, mientras las cosas sigan así, no es probable que los tribunales y las legislaturas hagan algo en favor de los robots. Al fin y al cabo, los robots no tienen poder político y la gente sí. ¿No habría que intentar modificar la actitud de los humanos hacia los robots?

-Ojalá pudiéramos.

-Tenemos que intentarlo -declaró Andrew-. George tiene que intentarlo.

-Así es -coincidió Little Miss-. Y ya lo hace, ¿no te parece?

Fue George el que se ocupó de la opinión pública mientras Paul acudía a los tribunales. Se consagró en cuerpo y alma a la tarea de defender los derechos civiles de los robots y dedicó todo su tiempo y energías.

George siempre había sido un buen orador, afable e informal, y a partir de ese momento, se convirtió en figura habitual en las convenciones de abogados, educadores y directores de holonoticias, así como en todos los programas de opinión de las emisoras públicas, planteando la defensa de los derechos de los robots con una expresividad que aumentó a medida que ahondaba en el caso.

Cuanto más tiempo pasaba en público y en los estudios de los medios de comunicación, más relajado y convincente se mostraba. Volvió a dejarse las patillas y a peinar hacia atrás sus cabellos -ahora blancos-, hasta formar un soberbio penacho. Incluso aceptó la nueva forma de vestir por la que habían optado algunos de los más célebres videocomentaristas, un estilo desenfadado y de grandes vuelos al que llamaban «drapeado». Decía que, vestido de esa manera, se sentía como un filósofo griego o como un senador de la antigua Roma.

Paul Charney, mucho más conservador que su padre, le advirtió la primera vez que lo vio vestido de ese modo:

-Papá, no te descuides en escena.

-Procuraré no hacerlo -contestó George.

Los elementos fundamentales en favor de los derechos civiles de los robots eran los siguientes:

«Si en virtud de la Segunda Ley podemos exigir a un robot obediencia ilimitada en todos los sentidos que no se refieran a hacer daño a un ser humano, en tal caso un ser humano, cualquier ser humano, esgrime un poder abrumador sobre un robot, sobre cualquier robot. En concreto, dado que la Segunda Ley predomina sobre la Tercera, cualquier ser humano puede apelar a la ley de la obediencia para anular la de la autoprotección. Puede ordenar al robot que se haga daño a sí mismo, e incluso que se destruya, por el motivo que sea o, simplemente por capricho.

»Aunque no es baladí, excluyamos del debate la cuestión de los derechos de propiedad y abordemos el problema sólo desde la perspectiva de la pura corrección humana. Imaginemos que alguien aborda a un robot, hallado de manera azarosa en un camino, y le ordena, sin más motivo que su propia diversión, que se arranque las extremidades o que se produzca otra lesión grave. También podemos imaginar que, en un momento de resentimiento, aburrimiento o frustración, el dueño de un robot le da semejante orden.

»¿Es justo? ¿Trataríamos así a un animal? Debemos tener en cuenta que tal vez un animal tenga mecanismos de defensa. No obstante, hemos creado a nuestros robots intrínsecamente incapaces de alzar la mano contra un ser humano.

»Hasta un objeto inanimado que nos presta sus servicios tiene derecho a ser considerado. Un robot no es, en modo alguno, insensible; no es una simple máquina ni un animal. Puede pensar lo suficiente para hablar, razonar y bromear con nosotros. Muchos de los que hemos convivido y trabajado con robots los consideramos amigos, prácticamente miembros de la familia. Sentimos un profundo respeto por ellos, incluso afecto. ¿Es pedir demasiado que nuestros amigos robots cuenten con la protección formal de las leyes?

»Si un ser humano tiene derecho a dar cualquier orden a un robot que no suponga lesiones para otro ser humano, debería tener el decoro de no dar jamás una orden que suponga daños para el propio robot o para otro... a menos que la seguridad humana exija semejante acto. Ciertamente, no se puede pedir a un robot que se autolesione. El poder conlleva la responsabilidad. Puesto que los robots cuentan con las Tres Leyes que protegen a los seres humanos, ¿es demasiado pedir que los humanos se sometan a un par de leyes para proteger a los robots?»

El portavoz de la otra postura en el debate no era otro que James van Buren, el mismo abogado que se había opuesto a la petición que Andrew presentó ante el Tribunal regional para acceder a la condición de robot

Librodot

libre. Van Buren era viejo, pero aún estaba en forma y era un acérrimo defensor de las creencias sociales tradicionales. Con su estilo, equilibrado y sensato, el letrado volvió a convertirse en convincente representante de quienes se oponían a que los robots tuviesen derechos:

«No abogo por los vándalos que destruyen gratuitamente a un robot que no les pertenece o que le ordenan que se autodestruya. No es más que un delito civil sancionable mediante los canales legales vigentes. Tenemos tanta necesidad de una ley especial que abarque estos casos como de una legislación concreta que condene a las personas que rompen los cristales de sus vecinos. La ley referente a la inviolabilidad de la propiedad ofrece suficientes garantías.

»Pero en este caso se pretende una ley que impida a cada uno destruir su propio robot y, por tanto, nos adentramos en zonas de pensamiento muy distintas. En mi bufete hay robots, y no se me ocurriría destruir uno, como tampoco se me ocurriría dar un hachazo a un escritorio. ¿Sigue habiendo alguien que defienda la postura de que se me debe privar del derecho de hacer lo que quiero con mis robots, con mis escritorios o con cualquier otro artículo de oficina que sea de mi propiedad? ¿Puede el Estado en su infinita sabiduría, presentarse en mi despacho y decir: "James van Buren, debe ser amable con sus escritorios y evitarles cualquier daño; en cuanto a los archivadores, deben ser tratados con respeto, como si fueran amigos". Lógicamente, lo mismo cabe decir respecto a sus robots. "James van Buren, en modo alguno puede poner en peligro a los robots de su propiedad"?».

Van Buren interrumpió su discurso, sonrió serena y sensatamente y comunicó a todo el mundo que no era más que una hipótesis, que en realidad era un hombre incapaz de hacer daño a nada ni a nadie. Después añadió:

«Oigo la respuesta de George Charney: un robot es distinto a un escritorio o a un archivador, el robot es inteligente y sensible, habría que considerar prácticamente humanos a los robots. Yo le contesto que está equivocado, que está tan cegado por el afecto hacia el robot que su familia ha tenido durante tantas décadas que ha perdido de vista lo que realmente son los robots.

»Amigos míos, son máquinas, son herramientas, son electrodomésticos. Se trata de artilugios mecánicos, tan dignos de protección legal como cualquier otro objeto inanimado. Sí, he dicho inanimado. Es verdad que hablan, incluso que piensan, aunque de manera rígida y preprogramada. Sin embargo, cuando alguien hiere a un robot, ¿sangra? ¿se ríe cuando le hacen cosquillas? Es verdad que los robots tienen manos y sentidos, porque así los hemos construido pero, ¿experimentan afectos y pasiones humanas? ¡Nada de eso! ¡De eso, nada!

Por lo tanto, no confundamos con seres vivos a las máquinas hechas a imagen y semejanza de la humanidad.

»También debo señalar que, en este siglo, la humanidad se ha vuelto dependiente del trabajo de los robots. En el mundo hay más robots que personas y, mayoritariamente, los robots llevan a cabo las tareas que nadie está dispuesto a realizar. Nos han liberado de la monotonía y de la degradación. Confundir la problemática de los robots con los antiguos debates sobre la esclavitud, y los que se desencadenaron más tarde sobre los derechos civiles para los descendientes de esclavos liberados conducirá, en última instancia, al caos económico, pues los robots no sólo reclamarán la protección de las leyes, sino la independencia de sus propietarios. Los esclavos fueron seres humanos extorsionados a los que se maltrató cruelmente. Nadie tenía derecho a imponerles la servidumbre. No obstante, los robots están en el mundo para servir. Por definición, existen para ser usados: no para ser nuestros amigos, sino nuestros criados. Adoptar cualquier otra posición supone un modo de pensar obstinado, sentimental y peligroso».

George Charney era un orador convincente, pero James van Buren no le iba a la zaga. Al final, la batalla -librada sobre la arena de la opinión pública más que en la Legislatura o en el Tribunal regional- se empantanó en una suerte de punto muerto.

Para entonces, muchas personas habían superado el miedo o el desagrado hacia los robots -tan extendidos hacía un par de generaciones- y la argumentación de George les llegó al corazón. Sentían afecto por sus robots y querían que se les concediese algún tipo de garantía legal.

Pero había otras personas en contra, los que quizá no temían tanto a los robots como a los riesgos financieros en que podían incurrir a resultas de la promulgación de sus derechos civiles. Por eso aconsejaron cautela en esta nueva controversia legal.

La contienda terminó y se aprobó la legislación favorable a los robots, por la que se establecían las condiciones de ilegalidad de una orden peligrosa para un robot, pero la ley -aprobada por la Legislatura regional, enviada al Tribunal regional para someterla a revisión, aprobada nuevamente con modificaciones, retenida por el Tribunal regional y ratificada definitivamente por la Legislatura mundial, aunque retenida tras una última apelación al Tribunal Mundial- fue muy anodina. Incluía excesivas reservas y el castigo por transgredir sus disposiciones no estaba en consonancia.

No obstante se amplió un poco el principio de los derechos de los robots, establecido con el decreto que concedió la «libertad» a Andrew.

La ratificación inapelable del Tribunal Mundial se produjo el mismo día de la muerte de Little Miss.

Librodot

No fue casual. Little Miss, ya era muy anciana y débil, se aferró con todas sus fuerzas a la vida durante las últimas semanas del debate. Sólo se relajó cuando recibió la noticia de la victoria.

Andrew estaba junto a Little Miss cuando ésta exhaló su último suspiro. Permaneció de pie, miró a la anciana menuda y pálida, apoyada en las almohadas, y pensó en los tiempos en los que llegó a la gran mansión de Gerald Martin y dos chiquillas alzaron la cabeza para mirarlo, al tiempo que la más pequeña fruncía el ceño y decía: «Ene-de-ere. No me gusta. No podemos llamarlo de esa manera. ¿Por qué no le decimos Andrew?» Hacía tanto, tantísimo tiempo... Para Little Miss había pasado toda una vida, pero para Andrew, sólo un instante; el tiempo apenas había transcurrido desde que Miss, Little Miss y él retozaban en la playa y el propio Andrew nadaba en medio de la rompiente porque las chicas se lo habían pedido.

Pero habían pasado más de ochenta años...

Andrew sabía que era mucho tiempo para un ser humano. La vida de Little Miss había recorrido su trayecto y se alejaba velozmente. Hacía mucho que sus cabellos, rubios como el trigo, habían adquirido un tinte plateado; habían perdido hasta su último destello y ahora estaban opacos y apagados. Little Miss se acercaba a su fin y no era posible remediarlo. No estaba enferma sino, simplemente, gastada, más allá de toda posibilidad de reparación. Al cabo de unos instantes dejaría de funcionar. A Andrew le costó imaginar un mundo que no contuviera a Little Miss, pero supo que estaba a punto de entrar en él.

Little Miss le dedicó su última sonrisa y éstas fueron las últimas palabras que pronunció;

-Andrew, has sido bueno con nosotros.

Little Miss murió aferrando la mano de Andrew, mientras su hijo, su nuera y su nieto guardaban una respetuosa distancia.

13

Después de la muerte de Little Miss, Andrew experimentó una sensación de desazón que persistió varias semanas. Dedujo que llamarla pena sería excesivo, pues sospechaba que sus circuitos positrónicos no estaban diseñados para sentir ninguna emoción que se correspondiese con lo que los seres humanos denominaban pena.

De todos modos, su afección estaba relacionada con la pérdida de Little Miss. Le habría resultado imposible cuantificar su estado de ánimo. Experimentó cierta torpeza intelectiva, una especie de extraña lentitud en sus movimientos, la percepción de un desequilibrio generalizado de sus ritmos, pero se dijo que ningún instrumento sería capaz de detectar el más mínimo cambio en sus aptitudes.

Para aliviar aquella sensación desconocida, se sumergió en la investigación histórica de los robots, y el manuscrito fue creciendo.

Bastó un breve prólogo para abordar el concepto de robot en la historia y en la literatura: los hombres metálicos de los mitos de la antigua Grecia, los autómatas ideados por narradores inteligentes como E. T. A. Hoffman o Karel Capek y otras fantasías por el estilo. Sintetizó rápidamente las viejas fábulas y prescindió de ellas. Lo que más le importaba era el robot positrónico: el auténtico y verdadero robot.

Andrew se trasladó a 1982, año de la creación de United States Robots and Mechanical Men a cargo de Lawrence Robertson, su visionario fundador. Tuvo la impresión de estar viviendo la historia al narrar los primeros años de lucha en almacenes recónditos y, tras incesantes tanteos, los primeros y espectaculares avances en la construcción del cerebro positrónico de platino e iridio. Evocó el origen y desarrollo de las ineludibles Tres Leyes; los éxitos iniciales de Alfred Lanning, el director de investigación, en el diseño de unidades robóticas móviles que, pese a su torpeza, pesadez e incapacidad de hablar, disponían de la versatilidad suficiente para interpretar órdenes humanas y escoger la mejor respuesta de entre una serie de opciones; a estas unidades les sucedieron las primeras unidades móviles y parlantes al filo del siglo XXI.

Librodot

A continuación, Andrew abordó un tema cuya descripción le resultó mucho más inquietante: la época de reacción negativa por parte de los seres humanos, la histeria y el miedo visceral que provocaron los nuevos robots, la legislación mundial por la que se prohibió el empleo de los robots como mano de obra en la Tierra. Puesto que la miniaturización del cerebro positrónico aún estaba en fase de desarrollo y no se había resuelto la necesidad de complejos sistemas de enfriamiento, las primitivas unidades móviles eran gigantescas -de casi cuatro metros de estatura-, monstruos aterradores y pesados que evocaban los miedos de la humanidad a los seres artificiales, al monstruo de Frankenstein, al Golem y a todo tipo de pesadillas por el estilo.

El libro de Andrew dedicaba tres capítulos a esa época de acentuado pavor a los robots. Le costó mucho redactarlos porque versaban sobre la irracionalidad humana, tema que le era casi imposible comprender.

Lo hizo como mejor supo, esforzándose por pensar como los seres humanos que, aunque supieran que las Tres Leyes ofrecían garantías infalibles que impedían a los robots causar algún daño a las personas, siguieron contemplándolos con temor y desdén. Por fin, Andrew logró comprender, en la medida de sus posibilidades, la razón por la que los hombres habían puesto en duda semejante garantía de seguridad.

A medida que repasaba los archivos de la robótica, se dio cuenta de que las Tres Leyes no constituían una salvaguarda tan infalible como parecía. De hecho, estaban plagadas de ambigüedades y de posibles conflictos. Las Tres Leyes podían hacer que los robots -seres simples y fieles- se enfrentaran a la necesidad de tomar decisiones que no siempre eran ideales desde la perspectiva humana.

El robot enviado a cumplir una misión peligrosa a un planeta extraño -por ejemplo, encontrar una sustancia decisiva para la seguridad y el bienestar de un explorador humano- podía experimentar un conflicto entre la Segunda Ley de obediencia y la Tercera de autoconservación, hasta el extremo de llegar a un estado de equilibrio imposible, lo que le impedía avanzar o retroceder. En esa situación sin salida el robot, a través de su inactividad, podía crear un peligro extremo para el ser humano que le había encomendado la misión, por mucho que los imperativos de la Primera Ley tuviesen prioridad sobre los dos restantes. ¿Y cómo podía saber un robot que el conflicto que experimentaba entre la Segunda y la Tercera Ley ponía en peligro a un humano? A menos que conociese con todo lujo de detalles la naturaleza de la misión, el robot podía ignorar las consecuencias de su inactividad y no percatarse de que, con su vacilación, violaba la Primera Ley.

Asimismo, un diseño defectuoso o una programación deficiente, podían confundir al robot sobre la naturaleza humana, o no humana, de

un individuo y, por consiguiente, no estaba en condiciones de reclamar la protección que le proporcionaban la Primera y la Segunda Ley…

Por otra parte, una orden mal planteada y su ejecución literal, podían ser causa involuntaria de daños físicos en seres humanos.

Los archivos contenían montones de casos de estas características. Los primeros robotistas -sobre todo la extraordinaria robopsicóloga Susan Calvin, una mujer imponente y austera, habían trabajado mucho y con tesón para hacer frente a las dificultades que se acumulaban.

Los problemas se agudizaron cuando, mediado el siglo XXI, de los talleres de US Robots and Mechanical Men salieron robots con circuitos positrónicos revolucionarios: robots con una mayor capacidad de pensamiento, capaces de analizar situaciones con una profundidad de comprensión casi humana. Robots como el propio Andrew Martin, aunque no se mencionase explícitamente. Los nuevos robots de vías generalizadas, dotados de la capacidad de interpretar datos con mucha más subjetividad que sus predecesores, solían reaccionar de forma inesperada para los seres humanos. Siempre lo hacían en el contexto de las Tres Leyes, por supuesto, aunque en ocasiones desde una perspectiva imprevista por los autores de dichas leyes.

Al estudiar los anales del desarrollo cibernético, Andrew comprendió el motivo de la fobia que tantos humanos habían sentido hacia los robots. No se debía a que las Tres Leyes estuviesen mal redactadas, en absoluto. De hecho, eran ejemplos magistrales de lógica. El problema radicaba en que los humanos no siempre eran lógicos y los robots no siempre podían hacer frente a las incoherencias y contradicciones del pensamiento humano.

Eran los seres humanos los que obligaban a los robots a transgredir cualquiera de las Tres Leyes y, acto seguido, de manera ilógica, solían culparlos de haber hecho algo indeseable cuando, en realidad, habían cumplido la orden recibida.

Andrew abordó estos capítulos con sumo cuidado y delicadeza revisándolos y corrigiéndolos para evitar ser tendencioso. No se proponía escribir una diatriba contra los defectos de la humanidad. Como siempre, su principal objetivo era satisfacer las necesidades humanas. Aunque el propósito original del libro había sido alcanzar una mayor comprensión de su relación con los seres humanos, a medida que avanzaba, Andrew se percataba de que, si lo escribía correcta y concienzudamente, el libro se convertiría en un nexo de unión de valor incalculable entre humanos y robots, en una fuente de esclarecimiento no sólo para los robots, sino para la especie de carne y hueso que los había traído al mundo. Si mejoraba la comprensión entre humanos y robots, éstos podrían prestar mayores servicios a la humanidad. Ésta era, desde luego, la razón de su existencia.

Librodot

Al llegar a la mitad del libro, Andrew pidió a George Charney que lo leyese y le comunicase lo que se le ocurriera para mejorarlo. Habían transcurrido varios años desde la muerte de Little Miss y George estaba achacoso, su robusta constitución se había reducido y prácticamente se había quedado calvo. Miró el voluminoso manuscrito de Andrew con una expresión de malestar apenas disimulado y dijo:

-Andrew, ya deberías saber que no tengo muchas dotes de escritor.

-George, no le he pedido una opinión sobre mi estilo. Pretendo que analice mis ideas. Quiero averiguar si el manuscrito contiene algo ofensivo para los seres humanos.

-Andrew, estoy seguro de que no hay ni una coma ofensiva, pues siempre has sido la cortesía personificada.

-Yo jamás ofendería a nadie conscientemente. Sin embargo, la posibilidad de que sin darme cuenta...

George suspiró.

-Sí, claro, comprendo. Andrew, leeré tu libro. Debes saber que últimamente me fatigo mucho y quizá tarde en terminarlo.

-No hay prisa -aseguró Andrew.

George se tomó todo el tiempo del mundo: casi un año.

Cuando por fin le devolvió el manuscrito a Andrew, sólo le entregó media página de notas, en su mayoría correcciones baladíes.

-George, esperaba críticas más amplias -comentó Andrew con gran moderación.

-No puedo hacer una crítica amplia. Es una obra extraordinaria, ¡extraordinaria! Se trata de un estudio realmente profundo. En tu lugar estaría orgulloso.

-Y cuando abordo el tema de la forma en que la irracionalidad humana ha provocado dificultades con las Tres Leyes...

-Andrew has dado exactamente en el blanco. Somos una especie caótica, ¿no crees? Una especie que, aunque en ocasiones puede ser genial y muy creativa, está plagada de contradicciones y confusiones. Andrew, ¿verdad que nos consideras un atajo de seres irremediablemente ilógicos?

-Hay momentos en que sí, pero no pretendo escribir una crítica de la especie humana. George, nada más lejos de mi intención. Quiero ofrecer al mundo algo que nos acerque. Si da la sensación de que desdeño la capacidad mental de los seres humanos, será, exactamente, lo contrario de lo que me propongo. Por eso esperaba que, al leer el manuscrito, marcase cualquier fragmento que pudiera interpretarse de modo que...

-Tal vez tendrías que haber acudido a mi hijo Paul -afirmó George-. Por si no lo sabes, Paul ha llegado a las más altas cumbres de su profesión y, en la actualidad, está en contacto con sutiles cuestiones de matiz.

Gracias a ese comentario, Andrew comprendió que a George Charney no le había interesado leer su manuscrito: George, cansado y envejecido, había entrado en los últimos años de su vida. Una vez más, la rueda de las generaciones había girado y Paul era el cabeza de familia. Sir se había marchado, Little Miss también, y pronto le tocaría a George. Los Martin y los Charney iban y venían, pero Andrew permanecía, no exactamente imperturbable (pues aún sometía ocasionalmente a su cuerpo a actualizaciones tecnológicas y, además, le parecía que sus procesos mentales se agudizaban y enriquecían a medida que penetraba en el conocimiento de sus extraordinarias capacidades), aunque sin duda invulnerable al paso del tiempo.

Entregó el manuscrito casi terminado a Paul Charney, que lo leyó de inmediato y, no sólo lo elogió sino que, como había dicho George, le aconsejó valiosas sugerencias. En ciertos casos, la incapacidad de Andrew para comprender la falta de razonamiento de la mente humana lo había llevado a excesos de simplificación y conclusiones injustificables. En realidad, a Paul le pareció que el libro era demasiado condescendiente con los puntos de vista humanos. En su opinión, una crítica más profunda a la irracional actitud humana hacia la robótica -y hacia la ciencia en general- no habría estado de más. Andrew no esperaba esos comentarios.

-Paul, yo no pretendo ofender a nadie.

-Jamás se ha escrito un libro que valga la pena leer y que no ofenda a nadie -repuso Paul-. Andrew, escribe lo que crees que es la verdad. Es imposible que todo el mundo coincida contigo. En cualquier caso, tu perspectiva es única. Puedes aportar al mundo algo real y valioso. Sin embargo, no valdrá nada si reprimes lo que sientes y sólo escribes lo que los demás quieren leer.

-Pero la Primera Ley

-¡Andrew, olvídate de la Primera Ley! ¡La Primera Ley no lo es todo! ¿Crees que es posible hacer daño a alguien con un libro? Supongo que se podría si lo usaras como arma arrojadiza pero de otra manera, no. Las ideas no hacen daño, ni siquiera las equivocadas, necias y descabelladas. Son las personas las que hieren. A veces se apoderan de ciertas ideas y las usan como justificación para realizar actos desmesurados y ultrajantes. La historia humana rebosa ejemplos de este tipo. Pero las ideas sólo son ideas. No deben ser reprimidas. Es necesario plantearlas, examinarlas, someterlas a prueba y, en caso necesario, rechazarlas abiertamente... Además, la Primera Ley no impide que los robots escriban libros. Andrew, los palos y las piedras pueden hacer daño, pero las ideas...

-Paul, como acaba de señalar, la historia humana abunda en acontecimientos nefastos que comenzaron con palabras. De no haberse pronunciado esos acontecimientos dañinos no habrían ocurrido.

-Pero Andrew, ¿entiendes lo que digo? Creo que sí. Conoces la fuerza de las ideas y no confías en la capacidad humana de distinguir entre una idea buena y una mala. A veces yo tampoco me fío, pero sé que, a largo plazo, la mala idea perece. Así ha discurrido la historia de la civilización durante milenios. Tarde o temprano el bien prevalece, al margen de los horrores que hayan jalonado el camino. Por consiguiente, es un error reprimir una idea que pueda ser valiosa para el mundo. Escúchame, Andrew: probablemente eres lo más parecido a un ser humano que ha salido de los talleres de US Robots and Mechanical Men. Estás singularmente equipado para decir al mundo lo que necesita saber acerca de la relación entre humanos y robots porque, hasta cierto punto, compartes la naturaleza de ambos. Quizá contribuyas a mejorar esa relación que, incluso hoy en día es muy difícil. Escribe el libro, pero hazlo sinceramente.

-Sí, Paul, así lo haré.

-Por cierto ¿has pensado en el editor?

-¿En el editor? Pues no, ni se me había ocurrido.

-Más vale que te lo plantees. Mejor dicho, deja que lo haga por ti. Tengo un amigo en el mundo editorial. En realidad, un cliente. ¿Qué te parece si hablo con él?

-Le estaría muy agradecido -respondió Andrew.

-Lo haré encantado. Quiero ver el libro publicado para que todos puedan leerlo.

Al cabo de pocas semanas, Paul consiguió un contrato de edición. Le aseguró que las cláusulas eran muy generosas y justas. Andrew firmó el contrato sin vacilaciones.

A lo largo del año siguiente, mientras elaboraba los últimos capítulos del manuscrito, Andrew pensaba en las cosas que Paul le había dicho aquel día, en la importancia de expresar sus convicciones, en el valor que su obra podría tener en tal caso. Pensaba en su supuesta singularidad y no podía apartar de su mente los comentarios de Paul:

«Escúchame, Andrew: probablemente eres lo más parecido a un ser humano que ha salido de los talleres de US Robots and Mechanical Men. Estás singularmente equipado para decir al mundo lo que necesita saber acerca de la relación entre humanos y robots porque, hasta cierto punto, compartes la naturaleza de ambos».

Andrew se preguntó si Paul había expresado francamente lo que pensaba o si el calor de la situación lo había llevado a pronunciar esas palabras. Se planteó la pregunta varias veces y, poco a poco, comenzó a elaborar una respuesta.

Luego decidió que había llegado la hora de visitar el bufete de Feingold y Charney y de sostener otra charla con Paul.

Librodot

Se presentó sin anunciarse. El robot recepcionista lo saludó formalmente y Andrew aguardó paciente cuando se metió en un despacho interior para informar a Paul de su presencia. Sin duda habría sido más eficaz que el recepcionista utilizara el intercomunicador holográfico, pero no había hombre que lo manejara, es decir, «no había robot que lo utilizara para atender a otro robot en lugar de a un ser humano», pensó Andrew.

El recepcionista regresó un momento más tarde.

-El señor Charney vendrá enseguida -anunció, y retomó sus menesteres sin decir una sola palabra más.

Andrew se dedicó a analizar el sentido de aquellas palabras. Se preguntó si podía decir «no había robot que lo manejara» como analogía de «no había hombre que lo manejara». ¿O acaso esto último se había convertido en una expresión tan metafórica y alejada de su significado original como para aplicarla a los robots o, incluso a las mujeres?

Mientras trabajaba en el libro, Andrew se planteaba diversos problemas semánticos. El lenguaje humano, inventado por los humanos para uso de los humanos, estaba plagado de delicadas complejidades. Sin duda, el esfuerzo necesario para descifrarlas había incrementado su vocabulario básico y suponía que también había ampliado la adaptabilidad de sus circuitos positrónicos.

Mientras esperaba en la sala de espera, entraron varias personas que lo miraron con atención. Al fin y al cabo, era el robot libre, el único robot libre. Era el robot que se vestía, una anomalía, un bicho raro. Andrew jamás eludía la mirada de los rastreadores de curiosidades. Las afrontaba con gran calma y todos desviaban rápidamente la vista.

Por fin, apareció Paul Charney. No se veían desde el invierno, desde el funeral de George, que había muerto en paz en la finca familiar y estaba enterrado en una colina que daba al Pacífico. A Andrew le pareció que Paul se sorprendía de verle, aunque aún no confiaba plenamente en su capacidad de interpretar con exactitud las expresiones faciales de los hombres.

-¡Vaya, Andrew, qué sorpresa! Me alegro de volver a verte. Lamento haberte hecho esperar, pero debía concluir un asunto.

-Tranquilo, Paul, yo nunca tengo prisa.

Paul lucía el copioso maquillaje que la moda había impuesto para ambos sexos y, pese a que volvía más afiladas y firmes las líneas fofas de su rostro, Andrew lo desaprobaba. A su juicio, la fuerte e incisiva personalidad de Paul no necesitaba de esos toques cosméticos.

Andrew no hizo comentario alguno sobre su desaprobación. El hecho de no estar de acuerdo con la apariencia de Paul era una novedad. Hacía muy poco que tenía pensamientos de ese tipo. Al terminar el primer borrador del libro, Andrew descubrió que, mientras se abstuviera de

Librodot

expresarlo abiertamente, desaprobar los actos de los seres humanos no lo inquietaba tanto como era de esperar. Podía tener ideas críticas, y hasta fue capaz de consignarlas por escrito. Pero estaba convencido de que las cosas no siempre habían sido así.

-Pasa, Andrew -dijo Paul-. Sabía que querías hablar conmigo, pero no imaginé que vendrías al bufete.

-Paul, si está ocupado y ahora no puede recibirme, estoy dispuesto a seguir esperando.

Paul echó un vistazo a la interacción de sombras cambiantes de la esfera colgada en la pared, que cumplía la función de reloj, y respondió:

-Te dedicaré un rato. ¿Has venido solo?

-Alquilé un automatimóvil.

-¿Tuviste algún problema? -preguntó Paul con bastante inquietud.

-¿Por qué iba a tenerlo? Mis derechos están protegidos.

Paul se inquietó aún más.

-Andrew, te he explicado hasta la saciedad que esa ley es casi imposible de aplicar, al menos en la mayoría de los casos. Ten en cuenta que, si te empeñas en vestirte, tarde o temprano te meterás en líos, como ocurrió la primera vez en que mi padre tuvo que rescatarte.

-Paul, aquella fue la única vez. Lamento haberlo contrariado.

-Piénsalo desde esta perspectiva: ¿has olvidado que eres una leyenda viviente? A veces, a la gente le gusta hacerse famosa creando problemas a las celebridades y nadie duda de que tú lo eres. Además, ya te he dicho que eres demasiado valioso para gozar del derecho de correr riesgos. Antes de que se me olvide, ¿qué tal el libro?

-He terminado el borrador. Estoy en las correcciones finales y en el añadido de los últimos detalles. El editor está muy satisfecho con lo que ha visto hasta ahora.

-¡Magnífico!

-Ignoro si está satisfecho con el libro en sí mismo. Me parece que hay algunos fragmentos que le incomodan. Supongo que espera vender muchos ejemplares porque se trata del primer libro escrito por un robot y ese aspecto sí es satisfactorio.

-Andrew, es muy humano estar interesado en ganar dinero.

-En realidad, a mí tampoco me desagradaría. Ojalá que el libro se venda. Sabré dar un buen uso a los beneficios que produzca.

-¡Andrew, creí que no tenías problemas! Siempre has tenido tus propios ingresos y mi abuela te legó una suma considerable.

-Little Miss fue muy generosa. Estoy seguro de que podré contar con la ayuda de la familia si llega el momento en que mis gastos superan mis

ingresos. De todos modos, creo que siempre podré pagar mi sustento. No me gustaría tener que apelar a la familia, sería el último recurso.

-¿Gastos? ¿De qué gastos hablas? ¿Te refieres a yates o a viajes a Marte?

-¡Qué va! -respondió Andrew-. Paul, he pensado en algo muy costoso. Espero que los derechos de autor sean lo bastante elevados para poder hacer lo que se me ha ocurrido. Es decir, para dar el siguiente paso.

Paul pareció agitarse.

-¿De qué hablas?

-De otra actualización.

-Hasta ahora siempre las has pagado con tus fondos.

-Es posible que ésta sea más cara.

Paul asintió con la cabeza.

-Entonces los derechos de autor te vendrán muy bien. Si no alcanzan, encontraremos otra forma de compensarlo...

-No es sólo una cuestión económica -explicó Andrew-. Hay algunas complicaciones... Paul, para esta actualización tengo que recurrir a las más altas esferas. Debo ver al director de US Robots and Mechanical Men Corporation y obtener su autorización. He intentado concertar una cita pero, de momento, no he podido localizarlo. Sin duda tiene que ver con el libro. A la corporación no le entusiasmó que escribiera un libro... En realidad, como bien sabe, no prestaron la menor cooperación.

Una sonrisa modificó la expresión de Paul.

-Andrew, ¿de qué cooperación hablas? Era lo último que se podía esperar de ellos. Te tienen muchísimo miedo. No cooperaron con nosotros en ninguna de las fases de tu lucha por los derechos de los robots, ¿verdad? Fue, más bien, a la inversa. Ya conoces los motivos. Si se les conceden demasiados derechos a los robots, nadie querrá comprarlos, ¿me equivoco?

-Puede que sea cierto, pero también puede que no. Lo cierto es que quiero hablar con el director de la empresa para hacerle una petición muy especial. Yo no he logrado ponerme en contacto con él y si usted llamara en mi nombre...

-Andrew, sabes que les caigo tan gordo como tú.

-Sin embargo, usted encabeza un bufete poderoso e influyente y es miembro de una destacada y distinguida familia. No pueden ignorarlo. Y si lo intentaran, puede decir que, en el caso de que me reciban, evitarán la posibilidad de una nueva campaña de Feingold y Charney para reforzar los derechos civiles de los robots.

-Dime, Andrew, ¿no sería mentira?

-Sí, Paul, y reconozco que no sirvo para decir mentiras. De hecho, no puedo mentir, excepto bajo el imperativo de cualquiera de las Tres Leyes. Por eso quiero que haga la llamada en mi nombre.

Paul rió.

-¡Ay, Andrew, Andrew! Eres incapaz de decir una mentira, pero puedes presionarme para que mienta en tu nombre, ¿eh? ¡Cada vez te vuelves más humano!

14

No fue fácil concertar la cita, ni siquiera apelando al nombre presuntamente influyente de Paul.

Las insistentes presiones, a las que se sumó la alusión de que permitir que Andrew compartiese unos minutos del precioso tiempo de Harley Smythe-Robertson podría evitar a US Robots and Mechanical Men una nueva y problemática serie de litigios judiciales, dieron resultado. Un buen día de primavera, Andrew y Paul se dispusieron a viajar hasta el enorme complejo de edificios donde se encontraba la sede de la gigantesca empresa robótica.

Harley Smythe-Robertson -descendiente de las familias fundadoras de US Robots y que había adoptado el apellido compuesto a fin de recalcarlo- no se mostró muy contento de ver a Andrew. A punto de jubilarse, había dedicado una extraordinaria cantidad de su tiempo, como presidente de la empresa, a las polémicas acerca de los derechos de los robots. Smythe-Robertson era un hombre alto, delgado, hasta el extremo de parecer esquelético, y su cabello cano se adhería a la coronilla. No se maquillaba el rostro. Durante la entrevista miró de vez en cuando a Andrew con fugaz y evidente hostilidad.

-¿Puedo preguntar qué problema pretende crearnos en esta ocasión? -preguntó Smythe-Robertson.

-Señor, le ruego que comprenda que nunca he pretendido crear problemas a esta empresa, jamás.

-Pero los ha creado sin cesar.

-Sólo intenté conseguir mis derechos.

Al oír la palabra derechos, Smythe-Robertson reaccionó como si le hubieran dado un bofetón.

-Es extraordinario que un robot hable de sus propios derechos.

-Señor Smythe-Robertson, le aseguro que este robot es realmente extraordinario -declaró Paul.

-Extraordinario -repitió Smythe-Robertson-. Sí, realmente extraordinario.

Librodot

-Señor, hace poco más de un siglo Merwin Mansky, que entonces era robotista jefe de esta empresa, me dijo que las matemáticas que rigen el trazado de los circuitos positrónicos son demasiado complejas para permitir soluciones que no sean más que aproximadas y que, por tanto, los límites de mis capacidades no eran totalmente previsibles -dijo Andrew.

-Como acaba de decir, ocurrió hace más de un siglo -repitió Smythe-Robertson. Titubeó unos segundos y añadió gélidamente-: Señor, la situación actual es radicalmente distinta. Fabricamos nuestros robots con gran precisión y los adiestramos para que cumplan sus tareas al pie de la letra. Hemos descartado de su naturaleza toda faceta de imprevisibilidad.

-Así es, lo he notado con mi robot recepcionista -intervino Paul-. Hay que guiarlo cuando algo se aparta de la ruina prevista, por muy leve que sea la desviación. En mi opinión, se puede decir que ha sido un gran avance, desde luego.

-Sospecho que no le gustaría que su recepcionista tuviera que improvisar -opinó Smythe-Robertson.

-¿Improvisar? -preguntó Paul-. Lo único que pretendo es que piense. Me basta con que piense lo suficiente para resolver las situaciones sencillas que cualquier recepcionista afronta. Los robots están diseñados para ser inteligentes, ¿no es así? Me parece que esta empresa ha retrocedido a una definición muy limitada de la inteligencia.

Aunque se frotó las manos y frunció el ceño, Smythe-Robertson permaneció en silencio.

-Señor, ¿eso significa que ya no fabrican robots tan flexibles y adaptables como... bueno, digamos que como yo? -quiso saber Andrew.

-Ni más ni menos. Hemos interrumpido hace tanto tiempo la línea de vías generalizadas que no sabría decirle cuántos años han transcurrido. Tal vez la cerramos en tiempos del doctor Mansky. O sea, que ocurrió mucho antes de que yo naciera y, como puede ver, no soy joven.

-Yo tampoco -dijo Andrew-. Las investigaciones que he realizado para mi libro; supongo que está enterado de que he escrito un libro sobre la robótica y los robots, indican que soy el robot más viejo en funcionamiento.

-Correcto -confirmó Smythe-Robertson-. Es el robot más viejo que ha existido. Y, de hecho, el más viejo que existirá. Ningún robot es útil a partir de los veinticinco años de prestaciones. Los propietarios tienen derecho a traerlos y cambiarlos por modelos nuevos. En el caso de los robots cedidos en arrendamiento, los recogemos a su debido tiempo y suministramos los sustitutos.

-De las series que actualmente fabrican, puede ser que no haya un solo robot útil después de veinticinco años de prestaciones, pero Andrew es un robot totalmente distinto -declaró Paul muy ufano.

-Ya lo creo, soy muy consciente de la diferencia -dijo Smythe-Robertson.

Sin apartarse un ápice del objetivo que se había trazado, Andrew apostilló:

-Puesto que soy el robot más viejo del mundo y el más flexible que existe, ¿no diría que soy tan insólito que merezco un trato especial por parte de la empresa?

-En absoluto -replicó Smythe-Robertson-. Señor, le seré franco. Su originalidad no ha dejado de ser un incordio constante para la empresa. Como ya he dicho, sus iniciativas personales, tomadas a lo largo de los años, nos han creado todo tipo de dificultades. En esta empresa no compartimos sus sentimientos de... de considerar que tiene derechos. Si estuviera en arriendo, como la mayoría de nuestros robots, en lugar de haber sido adquirido por medio de un lamentable error administrativo, hace mucho que lo habríamos retirado y remplazado por un robot más dócil.

-Veo que no se anda con chiquitas -comentó Paul.

-Nuestra opinión no es un secreto para nadie. No nos dedicamos a los negocios para metemos en incesantes e inútiles disputas políticas, sino para vender robots. Y todo robot que se cree algo más que un artefacto mecánico útil, representa una amenaza directa al bienestar de nuestra corporación.

-Por consiguiente, si pudieran me destruirían -sintetizó Andrew-. Me hago cargo. Sin embargo, soy un robot libre y me poseo a mí mismo, por lo que no pueden retirarme y sería inútil todo intento de compra. La ley me protege de todo daño que pudieran intentar infligirme. Por eso estuve dispuesto a ponerme en sus manos para las actualizaciones periódicas. Y por eso hoy he venido a solicitarle la actualización más completa que le hayan practicado a un robot. Señor Smythe-Robertson, quiero una sustitución total.

Smythe-Robertson quedó atónico y perplejo. Contempló a Andrew y mantuvo un silencio que pareció eterno.

Andrew aguardó. En lugar de mirar a Smythe-Robertson, observó el retrato holográfico que colgaba de la pared. Se trataba de un rostro femenino severo y hosco: la cara de Susan Calvin, la patrona de los robotistas. Pese a que hacía casi dos siglos que había muerto, después de estudiar su obra minuciosamente, Andrew sentía que la conocía tanto que casi se había convencido de que la había tratado en vida.

-¿Ha dicho una sustitución total? -preguntó finalmente Smythe-Robertson-. ¿Qué quiere decir?

-Tan sólo lo que he dicho. Cuando retiran un robot obsoleto ofrecen una sustitución al propietario. Pues bien, quiero que me proporcionen mi propia sustitución.

Todavía aturdido, Smythe-Robertson preguntó:

-¿Cómo espera que lo hagamos? Si lo sustituimos, no podremos entregar el nuevo robot al propietario porque, en el acto mismo de ser sustituido, usted dejará de existir. -El presidente de la corporación sonrió severamente.

-Tal vez Andrew no se ha expresado con la suficiente claridad -intervino Paul-. ¿Puedo intentarlo? La personalidad de Andrew reside en su cerebro positrónico, la única parte que no puede sustituirse sin crear un nuevo robot. Por tanto, el cerebro positrónico es el centro de Andrew Martin que, a su vez, es el propietario del robot en el que actualmente está alojado dicho cerebro positrónico. Cualquier otra pieza de su cuerpo robótico puede ser sustituida sin modificar la personalidad de Andrew Martin... Sin duda sabe que la mayoría de los componentes ya se han cambiado, algunos más de una vez, durante los más de cien años que han transcurrido desde la fabricación de Andrew. Esas piezas subsidiarias son posesiones del cerebro. Por decisión propia el cerebro puede decidir el reemplazo de las piezas en cualquier momento, sin que se interrumpa la continuidad existencial de dicho cerebro. Señor Smythe-Robertson, Andrew quiere que traspase su cerebro a un nuevo cuerpo robótico.

-Comprendo -dijo Smythe-Robertson-. En síntesis, una actualización completa. -Su rostro volvió a adoptar una expresión de perplejidad-. ¿Puedo preguntar a qué tipo de cuerpo? Ya está alojado en el cuerpo mecánico más perfecto que fabricamos.

-Pero han fabricado androides, ¿no? -preguntó Andrew-. ¿No han producido robots con la apariencia externa de los seres humanos, incluida la textura de la piel? Esto es lo que quiero, señor Smythe-Robertson, un cuerpo de androide.

Paul se sobresaltó.

-¡Santo cielo! -espetó-. Andrew, jamás imaginé que era esto lo que...

Smythe-Robertson se encrespó.

-Es una petición imposible, absolutamente imposible.

-¿Por qué? -quiso saber Andrew-. Estoy dispuesto a pagar unos honorarios razonables, como he hecho por las múltiples actualizaciones que hasta ahora me han proporcionado.

-No fabricamos androides -declaró Smythe-Robertson tajantemente.

-Pero los han fabricado, sé que lo han hecho.

-En otro tiempo, pero esa línea se clausuró.

-¿Por problemas técnicos? -preguntó Paul.

-En absoluto. A decir verdad, desde un punto de vista técnico, la línea experimental de androides fue todo un éxito. Su aspecto era sorprendentemente humano y, al mismo tiempo, poseían la versatilidad y la resistencia de los robots. Empleamos pieles sintéticas de fibra de carbón y tendones de silicona. Prácticamente no utilizamos metales estructurales, aunque el cerebro era de platino e iridio. Pese a estas características, eran casi tan resistentes como los robots metálicos convencionales. De hecho, incluso eran más resistentes.

-¿Y a pesar de todas estas ventajas no los sacaron al mercado? -insistió Paul.

-En efecto. Realizamos doce modelos experimentales, llevamos á cabo varias investigaciones de mercado y decidimos cerrar esa línea de producción.

-¿Por qué?

-En primer lugar, la línea de androides habría sido mucho más cara que la de los robots metálicos convencionales, tendríamos que haberlos considerado objetos de lujo, con un mercado potencial tan limitado que habríamos tardado muchos años en amortizar los gastos de montaje del centro de producción -respondió Smythe- Robertson-. Pero ésta no fue la mayor de las dificultades. El verdadero problema fue la reacción negativa de los usuarios. Compréndalo, los androides se parecían demasiado a nosotros. Volvieron a suscitar los antiguos terrores de los seres humanos, los mismos miedos que hace dos siglos nos crearon tantos problemas. Carecía de sentido despertar nuevamente esas reacciones psicóticas por el mero hecho de montar una línea de producción que, de todas maneras, desde el principio estaba condenada a ser deficitaria.

-Pero la corporación sigue siendo experta en la fabricación de androides, ¿verdad? -preguntó Andrew.

Smythe-Robertson se encogió de hombros.

-Supongo que sí. Creo que, si le encontráramos viabilidad, podríamos fabricarlos.

-Sin embargo optaron por no producirlos -dijo Paul-. Aunque disponen de la tecnología, se abstienen de ponerla en práctica. No es lo mismo que lo que nos dijo hace un rato: que sería imposible fabricar un cuerpo androide para Andrew.

-Sí, técnicamente sería posible, pero se opondría a la política de la empresa.

-¿Por qué? Que yo sepa, no existe ley alguna que se oponga a la producción de androides.

-Lo que ocurre es que nosotros no lo fabricamos ni tenemos la intención de producirlos -explicó Smythe-Robertson-. Así pues, no estamos en condiciones de suministrar el cuerpo que Andrew Martin ha solicitado.

Librodot

Me parece que esta conversación ha llegado a su término. Si tienen a bien disculparme... -El presidente se incorporó del asiento.

-Por favor, dedíquenos unos minutos más -solicitó Paul con un tono afable que encubría un elemento más contundente y carraspeó. Smythe-Robertson volvió a sentarse y se mostró más disgustado que antes. Paul añadió-: Señor Smythe-Robertson, Andrew es un robot libre protegido por las leyes que amparan los derechos de los robots. Supongo que lo ha tenido en cuenta.

-Lo sé demasiado bien.

-Y este robot, en su condición de robot libre, elige libremente vestirse, lo que le ha llevado a ser frecuentemente humillado por seres humanos irreflexivos, pese a que la ley, según se supone, protege a los robots de dichas humillaciones. Hágase cargo de que es muy difícil entablar acciones judiciales que no cuentan con la aprobación general de los jueces.

-No me sorprende -aseguró Smythe-Robertson, presa de una gran inquietud-. US Robots a diferencia del bufete de su padre, lo comprendió desde el principio.

-Mi padre ha muerto -afirmó Paul-. Pero, ante esta situación, creo que nos encontramos ante un delito flagrante y estamos dispuestos a tomar las medidas que consideremos necesarias.

-¿De qué está hablando?

-Andrew Martin, mi cliente, el mismo que desde hace muchos es cliente de mi bufete, es un robot libre por decreto del Tribunal Mundial. Esto significa que Andrew es dueño de sí mismo y, en consecuencia, le han sido conferidos los derechos legales que cualquier humano tiene sobre un robot de su propiedad. Uno de estos derechos es el de la sustitución. Como usted ha señalado en algún momento, el propietario de cualquier robot tiene derecho a solicitar la sustitución a US Robots and Mechanical Men Corporation cuando su robot alcanza la obsolescencia. A decir verdad, la corporación insiste en proceder a dichas sustituciones y, en el caso de los robots en alquiler, los remplaza automáticamente. Creo que he resumido correctamente la política de su empresa, ¿no?

-Sí.

-Me alegro. -Paul sonreía y estaba plenamente a sus anchas. Prosiguió-: El cerebro positrónico de mi cliente es el dueño del cuerpo de mi cliente y, dicho cuerpo, como es obvio, supera con creces los veinticinco años. De acuerdo con su definición, ese cuerpo se ha quedado anticuado y mi cliente tiene derecho a la sustitución.

-Bueno, bueno... -murmuró Smythe-Robertson y se ruborizó. Su rostro flaco y enjuto parecía una máscara.

-El cerebro positrónico, que es mi cliente, reclama la sustitución del cuerpo robótico en que está albergado, ofreciéndose a pagar unos honorarios razonables.

-¡Pues que lo solicite por los cauces habituales y cuando corresponda procederemos a su actualización!

-Mi cliente pretende algo más que una actualización. Quiere el mejor cuerpo que la capacidad técnica de la corporación esté en condiciones de producir, lo que significa un cuerpo androide.

-No puede ser.

-Si se niegan, lo condenan a una constante humi11ación por parte de aquellos que, al comprobar que se trata de un robot, lo tratan con desdén porque prefiere vestirse y comportarse de una manera tradicionalmente «humana» -añadió Paul con diplomacia.

-No es problema nuestro -replicó Smythe-Robertson.

-Se convertirá en problema de la corporación cuando les demandemos por negarse a proporcionar a mi cliente un cuerpo que le evitaría buena parte de las humillaciones que ahora soporta.

-Adelante, demándenos. ¿Cree que alguien intercederá por un robot que desea parecer humano? La gente se escandalizará. Todos dirán que se trata de un arrogante advenedizo.

-Yo no estaría tan seguro. Reconozco que la opinión pública no apoyaría las reivindicaciones de un robot en un pleito de estas características. Pero señor Smythe-Robertson, ¿es necesario recordarle que US Robots no goza de las simpatías de la opinión pública? Hasta los usuarios de robots recelan de esta corporación. Quizá sea una secuela de nuestra paranoia contra los robots. Sospecho que puede ser así, aunque tal vez esté relacionado con el resentimiento hacia el poder y las riquezas descomunales de su empresa, que ha logrado conservar el monopolio mundial de la fabricación de robots gracias a una larga e inteligente sucesión de maniobras con las patentes. En cualquier caso, el resentimiento existe. Si hay una entidad que en un juicio público resultaría más impopular que el robot aspirante a ser humano, sería la corporación que ha poblado el mundo de robots.

Smythe-Robertson estaba histérico. Los tensos músculos de su cara sobresalían con claridad, pero se mantenía en silencio.

Paul retomó la palabra:

-Además, tenga en cuenta lo que dirá la gente en cuando descubra que esta corporación puede fabricar robots de aspecto humano. Sin duda, el pleito centrará buena parte de la atención en este tema, mientras que si proporcionara a mi cliente lo que solicita...

Smythe-Robertson parecía a punto de estallar.

-Señor Charney, me está coaccionando.

Librodot

-No se confunda. Sólo intentamos mostrar cómo defender eficazmente sus intereses. Lo único que buscamos es una solución rápida y pacífica. Claro que si nos obliga a buscar el desagravio ante los tribunales habrá que tomar otras medidas. Creo que, en tal caso, se encontrará en una posición difícil y desagradable, especialmente porque mi cliente es muy rico, vivirá muchos siglos más y no tendrá motivos para abstenerse de librar esta batalla hasta el fin.

-Señor Charney, nosotros tampoco carecemos de recursos.

-Lo sé pero, ¿podrán resistir un asedio legal incesante que ponga al descubierto los secretos de su empresa? Señor Smythe-Robertson, se lo diré por última vez. Si prefiere rechazar la sensata petición de mi cliente, está en sus manos hacerlo y nos iremos de aquí sin cruzar una palabra más, pero presentaremos una demanda, y lo haremos de la manera más intensa y pública posible, lo que creará gravísimas dificultades a US Robots. Acabará comprobando que, al final, perderán. ¿Está dispuesto a correr semejante riesgo?

-Bueno, bueno... -repitió Smythe-Robertson y calló.

-Me alegro. Veo que está dispuesto a entrar en razón -añadió Paul-. Es posible que todavía dude, pero al final aceptará. Permítame decirle que se trata de una decisión muy sensata, lo que nos conduce a otro punto importante.

La furia de Smythe-Robertson pareció convertirse en una hosca pesadumbre y ni siquiera intentó tomar la palabra.

Paul prosiguió:

-Quiero asegurarle que, si durante el traslado del cerebro positrónico de mi cliente a un cuerpo orgánico que, en última instancia, accederán a crearle, se produce algún daño, por leve que sea, no cejaré hasta destruir esta corporación.

-No puede pretender que le garanticemos que...

-Puedo pretenderlo y lo pretendo. Tienen más de un siglo de experiencia en el traslado de cerebros positrónicos de un cuerpo robótico a otro. Supongo que emplearán las mismas técnicas para trasladarlo sin riesgos a un cuerpo de androide. Quiero hacerle una advertencia: si una sola de las vías cerebrales de platino e iridio de mi cliente queda afectada en el transcurso de la sustitución, puede estar seguro de que daré todos los pasos que estén a mi alcance para movilizar a la opinión pública en contra de esta corporación, revelaré al mundo que se ha tratado de una operación de repercusiones criminales.

Smythe-Robertson se revolvió en el asiento y dijo:

-No podemos responsabilizarnos al ciento por ciento. Cualquier sustitución entraña riesgos.

-Muy pocos. No pierden muchos cerebros positrónicos en su traslado de un cuerpo a otro. Estamos dispuestos a correr este tipo de riesgos. Mi advertencia se refiere a la posibilidad de un acto intencionadamente malicioso contra mi cliente.

-No somos tan insensatos -puntualizó Smythe-Robertson-. En el supuesto de que practiquemos la sustitución, y todavía no he dicho que estemos dispuestos a hacerla, apelaremos a todas nuestras capacidades. La excelencia siempre ha sido nuestro objetivo y seguirá siéndolo. Charney, me ha puesto contra las cuerdas y debería ser consciente de que no podemos garantizar un éxito total. Podemos darle un noventa y nueve, pero no el ciento por ciento de seguridad.

-Es suficiente. Recuerde que cargaremos con toda nuestra artillería si por algún motivo sospechamos que le infligen un daño intencionado a nuestro cliente. -Paul se volvió hacia Andrew y preguntó-: Andrew, ¿qué opinas? ¿Consideras aceptables estas condiciones?

Andrew dudó casi un minuto, refrenado por el equilibrio de los potenciales de la Primera Ley. Lo que Paul pretendía equivalía a aprobar que se mintiera, se chantajeara, se acosara y se humillara a un ser humano.

Se dijo que, al menos, no habría ningún daño físico, absolutamente ninguno. Finalmente respondió con voz apenas audible:

-Sí.

15

Fue como si lo construyeran de nuevo. Durante días, semanas y meses, Andrew se dio cuenta de que, por algún motivo, no era el mismo de antes y de que los movimientos más simples le provocaban vacilaciones.

Siempre se había sentido cómodo en su cuerpo. Le bastaba con reconocer la necesidad de realizar un movimiento para ejecutarlo de inmediato, uniforme y automáticamente. De pronto, estaba obligado a un esfuerzo consciente de orientación. Tenía que decirse a sí mismo cosas como «levanta el brazo, desplázalo hacia aquí, bájalo».

Andrew se preguntó si era lo mismo que experimentaba un niño cuando se esforzaba por desentrañar los misterios de la coordinación corporal.

Quizá era lo mismo. Aunque tenía más de cien años, se sintió como un niño aprendiendo a moverse.

Se trataba de un cuerpo magnífico. Lo habían hecho alto, pero no tanto como para resultar intimidador o aterrador. Tenía los hombros anchos, la cintura delgada, y sus extremidades eran flexibles y atléticas. Había elegido el cabello castaño claro, pues el rojo le parecía muy llamativo, el rubio harto evidente y el negro demasiado sombrío; por lo visto, el cabello humano no se presentaba en otros colores, salvo el gris o el blanco de la vejez, que no le apetecieron. Sus ojos -en realidad células fotópticas, aunque de aspecto muy natural- eran pardos y sutilmente salpicados de puntitos dorados. En cuanto al color de la piel, Andrew eligió un tono neutro, una suerte de mezcla de los colores cutáneos predominantes en los diversos tipos humanos, más marcado que el rosa pálido de los Charney, pero no tan oscuro como el de otras personas. Nadie sabría a qué raza pertenecía puesto que, de hecho, no formaba parte de ninguna. Pidió a los diseñadores de US Robots que le asignasen una edad aparente entre los treinta y cinco y los cincuenta años humanos: lo bastante mayor para parecer maduro, pero no tanto como para de notar señales claras de envejecimiento.

Sin duda, era un cuerpo magnífico. Andrew estaba convencido de que, en cuanto se acostumbrara, se sentiría muy cómodo en su nueva piel.

Progresaba lentamente. Cada día accedía a un mayor control de su nueva y elegante morada. Sin embargo, el proceso era lento, espantosamente lento...

Paul estaba frenético.

-Andrew, te han destrozado. Tendré que ponerles un pleito.

-Paul, no lo haga. No podrá demostrar que fue un acto m-m-m-m...

-¿Malicioso?

-Sí, malicioso. Además, me siento cada vez más fuerte y mejor. Es sólo el tr-tr-tr-tr...

-¿El traqueteo?

-El trauma. Nunca había habido tantas op-op-op...

Andrew hablaba muy despacio. Tuvo muchas dificultades para hablar, fue una lucha constante por dominar los sonidos. Para Andrew hablar era un sufrimiento, como también lo era para cuantos lo escuchaban. Su mecanismo fónico era totalmente distinto. El eficaz sintetizador electrónico que había emitido tan convincentes sonidos humanos dio paso a una cámara de resonancia y estructuras de tipo muscular que, se suponía, debían hacer que su voz fuese indistinguible de la de un ser humano. No obstante, Andrew tenía que modular cada sílaba en un trabajo arduo, muy arduo.

Pero Andrew no desesperó. En realidad, no era capaz de desesperarse y sabía que esos problemas eran transitorios. Percibía su cerebro desde el interior. Nadie más podía hacerlo y nadie sabía tan claramente como él que su cerebro estaba intacto, que había salido sano y salvo de la operación. Sus pensamientos fluían libremente a través de las conexiones neurales de su nuevo cuerpo, por mucho que éste aún no estuviese en condiciones de reaccionar con tanta rapidez. Lo cierto es que todos los parámetros encajaban como anillo al dedo.

Sólo tenía algunos problemas de interfaz. Sabía que bastaba con esperar para alcanzar el control total de su nuevo alojamiento. Debía considerarse muy joven, casi un niño, casi un recién nacido. Transcurrieron los meses, su coordinación mejoró sin cesar y avanzó hacia una plena interacción positrónica.

No todo estaba como a Andrew le hubiera gustado. Pasó horas ante el espejo examinando el repertorio de expresiones faciales y movimientos corporales. Lo que vio, no cumplía en modo alguno las expectativas que tenía sobre su nuevo cuerpo.

¡No era totalmente humano! Su rostro era rígido -demasiado rígido- y dudaba que mejorase con el tiempo. Si se apretaba la mejilla con el dedo, la carne no se hundía como la carne humana. Podía sonreír o fruncir el ceño, pero no eran más que gestos aprendidos e imitados. Emitía la señal de la sonrisa o del ceño fruncido y los músculos de su cara reaccionaban,

Librodot

acomodando sus facciones de acuerdo con un programa bien diseñado. Por muy orgánicos que fueran, en todo momento era consciente de los mecanismos que producían el efecto deseado. Andrew supuso que no era lo mismo que les ocurría a los seres humanos.

Además, sus movimientos eran excesivamente premeditados. Les faltaba el desenfado de las acciones humanas. Podía hacerse la ilusión de que acabaría por conseguirlo -ya había superado con creces los primeros y espantosos días posteriores a la intervención, en los que se había tambaleado torpemente por la sala como una especie de tosco autómata prepositrónico-, pero algo le decía que, pese a su extraordinario nuevo cuerpo, nunca conseguiría desplazarse con la naturalidad con que los seres humanos lo hacían.

De todos modos, las cosas no iban tan mal. La gente de US Robots había cumplido dignamente su palabra y realizado la sustitución con la impresionante capacidad técnica de que disponía. Andrew tenía lo que quería. Quizá ningún observador realmente atento lo tomara por humano, pero era mucho más humanoide de lo que jamás lo había sido un robot y podía vestirse sin la ridícula anomalía de que, por encima de las prendas, asomase un inexpresivo rostro metálico.

-Volveré a trabajar -declaró finalmente Andrew.

Paul Charney rió y comentó:

-Es evidente que estás a tus anchas: ¿Qué harás? ¿Escribirás otro libro?

-No -respondió Andrew con gran seriedad-. Vivo demasiado para dedicarme a una sola cosa. Hubo una época en que fui, principalmente, artista. Aún suelo practicar. En otra época fui historiador y, si lo considero necesario, siempre estaré en condiciones de escribir un par de libros más. Pero debo seguir adelante. Paul, ahora quiero ser robobiólogo.

-Querrás decir robopsicólogo.

-No, la robopsicología supone el estudio de los cerebros positrónicos y, por ahora, no me atrae. En mi modesta opinión, el robobiólogo se ocupa del funcionamiento del cuerpo unido a dicho cerebro.

-¿No es lo mismo que hace un robotista?

-Sí, es decir, en el sentido que tenía en los viejos tiempos.

Los robotistas se ocupan de cuerpos metálicos y yo quiero estudiar el cuerpo orgánico humanoide. Al parecer, soy el único que tiene un cuerpo de estas características. Me gustaría examinar su funcionamiento, el modo en que simula el verdadero cuerpo humano. Quiero saber más que los fabricantes de androides sobre los cuerpos humanos artificiales.

-Has limitado tus expectativas -dijo Paul pensativo-. Como artista desarrollaste todo tipo de expresiones. Tus obras estuvieron a la altura de

los mejores productos del mundo. Como historiador te ocupaste, sobre todo, de los robots, y como robobiólogo limitarías el tema a ti mismo.

Andrew asintió con la cabeza.

-Así parece.

-¿Realmente quieres volcarte hasta tal punto en tu interior?

-Comprenderse a uno mismo significa empezar a comprender la totalidad del universo -respondió Andrew-. Al menos eso creo. Un recién nacido se cree la totalidad del universo, pero enseguida descubre que está equivocado. Con el propósito de llegar a comprender quién es y cómo debe encauzar su vida, tiene que aprender lo que está fuera de él, debe tratar de identificar los límites entre él mismo y el resto del mundo. Paul, en muchos sentidos me parezco a un recién nacido. Antes he sido otra cosa, algo mecánico y relativamente fácil de comprender, pero ahora soy un cerebro positrónico en un cuerpo casi humano y apenas me entiendo a mí mismo. Como sabe, estoy solo en el mundo. No hay nada como yo y nunca lo hubo. A medida que me muevo por el mundo de los humanos, nadie entiende qué demonios soy. Por eso tengo que aprender. Paul, si quiere puede decir que me vuelco en mi interior, pero es lo que debo hacer.

Andrew tuvo que empezar por el principio, pues no sabía nada de biología elemental y casi nada de cualquier rama científica que no fuera la robótica. La naturaleza de la vida orgánica -su base química y eléctrica- representaba un misterio. Y ahora que era orgánico -mejor dicho, ahora que su cuerpo lo era-, experimentó una gran necesidad de ampliar su conocimiento de los seres vivos. Para comprender de qué manera los diseñadores de su cuerpo habían emulado el funcionamiento de la forma humana, tenía que aprender los secretos de la vida humana.

Se convirtió en visitante habitual de bibliotecas, de Universidades y de facultades de medicina, en las que pasaba varias horas sentado ante los índices electrónicos. Con su vestimenta, tenía un aspecto corriente y su presencia no provocaba la menor agitación. De las personas que sabían que era un robot, ninguna intentó molestarle.

Añadió una amplia estancia a su casa, que le sirvió de laboratorio, y la equipó con una compleja selección de instrumentos científicos. Su biblioteca también creció. Creó proyectos de investigación que lo mantuvieron ocupado muchas semanas en sus insomnes jornadas de veinticuatro horas diarias. Lo cierto es que Andrew todavía no tenía necesidad de dormir. Aunque de apariencia prácticamente humana, contaba con modos de restablecer y reponer sus fuerzas mucho más eficaces que los de la especie cuyo modelo seguía.

Los misterios de la respiración, la digestión, el metabolismo, la división celular, la circulación sanguínea y la temperatura corporal, el maravilloso y complicado sistema de homeostasis orgánica que permitía que los seres humanos funcionaran ochenta, noventa y, cada vez más,

Librodot

hasta cien años, dejaron de ser incógnitas para Andrew. Ahondó en los mecanismos del cuerpo humano, descubriendo que se trataba de mecanismos equivalentes a los de los productos de US Robots and Mechanical Men. Se trataba de mecanismos orgánicos, es verdad, pero no dejaban de ser un mecanismo, un mecanismo maravillosamente diseñado con reglas estrictas de ritmo metabólico, equilibrio y descomposición, avería y reparación.

Transcurrieron varios años de tranquilidad, no sólo en el marco del aislado retiro de Andrew en los terrenos de la antigua finca de los Martin, sino en el mundo. La población de la Tierra se mantuvo estable gracias a la baja tasa de natalidad y a la emigración constante a los asentamientos espaciales, cada vez más numerosos. Ordenadores gigantes controlaron la mayoría de las fluctuaciones económicas y mantuvieron el equilibrio entre la oferta y la demanda de las regiones, por lo que los antiguos ciclos económicos de auge y depresión se convirtieron en curvas apenas perceptibles. Aunque no fue una era pujante y dinámica, tampoco se trató de una época turbulenta y peligrosa.

Andrew prácticamente ignoró los acontecimientos que tenían lugar más allá de sus narices. Tenía cosas más fundamentales que necesitaba y quería explorar, y a eso se consagró. Era lo único que le importaba. Sus ingresos -extraídos de los beneficios de su carrera como artista y de lo que Little Miss le había legado- eran más que suficientes para satisfacer las necesidades de su mantenimiento corporal y cubrir los gastos de su investigación.

Llevó una existencia privada y hermética: exactamente lo que quería. Después de las primeras dificultades, había alcanzado un dominio absoluto de su cuerpo androide y con frecuencia, daba largos paseos por el bosquecillo que coronaba el acantilado o por la playa solitaria y borrascosa que antaño había visitado con Little Miss y su hermana. A veces nadaba -la gelidez del agua no representaba el menor problema para él- y ocasionalmente llegaba a la solitaria y abandonada roca de los cormoranes. Era una hazaña difícil incluso para Andrew y, por lo visto, los cormoranes no se alegraban de su presencia, pero a Andrew le gustaba someterse a semejante desafío, consciente de que ningún ser humano, ni el mejor de los nadadores, podía cubrir esa distancia en aquel mar helado y tempestuoso.

Andrew dedicaba casi todo el tiempo a la investigación. Pasaba semanas enteras sin salir de casa.

Cierto día Paul Charney fue a visitarlo y dijo:

-Andrew, ha pasado mucho tiempo.

-Ya lo creo.

En los últimos tiempos apenas se veían, aunque no había existido ningún distanciamiento. La familia Charney seguía viviendo en la costa del

Librodot

norte de California y Paul pasaba casi todo el tiempo en la cercana San Francisco.

-¿Sigues inmerso en el programa de investigación biológica? -preguntó Paul.

-Absolutamente -respondió Andrew.

Se sorprendió de lo mucho que Paul había envejecido. Últimamente había estudiado con sumo interés el fenómeno del envejecimiento humano y creía haber descubierto un atisbo de comprensión de sus causas y procesos. Pese a su experiencia de envejecimiento en las generaciones de una misma familia -desde Sir, pasando por Little Miss a George y ahora a Paul-, siempre lo sorprendía que los seres humanos encanecieran, se arrugasen, se encorvaran y envejeciesen tan rápido, como le había ocurrido a Paul. Su cuerpo de largas extremidades parecía más corto, tenía los hombros hundidos y la estructura ósea de su cara había sufrido cambios sutiles, por lo que su mentón empezaba a sobresalir y sus pómulos ya no eran tan altos. Su vista también se había resentido, porque habían sustituido sus ojos por brillantes células fotópicas, muy parecidas a aquellas con las que Andrew miraba el mundo. En ese sentido, Paul y él estaban más próximos.

-Es una pena que la historia de los robots haya dejado de interesarte -dijo Paul-. Tu libro necesita un nuevo capítulo.

-Paul, ¿a qué se refiere?

-A un capítulo que aborde la nueva política radical que ha emprendido US Robots.

-No estoy enterado. ¿A qué política se refiere?

Paul enarcó las cejas.

-¿No sabes nada? ¡Caramba, Andrew, qué despistado vas! Han empezado a producir estaciones centrales de control robótico... En realidad, se trata de ordenadores positrónicos gigantescos que, mediante la transmisión por microondas, se comunican con doce mil robots. Los robots que ahora producen carecen de cerebro.

-¿Son descerebrados? ¿Y cómo...?

-Los gigantescos cerebros centrales ejecutan el procesamiento de datos. Las unidades robóticas no son más que prolongaciones móviles del principal centro pensante.

-¿Es más eficaz?

-US Robots insiste en que sí. Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Sospecho que es una forma de vengarse de ti. Verás, antes de morir Smythe-Robertson dio el visto bueno a la nueva orientación que han tomado. Estaba viejo y enfermo, pero no cejó en su empeño y logró imponer este programa. Me parece que quería cerciorarse de que la corporación nunca más volviera a enfrentarse con un robot capaz de

Librodot

crearle los problemas que tú les planteaste. Por eso han separado el cerebro del cuerpo. Una unidad de trabajo mecánica y descerebrada no se considera merecedora de derechos civiles ni de protección legal, y un gran cerebro metido en una caja sólo es un ordenador. El cerebro no podrá presentarse cualquier día en el despacho del presidente de la junta y reclamar que lo metan en un precioso cuerpo. Al estar totalmente descerebrados, los cuerpos robóticos no están en condiciones de plantear demandas.

-Me parece un grave retroceso -opinó Andrew-. Han dado al traste con dos siglos de avances en el campo de la robótica con tal de ahorrarse un minúsculo porcentaje de conflictos políticos.

-Ya lo creo, ya lo creo. -Paul sonrió y meneó lentamente la cabeza-. Andrew, es sorprendente la influencia que has ejercido en la historia de la robótica. Tus dotes artísticas llevaron a US Robots a fabricar robots más precisos y especializados porque tú parecías demasiado inteligente y temieron que asustaras a la gente. Tu conquista de la libertad dio pie al establecimiento del principio de los derechos de los robots. Y tu insistencia en tener cuerpo de androide condujo a US Robots a consagrarse a esta dicotomía entre cuerpo y cerebro.

-Tengo la impresión de que, a largo plazo, la corporación creará un mundo con un inmenso cerebro que controlará millones de cuerpos robóticos. Se lo jugarán todo a una carta. Me parece peligroso e insensato.

-Creo que tienes razón -coincidió Paul-. Pero supongo que no estaré aquí para verlo.

Paul había atravesado la estancia, se había detenido junto a la puerta abierta y miraba hacia el bosquecillo. Del mar llegaba una suave y húmeda brisa primaveral y Paul aspiró a fondo, como si quisiera bebérsela. Instantes después se volvió hacia Andrew, que tuvo la impresión de que, súbitamente, Paul había envejecido diez años.

-De hecho, puede que no llegue al año que viene -añadió Paul con voz muy ronca.

-¡Paul, qué cosas dice!

-No te sorprendas, Andrew, al fin y al cabo somos mortales -dijo Paul y se encogió de hombros-. No somos como tú. Ya sabes a qué me refiero.

-Lo entiendo, pero...

-Sí, sí, ya lo sé. Andrew, discúlpame. Sé que siempre has sido muy leal a nuestra familia y que para ti debe ser penoso y terrible asistir a nuestro desarrollo, crecimiento, envejecimiento y, por último, muerte. Bueno, te diré que a nosotros tampoco nos gusta, pero carece de sentido despotricar contra lo insuperable. Vivimos el doble de lo que vivían los seres humanos hasta hace pocos siglos. Supongo que para la mayoría es suficiente. No hay más remedio que tomárselo con filosofía.

Librodot

-Pues no lo comprendo. ¿Cómo puede estar tan tranquilo frente a... frente a la conclusión definitiva? ¿Cómo puede tomarse con calma el fin absoluto de sus anhelos, de sus deseos de superarse, aprender y crecer?

-Supongo que no me contentaría si tuviera veinte años, o incluso cuarenta. Pero no los tengo. Andrew, parte del sistema, y yo diría que es la parte positiva, consiste en que, al llegar a cierta edad, deja de importarte demasiado saber que inevitablemente morirás. Dejas de superarte, de aprender y de crecer. Para bien o para mal, has vivido tu existencia, has hecho cuanto podías por el mundo y por ti mismo, el tiempo se te acaba y tu cuerpo lo sabe y te acepta. Andrew, estamos muy fatigados. No sabes lo que esta palabra significa, ¿verdad? No, no, veo que no lo sabes. No puedes saberlo. Tú nunca te fatigas y, por tanto, sólo tienes un conocimiento teórico de su significado. Pues bien, para nosotros es distinto. Luchamos sin parar durante setenta, ochenta, y hasta puede que cien años; al final se vuelve excesivo, nos tomamos un respiro, nos acostamos y cerramos los ojos para no volver a abrirlos. Somos conscientes del fin, pero no nos importa. O tal vez no nos preocupa. No estoy seguro de que sea lo mismo. Andrew, no me mires así.

-Paul, claro que comprendo que para los humanos la muerte sea natural -afirmó Andrew.

-No, no lo entiendes, en el fondo no lo entiendes. No puedes comprenderlo. Andrew, tú piensas que la muerte es un lamentable fallo de diseño y no entiendes que no pueda repararse, porque tendría que ser muy simple sustituir nuestras piezas a medida que se desgastan, como siempre se ha hecho con las tuyas. A ti te han sustituido el cuerpo entero.

-Sin duda, teóricamente sería posible que lo traspasaran a...

-Pues no, no lo es, ni siquiera en teoría. Carecemos de cerebros positrónicos y los nuestros no son transferibles, por lo que no podemos pedir a alguien que nos saque de un cuerpo agotado y nos coloque en uno nuevo, bonito y terso. No puedes comprender que los seres humanos llegamos inevitablemente a un punto en el que no hay reparación posible. ¿Por qué alguien habría de esperar que concibieras lo inconcebible? Pronto moriré y es irrevocable: es ley de vida. Andrew, quiero que sepas que cuando yo me marche, quedarás bien respaldado económicamente.

-Pero si ya estoy bien respal...

-Lo sé, pero a veces las cosas cambian a una velocidad vertiginosa. Creemos vivir en un mundo seguro. Otras civilizaciones fueron igualmente presuntuosas y, tarde o temprano, comprobaron que estaban equivocadas. Además, Andrew, soy el último Charney. Salvo tú, no tengo herederos. Hay parientes lejanos que descienden de mi tía abuela, pero no cuentan. No los conozco ni me interesan, pero tú me preocupas. El dinero que personalmente controlo quedará en un fideicomiso a tu nombre y, en el marco de lo previsible, en el futuro estarás económicamente respaldado.

Librodot

-Paul, no es necesario -dijo Andrew con gran dificultad.

Se vio obligado a reconocer que lo que Paul había dicho sobre su falta de comprensión de la muerte, sobre su incapacidad de entenderla, era verdad. A pesar del tiempo transcurrido, no había conseguido entender la muerte de los Charney.

-No discutamos -pidió Paul-. No puedo llevarme el dinero y lo único que deseo es dejártelo, de modo que así será. No quiero consumir un instante más del tiempo de vida que me queda discutiendo este asunto contigo. Hablemos de otras cuestiones... ¿A qué te dedicas últimamente?

-Sigo insistiendo en la biología.

-¿Qué aspecto estás estudiando?

-El metabolismo.

-¿El metabolismo de los robots? ¿Existe, o te refieres al metabolismo androide o al metabolismo humano?

-A los tres -replicó Andrew-. Es una especie de síntesis. -Hizo una pausa, pensó que no tenía sentido ocultar información a Paul y se lanzó de lleno-: He diseñado un sistema que permitirá a los androides, es decir que me permitirá, puesto que soy el único androide en funcionamiento, extraer energía de la combustión de hidrocarburos en lugar de hacerlo de células nucleares.

Paul lo miró detenida y lentamente.

-¿Estás diciendo que quieres dar pie a que un androide respire y se alimente como los humanos?

-Sí.

-Andrew jamás me comentaste este proyecto. ¿Se trata de algo novedoso?

-En realidad, no. Paul, sinceramente, es el motivo por el que emprendí esta investigación biológica.

Paul asintió ensimismado. Daba la sensación de que escuchaba desde muy lejos. Al parecer tuvo dificultades para asimilar el proyecto de Andrew.

-¿Has llegado a algún punto significativo? -preguntó al cabo de un rato.

-Me aproximo a algo importante -respondió Andrew-. Aunque hay que corregirla, creo que he diseñado una cámara de combustión compacta que permitirá una descomposición catalizada bajo control.

-Andrew, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene? Sabes que la cámara de combustión jamás será tan eficaz como la célula nuclear que alimenta tu cuerpo.

-Tal vez no, pero será muy eficaz. Yo diría que será tan eficaz como el sistema en que se basa el cuerpo humano y no tan distinta de su principio

Librodot

fundamental. Paul, el mayor problema de la célula nuclear consiste en que es inhumana. Mi energía, podríamos decir que mi vida, se extrae de una fuente que es cualquier cosa, menos humana. Y no me hace ninguna gracia.

16

Andrew disponía de todo el tiempo del mundo. Por otro lado, no tenía prisa por concluir su investigación. Quiso que todo estuviera resuelto antes de pasar a la práctica. Asimismo, existía otro motivo para ir despacio: Andrew había decidido no someterse a ninguna actualización que superase el nivel de androide mientras Paul Charney viviera.

Paul no había criticado la labor de Andrew, salvo por el comentario inicial de que quizá la nueva cámara de combustión sería menos eficaz que la célula nuclear que alimentaba el cuerpo de Andrew. Sin embargo, éste se dio cuenta de que la idea perturbaba a Paul. Le parecía demasiado audaz y extraña, era un salto muy grande. Al parecer, también Paul tenía límites cuando se trataba del progreso cibernético. ¡También Paul!

Andrew pensó que podía ser una de las consecuencias de la vejez. Por muy abierta que hubiese estado tu mente en la juventud, al envejecer, las ideas novedosas y desafiantes se tornaban demasiado osadas, se acababa por percibir lo nuevo como algo perturbador y amenazador. Así, el mundo pasaba velozmente por tu lado y se deseaba que todo discurriera más despacio, se pretendía que el ritmo implacable del progreso se aminorara.

Andrew se preguntó si las cosas eran realmente así.

¿Los humanos se volvían inevitablemente conservadores con la edad?

Parecía que sí. Little Miss se había inquietado cuando Andrew decidió vestirse. A George le había llamado la atención que quisiese escribir un libro. Y Paul... y Paul...

Andrew recordó lo sorprendido, e incluso escandalizado, que se mostró Paul cuando, en el despacho de Smythe-Robertson se enteró de que querían que lo traspasaran a un cuerpo de androide. Paul se amoldó a la idea y luchó enérgica y genialmente por convertirla en realidad, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con ella.

Andrew pensó que le habían permitido hacer lo que él consideró necesario, aun cuando habían estado en desacuerdo. Le habían concedido sus deseos... por amor.

Sí, por amor, por amor a un robot.

Andrew meditó un rato esa deducción y lo recorrieron sensaciones de calidez y placer. También lo perturbó comprender que, en ocasiones, los Charney no lo habían apoyado por convicción personal, sino porque creyeron que debía seguir su propio camino, pensasen o no que era el más correcto.

Por eso Paul le había permitido conquistar el derecho de ostentar un nuevo cuerpo. Esa transformación había llevado a Paul hasta donde podía aceptar las pretensiones de Andrew y el paso siguiente -el conversor metabólico- lo superaba.

Pues bien, a Paul no le quedaba mucho tiempo de vida y Andrew podía esperar.

Y esperó. Al cabo de un tiempo llegó la noticia de la muerte de Paul, no tan pronto como éste había imaginado, pero demasiado pronto de todas maneras. Pese a que invitaron a Andrew al funeral -sabía que se trataba de la ceremonia pública que marcaba el fin de una vida humana-, entre los presentes no había ningún conocido y, aunque todos fueron impecablemente cordiales, se sintió incómodo y desplazado. Aquellos jóvenes desconocidos -amigos de Paul, socios del bufete, parientes lejanos de los Charney- tuvieron para Andrew tanta sustancia como las sombras, y permaneció entre ellos soportando la pena de haber perdido a su buen amigo y de quedar privado de la única conexión real con la familia que le había dado un lugar en la vida.

De hecho, en el mundo ya no quedaba un solo ser humano con el que tuviese estrechos vínculos afectivos. Para entonces, Andrew era consciente de que se había interesado por los Martin y los Charney de una forma que trascendía la robótica, de que su devoción hacia ellos no era mera manifestación de la Primera y la Segunda ley, sino algo que podía llamarse afecto: su cariño por ellos. Al principio, Andrew no habría reconocido semejante sentimiento, ni siquiera para sus adentros, pero ya no era el mismo.

Poco después de la muerte de Paul Charney, esas ideas lo condujeron inexorablemente a plantearse el concepto de los vínculos familiares -el amor de los padres por los hijos y el de los hijos por los padres- y la forma en que se relacionaba con el paso ineludible de las generaciones. «Si eres humano -se decía Andrew-, formas parte de una gran cadena que está suspendida sobre extensos períodos de tiempo y que te vincula con todos los que han vivido y con los que vendrán. Acabas por entender que algunos eslabones de la cadena deben perecer, pero la cadena se renueva a sí misma y sobrevive. Las personas mueren, familias enteras se extinguen y la raza humana -la especie- perdura a lo largo de los siglos, los milenios y los evos. A través de la herencia sanguínea todos están emparentados con los que los precedieron».

Librodot

A Andrew no le fue fácil comprender ese sentimiento de conexión, de enlace infinito con predecesores estrechamente ligados. En realidad, él no tenía predecesores ni tendría sucesores. Era singular, único, un individuo que habían obtenido de la nada en un momento concreto.

Acabó por preguntarse qué significaba tener padres, pero sólo logró esbozar una imagen difusa de los robots de montaje urdiendo su cuerpo en la nave de una fábrica. También se preguntó qué representaría tener un hijo, y sólo pudo imaginar una mesa o un escritorio, cosa que había creado con sus propias manos.

Sin embargo, los progenitores humanos no eran mecanismos de montaje y sus hijos tampoco eran mesas ni escritorios. Estaba hecho un lío.

Para Andrew era un misterio y siempre lo sería. Puesto que no era humano, ¿por qué pretendía comprender los vínculos familiares de los hombres?

Andrew se acordó de Little Miss, de George, de Paul, incluso del impetuoso y anciano Sir, y de lo que habían significado para él. Se dio cuenta de que, después de todo, formaba parte de una cadena familiar, a pesar de que no tenía padres y de que era incapaz de engendrar hijos. Los Martin lo habían aceptado y convertido en uno de los suyos. Sin duda era un Martin. Un Martin adoptado, por supuesto, pero no podía pedir más. Muchos seres humanos no habían gozado del consuelo de pertenecer a una familia tan afectuosa. Si tomaba en consideración todos los avatares, había tenido mucha suerte. Pese a no ser más que un robot, había conocido la continuidad y estabilidad de la vida familiar, de la ternura y el amor.

Pero todos aquellos a los que Andrew había amado estaban muertos. Era penoso y liberador a la vez. En su caso, la cadena se había roto. Jamás volvería a unirse. Pero ahora podría hacer lo que quisiera, sin temor a preocupar a los que habían estado tan próximos. Tras la muerte del biznieto de Sir, Andrew se sintió en condiciones de proseguir con su plan de actualización física. Fue una especie de consuelo que compensó, parcialmente, todas aquellas pérdidas.

En cualquier caso, creía estar solo en el mundo, no ya porque fuera un cerebro positrónico en un singular cuerpo de androide, sino porque carecía de todo tipo de filiaciones. Y el mundo tenía sobrados motivos para mostrarse hostil a sus aspiraciones. Andrew pensó que debía avanzar por el camino que se había trazado hacía tanto tiempo, el camino que, en última instancia, lo protegería del mundo al que lo habían arrojado, sin su consentimiento, hacía tantísimos años.

Andrew no estaba tan solo como suponía. Aunque los hombres y las mujeres morían, las corporaciones vivían tanto como los robots, y el bufete de Feingold y Charney, pese a que no quedaba un solo Feingold o Charney,

Librodot

siguió funcionando. El bufete tenía instrucciones y las cumplió minuciosamente. Andrew siguió siendo rico gracias al fideicomiso, que se ocupó de sus inversiones, y de los ingresos que obtuvo de su condición de heredero de Paul Charney. Así, abonó una cuantiosa cifra anual a Feingold y Charney para que se ocupasen de los aspectos legales de su investigación, en concreto, de la nueva cámara de combustión.

Llegó el momento en que Andrew tuvo que visitar la central de US Robots and Mechanical Men.

Sería la tercera vez en su dilatada vida que Andrew tendría que discutir con los altos directivos de la poderosa corporación. La primera vez, en los tiempos de Merwin Mansky, éste y Elliott Smythe -el director gerente- habían ido a verlo. Ocurrió en vida del autoritario y viejo Sir, que había sido capaz de convocar ante sí a los Smythe y los Robertson de todo el mundo. La segunda vez, muchos años más tarde, Andrew y Paul se entrevistaron con Harley Smythe-Robertson para ultimar el traspaso de Andrew al cuerpo androide.

En esta ocasión, Andrew viajaría al Este por segunda vez, pero iría solo. Y esta vez tendría, si no los órganos internos, el semblante y la estructura corporal de un ser humano.

US Robots había cambiado espectacularmente desde la última visita de Andrew. La principal cadena de producción se había trasladado a una gran estación espacial, como había ocurrido con tantas otras instalaciones industriales. En la Tierra sólo quedaba el centro de investigación, emplazado en un enorme y maravilloso parque donde crecían robustos y frondosos árboles.

La Tierra, cuya población se había estabilizado hacía mucho tiempo en mil millones de habitantes -más una población de robots equivalente-, también se había convertido en un inmenso parque. Los atroces daños inflingidos al entorno en los primeros y febriles siglos de la revolución industrial no eran más que un recuerdo. Aunque los estropicios del pasado no se habían olvidado, para los habitantes de la nueva Tierra habían terminado por parecer irreales. A cada nueva generación le costaba más entender que sus congéneres hubieran estado dispuestos a perpetrar atrocidades tan monstruosas y, en última instancia, autodestructivas contra su propio hábitat. Trasladada casi toda la industria al espacio, y satisfechas las necesidades de los seres humanos que se quedaron, mediante una mano de obra robótica eficiente, entraron en juego los poderes regenerativos naturales del planeta. Así los mares volvieron a ser puros, los cielos límpidos y los bosques recuperaron su territorio, arrebatado por ciudades superpobladas y mugrientas.

Un robot recibió a Andrew cuando se apeó de su revoloteador en la pista de aterrizaje de la corporación. Su expresión era huera y sus ojos fotoeléctricos rojos no mostraban el menor destello. Andrew sabía que muy

Librodot

pocos robots de la Tierra estaban dotados de cerebro independiente, menos del 30 por ciento. Este ejemplar era un ser vacío, el títere metálico de un artilugio pensante, positrónico e inmóvil que se alojaba en lo más recóndito de las instalaciones de US Robots.

-Soy Andrew Martin y tengo una cita con Magdescu, el director de investigación -dijo Andrew.

-Sígame.

Era un artilugio sin vida, descerebrado, una simple máquina: un ente.

El robot condujo a Andrew por un camino empedrado que resplandecía con un brillo interior cristalino y por una radiante rampa de caracol que llevaba a un edificio revestido de una luminosa e iridiscente piel translúcida. A Andrew, que tenía muy poca experiencia en arquitectura contemporánea, le pareció algo salido de un libro de cuentos: ligero, espacioso, rutilante y no del todo real.

Le indicaron que esperase en un amplio despacho, enmoquetado con un material sintético lustroso que despedía un ligero brillo y una música suave y armoniosa cada vez que Andrew pisaba su superficie. Descubrió que, si caminaba en línea recta, el brillo era rosa pálido y la música de ligera percusión, mientras que, si se desviaba y seguía el borde de la sala, la luz pasaba al extremo azul del espectro y la música imitaba el murmullo del viento. Se preguntó si todo eso tendría algún significado y decidió que no: era puro ornamento, un simple adorno. Andrew sabía que en esa era plácida y sin desafíos eran habituales esos intrascendentes toques decorativos.

-¡Andrew Martin por fin ha venido a vernos! -exclamó una voz grave.

Un hombre bajo y fornido se presentó en la estancia, como si por arte de magia se hubiese plantado en medio de la alfombra. Tenía la tez cetrina, el cabello oscuro, una barba puntiaguda que parecía lacada y, de cintura hacia arriba, sólo llevaba la faja pectoral de última moda. Andrew llevaba más ropa. Había adoptado el estilo «drapeado» de George Charney, pues supuso que sus grandes vuelos disimularían lo que aún consideraba cierta torpeza de movimientos. Aunque el drapeado había caído en desuso hacía varias décadas y Andrew se movía con la gracia de cualquier ser humano, desde entonces se vestía con el mismo estilo.

-¿Doctor Magdescu? -preguntó Andrew.

-Servidor. -Alvin Magdescu se detuvo a un par de metros de Andrew y lo escrutó totalmente fascinado, como si fuera una pieza de museo-. ¡Soberbio! ¡Es usted indudablemente magnífico!

-Muchas gracias -repuso Andrew con cierta frialdad.

El cumplido de Magdescu no le resultó del todo gratificante.

Era el tipo de lisonja impersonal que se le solía dedicar a una máquina cabalmente fabricada. Andrew no tenía motivos para alegrarse cuando le dirigían semejantes comentarios.

-¡No se imagina cuánto me alegro de que esté aquí! -exclamó Magdescu-. ¡Estaba impaciente por conocerlo! Vamos, no quiero ser descortés.

Magdescu se adelantó dando grandes pasos hasta quedar pegado a Andrew. Le ofreció la mano, con la palma hacia arriba y los dedos extendidos.

Esa nueva forma de saludo había remplazado el apretón de manos que durante tantos siglos dominó los contactos sociales humanos. Andrew no tenía por costumbre estrechar la mano de los seres humanos, por no hablar del nuevo ademán. Simplemente, a un robot no se le ocurría dar la mano. Tuvo la impresión de que era lo que Magdescu esperaba y ese gesto contribuía a quitar hierro a sus palabras de bienvenida. Andrew reaccionó con la debida cortesía y le ofreció la mano. La sostuvo por encima de la de Magdescu y lentamente, sus dedos se fueron acercando hasta tocarse.

Ese contacto con un ser humano le provocó una sensación extraña, bastante perturbadora y, al mismo tiempo, estimulante.

-¡Bienvenido, bienvenido y nuevamente bienvenido! -añadió Magdescu. Parecía rebosante de energía. Andrew pensó que estaba alterado-. ¡El famoso Andrew Martin! ¡El célebre Andrew Martin!

-¿Célebre?

-Sin duda. Es usted el producto más célebre de nuestra historia, aunque debo decir que me parece indecoroso denominar producto a algo tan natural como usted. Espero que no se ofenda.

-¿Cómo iba a ofenderme? Soy un producto -respondió Andrew sin demasiado entusiasmo.

Se dio cuenta de que Magdescu era incapaz de mantener una posición coherente. Le tocaba las manos como si fueran dos hombres que asistiesen a una reunión de negocios, para después describirlo como «algo natural». Andrew no se engañaba: sabía qué era. Humanoide, pero no humano; natural, pero no vivo; un producto, pero no una persona. Y oírlo no le resultó gratificante.

-¡Han hecho un trabajo fabuloso con usted! ¡Extraordinario! ¡Excepcional! Es casi humano.

-Pero no del todo -puntualizó Andrew.

-Si tenemos en cuenta todo lo que está en juego, es sorprendentemente natural. ¡Asombroso! Es una pena que el viejo Smythe-Robertson se enfrentara con usted. Tiene un aspecto humanoide, de eso no cabe duda, se trata de un maravilloso logro técnico, pero el viejo sólo permitió que la corporación desarrollara limitadamente el concepto de

androide. Si nuestros equipos hubieran podido llegar hasta las últimas consecuencias con usted, habríamos avanzado mucho más.

-Aún están a tiempo.

-No, no creo que sea posible -reconoció Magdescu y perdió gran parte de su exaltación, como si fuera un globo que acababa de pincharse. Fue un cambio de humor realmente súbito. Se apartó de Andrew y recorrió en zigzag la estancia, lo que produjo luz verde y música de carrillón en la moqueta-. El tiempo es inexorable -añadió Magdescu sombrío-. La era de los grandes progresos en el campo de la robótica es agua pasada. Al menos en esta corporación. Aunque hace casi ciento cincuenta años que en la Tierra utilizamos robots, todo ha cambiado. Los robots están en el espacio y los que se quedan no tienen cerebro.

-Pues yo sigo existiendo y estoy en la Tierra.

-Es verdad, pero usted es usted, una anomalía total, un robot de sí mismo, el único robot androide. No es el prototipo de una serie. Usted es un artículo único que produjeron en una era muy distinta y después de su fabricación se ocuparon de que siguiese siendo único. No hay espacio para nuevos desarrollos ni progresos en este arte. En realidad, no hay arte ni viabilidad. Además, en usted no queda casi nada de robot. Ha superado con creces nuestras perspectivas... A propósito, ¿a qué debemos su presencia?

-Necesito una actualización -repuso Andrew.

Magdescu rió chirriantemente.

-¡No ha oído una sola palabra de lo que he dicho! ¡Aquí no hay progresos verificables! ¡Es verdad que éste es un centro de investigación, pero nuestras investigaciones van en la dirección contraria! Intentamos producir robots más sencillos y mecánicos y de pronto aparece el robot más avanzado que ha existido, y que evidentemente existirá, y nos pide que lo mejoremos. ¿Cómo quiere que lo hagamos? ¿Qué podemos hacer por usted que ya no esté hecho?

-Esto -repuso Andrew y entregó un disquete a Magdescu.

El director de investigación miró con disgusto el disquete, como si Andrew le hubiese puesto en la palma de la mano una medusa o una rana.

-¿Qué contiene? -preguntó.

-El plan de mi próxima actualización.

-¿Qué plan? ¿Qué actualización? -preguntó Magdescu confundido.

-Por extraño que le parezca, deseo ser menos robot de lo que actualmente soy. Puesto que hasta cierto punto soy orgánico, quiero disponer de una fuente orgánica de energía. Ustedes pueden proporcionármela. La investigación básica ya se ha hecho.

-¿Quién la hizo?

-Yo.

-¿Ha diseñado su propia actualización? -Magdescu rió entre dientes. La risa se convirtió en carcajadas que se volvieron incontenibles-. ¡Es el mundo del revés! ¡EI robot entra como Pedro por su casa y entrega al director de investigación el plan de actualización! ¿Y quién lo ha elaborado? ¡Ni más ni menos que el propio robot! ¡Es maravilloso, fantástico! Cuando era pequeño mi abuela solía leerme un libro, un texto antiguo que debe de estar totalmente olvidado, una obra llamada Alicia en el país de las maravillas. Una niña de hace tres o cuatro siglos sigue a un conejo por un orificio y entra en un mundo donde todo es absurdo, salvo que, como nadie sabe que es absurdo, se lo toman en serio. Esta situación parece la segunda parte de ese libro, a la que yo llamaría Alvin en el país de las maravillas. -Magdescu hablaba muy rápido, casi desaforadamente-. ¿Debo tomarme en serio este conjunto de planes para su actualización? No será un chiste, ¿verdad?

-Claro que no.

-¿No... es... una broma?

-Le aseguro que hablo totalmente en serio. Doctor Magdescu, ¿por qué no pone el disquete?

-Sí, ¿por qué no? -Pulsó un botón de la pared y de alguna parte salió un escritorio dotado de scanner. Introdujo el disquete en la ranura y, en el acto, la pantalla se pobló de vivos colores. El nombre de Andrew apareció en carmesí y, debajo, una larga lista de números de patentes. Magdescu asintió con la cabeza e informó al scanner que podía continuar. En la pantalla apareció una sucesión de complejos diagramas.

Magdescu permaneció rígidamente de pie y observó la pantalla con creciente interés. De vez en cuando masculló algo o se mesó la barba. Al cabo de un rato miró a Andrew con expresión sorprendida y comentó:

-Es extraordinariamente ingenioso. Es excepcional. Dígame, ¿es cierto que lo elaboró usted?

-Sí.

-¡Cuesta creerlo!

-¿De veras? Inténtelo.

Magdescu dirigió una penetrante e inquisitiva mirada a Andrew, que lo observaba serena y firmemente. El director de investigación se encogió de hombros y ordenó al scanner que prosiguiera. Los diagramas se sucedieron. La totalidad de la progresión metabólica estaba ante sus ojos: desde la ingesta hasta la absorción. De vez en cuando Magdescu repitió una secuencia para volver a estudiarla. Algo más tarde hizo otra pausa y dijo:

-Por si no lo sabe, lo que se propone es algo más que una actualización. Se trata de una importante modificación cualitativa de su programa biológico.

-Sí, me doy cuenta.

-Se trata de un proyecto altamente experimental, singular e insólito. Hasta el momento no se ha intentado ni propuesto nada parecido. ¿Por qué quiere someterse a una alteración tan profunda?

-Tengo mis propios motivos -respondió Andrew.

-Sean cuales sean, no creo que los haya analizado a fondo.

Como de costumbre, Andrew mantuvo un férreo control de sí mismo.

-Todo lo contrario, doctor Magdescu. Lo que acaba de ver es resultado de años de estudio.

-Supongo que sí. Debo admitir que, técnicamente, es impresionante. Los esquemas son excelentes y la única palabra que se me ocurre para definir el marco conceptual es «genial». Aún así, hay un millón de motivos por los que no debe someterse a estos cambios y no hay una sola razón por la de deba hacerlo. Afrontamos una cuestión muy peligrosa. Confíe en mí: lo que se propone se sitúa en los limites más lejanos de lo posible. Acepte mis consejos y quédese tal como está.

Ésta era la respuesta que Andrew había temido que Magdescu le diera, pero no se había desplazado hasta la central con la intención de ceder.

-Doctor Magdescu, estoy seguro de que sus intenciones son buenas. Al menos eso espero, pero insisto en someterme a estos cambios.

-Andrew, ¿ha dicho que insiste? -preguntó Magdescu.

El director de investigación estaba patidifuso como si, pese a su comentario anterior de que Andrew era un producto natural, acabara de darse cuenta de que estaba charlando con un robot.

-Sí, insisto. -Andrew se preguntó si la impaciencia que experimentaba se trasluciría en su expresión y tuvo la certeza de que Magdescu la percibió en su tono de voz-. Doctor Magdescu, pasa por alto un punto clave: no tiene más opción que acceder a mi petición.

-¿Cómo dice...?

-Si los artilugios que he diseñado pueden incorporarse a mi cuerpo, también pueden colocarse en cuerpos humanos. Está muy arraigada la tendencia a prolongar la vida humana mediante artilugios protésicos: corazones artificiales, pulmones artificiales, sustitutos renales y hepáticos, toda una gama de órganos de reemplazo que se utilizan desde hace dos o tres siglos. Sin embargo, no todos los artilugios tienen la misma efectividad. Algunos son muy poco fiables y es innegable que podrían incorporarse muchas mejoras. Los principios en que mi trabajo se

sustenta representan un perfeccionamiento de estas características. Me refiero a la interfaz entre lo orgánico y lo inorgánico: la unión que permitirá que piezas corporales artificiales se enlacen con tejido orgánico. Es una nueva orientación. Ninguno de los artilugios protésicos que existen está a la altura de los que he diseñado y sigo diseñando.

-Me parece una afirmación harto osada -opinó Magdescu.

-Es posible, pero los datos la corroboran, como creo que ha comprobado por la información que he traído. La prueba radica en que estoy dispuesto a convertirme en el primer sujeto experimental del conversor metabólico, pese a los riesgos que usted cree ver en esta operación.

-Lo único que demuestra es que está dispuesto a correr riesgos temerarios, lo que, probablemente, sólo significa que uno de los parámetros de la Tercera Ley no funciona bien.

Andrew mantuvo la calma.

-Tal vez lo considera así, pero es posible que mi apariencia lo induzca a engaño. Mis parámetros de las Tres Leyes están intactos y, en consecuencia, si hubiese algún componente suicida en mi petición, puede estar seguro no sólo de que sería contrario a que se practicara, sino que me vería imposibilitado de pedírselo. No, doctor Magdescu, la cámara de combustión será un éxito. Si no está dispuesto a construirla e instalármela, recabaré ayuda en otra parte.

-¿Dónde? ¿Quién más puede actualizar un robot? Cuando se trata de robots, esta corporación controla la totalidad del saber técnico.

-La totalidad, no -puntualizó Andrew con serenidad-. ¿Cree que habría sido capaz de diseñar este artilugio sin el pleno conocimiento de mi funcionamiento interno?

Magdescu estaba azorado.

-¿Quiere decir que está dispuesto a montar una empresa rival de robótica si no le practicamos esta actualización?

-Desde luego que no. Con una es suficiente. Sin embargo, doctor Magdescu, si me obliga, crearé una empresa para producir artilugios protésicos como mi conversor. Y no estará destinada al mercado de androides, doctor Magdescu, ya que dicho mercado se limita a un solo individuo, sino al mercado humano en general. Creo que entonces US Robots and Mechanical Men se arrepentirá de no haber prestado la colaboración que solicité.

Se produjo un silencio interminable y Magdescu murmuró atontado:

-Creo que ya veo a dónde quiere ir a parar.

-Eso espero. De todos modos, seré muy explícito -añadió Andrew-. Dadas las circunstancias, controlo la patente de este artilugio y de todos sus derivados. El bufete de Feingold y Charney me ha representado

Librodot

impecablemente en todos los aspectos legales y seguirá haciéndolo. No tendré dificultad para encontrar fiadores y dedicarme personalmente a este negocio, al desarrollo de una línea de artilugios protésicos que, a largo plazo, proporcionarán a los seres humanos muchas de las ventajas de resistencia y fácil reparación de que disfrutan los robots. Si así ocurre, ¿qué supone que será de United States Robots and Mechanical Men?

Magdescu estaba tremendamente serio y asintió con la cabeza.

Andrew prosiguió:

-De todos modos, estoy dispuesto a llegar a un acuerdo de concesión de licencias con esta corporación si construye y me instala el artilugio que acaba de ver y accede a equiparme con cualquier otra actualización protésica que en el futuro pueda diseñar. Mejor dicho, más que una licencia se trata de una compensación: yo necesito de su experiencia en la tecnología de robots y androides, aunque estoy convencido de que podría duplicarme a mí mismo si me obligasen, y usted necesita los artilugios que he desarrollado. Según la concesión de licencias que me propongo plantear, United States Robots and Mechanical Men será autorizada a usar mis patentes, las que controlan la nueva tecnología que, no sólo permite la producción de robots humaniformes, sino la protetización completa de los seres humanos... Como es obvio, las licencias iniciales no serán concedidas hasta que me hayan practicado con éxito la primera intervención y haya transcurrido tiempo suficiente para comprobar que ha sido una operación perfecta.

-Ha pensado en todo, ¿verdad? -preguntó Magdescu sin convicción.

-Eso espero.

-Me cuesta creer que es usted un robot. Es tan endemoniadamente... ¡agresivo!

-No se equivoque, doctor Magdescu.

-Exigencias, condiciones, amenaza de montar empresas para hacemos la competencia... Por favor, ¿no le queda ninguna inhibición de la Primera Ley?

Andrew puso la sonrisa más amplia que pudo.

-¡Por supuesto! Pero en este momento no siento ninguna presión en lo que concierne a la Primera Ley. La Primera Ley me prohíbe hacer daño a un ser humano y le garantizo que soy tan incapaz de herir a alguien como usted lo sería de quitarse la pierna izquierda y volver a ponérsela en mi presencia. ¿Qué tiene que ver la Primera Ley con esta conversación? Usted es un ser humano y yo un robot, no hay duda. Le he planteado ciertas condiciones estrictas que, al parecer, interpreta como exigencias y amenazas, pero yo veo la cuestión desde una perspectiva radicalmente distinta. En mi modesta opinión, yo no he amenazado a nadie. Tan sólo le

ofrezco la mayor oportunidad que ha tenido en muchos años. Doctor Magdescu, ¿cuál es su respuesta?

Magdescu se humedeció los labios, se frotó la punta de la barbilla, se acomodó y se volvió a ajustar nervioso la faja que cruzaba su pecho.

-Señor Martin, debe comprender que no tengo poder para tomar una decisión tan importante como ésta. Tendrá que resolverlo la junta de directores y no un simple empleado como yo. Llevará tiempo.

-¿Cuánto tiempo?

-No lo sé. Les transmitiré cuanto me ha dicho y ellos lo discutirán en la reunión mensual. Supongo que organizarán un comité de estudio y esas cosas. Es probable que se tomen su tiempo.

-Puedo esperar un plazo razonable -dijo Andrew-. Pero seré yo quien decida qué significa razonable. Más vale que se lo comunique.

Andrew dio las gracias a Magdescu por haberlo atendido y anunció que estaba en condiciones de regresar a la pista. Pensó con profunda satisfacción que Paul no lo habría hecho mejor.

17

Magdescu debió de aclarar las cosas ante la junta de directores, ya que les llegó la urgencia del mensaje. Sólo pasó un tiempo razonable hasta que Andrew recibiera la noticia de que la corporación estaba dispuesta a negociar con él. USRMM diseñaría y construiría la cámara de combustión y la instalaría en el cuerpo de Andrew haciéndose cargo de todos los gastos; asimismo, estaba en condiciones de negociar un acuerdo de licencias que abarcara la fabricación y distribución de la gama de órganos protésicos desarrollados por Andrew.

Bajo la supervisión de Andrew, en las instalaciones del norte de California construyeron el prototipo de un conversor metabólico y lo sometieron a todo tipo de pruebas en estructuras robóticas y, a continuación, en androides recién fabricados que no estaban dotados de cerebro positrónico y que funcionaban con sistemas externos de sustentación.

Todos coincidieron en que los resultados eran impresionantes. Por fin, Andrew comunicó que estaba dispuesto a que le instalaran el artilugio.

-¿Estás absolutamente seguro? -preguntó Magdescu.

El nervioso director de investigación parecía preocupado. A lo largo de la puesta en marcha del proyecto, Magdescu y Andrew habían desarrollado una extraña pero sólida amistad, de la que Andrew estaba muy agradecido. En los años transcurridos desde la muerte de Paul Charney, Andrew había reconocido que necesitaba un sentimiento de estrecha vinculación con los seres humanos. Sabía que no deseaba ser un tipo solitario, que en realidad no podría existir cómodamente en la más absoluta soledad, aunque no sabía a qué se debía. En el diseño de su cerebro no había nada que requiriese compañía. Andrew pensaba que, en muchos sentidos, era más humano que robot, aunque comprendiese que, en realidad, existía en una suerte de paradigma extraño e inefable, ni humano ni maquinal, pues compartía las características de ambos seres.

-Sí -respondió-. Estoy seguro de que el trabajo se hará de manera competente.

Librodot

-No me refiero a nuestra parte del trabajo, sino a la tuya -insistió Magdescu.

-¡No puedo creer que dudes de la cámara de combustión!

-Las pruebas no dan pie a ninguna duda.

-¿Y a qué...?

-Andrew, sabes que me he opuesto desde el primer momento. Creo que no comprendes plenamente mis objeciones.

-Se debe a que piensas que los trastornos tecnológicos revolucionarios que provocarán mis prótesis serán imposibles de asimilar por US Robots.

-¡No, no y no! ¡Tajantemente no, ni siquiera remotamente! ¡Soy partidario de la experimentación por sí misma! ¿No crees que, después de tantas décadas de reticencias absurdas y furtivas hacia robots cada vez más mentecatos y descerebrados, me apetece ver algún progreso en nuestro maldito campo? Andrew, estoy preocupado por ti.

-¿Y si la cámara de combustión...?

Magdescu clamó al cielo:

-¡Es segura, es segura! En este punto estamos todos de acuerdo. Sin embargo... Andrew, escúchame atentamente. Abriremos tu cuerpo, extraeremos tu célula nuclear, instalaremos un equipo nuevo y revolucionario y, por si fuera poco, lo conectaremos a tus circuitos positrónicos. ¿Y si tu cuerpo sufre algún trastorno durante la intervención? La posibilidad, por ínfima que sea, no puede ser descartada. Por si lo has olvidado, no eres un simple cerebro positrónico colocado en una estructura metálica. Tu cerebro está unido al alojamiento androide de una manera más compleja. Sé cómo practicaron la operación de traspaso. Tus vías positrónicas están unidas a vías neurales simuladas. ¿Y si tu cuerpo androide tiene un fallo de funcionamiento en la mesa de operaciones? ¿Y si sufre un fallo terminal?

-¿Intentas decir qué ocurrirá si muere?

-Así es, ¿qué ocurrirá si tu cuerpo empieza a morir?

-En la otra mesa de operaciones habrá un cuerpo androide de apoyo.

-¿Y si no logramos hacer el traspaso a tiempo? ¿Y si tu cerebro positrónico experimenta una descompensación irreversible mientras intentamos separarlo del millón de enlaces que se colocaron en tiempos de Smythe-Robertson y trasladarlo al cuerpo de recambio? Andrew, tú eres tu cerebro positrónico. No es posible prestar apoyo a un cerebro, sea positrónico o de otras características. Si se daña, quedará dañado definitivamente. Y si sufre daños por encima de ciertos límites, estarás muerto.

-¿Por eso tienes dudas acerca de la intervención?

-Eres único y no me gustaría perderte.

-Alvin, a mí tampoco me gustaría perderme, pero no creo que ocurra.

El ánimo de Magdescu era lúgubre.

-¿Insistes en que prosigamos?

-Insisto. Tengo plena confianza en la capacidad del personal de US Robots.

La cuestión quedó zanjada. Magdescu no logró hacer que Andrew cambiara de opinión. Una vez más, Andrew realizó el viaje hasta el centro de investigación de US Robots, donde habían remodelado un edificio a fin de convenirlo en quirófano.

Antes de su viaje al Este, una tarde Andrew dio un prolongado y solitario paseo por la playa, bajo los acantilados escarpados e irregulares, donde en la infancia habían jugado Miss y Little Miss, y se detuvo a contemplar el mar oscuro y turbulento, el inmenso arco del cielo, los manchones blancos de las nubes por el oeste.

El sol comenzaba a ponerse y trazaba una dorada pincelada de luz en el agua. ¡Cuánta belleza! Andrew se dijo que el mundo era, en verdad, un sitio extraordinariamente espléndido. El mar, el cielo, el crepúsculo, una hoja frondosa que resplandecía impregnada del rocío matinal... todo. Todo era hermoso.

Pensó que tal vez era el único robot que había sido capaz de reaccionar ante la belleza del mundo. Los robots eran, en conjunto, una pandilla aburrida y latosa. Cumplían sus tareas y eso era todo. Se suponía que así debían actuar, todos querían que fueran así.

«Eres único», había dicho Magdescu.

Pues sí, era verdad. Tenía una capacidad de respuesta estética que superaba con creces la gama emocional de cuantos robots habían existido.

Para Andrew la belleza tenía significado, la apreciaba al contemplarla y también había intentado crearla.

Sería lamentable no volver a verla.

Andrew se rió de su propia necedad. ¿Sería lamentable?

¿Para quién? Si la intervención fracasaba, no se enteraría. Perdería el mundo y su belleza pero, ¿acaso tendría importancia? Tan sólo dejaría de funcionar. Estaría definitivamente averiado. Estaría muerto y, a partir de ese instante, daría lo mismo que dejase de percibir la belleza del mundo. Ése era el significado de la muerte: el cese definitivo de las funciones, el fin del procesamiento de datos.

Existían riesgos, por supuesto, pero debía correrlos porque, de lo contrario...

Tenía que correr esos riesgos. No valía ningún «de lo contrario». No podía seguir en su situación, con apariencia humana, pero incapaz de las

funciones biológicas más elementales de los seres humanos: respirar, comer, digerir, excretar...

Una hora después, Andrew partió hacia el Este. Alvin Magdescu acudió a recibirlo a la pista de US Robots.

-¿Estás preparado? -preguntó.

-Totalmente.

-Andrew, si tú lo estás, yo también.

Era evidente que no estaban dispuestos a correr el menor riesgo. Habían construido para él un maravilloso quirófano, con muchos más adelantos que la sala en la que le habían practicado la transformación anterior.

Era un espectacular recinto tetraédrico, iluminado por una cruz de lámparas cromadas en la parte superior, que inundaban el quirófano de luz brillante pero no enceguecedora. De una pared, a mitad de camino entre el suelo y el techo, sobresalía una plataforma que dividía la estancia casi por la mitad; sobre la plataforma se encontraba una sorprendente burbuja aséptica transparente, en cuyo interior se llevaría a cabo la intervención. Bajo la plataforma que sustentaba la burbuja estaban los aparatos de apoyo ambiental del quirófano: un enorme cubo de metal verde opaco que albergaba la rebuscada maraña de bombas, filtros, conductos calefactores, recipientes con sustancias químicas estabilizadoras, humedecedores y otros elementos del equipo. Al otro lado del quirófano había una pródiga variedad de máquinas complementarias que ocupaban toda la pared: el autoclave, la consola de rayos láser; infinidad de instrumentos de medición, la jirafa de la cámara de filmación y pantallas conectadas para permitir que los médicos situados fuera del quirófano controlasen cuanto acontecía.

-¿Qué te parece? -preguntó Magdescu orgulloso.

-Es impresionante y me proporciona una gran serenidad. Además, lo encuentro muy halagüeño.

-Andrew, sabes que no queremos perderte. Eres un... un individuo muy importante.

A Andrew no le pasó desapercibida la ligera vacilación de Magdescu antes de pronunciar la palabra individuo, como si hubiera estado a punto de decir «hombre» y se hubiese frenado justo a tiempo. Andrew esbozó una ligera sonrisa y no dijo nada.

La intervención se celebró a la mañana siguiente y fue un éxito incuestionable. No fue necesario recurrir a ninguna de las complejas medidas de seguridad adoptadas por el personal de US Robots. El equipo quirúrgico siguió el protocolo que Andrew había contribuido a elaborar, abordó la tarea de extraer su celda nuclear, instalar la cámara de

Librodot

combustión, crear los nuevos nexos neurales y cumplió, sin el menor contratiempo, con el programa coreografiado a la perfección.

Media hora después de terminada la intervención, Andrew estaba sentado, pasaba revista a sus parámetros positrónicos y, a medida que el nuevo sistema metabólico enviaba un aluvión de mensajes, exploraba el flujo de datos modificado que inundaba su cerebro.

Magdescu estaba en pie junto a la ventana y lo contemplaba.

-¿Cómo te sientes?

-Bien. Ya te dije que no habría ningún problema.

-Vale, vale.

-Como te dije, mi confianza en la capacidad de tu personal es inquebrantable. Y ahora que me han operado puedo comer.

-Así es. Mejor dicho, puedes tomar algún sorbo de aceite de oliva.

-Pues eso es comer. Me han dicho que el aceite de oliva tiene un sabor exquisito.

-Bebe lo que quieras. Como ya sabes, sólo implicará una limpieza ocasional de la cámara de combustión. Yo diría que es un fastidio, pero no hay otra solución.

-De momento es un fastidio -señaló Andrew-. No es imposible lograr que la cámara se someta a una autolimpieza. Ya se me han ocurrido algunas ideas sobre ésta y otras cuestiones.

-¿Otras cuestiones? -se interesó Magdescu-. ¿Cuáles?

-Por ejemplo, una modificación relacionada con los alimentos sólidos.

-Andrew, los alimentos sólidos contienen fragmentos incombustibles, es decir, materia indigerible que hay que descartar.

-Lo sé, lo sé.

-Tendrás que dotarte de ano.

-De un equivalente.

-Sí, de un equivalente... Andrew, ¿qué más piensas crear para ti mismo?

-Todo.

-¿Todo?

-Todo, Alvin.

Magdescu se mesó la barba y arrugó el entrecejo.

-¿Genitales incluidos?

-No hay nada que lo impida, ¿verdad?

-No podrás dotarte de capacidad reproductora. Andrew, no podrás.

Andrew esbozó una ligera sonrisa.

Librodot

-Si no me equivoco, los seres humanos también utilizan los genitales sin estar interesados por la reproducción. De hecho, normalmente los utilizan un par de veces en la vida para reproducirse y el resto del tiempo...

-Sí, Andrew, es archisabido -reconoció Magdescu.

-No me interpretes mal. No estoy diciendo que me propongo tener relaciones sexuales -añadió Andrew-. No creo que pudiera. De todas maneras, quiero que estén presentes las características anatómicas. Considero mi cuerpo como un lienzo en el que me propongo dibujar... -Andrew no terminó la frase.

Magdescu lo miró atentamente mientras esperaba a que concretara sus aspiraciones. Cuando se dio cuenta de que Andrew no diría nada más, completó la frase y en esta ocasión pronunció la palabra que el día anterior, antes de la intervención, no había sido capaz de decir.

-¿Un hombre, Andrew?

-Sí, puede que un hombre.

-¡Qué decepción! -exclamó Magdescu-. Tu ambición es realmente insignificante. Andrew, eres mejor que un hombre, superior en todos los sentidos. En estos momentos; tu cuerpo está libre de enfermedades, se sustenta a sí mismo, se autorrepara, es casi invulnerable y un ejemplo maravillosamente elegante de ingeniería biológica. No necesita mejoras. Pero no te basta, por algún motivo quieres introducir en tu interior alimentos totalmente inútiles y encontrar la manera de excretarlos, quieres dotarte de genitales, pese a que no puedes reproducirte y a que el sexo no te interesa. Luego querrás tener olor corporal y caries... -El director de investigación meneó la cabeza con desdén-. Andrew, no te entiendo. En mi opinión, has ido cuenta abajo desde que te decantaste por el organicismo.

-Mi cerebro no ha sufrido.

-Es verdad. Pero nada garantiza que el nuevo conjunto de actualizaciones que empiezas a esbozar no suponga graves riesgos en cuanto emprendamos las intervenciones. ¿Para qué correr riesgos? Tienes todo que perder y muy poco que ganar.

-Alvin, eres incapaz de verlo desde mi perspectiva.

-Supongo que tienes razón. No soy más que un humilde ser humano de carne y hueso para el que la transpiración, la defecación, las manchas en la piel y los dolores de cabeza no tienen nada divertido. ¿Ves mi barba? La llevo porque el cabello insiste en crecer en mi cara todos los días... Es un vello inútil, molesto y desagradable, una suerte de elemento evolutivo que ha sobrevivido desde la fase primordial de la vida humana. Puedo elegir entre tomarme la molestia de afeitarme todos los días para ajustarme a los modos convencionales de aseo social o dejarlo crecer, al menos en algunas zonas de la cara, para librarme del fastidio del afeitado.

¿Es esto lo que quieres? Andrew, ¿te interesa tener vello facial, barba de tres días? ¿Pretendes dedicar tu descomunal capacidad técnica al desafío de crear para ti la sombra de una barba?

-Evidentemente no puedes comprenderme -insistió Andrew.

-Otra vez con la misma historia -protestó Magdescu-. Sin embargo, hay algo que sí comprendo: has desarrollado una línea de artilugios protésicos que suponen un inmenso avance tecnológico. Prolongarán la expectativa de vida de los seres humanos y transformarán la existencia de millones de personas que, en caso contrario, a medida que envejecieran quedarían expuestas a situaciones paralizantes y debilitadoras. Sé que eres rico, pero en cuanto tus prótesis estén en el mercado, serás un auténtico potentado. Puede que tener más dinero no signifique mucho para ti, pero irá acompañado de fama: te lloverán honores, gozarás de la gratitud de todo el mundo. Andrew, se trata de una posición envidiable. ¿Por qué no aceptas lo que ya tienes? ¿Para qué correr riesgos desaforados y exponerte a perderlo todo? ¿Por qué insistes en seguir jugando con tu cuerpo?

Andrew no replicó.

Las objeciones de Alvin Magdescu no lo apartaron del camino trazado. Una vez desarrollados los principios básicos de sus artilugios protésicos, Andrew creó numerosas aplicaciones que abarcaron prácticamente todos los órganos corporales. Todo discurrió como había pronosticado Magdescu: el dinero, los honores, la fama...

Pero los riesgos personales a los que Magdescu había aludido no se materializaron. Las actualizaciones frecuentes a las que Andrew se sometió durante las décadas siguientes no tuvieron ningún efecto nocivo a medida que aproximaron su cuerpo androide a los sistemas operativos de los estándares humanos.

Los abogados de Feingold y Charney lo ayudaron a redactar y negociar el acuerdo mediante el cual los artilugios protésicos desarrollados por Andrew Martin Laboratories, protegidos por patentes, serían fabricados y comercializados por United States Robots and Mechanical Men a través del pago de derechos. Las patentes de Andrew eran irrecusables y el contrato le fue muy favorable. Todo malestar o resentimiento que US Robots hubiese sentido a lo largo de tantos años por la mera existencia de Andrew fueron olvidados o, al menos, descartados. Les gustase o no, tuvieron que tratarlo con respeto. Al fin y al cabo, Andrew y la corporación eran socios.

US Robots creó una división especial para producir los artilugios de Andrew y abrió fábricas en varios continentes y en órbita baja. Apelaron a los expertos en comercialización de la casa matriz para que desarrollasen planes de distribución de los nuevos productos en la Tierra y en los asentamientos espaciales. Los cirujanos, tanto humanos como robóticos,

Librodot

recibieron cursos de instrucción en las instalaciones protésicas de US Robots con el propósito de que aprendieran los complejos protocolos de instalación.

La demanda de los artilugios protésicos de Andrew fue arrolladora. Desde el principio, el pago de derechos fue elevado y al cabo de unos años se volvió exorbitante.

Andrew era propietario de toda la finca Martín-Charney y de buena parte de las tierras circundantes: un maravilloso tramo de terreno en lo alto de los acantilados que, a lo largo de ocho a diez kilómetros, daba al Pacífico. Aunque vivía en la mansión de Sir, Andrew conservó la vieja cabaña como recuerdo de su primera época de existencia independiente, después de haber accedido a la condición de robot libre.

Un poco más abajo hizo construir las impresionantes instalaciones de investigación de Andrew Martin Laboratories. Hubo algunos problemas con las autoridades de urbanismo, porque se trataba de una tranquila zona residencial y el centro de investigación que Andrew pretendía montar tenía las dimensiones del campus de una pequeña Universidad. Es posible que en la oposición también persistieran algunos recelos hacia los robots.

Cuando la solicitud fue estudiada, el abogado de Andrew se limitó a decir: «Andrew Martin ha dado al mundo el riñón protésico, el pulmón protésico, el corazón protésico y el páncreas protésico. Lo único que pide a cambio es el derecho a continuar pacíficamente sus investigaciones en la misma propiedad en la que ha vivido y trabajado durante más de cien años. ¿Quién de nosotros se atreve a rechazar una petición tan moderada cuando quien la plantea es un gran benefactor de la humanidad?» Después del debate, se concedió el cambio de calificación de los terrenos, y los edificios del centro de investigación de Andrew Martin Laboratories empezaron a construirse en medio de los cipreses y los pinos que hacía tantísimo tiempo habían constituido la finca arbolada de Gerald Martin.

Cada dos años, Andrew regresaba al resplandeciente quirófano de US Robots a fin de someterse a actualizaciones protésicas adicionales. Algunos cambios fueron francamente banales, como la nueva uña de los dedos, casi imposibles de distinguir de las humanas. Otros fueron trascendentales: el nuevo sistema visual que, aunque de desarrollo sintético, duplicaba el globo ocular humano en todos los aspectos.

-No nos eches la culpa si de ésta sales definitivamente ciego -le advirtió Magdescu agriamente cuando Andrew fue a verlo para someterse al trasplante ocular.

-Mi querido amigo, no lo analizas racionalmente -dijo Andrew-. Lo peor que puede ocurrirme es que me vea obligado a volver a las células fotópticas. No hay riesgo de que sufra la pérdida total de la visión.

-Ya lo sé -masculló Magdescu y se encogió de hombros.

Librodot

Como era previsible, Andrew tenía razón. Ya nadie estaba obligado a ser permanentemente ciego. Sin embargo, había ojos artificiales de muchos tipos y las células fotópticas que constituían una de las características del cuerpo original de Andrew fueron remplazadas por los nuevos ojos sintético-orgánicos perfeccionados por Andrew Martin Laboratories. A Andrew no le importaba que cientos de miles de seres humanos envejecidos hubieran estado satisfechos, durante más de una generación, con el uso de células fotópticas. En su opinión, parecían artificiales e inhumanas. Siempre había querido tener ojos auténticos y por fin los tenía.

Al poco tiempo Magdescu dejó de protestar. Se dio cuenta de que Andrew siempre se salía con la suya y de que no tenía sentido plantear objeciones a sus proyectos para la instalación de nuevas actualizaciones protésicas. Además, Magdescu empezaba a envejecer y había perdido buena parte del ardor y el entusiasmo que lo habían caracterizado cuando se conocieron. Se había sometido a varias operaciones protésicas de fondo: primero a un reemplazo renal doble y, a continuación, a la instalación de un hígado nuevo. Magdescu pronto alcanzaría la edad de jubilarse.

Después, sin duda, diez o veinte años más tarde, moriría, se dijo Andrew. Otro amigo dejaría de existir, arrastrado por la despiadada corriente del tiempo.

Naturalmente, Andrew no daba señales de envejecer. Durante una temporada el tema le inquietó, hasta el extremo de pensar en la posibilidad de incorporar unas arrugas cosméticas -por ejemplo, ligeras patas de gallo- y encanecerse el cabello. Sin embargo, decidió que era una preocupación ridícula. Andrew contemplaba sus actualizaciones desde otro prisma; en todo caso, representaban un esfuerzo constante por dejar atrás sus orígenes robóticos y aproximarse a la forma física del ser humano. Ya no negaba que ésta era su meta, aunque tampoco tenía sentido humanizarse más que los humanos. Al final, le pareció inútil y absurdo someter su cuerpo, cada vez más humano, a las señales externas del envejecimiento.

La vanidad no tuvo nada que ver con la decisión de Andrew, sino la lógica. Sabía que los seres humanos siempre habían hecho cuanto estaba en su poder por disimular las consecuencias que el tiempo ejercía en su aspecto. Andrew llegó a la conclusión de que, puesto que estaba libre del envejecimiento, era disparatado pretender evitar los efectos de la edad.

Por eso mantuvo un aspecto siempre juvenil. Además, gracias a un minucioso programa de mantenimiento, nunca sufrió la menor disminución de su energía física. No obstante, los años pasaban deprisa, y Andrew se acercaba a los ciento cincuenta años de su construcción.

Para entonces, Andrew no sólo era desaforadamente rico, sino que lo habían distinguido con todos los honores que Alvin Magdescu había

Librodot

previsto. Las sociedades culturales se habían apresurado a ofrecerle títulos y galardones, sobre todo la consagrada a la nueva ciencia creada por él, a la que había bautizado como «robobiología», aunque todos la llamaban «protesiología». Lo nombraron presidente honorario vitalicio. Las Universidades compitieron por otorgarle doctorados. Toda una estancia de su casa -la de arriba, la misma que antaño había sido su taller de ebanistería, hacía cinco generaciones- estaba dedicada a la infinidad de diplomas, medallas, pergaminos honoríficos, libros testimoniales y otros objetos, que daban fe de su categoría mundial como uno de los más grandes benefactores de la humanidad.

El deseo de premiar la contribución de Andrew fue tan universal que tuvo que contratar a un asistente que se ocupara de responder a las invitaciones a banquetes o a la concesión de premios y títulos. Había dejado de asistir a este tipo de ceremonias, excusándose cortésmente y explicando que el programa constante de investigación le impedía viajar. Lo cierto es que la mayoría de esas celebraciones habían terminado por aburrirlo.

El primer doctorado honorario de una Universidad importante le produjo un escalofrío de reivindicación. Hasta entonces ningún robot había recibido semejantes honores.

Pero cuando alcanzó la centena, los honores dejaron de tener significado. Decían más de quien los daba que de quien los recibía. Hacía mucho tiempo que Andrew había demostrado lo que se proponía acerca de su inteligencia y creatividad, por lo que lo único que quería era seguir trabajando en paz, sin tener que realizar largos viajes para oír discursos que lo ensalzaban. Estaba empachado de honores.

Andrew sabía que el aburrimiento y la irritación eran características harto humanas y tuvo la impresión de que había empezado a experimentarlas en los últimos veinte o treinta años. Por lo que recordaba, siempre había estado a salvo de estos malestares si bien, desde el principio, hubo en su configuración cierto grado de impaciencia muy poco robótico que, durante mucho tiempo, no estuvo dispuesto a reconocer. Aun así, supuso que la nueva irritabilidad era un efecto secundario de las actualizaciones. Pero no le resultaba molesto, al menos de momento.

Próximo su ciento cincuenta aniversario, la gente de US Robots corrió el rumor de que quería celebrarlo con una gran cena en su honor y, con tono de fastidio, Andrew dio instrucciones a su secretario para que rechazara la invitación: «Diles que estoy profundamente conmovido, etcétera, etcétera, lo de rigor. Añade que en este momento estoy ocupado con un proyecto muy complicado, etcétera, etcétera, que prefiero que no armen mucha algarabía con esto del aniversario y que, de todos modos, les estoy muy agradecido, que comprendo la magnitud de su propuesta, etcétera, etcétera, etcétera».

Librodot

Por lo general bastaba con una carta para librarse de los compromisos, pero esta vez no sirvió de nada.

Alvin Magdescu lo llamó y le dijo:

-Andrew, presta atención, no puedes hacer esto.

-¿Qué es lo que no puedo hacer?

-Escupir a la cara de la gente de USRMM la cena en tu honor.

-Alvin, no me interesa.

-Ya lo sé. De todos modos, tendrás que asistir. Es necesario que, de vez en cuando, salgas de tu laboratorio, te rodees de un grupo de seres humanos y permitas que te aburran hasta la saciedad mientras te dicen que eres extraordinario.

-No, gracias, ya he tenido bastante durante las dos últimas décadas.

-Pues aguanta un poco más. No querrás ofenderme, ¿verdad, Andrew?

-¿Ofenderte a ti? ¿A qué te refieres? ¿Acaso te incumbe?

Magdescu tenía noventa y cuatro años y se había retirado hacía seis.

-Fui yo quien lo propuso -declaró Magdescu con amargura-. Quería que fuera el modo de demostrarte mi afecto, maldito montón de chatarra ambulante, y también de demostrarte mi agradecimiento por los diversos y variados artilugios protésicos que me han convertido en otro montón de chatarra y que me han permitido seguir vivo tantos años. Yo iba a ser el maestro de ceremonias, el orador principal. Pero no, Andrew, a ti no se te puede molestar, lo cual me coloca en una posición insostenible. Eres la mejor creación que US Robots and Mechanical Men ha dado al mundo, pero no puedes tomarte la noche libre para aceptar el reconocimiento de esta realidad, ni para dar un pequeño placer a un viejo amigo... Andrew, sólo es un pequeño placer.

Magdescu guardó silencio y su rostro de barba cana arrasado por el paso del tiempo miró sombríamente a Andrew desde la pantalla.

-En ese caso... -murmuró Andrew avergonzado.

Así fue como accedió a asistir a la cena en su honor. El revoloteador de lujo alquilado por US Robots fue a buscarlo y lo trasladó a la sede de la empresa. A la cena, que se celebró en el grandioso salón de reuniones, asistieron trescientos invitados, todos ataviados con la vestimenta anticuada e incómoda que todavía era considerada como la ropa de etiqueta para las grandes ocasiones.

Fue una gala inolvidable. Asistieron seis miembros de la Legislatura regional, uno de los jueces del Tribunal Mundial, cinco o seis premios Nobel y, como era de prever, una sucesión de Robertson, Smythe y Smythe-Robertson, así como numerosos dignatarios y celebridades de todo el mundo.

-Has decidido presentarte -dijo Magdescu-. Hasta el último momento tuve mis dudas.

Andrew quedó azorado por lo encogido, encorvado, frágil y cansado que estaba Magdescu. Pero en sus ojos aún se percibía el brillo de su malicia consuetudinaria.

-Sabes que habría sido incapaz de quedarme en casa -repuso Andrew-. No habría podido.

-Andrew, no sabes cuánto me alegro. Tienes muy buen aspecto.

-Tú también, Alvin.

Magdescu sonrió pesaroso.

-Cada vez eres más humano, ¿eh? Mientes igual que nosotros. ¡Andrew, con qué facilidad escapó de tus labios ese halago! Ni siquiera titubeaste.

-No hay ley que impida a un robot mentir a un ser humano -declaró Andrew-. A no ser que dicha falsedad haga daño. Alvin, creo que tienes buen aspecto.

-Querrás decir que tengo buen aspecto para un hombre de mi edad.

-Pues sí, si insistes en que sea tan exacto, supongo que debería decir que tienes muy buen aspecto para un hombre de tu edad.

Los discursos posteriores a la cena fueron las habituales declaraciones grandilocuentes y pomposas: expresiones de admiración y asombro ante los numerosos logros de Andrew. Los oradores se sucedieron, e incluso aquellos que lograron introducir en sus parlamentos algún toque de ingenio y humor, le resultaron pesados y repetitivos. Aunque los estilos variaban, el contenido era el mismo. Andrew lo había oído infinidad de veces.

En el subtexto implícito en cada discurso se ocultaba un elemento que no dejó de perturbarlo: la condescendiente insinuación de que había hecho maravillas pese a ser un robot, de que era casi milagroso que una mera construcción metálica hubiese sido capaz de convertir sus pensamientos en obras tan extraordinarias. Tal vez fuera cierto, pero se trataba de una verdad dolorosa para Andrew y, al parecer, no tenía escapatoria.

Magdescu fue el último en tomar la palabra.

La velada había sido muy larga y, cuando se puso en pie, Magdescu estaba pálido y cansado. Andrew, que estaba sentado a su lado, lo vio hacer un esfuerzo hercúleo por reponerse, alzar la cabeza, cuadrar los hombros y llenar los pulmones -sus pulmones protésicos de Andrew Martin Laboratories- con una profunda bocanada de aire.

-Amigos, no os haré perder tiempo repitiendo todo lo que esta noche se ha dicho. Todos sabemos lo que Andrew Martin ha hecho por la

Librodot

humanidad. Muchos tenemos una experiencia directa de su trabajo porque sé que, ante mí, hay muchos que tenéis instalados los artilugios protésicos de Andrew. Me cuento entre vosotros. Deseo decir, tan sólo, que he tenido el enorme privilegio de trabajar con Andrew Martin en los primeros tiempos de la protesiología, pues yo desempeñé un modesto papel en el desarrollo de los artilugios que hoy son tan imprescindibles para nuestra vida. En concreto, quiero reconocer que, de no ser por Andrew Martin, esta noche no estaría aquí. Así es, de no ser por Andrew y por su extraordinaria labor, habría muerto hace quince o veinte años, lo mismo que muchos de vosotros.

»Por consiguiente, amigos, quiero proponer un brindis. Alzad vuestras copas conmigo y bebed un sorbo de buen vino en honor del extraordinario individuo que ha introducido cambios tan trascendentales en la medicina y que hoy alcanza una edad imponente y significativa: los ciento cincuenta años... ¡Amigos, brindemos por Andrew Martin, el robot sesquicentenario!

Andrew no había logrado desarrollar el gusto por el champán, ni siquiera había llegado a comprender sus méritos, pero gracias a las actualizaciones de la cámara de combustión poseía la capacidad fisiológica de consumirlo. Sólo bebía si el marco social lo exigía. Cuando Alvin Magdescu se volvió hacia él con los ojos empañados por la emoción, el rostro arrebolado y la copa en alto, Andrew también elevó la suya y bebió el generoso trago de champán que contenía.

En realidad, no estaba nada contento. Pese a que hacía mucho tiempo que había diseñado los tendones de su rostro para poder manifestar diversas emociones, había pasado la velada solemnemente pasivo y, en el momento culminante, sólo pudo esbozar una sonrisilla para cubrir las apariencias. Y hasta esa leve sonrisa le costó un esfuerzo. Aunque Magdescu había tenido buenas intenciones, sus palabras afligieron a Andrew: ¡no quería ser el robot sesquicentenario!

18

Fue la protesiología la que finalmente llevó a Andrew a abandonar la Tierra. Nunca había experimentado la necesidad de emprender viajes, y mucho menos espaciales, pero la Tierra había dejado de ser el centro de la civilización humana. Casi todas las novedades interesantes sucedían en los asentamientos estelares, sobre todo en la Luna, que se había convertido en un sitio más terrenal que la Tierra misma en todos los sentidos, salvo en el influjo gravitatorio. Las ciudades subterráneas, que en el siglo XXI no eran más que toscos refugios, se habían convertido en urbes opulentas, iluminadas, densamente pobladas y en rápida expansión.

Los ciudadanos de la Luna, como el resto de los seres humanos, necesitaban prótesis. Nadie se daba por satisfecho con los noventa años tradicionales de vida y era habitual remplazar los órganos en cuanto dejaban de funcionar.

Aunque en algunos sentidos tuvo ventajas para los humanos que vivían bajo el influjo gravitatorio reducido, la baja gravedad lunar planteó un sinfín de problemas a los cirujanos protésicos. Los artilugios diseñados para enviar un flujo regular y uniforme de sangre, hormonas, fluidos digestivos o cualquier otra sustancia fundamental para la vida en la gravedad terrestre, no funcionaban con la misma eficacia en medio de un influjo gravitatorio seis veces inferior. También surgieron problemas de resistencia a la tracción, de durabilidad y de complicaciones inesperadas en la realimentación.

Hacía años que los protesiólogos lunares suplicaban a Andrew que visitara Selene y analizase sobre el terreno los problemas de adaptación que se veían obligados a afrontar. La división de comercialización de US Robots en la Luna insistió reiteradamente para que les hiciera una visita.

En un par de ocasiones se dio a entender que, según los términos del acuerdo de explotación de las patentes, Andrew estaba obligado a ir, pero éste reaccionó ante la sugerencia con una negativa tan tajante que la corporación no lo planteó por tercera vez.

Librodot

Siguió recibiendo llamadas de auxilio de los médicos de la Luna. Andrew se negó una y otra vez hasta que, de pronto, se preguntó por qué no ir, por qué le parecía tan importante permanecer en la Tierra.

Era evidente que en Selene lo necesitaban. Aunque nadie le había ordenado que fuese -ya nadie se habría atrevido a darle una orden-, no podía olvidar que estaba en el mundo a fin de servir a la humanidad y que nada indicaba que su ámbito de servicio se limitaba a la Tierra. «Así sea», se dijo Andrew. Una hora más tarde se transmitió a la Luna el mensaje de que aceptaba la última invitación.

Un frío y lluvioso día de otoño Andrew se trasladó en revoloteador a San Francisco y allí tomó el Metro que lo condujo al gran puerto espacial del distrito de Nevada. Era la primera vez que viajaba en Metro. En los últimos cincuenta años los todo terreno subterráneos de propulsión nuclear habían abierto una red de túneles que atravesaban el subsuelo del continente y, en la actualidad, los trenes de alta velocidad que se desplazaban por vías inerciales permitían viajes de largo recorrido veloces y sencillos, al tiempo que la mayor parte de la superficie había recobrado su estado natural. Andrew tuvo la impresión de que llegó al puerto espacial de Nevada casi antes de que el tren abandonase la terminal de San Francisco.

Por fin se zambulliría en el espacio. El viaje lunar...

En cada fase de los trámites de embarque lo trataron como a una rara porcelana delicada y frágil. Personal de alto rango de US Robots se apiñó alrededor de él y lo ayudó gustosamente a registrarse y a obtener la autorización de vuelo.

Se sorprendieron de ver que llevaba muy poco equipaje -un bolso pequeño en el que guardaba un par de mudas de ropa y unos pocos holocubos para leer durante el trayecto-, sobre todo porque pasaría en la Luna de tres meses a un año. Andrew se encogió de hombros y dijo que, en sus viajes, nunca sentía la necesidad de acarrear un montón de cosas. Aunque lo que decía era cierto, la verdad es que, hasta entonces, Andrew jamás había hecho un viaje muy largo.

Antes de subir a la nave tuvo que someterse a un complicado proceso de descomposición, es decir, a una fumigación y esterilización. «Compréndalo, la gente que vive en la Luna tiene reglas muy estrictas», le explicó el funcionario del puerto espacial a modo de disculpa, mientras Andrew leía la interminable lista de procesos a que se sometía a todos los pasajeros. «Allá arriba viven totalmente aislados de los microbios terrestres y creen que sufrirían un elevado riesgo de epidemias si, desde la Tierra, les llegara algo que sus sistemas no están en condiciones de asimilar».

Andrew dedujo que era innecesario explicar que su cuerpo de androide no era víctima de infecciones provocadas por microorganismos. Sin duda el funcionario del puerto espacial sabía que era un robot, pues

así figuraba en sus papeles de embarque, que incluían el número de serie. No hacía falta ser muy listo para saber que los robots, incluso los androides, no solían ser portadores de virus u otras plagas.

Pero ese hombre era, ante todo, un burócrata y su tarea consistía en comprobar que cuantos subían a la nave con destino a la Luna se sometían de manera completa y correcta a los procesos de descontaminación, estuviera o no cada persona en condiciones de quedar contaminada.

Andrew tenía suficiente experiencia con los humanos de esa calaña para saber que perdería el tiempo si planteaba objeciones. Por eso se dejó someter pacientemente a la ridícula serie de procedimientos. El dolor estaba descartado y al aceptarlos se libraba de las pesadas e interminables discusiones burocráticas que, sin duda, su negativa provocaría. Además, experimentó una suerte de perversa satisfacción cuando lo trataron como al resto de los mortales.

Por fin, subió a bordo.

Un auxiliar de vuelo se acercó a Andrew para comprobar que estaba correctamente instalado en su hamaca de gravedad y le entregó un folleto -era el cuarto ejemplar que le daban en los dos últimos días-, en el que se explicaba lo que probablemente experimentaría durante el viaje.

El folleto pretendía ser tranquilizador. Decía que en los primeros momentos de aceleración, probablemente se produciría una ligera tensión, que ningún pasajero tendría dificultades para controlar. En cuanto la nave estuviese en pleno vuelo, se activarían los mecanismos de control de gravedad a fin de compensar el influjo gravitatorio cero al que la nave estaría sometida, con el propósito de que los pasajeros no se viesen expuestos a la sensación de caída libre -a menos que quisieran experimentarla, en cuyo caso serían bien recibidos en el salón de gravedad cero del comportamiento de popa-. Durante el trayecto, la gravedad simulada a bordo de la nave se reduciría constante pero imperceptiblemente. Cuando llegaran a destino, los pasajeros estarían aclimatados al influjo muy inferior que experimentarían durante su estancia en los asentamientos lunares. Y así sucesivamente, incluidos los detalles de lo que había que hacer a la hora de comer, los programas de ejercicio y otras cosas parecidas: torrentes de información afable y tranquilizadora.

Andrew se tomó las cosas con calma. Su cuerpo había sido diseñado para soportar una fuerza de gravedad superior a la de la Tierra, no porque lo solicitara, sino porque a los diseñadores que empezaron de cero les resultó relativamente sencillo incorporar todo tipo de elementos que superaban la forma humana natural. A Andrew no le importaba de qué manera y a qué hora comía en la nave o qué incluía el menú. Tampoco le importaba el plan de ejercicios. Con frecuencia, Andrew había

Librodot

experimentado un placer innegable al dar un rápido paseo por la playa o por la arboleda que rodeaba su finca, pero su cuerpo no necesitaba un programa regular de ejercicios para mantener el tono.

En consecuencia, para Andrew el viaje se convirtió, sobre todo, en una larga espera. Previó que no tendría ningún problema de adaptación al viaje espacial y no sufrió el menor contratiempo. La nave abandonó sin brusquedad la plataforma de lanzamiento, dejó rápidamente atrás la atmósfera terrestre, trazó un arco perfecto en la oscura vaciedad del espacio y siguió su curso rutinario hacia la Luna. Hacía tiempo que el viaje espacial había perdido emoción; en la actualidad, era algo monótono hasta para los viajeros primerizos y la mayoría de las personas así lo preferían.

El único aspecto que Andrew encontró emocionante fue la panorámica desde la ventanilla de la nave. Produjo escalofríos en su columna vertebral de cerámica, hizo que la sangre recorriera a mayor velocidad sus arterias de dacrón y provocó un ligero cosquilleo en las células epidérmicas de la yema de sus dedos.

Vista desde el espacio, la Tierra le pareció de una belleza excepcional: un perfecto disco azul salpicado por las masas blancas de las nubes. Los perfiles de los continentes estaban sorprendentemente indefinidos. Andrew esperaba verlos con nitidez pero, en realidad, apenas se divisaban y, desde esa posición privilegiada, era el maravilloso arremolinamiento de las nubes contra el fondo azul de los mares lo que dotaba de tanta belleza a la Tierra. Le resultó extraño y fantástico ver en conjunto la faz del mundo, ya que la nave salió deprisa al espacio sideral y la Tierra se convirtió en una bola azul giratoria que se reducía constantemente contra el fondo negro salpicado de estrellas.

Andrew sintió el deseo irresistible de tallar una placa que representase parte de lo que veía mientras observaba al pequeño planeta sobre un fondo gigantesco. Se dijo que podría aplicar taraceas de maderas oscuras y claras para marcar el contraste entre el mar y los dibujos que trazaban las nubes. Sonrió porque fue la primera vez, después de muchos años, que se le ocurrió la idea de tallar algo en madera.

Por otra parte la Luna, de un blanco brillante, con su cara cubierta de cicatrices, se hacía cada vez más grande. La belleza lunar, de otras características, también emocionó a Andrew. Le asombró la crudeza, simplicidad e inmutabilidad estática y carente de oxígeno del satélite.

No todos los compañeros de viaje de Andrew estuvieron de acuerdo. «¡Qué fea es!», exclamó una mujer que realizaba su primer viaje lunar. «La contemplas desde la Tierra cualquier noche y piensas que es hermosa, maravillosamente romántica. Pero después sales al espacio, la ves de cerca y sus hoyuelos, sus grietas y sus manchas te sobrecogen. ¡Francamente, le falta vida!»

Mientras escuchaba desvariar a la mujer, Andrew pensó que tal vez ella se sobrecogiera, pero él no.

Para Andrew las huellas de la faz de Selene eran una inscripción fascinante: el prolongado archivo del tiempo, un largo poema cuya creación había requerido miles de millones de años y que merecía ser admirado por su inmensidad. Tampoco encontró carencia de vida en el rostro albo de la Luna, sino pureza, una bella austeridad, una fantástica y fría majestuosidad cercana a lo sagrado.

Andrew se preguntó qué podía saber él de la belleza o de lo sagrado. Se dijo que no era más que un robot, que toda percepción estética o espiritual que creyese tener eran meros accidentes de sus circuitos positrónicos, hechos inintencionados que debían considerarse defectos de fabricación más que una característica meritoria y específica de su construcción.

Dio la espalda a la ventanilla de observación y pasó casi todo el viaje tranquilamente instalado en la hamaca de gravedad, a la espera de llegar a la Luna.

Cuando desembarcó en el puerto espacial de Luna City, Andrew comprobó que habían ido a recibirlo tres funcionarios -dos hombres y una mujer- de la sucursal lunar de US Robots and Mechanical Men. Cuando acabó con las enloquecedoras operaciones burocráticas de la llegada y por fin le permitieron abandonar la nave y acercarse al comité de recepción, recibió una de las sorpresas más grandes de su vida.

Reparó en ellos porque lo saludaban con la mano. Andrew supo que habían ido a recibirlo porque la mujer llevaba un gran cartel en el que se leía: «¡ANDREW MARTIN, BIENVENIDO A LUNA CITY!» Lo inesperado fue que el más joven de los hombres se acercara, extendiera la mano, esbozara una cálida sonrisa y dijera:

-Doctor Martin, estamos realmente entusiasmados con su visita.

¿Doctor Martin? ¿Había dicho doctor Martin?

Los únicos doctorados que Andrew había conquistado eran honoríficos y jamás habría tenido la audacia de llamarse a sí mismo «doctor Martín». En realidad, también habría sido sorprendente que el empleado de US Robots lo hubiese recibido, simplemente, llamándolo «señor Martin».

En la Tierra, ni una sola vez en sus ciento cincuenta y pico años de vida lo habían llamado de otra forma que no fuese «Andrew».

A cualquiera le habría resultado impensable. En situaciones formales -cuando declaraba ante un tribunal o cuando le concedían una distinción o un título honorífico-, solían dirigirse a él como «Andrew Martin», pero nadie había llegado más lejos en lo que a la formalidad concierne. Con suma frecuencia, incluso cuando era el invitado de honor de un congreso

científico, ilustres desconocidos lo llamaban directamente «Andrew» y nadie, ni siquiera él, pensaba en ello. Aunque la mayoría de las personas ponían a los robots apodos basados en sus códigos de serie en lugar de llamarlos por éstos, era raro que un robot tuviese apellido. Sir se había regodeado especialmente en llamarlo «Andrew Martín» -un miembro más de la familia- en lugar de «Andrew» y la costumbre había calado hondo.

Pero que lo llamaran «doctor Martin» e incluso «señor Martin»...

-Señor, ¿hay algún problema? -preguntó el empleado de US Robots mientras Andrew parpadeaba azorado.

-No, ninguno, salvo que... tan sólo se debe a que... ah...

-¿Cómo dice, señor?

El que lo llamaran «señor» tampoco facilitaba las cosas. Fue como una descarga eléctrica repetida.

-Señor, ¿qué ocurre?

Todos estaban preocupados, lo miraban con el ceño fruncido y lo rodeaban.

-¿Están enterados de que soy un robot? -preguntó Andrew.

-Bueno... -Se miraron inquietos y estaban muy agitados-. Sí, señor, claro que sí.

-¿Y a pesar de todo me tratan de «doctor Martin» y de «señor»?

-Desde luego, señor, por su obra, sus logros extraordinarios... No es más que una expresión de respeto... ¡Al fin y al cabo, usted es el mismísimo Andrew Martin!

-Sí, soy el robot Andrew Martin. En la Tierra no tienen por costumbre dirigirse a los robots llamándolos «doctor» o «señor». No estoy acostumbrado a este tratamiento. En realidad, nunca me ha ocurrido.

-¿Le resulta ofensivo... señor? -preguntó la mujer, y cuando se le escapó la última palabra hubiera preferido tragársela.

-Lo cierto es que me sorprende, me sorprende muchísimo. En la Tierra...

-Esto no es la Tierra -puntualizó el mayor de los hombres-. Esta sociedad es muy distinta. Doctor Martin, tendrá que metérselo en la cabeza. Aquí somos más liberales, somos bastante más informales que la gente de la Tierra.

-¿Informales? ¿Por eso llaman «doctor» a un robot? Me imagino que las personas informales llaman a los desconocidos por su nombre de pila, pero ustedes me reciben con un tratamiento honorífico formal y altisonante, me dan un título que jamás he obtenido y que no puedo permitir que utilicen y...

Los tres habitantes de la Luna ya no estaban tan preocupados.

-Me parece que lo he entendido -dijo la mujer-. Verá, señor, y espero que no se moleste, la verdad es que casi siempre nos llamamos por nuestros nombres de pila. Yo soy Sandra, éste es David y él es Carlos. Habitualmente también llamamos a nuestros robots por sus nombres, como la mayoría de los habitantes de la Tierra. Pero usted es un caso aparte. Señor, usted es el eminente Andrew Martin, el fundador de la protesiología, el gran genio creador que tanto ha hecho por la humanidad. Por muy informales que seamos entre nosotros, señor, considero una elemental cuestión de respeto que en los casos en que...

-Compréndalo, para nosotros es muy difícil acercamos a usted y llamarlo «Andrew» -intervino el mentado Carlos-. Por mucho que usted sea... -titubeó y calló.

-¿Un robot? -Andrew acabó la frase por él.

-Sí, un robot -repitió Carlos confundido y no hizo frente a la mirada de Andrew.

-Además, se parece muy poco a un robot -apostilló David-. Sabemos que lo es, desde luego, pero de todos modos... es decir...

David se ruborizó y también desvió la mirada.

Parecía que todo volvía a complicarse. Dijeran lo que dijesen, estaban condenados a meter la pata una y otra vez. Andrew los compadeció, pero no pudo dejar de sentirse algo molesto.

-Por favor, puede que no parezca un robot, pero durante más de ciento cincuenta años lo he sido y no me sorprende pensar que lo soy. De donde vengo a los robots no los llaman con títulos. Deduzco que aquí se suele hacer lo mismo... salvo en mi caso. Si tanto respeto tienen por mis grandes logros que no pueden llamarme por mi nombre, tendré que apelar a la informalidad de la que hablaron. Estamos en un mundo fronterizo y, en consecuencia, propongo que seamos iguales. Si sois Sandra, Carlos y David, yo soy Andrew, ¿de acuerdo?

Los tres sonrieron a más no poder.

-Andrew, si lo plantea con tanta insistencia -dijo Carlos y le ofreció la mano por segunda vez.

A partir de entonces todo marchó sobre ruedas. Algunos empleados de US Robots lo llamaban «Andrew», otros «doctor Martin» y un tercer grupo se movía azarosamente entre un tratamiento y otro.

Andrew acabó por acostumbrarse. Observó que la cultura lunar era recia, improvisada y con muchas menos restricciones y pautas sociales arraigadas que la de la Tierra. Sin duda, la línea de demarcación entre seres humanos y robots aún era definida pero, en virtud de su cuerpo de androide y de sus antecedentes científicos, Andrew ocupaba un lugar ambiguo en medio de esa frontera. La sociedad abierta y tolerante de la

Luna permitió que las personas con las que trabajaba olvidasen durante prolongados períodos que era un robot.

En cuanto a los robots lunares, no parecieron reconocer ni una sola señal de sus orígenes robóticos. Siempre lo trataron con la generosidad robótica que se consideraba merecían los seres humanos. Para ellos fue siempre el «doctor Martin», acompañado de reverencias y gran sumisión.

Andrew tenía sentimientos ambivalentes. Pese a que les había dicho que estaba muy acostumbrado a considerarse robot y a que lo llamasen como tal, no estaba totalmente seguro de que fuese verdad. Por otro lado, que se dirigieran a él como «señor» o «doctor», en lugar de «Andrew», era un tributo a la excelencia de sus actualizaciones androides y la altísima calidad de su cerebro positrónico. Desde hacía muchos años abrigaba la intención de transformarse para pasar de una identidad puramente robótica a la zona gris de otra identidad próxima a la humana y, evidentemente, lo había conseguido.

Sin embargo... ¡Qué extraño era que los humanos se dirigiesen a él con tanto respeto! En realidad, se sentía muy incómodo. Por mucho que lo intentó, nunca consiguió acostumbrarse.

Esas personas eran incapaces de recordar en todo momento que era un robot. Sin embargo, un robot era lo que era -por mucho que en ocasiones le gustase fingir lo contrario- y le resultaba ligeramente fraudulento que los seres humanos lo tratasen como a un humano más.

Andrew sabía que lo había pedido explícitamente. «Propongo que seamos iguales», había dicho a Sandra, Carlos y David en el puerto espacial, y ellos habían aceptado.

Desde aquel día cada mañana se sorprendía de su propia audacia. ¿Iguales? ¿Iguales? ¿Cómo podía atreverse a proponer semejante osadía? Y la había planteado como una instrucción directa... ¡Prácticamente como una orden! Lo había dicho de manera indiferente y desenvuelta, como un ser humano dirigiéndose a otro.

«¡Qué hipocresía! ¡Qué arrogancia! ¡Cuántos delirios de grandeza!», pensó Andrew.

Podía comprar un cuerpo de apariencia humana y llenarlo con los artilugios protésicos que cumplían gran parte de las funciones del cuerpo humano, tuviera o no necesidad de dichas funciones; podía mirar a los seres humanos a los ojos y hablarles fríamente, como si fueran sus iguales, pero nada de esto los hacía iguales. Y ésta era la realidad que Andrew no podía negar.

Por muchas actualizaciones a las que se sometiera o por muy ingeniosas que fuesen, a los ojos de la ley era un robot y siempre lo sería. No tenía ciudadanía. No podía votar. No podía ocupar cargos públicos, ni siquiera los más humildes. Pese a todo lo que los Charney hicieron en su

favor a lo largo de los años, los únicos derechos civiles de los que Andrew gozaba eran el derecho de poseerse a sí mismo, el de desplazarse libremente sin ser humillado por cualquier ser humano y el de tener negocios corporativos. Ah, también tenía el derecho -pues de eso se trataba- de pagar impuestos.

Había propuesto el trato entre iguales, como si el mero hecho de decirlo lo hiciese realidad. ¡Qué delirio! ¡Qué descaro!

Superó enseguida ese estado de ánimo, que casi nunca volvió agobiarlo. Con excepción de los momentos sombríos en que se regañaba de esa manera, Andrew disfrutó de su estancia en la Luna y, en el aspecto creativo, fue una época muy fructífera.

La Luna era un sitio emocionante e intelectualmente alentador.

La civilización de la Tierra estaba madura y asentada. La Luna era la frontera y tenía toda la energía desaforada que, de manera inevitable, despiertan los retos cuando se está en el límite.

La existencia en las ciudades lunares sumergidas era frenética; tenía lugar una expansión constante y no podía dejar de reparar en el latido eterno de las perforadoras neumáticas todo terreno a medida que, diariamente, se abrían nuevas cavernas, por lo que seis meses después estaban en fase de construcción nuevos suburbios. El ritmo era muy acelerado y la gente era mucho más competitiva y activa que la que Andrew había tratado en la Tierra. En Selene, los nuevos y sorprendentes avances técnicos tenían lugar rápida y profusamente. Al comienzo de cada semana se planteaban nuevas ideas que al final de la siguiente se convertían en ley.

Uno de los protesiólogos le dio la siguiente explicación:

-Andrew, es una cuestión genética. Todos los que en la Tierra tenían un mínimo de energía y medios hace tiempo que se han puesto en marcha. Nosotros en cambio estamos aquí, en las lindes de la civilización, improvisando a medida que avanzamos, mientras que los que se han quedado atrás han creado una raza destinada a permanecer rezagada y a comportarse de la manera más tradicional y cómoda. Creo que el futuro es de los que vivimos en el espacio. La Tierra se convertirá en un simple mundo estancado.

-¿Hablas en serio? -preguntó Andrew.

-¡Qué duda cabe!

Andrew se preguntó qué sería de él, que seguiría existiendo a lo largo de los siglos, en el caso de que semejante decadencia se abatiera sobre el mundo. En primer lugar, se dijo que no le importaba que la Tierra se convirtiese en un lugar atrasado en el que la palabra progreso fuera ofensiva. Una vez conseguida la actualización tan deseada, ya no necesitaba el progreso. La forma de su cuerpo era casi humana, tenía su

finca y su trabajo, con el que había obtenido un éxito arrollador; pasara lo que pasase a su alrededor, viviría como siempre.

A veces pensaba en la posibilidad de trasladarse a la Luna y hasta de internarse en el espacio. En la Tierra seguía siendo el robot Andrew, obligado a pleitear y a luchar cada vez que quería obtener uno de los derechos o privilegios de los que se consideraba merecedor por su inteligencia y sus contribuciones a la sociedad. Pero aquí, donde todo era borrón y cuenta nueva, tal vez podría dejar atrás su identidad robótica y fundirse con la población humana como el doctor Andrew Martin.

En la Luna esa alternativa no preocupaba a nadie. Desde que había llegado lo habían invitado a cruzar la frontera invisible entre lo humano y lo robótico.

Era tentador, muy tentador.

Los meses se convirtieron en años -tres en total- y Andrew siguió colaborando con los protesiólogos lunares, los ayudó a realizar las adaptaciones necesarias a fin de que los órganos artificiales de Andrew Martin Laboratories funcionasen eficazmente cuando se colocaban en seres humanos sometidos a baja gravedad.

Fue una tarea apasionante porque, aunque a Andrew no lo afectó la escasa gravedad lunar, los seres humanos a los que les habían colocado artilugios protésicos del modelo terrestre, experimentaban muchas más dificultades. Andrew logró solucionar cada contratiempo con una modificación útil y, paulatinamente, todos los problemas quedaron resueltos.

De vez en cuando Andrew añoraba su finca de la costa californiana, y en especial las frescas brumas del estío, las altísimas secoyas, la playa escabrosa, la rompiente. Tuvo la sensación de que se había asentado en la Luna de manera permanente. Se quedó un cuarto año y luego un quinto.

Un día visitó la cúpula-burbuja de la superficie lunar y vio que la Tierra pendía del firmamento con su maravillosa belleza: diminuta a causa de la distancia pero vívida, brillante, una joya azul que destellaba en medio de la noche.

De repente pensó que era su hogar, la fuente de la humanidad. Andrew tuvo la impresión de que la Tierra lo atraía, lo llamaba. Al principio, semejante atracción, le pareció irracional.

Después comprendió. Su trabajo en la Luna estaba cumplido, pero aún tenía asuntos pendientes en la Tierra.

La semana siguiente Andrew reservó billete en un transporte regular que partía a final de mes. Al cabo de unos días volvió a llamar y adelantó el vuelo.

Retornó a una Tierra que le resultó cómoda, vulgar y tranquila en comparación con la dinámica existencia de los asentamientos lunares. Al

Librodot

parecer, durante sus cinco años de ausencia nada había cambiado significativamente. A medida que la nave lunar descendía hacia el planeta, Andrew pensó que la Tierra parecía un inmenso y plácido parque, moteado por los modestos asentamientos y las pequeñas ciudades de la descentralizada civilización del tercer milenio.

Una de las primeras gestiones de Andrew consistió en visitar los despachos de Feingold y Charney para comunicar su regreso.

El actual socio principal, Simon DeLong, se apresuró a recibirlo. En tiempos de Paul Charney, DeLong era un empleado muy joven, inexperto y modesto, pero desde entonces se había convertido en un hombre maduro, poderoso y convincente cuyo ascenso hasta la dirección ejecutiva del bufete fue irresistible. Era un sujeto de hombros anchos y facciones gruesas, que llevaba su espesa cabellera oscura afeitada en el centro, según el estilo tonsurado que últimamente se había puesto en boga.

DeLong puso expresión de sorpresa.

-Nos avisaron de su regreso, Andrew -dijo con cierta inseguridad, como si hubiese examinado fugazmente la posibilidad de llamarlo «señor Martin»-, pero no lo esperábamos hasta la semana próxima.

-La impaciencia pudo conmigo -reconoció Andrew secamente, pues estaba deseoso de ir al grano-. Simon, en la Luna estuve a cargo de un equipo de investigación formado por veinte o treinta científicos humanos. Di órdenes y nadie puso en duda mi autoridad. Muchos me llamaban «doctor Martín» y me trataban como a un individuo digno del máximo respeto. Los robots lunares se comportaron conmigo como ante un ser humano. En la práctica, fui un ser humano desde el primero hasta el último día de mi estancia.

La mirada de DeLong se tornó cautelosa. No sabía a dónde quería ir a parar Andrew y adoptó la precaución espontánea que muestra el abogado que no ha comprendido la nueva dirección que un cliente importante pretende tomar.

-Andrew, debió de resultarle muy insólito -comentó con tono llano y distante.

-Reconozco que fue insólito, pero no desagradable. Simon, no fue nada desagradable.

-No lo dudo. Andrew, me parece muy interesante.

-Pero ahora que he regresado a la Tierra vuelvo a ser un robot -añadió Andrew tajante-. Ni siquiera soy un ciudadano de segunda... Simon, en realidad, no soy ciudadano. No soy nada y no me importa pero, si en la Luna me tratan como a un ser humano, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo aquí?

Sin apartarse un ápice de su tono distante y cauteloso, DeLong exclamó:

-¡Mi querido Andrew, aquí se lo trata como a un ser humano! Tiene una finca magnífica y el título de propiedad está a su nombre. Es el director de un gran laboratorio. Sus ingresos son tan descomunales que marea pensarlo, y nadie cuestiona que tiene derecho a esos ingresos. Como puede ver, cuando visita el bufete de Feingold y Charney, éste se pone a su disposición. Ha logrado ser aceptado en todos los sentidos de facto, tanto en la Tierra como en la Luna, por parte de los humanos y de los robots. ¿Qué más puede pedir?

-No me basta con ser un ser humano de facto. No sólo quiero ser tratado como tal, sino tener la condición legal y los derechos de un ser humano. Quiero ser un ser humano de jure.

-Ah -sopló DeLong, que estaba muy incómodo-. Ah, ya comprendo.

-Simon, ¿está seguro de que comprende?

-Por supuesto. ¿Cree que no conozco la historia de Andrew Martin? Hace años Paul Charney dedicó horas a repasar sus archivos conmigo, me mostró su evolución paso a paso, iniciada como un robot metálico de la, si mal no recuerdo, serie NDR... y que se prolongó hasta su transformación en androide. Huelga decir que he sido informado de cada una de las actualizaciones de su cuerpo actual. No sólo conozco los pormenores de su evolución física, sino de la legal, es decir, la conquista de la libertad y de otros derechos civiles. Andrew, tendría que estar ciego para no ver que, desde el principio, usted se planteó el objetivo de convertirse en un ser humano.

-Simon, no fue así desde el principio. Me parece que durante mucho tiempo me bastó con ser un robot superior, que hubo una época en que incluso me negué a mí mismo la conciencia de todas las capacidades de mi cerebro. Pero ya no las niego. Soy igual a cualquier ser humano en cualquier aptitud que se le ocurra nombrar y... superior a la mayoría. Aspiro al estatuto legal pleno al que tengo derecho.

-¿Al que tiene derecho?

-Sí, al que tengo derecho.

DeLong apretó los labios, tiró con nerviosismo del lóbulo de la oreja y se pasó la mano por el centro del cuero cabelludo, donde le habían recortado una franja de tupido cabello negro.

-Al que tiene derecho -repitió el abogado segundos después-. Andrew, ésa es otra cuestión. Hemos de afrontar el hecho innegable de que, por mucho que se parezca a un ser humano en inteligencia, aptitudes e incluso apariencia, simplemente no lo es.

-¿En qué sentido no lo soy? -quiso saber Andrew-. Tengo el aspecto de un ser humano y órganos equivalentes a algunos de los que posee un ser humano protésico. Poseo la capacidad mental de un ser humano, por cierto, una capacidad altamente inteligente. He colaborado artística,

literaria y científicamente en el desarrollo de la cultura humana como cualquier ser humano. ¿Qué más se puede pedir?

DeLong se ruborizó.

-Andrew, le ruego que me excuse, pero me siento en la obligación de recordarle que no forma parte del conjunto genético humano. Está totalmente al margen. Aunque parece un ser humano, de hecho es otra cosa, es algo... artificial.

-Simon, reconozco que es así. ¿Y qué me dice de la ingente cantidad de personas que se desplazan con el cuerpo lleno de artilugios protésicos? Me refiero a artilugios que, dicho sea de paso, yo creé. ¿Acaso esas personas, al menos parcialmente, no son artificiales?

-Parcialmente, sí.

-Bien, pues yo soy parcialmente humano.

DeLong abrió los ojos desmesuradamente.

-Andrew, ¿a qué parte se refiere?

-A ésta -replicó Andrew y se señaló la cabeza-, y a ésta. -Se tocó el pecho con un dedo-. Me refiero a mi mente y a mi corazón. Puedo ser artificial, extraño e inhumano en el marco de su estricta definición genética pero, en el fondo, soy humano. Y esta realidad se puede reconocer legalmente. En la antigüedad, cuando en la Tierra existían cien naciones diferentes y cada una tenía sus complejos códigos para acceder a la ciudadanía, un francés podía convertirse en inglés o un japonés en brasileño mediante el simple expediente de cumplimentar una serie de procedimientos administrativos legales. Genéticamente, el japonés no tenía ni un pelo de brasileño, pero se convertía en brasileño en cuanto la ley lo reconocía como tal. En mi caso puede hacerse lo mismo. Puedo naturalizarme humano del mismo modo que antaño las personas se convertían en naturales de países en los que no habían nacido.

-Andrew, ¿ha pensado mucho en este asunto?

-Sí, es verdad.

-Muy ingenioso. Muy ingenioso. ¡Un ser humano naturalizado! ¿Qué pasará con las Tres Leyes?

-¿Qué quiere que ocurra?

-Son una parte innata de su cerebro positrónico. No creo que deba recordarle que lo someten a la condición de subordinación permanente a los seres humanos, situación que no está en manos de ningún tribunal. Andrew, las Tres Leyes no pueden borrarse de su cerebro, ¿no es así?

-Ha dicho exactamente la verdad.

-Pues tendrá que seguir con ellas, ¿no? Seguirán obligándolo a acatar a todos los humanos y, si es necesario, a dar su vida por ellos, a abstenerse de infligirles el menor daño. Es posible que logre que lo

declaran humano, pero seguirá rigiéndose por reglas operativas a las que jamás un ser humano se ha visto sometido.

Andrew asintió con la cabeza.

-Los japoneses que se nacionalizaron brasileños tenían la piel amarilla, ojos rasgados y las restantes características raciales de los orientales, que estaban ausentes en los brasileños que descendían de europeos. Pero, a pesar de todo, para las leyes de Brasil eran brasileños. Y de acuerdo con las leyes humanas, yo seré humano por mucho que la estructura de las Leyes esté alojada en mi cerebro.

-Sin embargo, la presencia de dicha estructura en su cerebro podría incapacitarlo para...

-No -lo interrumpió Andrew-. ¿Por qué me incapacitaría? La Primera Ley sostiene que no debo lesionar a un ser humano ni permitir que, a través de mi inactividad, sufra daños. ¿Acaso usted no está obligado por las mismas restricciones? ¿No lo está cualquier persona civilizada? La única diferencia radica en que yo no tengo más opción que respetar la ley, mientras que otros seres humanos pueden optar por comportarse de manera incivilizada, siempre y cuando estén dispuestos a correr el riesgo de enfrentarse a la Policía. La Segunda Ley me obliga a acatar las órdenes de los seres humanos. Empero, los humanos no están obligados a darme órdenes y, en el caso de que alcance la condición humana, podría considerarse una violación de la urbanidad que alguien me colocara en una posición en la que me viera obligado a hacer algo contra mi voluntad. Es decir, sería aprovecharse de mi deficiencia. El hecho de que yo padezca esta deficiencia no afecta a la cuestión. Existen muchos seres humanos deficientes y nadie les niega su condición humana. En cuanto a la Tercera Ley, que me impide ser autodestructivo, yo diría que no es una carga demasiado pesada para cualquier persona cabal. Simon, como verá...

-Sí, sí, Andrew, lo veo. -DeLong reía entre dientes-. Está bien. Me doy por vencido. Es tan humano como el que más y merece ser legalmente reconocido.

-En ese caso, si Feingold y Charney tienen a bien iniciar el proceso de...

-Por favor, Andrew, no vayamos tan rápido. Solicita algo muy difícil de cumplir. Ya sabe que los prejuicios humanos no desaparecen de la noche a la mañana. Se desatará una oposición terrible contra cualquier intento que hagamos de que lo declaren humano.

-Es de esperar, pero superamos una oposición terrible desde los tiempos en que George Charney y su hijo Paul salieron a la palestra y consiguieron mi libertad.

-Es cierto. Pero en esta ocasión el problema radica en que no lucharemos contra la Legislatura regional, sino contra la mundial, para

que apruebe la ley que lo declare ser humano. Francamente, yo no sería muy optimista.

-Le pago para que lo sea.

-Claro, Andrew, tiene razón.

-Me alegro. Entonces, estamos de acuerdo en que es posible. La única duda es encontrar la estrategia. ¿Por dónde cree que deberíamos empezar?

Tras una levísima vacilación, DeLong respondió:

-Un buen punto de partida consistiría en que charlase con algún miembro influyente de la Legislatura.

-¿Se le ocurre alguien en particular?

-Tal vez con la presidenta del Comité de Ciencia y Tecnología.

-Es una idea excelente. ¿Puede concertar de inmediato una cita con ella?

-Andrew, si quiere puedo hacerla, pero no creo que me necesite como intermediario. Alguien tan conocido y respetado como usted no tendrá ninguna dificultad para...

-No, concierte usted la cita. -Andrew no se dio cuenta de que acababa de dar una orden tajante a un ser humano, a lo que en la Luna se había acostumbrado-. Quiero que sepa que, en este asunto, el bufete de Feingold y Charney me respalda hasta las últimas consecuencias.

-Pero ahora...

-Simon, hasta las últimas consecuencias. En mis ciento setenta y tres años de existencia, de una manera u otra he colaborado ampliamente con este bufete. Casi me atrevería a decir que, en su forma actual, el bufete no existiría de no ser por las gestiones que le he encomendado. He planteado esta cuestión porque en el pasado he sido bien tratado por algunos socios de este bufete y me siento obligado a corresponder. Actualmente, no tengo ninguna obligación con Feingold y Charney. Más bien es a la inversa y ahora exijo el pago de las deudas contraídas.

-Haré lo que pueda -respondió DeLong.

Librodot

19

La presidenta del Comité de Ciencia y Tecnología de la Legislatura Mundial procedía de la región del este asiático y era una mujer menuda, delicada, casi una elfina que, con toda probabilidad, no era tan frágil como parecía. Se llamaba Chee Li-Hsing y sus prendas transparentes, que ocultaban lo que ella no quería revelar -mediante reflejos brillantes-, le conferían la apariencia de no ser más que un pequeño y elegante dije envuelto en plástico. En medio del enorme despacho, situado en el piso ochenta y cuatro de la magnífica torre de cristal verde donde se encontraba la sede neoyorquina de la Legislatura Mundial, la presidenta resultaba diminuta, casi insignificante. Aun así, irradiaba competencia, eficiencia y dinamismo.

-Me solidarizo con su aspiración de obtener plenos derechos humanos. Sin duda sabe que hubo momentos históricos en que considerables sectores de la población humana estuvieron privados de sus propios derechos humanos, lucharon ardientemente y, en última instancia, triunfalmente, para recuperarlos. Sin embargo, esas personas sufrieron mucho bajo tiranías de uno u otro signo hasta que conquistaron la libertad. En lo que a usted se refiere, ha gozado de una vida de éxito, llena de logros y recompensas. Supongo que es usted una persona muy envidiada. Por favor, respóndame a esta pregunta: ¿a qué derechos aspira que todavía no haya conquistado?

-A algo tan sencillo como el derecho a la vida -repuso Andrew-. Un robot puede ser desmontado en cualquier momento.

-Y un ser humano puede ser ejecutado en cualquier momento.

-Dígame, ¿cuándo tuvo lugar la última ejecución?

-Veamos... -Li-Hsing se encogió de hombros-. Actualmente, en nuestra civilización la pena de muerte no se aplica y hace mucho que no se practica. Pero es indudable que a lo largo de la historia se ha impuesto de manera desaforada. No existe ningún motivo de fondo por el que el año próximo no sea restaurada, siempre que los ciudadanos y la Legislatura Mundial lo consideren conveniente.

-De acuerdo. La humanidad puede volver a cortar cabezas, a aplicarse mutuamente descargas eléctricas letales, o lo que sea, sin aviso previo, pero esto no niega que hace tantos años que ningún ser humano ha sido ejecutado legalmente que ya nadie tiene recuerdos de esa barbarie. Tampoco he oído comentarios acerca de la reinstauración de la pena de muerte. Mientras que ahora, en este mismo momento, hoy y aquí, yo podría ser liquidado por la palabra de un humano con autoridad. No habría juicio ni apelaciones. Usted podría tocar un botón, llamar a los miembros del equipo de seguridad y decirles: «Este robot me ha disgustado. Llevároslo y desmontadlo». Y los miembros del equipo de seguridad me sacarían de aquí y me desmembrarían, así de fácil.

-¡Eso es un disparate!

-Le aseguro que sería totalmente legal.

-Pero si usted preside una gran empresa, es una persona acaudalada, importante y famosa...

-Después de realizado el desmantelamiento mi empresa podría demandar a la legislatura por la pérdida de mis servicios. Pero yo no existiría, ¿no? Las únicas leyes que protegen a los robots son las de la propiedad. Si usted liquida sin justificación al robot de otra persona, ésta puede reclamarle daños y cobrar el valor del robot, y hasta es posible que una indemnización. Me parece bien, muy bien, si uno es el ser humano que ha sido perjudicado. Pero si uno es el robot al que aniquilaron, la demanda legal no le devuelve la existencia, ¿verdad, señora presidenta?

-Acaba de hacer una reductio ad absurdum. A nadie se le ocurría desmantelarlo, aniquilarlo.

-Puede que no pero, ¿qué ley me protege de que me sometan a semejante trato?

-Insisto, se trata de una reductio ad absurdum. Tengo entendido que lleva viviendo casi dos siglos. ¿Cuántas veces, durante este prolongado período, ha estado en peligro de... de ser aniquilado?

-De hecho, sólo una vez, pero me rescataron. De todos modos, ya habían dado la orden de desmantelarme.

-Me cuesta creerlo -reconoció Chee Li-Hsing.

-Ocurrió hace muchos años. Aún tenía forma metálica y acababa de conquistar la libertad.

-Pues ya ve, acaba de confirmar mi punto de vista. ¡Actualmente nadie se atrevería a ponerle un dedo encima!

-Pues hoy tengo tan poca protección legal como antaño. Legalmente sigo siendo un robot. Y si alguien decidiera desmantelarme, no tendría ningún recurso... -Andrew se interrumpió en medio de la frase. Ese razonamiento no conducía a ninguna parte. Se dio cuenta de que era un discurso demasiado rebuscado-. De acuerdo, es probable que nadie intente

hacerme daño, pero de todos modos..., de todos modos... -Hizo esfuerzos sobrehumanos para no dejar traslucir el menor indicio de súplica, pero las expresiones y tonos de voz minuciosamente diseñados lo traicionaron. Al final se mostró tal cual era-. En el fondo se trata de lo siguiente: tengo muchas ganas de ser hombre. Lo he deseado cada vez más a lo largo de varias generaciones de seres humanos, a medida que reparé en la plena capacidad y alcance de mi mente, y ahora este ansia me abruma. Ya no soporto pensar que soy un robot... o que otros me consideran como tal.

Chee Li-Hsing alzó la cabeza y miró a Andrew con sus ojos oscuros y comprensivos.

-De modo que se trata de eso -comentó-. Así de simple.

-¿Simple?

-Es el simple deseo de pertenecer a la raza humana. Se trata de un anhelo poderoso, por muy irracional que sea. Andrew, es muy humano por su parte experimentar estos sentimientos.

-Muchas gracias.

Andrew no supo si la presidenta había intentado tratarlo con condescendencia, aunque abrigó la esperanza de que no fuera así.

-Andrew, puedo presentar su caso ante la legislatura y supongo que, seguramente, ésta aprobaría una ley que declarara su condición humana. Si quisiera, la legislatura tiene poderes para aprobar una ley según la cual una estatua es definida como un ser humano. De todas formas, dicha estatua seguiría siendo una estatua. Y usted...

-No es lo mismo. Una estatua es una cosa inanimada y de piedra, mientras que yo... yo...

-Sé que es muy distinto, desde luego, y me hago cargo, aunque los legisladores quizá no lo vean bajo esta perspectiva. No aprobarán una sola ley que convierta a las estatuas en cosas vivas y dudo mucho de que estén dispuestos a aprobar una ley que convierta a un robot en un ser humano, por muy convincentemente que yo plantee su caso. Los legisladores son tan humanos como el resto de la población y, como sabrá, existen ciertos recelos y prejuicios contra los robots que perduran desde el desarrollo de los primeros modelos.

-¿Y que aún hoy prevalecen?

-En efecto, aún prevalecen. No creo que la legislatura esté dispuesta a actuar como a usted le gustaría. Reconoceríamos sin ambages que ha ganado con creces que se lo considere miembro de la humanidad, pero nos aterrarían las repercusiones políticas de establecer un precedente indeseable.

-¿Indeseable? -gritó Andrew, que se dejó llevar por la exasperación-. Puesto que yo soy un extraordinario benefactor de la humanidad, ¿por qué declararme humano sentaría un precedente indeseable?

-Porque es un robot. Casi puedo oír cómo pondrían el grito en el cielo: «Si se concede la condición humana a un robot, a continuación todos la reclamarán y entonces qué ocurrirá con...»

-No, no es así -aclaró Andrew-. Presenté demandas muchos años antes de que usted naciera y me declararon robot libre. Por aquel entonces también pusieron el grito en el cielo. Ganamos esa batalla. Sigo siendo el único robot libre del mundo. No hay un solo robot que haya solicitado la libertad. Y ninguno la reclamará. Señora presidenta, soy un caso singular. Soy el único robot que existe de estas características y puede tener la certeza de que no habrá otro. Si no me cree, hable con el presidente de US Robots and Mechanical Men. Le dirá que jamás permitirán la construcción de un robot tan inteligente, de mentalidad tan compleja y tan problemático como yo.

-Andrew, «jamás» es mucho tiempo. Perdón, ¿prefiere que lo llame «señor Martin»? Sabe que lo haré, que le daré personalmente mi espaldarazo como ser humano. En cualquier caso, comprobará que la mayoría de los legisladores, aunque les garantice su singularidad, no están dispuestos a sentar un precedente tan inquietante. En consecuencia, no habrá precedentes. Señor Martin, cuenta con mi más profunda solidaridad, pero no puedo darle esperanzas.

-¿No puede? ¿No me dará ninguna esperanza?

Chee Li-Hsing se acomodó en su sillón y arrugó profundamente el ceño.

-Señor Martin, lo único que puedo ofrecerle es una advertencia amistosa. Debe comprender que, al plantear estas demandas, corre un gran peligro. Si la cuestión se polariza en exceso, podría desencadenar posturas partidarias del desmantelamiento a que se ha referido, tanto en el seno de la legislatura como fuera de ésta. Señor Martin, podrían pensar que un robot con su extraordinario nivel de conocimientos es muy peligroso. Deshacerse de usted eliminaría dicha amenaza y sería la manera más sencilla de resolver el dilema político que le planteará a mis colegas. Le suplico que lo piense antes de seguir adelante.

-¿Nadie recordará que la técnica de la protesiología, la misma que permite a los miembros de la legislatura permanecer en sus escaños década tras década cuando deberían temblequear en dirección a sus tumbas, es algo que me pertenece casi en exclusiva? -inquirió Andrew.

-Quizá sea cruel por mi parte decirlo, pero ni se les pasará por la mente. Y si lo recuerdan, lo esgrimirán en su contra en lugar de considerarlo a su favor. ¿No conoce el refrán que dice «no hay mal que por bien no venga»?

Andrew se encogió de hombros y meneó la cabeza.

-Esa proposición carece de sentido para mí.

Librodot

-Lo sospechaba. Aún se siente incómodo en medio de nuestras irracionalidades humanas, ¿verdad? En el fondo, significa que solemos dar la espalda a aquellos a quienes más debemos... No, no intente discutirlo. Somos así.

-De acuerdo pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

-Cabe la posibilidad de que digan que creó la protesiología para satisfacer sus necesidades. Plantearán el postulado de que dicha ciencia fue parte de una campaña para robotizar a los seres humanos o para humanizar a los robots y que, en ambos casos, se trata de algo egoísta y perverso.

-Es imposible, soy incapaz de comprender este tipo de razonamientos -reconoció Andrew.

-No puede, ¿eh? No puede porque usted es un ser lógico controlado por circuitos positrónicos. Supongo que no existe actualización alguna que pueda convertir su modo de pensar en algo tan extravagante como puede serlo el nuestro. La verdadera profundidad de lo irracional escapa a su comprensión, y le ruego que no lo tome como una crítica, sino como una sencilla exposición de la realidad. Señor Martin, en la mayoría de las cuestiones fundamentales es usted muy humano, pero temo que no alcanza a comprender hasta qué extremo los seres humanos se apartan de la racionalidad cuando creen que sus intereses están en juego.

-Yo diría que, si sus intereses estuvieran en juego, intentarían ser lo más racionales posible a fin de... -empezó a decir Andrew.

-Por favor, ya es suficiente. No puedo hacérselo comprender. Sólo le pido que acepte la validez de mis palabras. Tenga confianza, si es que este concepto tiene significado para usted... Señor Martin, ¿nunca ha sido víctima de una campaña política basada en el odio?

-Yo diría que no.

-Si hubiese ocurrido, lo sabría. Y ahora se enterará. Si insiste en su pretensión de que lo declaren humano, será víctima de una campaña de denigración que ni usted ni yo podemos imaginar. Millones de personas se tragarán hasta la última palabra. Señor Martin, acepte mis consejos. Asuma la condición de su existencia. Pretender hacer lo que se propone es un gran desatino.

-¿Está segura?

-Sí, lo estoy.

Chee Li-Hsing se apartó del escritorio, se acercó a la ventana y se detuvo de espaldas a Andrew. Entraba una luz potente que perfilaba su figura con gran calidad. Desde el sitio en que Andrew estaba sentado, la desnuda figura de la presidenta, embutida en esa brillante envoltura plástica, parecía la de una niña o la de una muñeca.

Andrew contempló unos instantes a Li-Hsing y luego preguntó:

-Si a pesar de todo lo que usted ha dicho decido luchar por mi humanidad, ¿se pondrá de mi parte?

Chee Li-Hsing siguió mirando por la ventana. Andrew estudió su larga melena negra, sus delgados hombros y sus brazos delicados. Pensó que se parecía mucho a una muñeca, pero fue consciente de que no había nada de muñeca en la presidenta del Comité de Ciencia y Tecnología de la Legislatura Mundial. Tras esa superficie frágil residía una férrea voluntad.

Poco después Chee Li-Hsing respondió:

-Sí, me pondré de su parte...

-Se lo agradezco.

-...en la medida en que esté a mi alcance -prosiguió Chee Li-Hsing amablemente-. Quiero que sepa que si esta decisión pone en peligro mi carrera política, es posible que lo abandone. Señor Martin, intento decirle que me solidarizo con usted y que su situación me aflige, pero que no estoy dispuesta a comprometer mi futuro político por usted. Procuro ser lo más sincera posible.

-También se lo agradezco. No puedo pedirle más.

-¿Piensa luchar?

-Por supuesto. Lucharé hasta el final, cualesquiera que sean las consecuencias. Cuento con su ayuda... pero sólo en la medida en que pueda prestármela.

20

No fue una batalla frontal. Andrew proporcionó a Simon DeLong la pista sobre la estrategia adecuada y dio el visto bueno a la táctica aunque, según el mesurado criterio profesional de DeLong, la campaña se presagiaba tortuosa y lenta. DeLong le sugirió que se armase de paciencia.

Andrew masculló con los dientes apretados que su paciencia era infinita.

A continuación, Feingold y Charney se pusieron en marcha para delimitar y restringir el campo de batalla.

Roger Hennessey, de San Francisco, que hacía siete años había sido receptor de un corazón protésico Martin, era quien prestaba servicios robóticos de mantenimiento en las oficinas de Feingold y Charney, según un contrato vigente desde los tiempos de Paul Charney. De pronto, Feingold y Charney dejaron de abonar las facturas de Hennessey. Al principio, Hennessey no protestó. Sin embargo, después de que se acumularan cinco meses de facturas impagadas, Hennessey encontró motivos para visitar el bufete y tener una conversación con Simon DeLong.

-Simon, estoy seguro de que no sabe nada, pero últimamente hay algún problema con el departamento de contabilidad. Lo que quiero decir es que mis facturas están aquí desde diciembre, junio está al caer y...

-Sí, estoy enterado.

-Feingold y Charney es un bufete que no tiene el hábito de... -Hennessey se interrumpió y parpadeó-. Simon, ¿ha dicho que está enterado?

-Así es. A decir verdad, las facturas no se han pagado de acuerdo con mis instrucciones.

Hennessey volvió a parpadear azorado y añadió:

-Debo de estar sordo. De lo contrario, Simon, usted se está volviendo loco. ¿Ha dicho que retiene deliberadamente el pago?

-Ni más ni menos.

-Pero ¿por qué?

Librodot

-Porque no queremos pagarle.

-¿Qué ha dicho? ¿Desde cuándo no queréis pagarme? Simon, ¿sabe cuántos años hace que mis robots limpian estos despachos? ¿Cuándo ha tenido el mínimo motivo de queja?

-Nunca. Además, pensamos mantener sus servicios como hasta ahora, Roger, pero no le pagaremos más.

Hennessey se rascó la cabeza y miró a su interlocutor.

-¡Está como una cabra! ¿Cree que puede quedarse sentado ahí, con cara de circunstancias, y decirme semejante disparate? Sabe que lo que acaba de decir es absurdo. ¿Por qué lo ha dicho? En nombre de este planeta, ¿cómo se atreve a decir tonterías sin ton ni son?

DeLong sonrió.

-Se sustentan en un buen motivo.

-¿Puede explicármelo?

-No le pagaremos porque no estamos obligados -dijo DeLong-. Hemos comprobado que el contrato que firmó con nosotros es nulo y a partir de ahora sus robots trabajarán para nosotros a cambio de nada, si es que siguen trabajando en este bufete. Roger, si no le gusta, demándenos.

-¿Cómo? ¿Qué ha dicho? -farfulló Hennessey-. Esto es una locura. ¿Trabajar a cambio de nada? ¿Retendréis el pago de las facturas pendientes? ¡Sois abogados! ¿Cómo se atreve a soltar tantas estupideces? ¿Por qué ha dicho que el contrato es nulo?

-Roger, porque usted es un robot. En el mundo sólo existe un robot con derecho a firmar contratos que hay que cumplir, un robot llamado Andrew Martin. Y los demás, en virtud de que no sois robots libres, carecéis del legítimo derecho a obligar al cumplimiento de...

Hennessey enrojeció de ira y se levantó de la silla.

-¡Un momento, maldito lunático! ¡Vayamos paso a paso! ¿Ha dicho que soy un robot? ¡Sin duda está chalado! -Hennessey se arrancó la ornada faja corporal que llevaba y dejó al descubierto su pecho sonrosado y peludo-. ¿Cree que éste es el pecho de un robot? ¿Lo cree de veras? -Hennessey pellizcó sus generosas carnes-. Simon, ¿cree que ésta es carne de robot? Maldita sea, no le entiendo, pero le aseguro que si cree que puede quedarse tan tranquilo e insultarme por puro placer, se equivoca. Les demandaré, ya lo creo, por Dios que les demandaré, me ocuparé de que...

DeLong se desternillaba de risa.

Hennessey se detuvo en medio de su amenaza y preguntó con frialdad:

-Simon, ¿de qué se ríe?

-Le pido disculpas. Sé que no debería reírme. Debo disculparme por haber permitido que este asunto llegara tan lejos.

-Estoy de acuerdo, me debe una disculpa. Supongo que los abogados no tienen mucho sentido del humor, pero esta broma tan pesada...

-No es una broma. Roger, le aseguro que retendremos sus honorarios. Se lo diré claramente: queremos que nos demande. Nuestra defensa sostendrá que es usted un robot y que, por tanto, legalmente podemos romper su contrato. Sostendremos esta posición según nuestro mejor saber y entender.

-¿Habla en serio?

-Sin embargo, tenemos la intención de perder el juicio -añadió DeLong-. Cuando perdamos, no sólo le abonaremos las sumas atrasadas, que quedarán en depósito y devengarán intereses, sino que nos haremos cargo de las costas legales que haya tenido que anticipar. Le garantizo, de manera estrictamente confidencial, que habrá una cuantiosa gratificación para compensar cualquier dificultad colateral que el juicio pueda ocasionarle. Le aseguro que se trata de una gratificación muy sustancial.

Hennessey se acomodó la faja corporal y volvió a sentarse.

Parpadeó varias veces y meneó la cabeza. Escrutó a DeLong y comentó en voz baja:

-Simon, lamento sinceramente que tenga problemas. Es evidente que está loco de atar y lo siento por usted.

-No se confunda. Estoy tan cuerdo como siempre.

-Sí, sí, claro... ¿Cree en serio que está en sus cabales?

-Sin lugar a dudas.

-En ese caso, ¿le molestaría explicarme de qué va la cosa?

-Creo que sería incorrecto que se lo reveláramos antes de que se celebre el juicio. Sin embargo, Roger, le diré que tenemos un buen motivo y que, a su debido tiempo, comprobará que tiene sentido. Espero que, aunque desconozca los detalles, coopere con nosotros, simplemente por consideración a su prolongada relación con el bufete. Roger, necesitamos que nos siga el juego. Lo compensaremos con creces.

Hennessey asintió con la cabeza. Parecía algo aliviado.

-¿Se trata de una maniobra?

-Digamos que podría definirse así.

-¿Y no está dispuesto a explicarme qué pasa?

-No, de momento no -respondió el abogado-. Equivaldría a conspirar con usted.

-¡Pero si es lo que está haciendo!

DeLong sonrió.

-¿Le parece que estamos conspirando? Roger, lo único que hemos hecho es negarnos a pagar sus facturas. Tenga paciencia. No lo lamentará. Se lo prometo.

-En ese caso... -masculló Hennessey a regañadientes.

No pagaron las facturas de Hennessey. Tres meses después, éste notificó debidamente a Feingold y Charney que no podía continuar prestando servicios. Rescindió el contrato y presentó una demanda para cobrar las facturas pendientes. Feingold y Charney contrataron un servicio provisional de conserjería para que se ocupara de limpiar el bufete y comunicó al tribunal que estaba en condiciones de defender su postura.

Cuando se celebró la vista del juicio contra Feingold y Charney, fue uno de los socios más jóvenes del bufete el que presentó el alegato ante el tribunal. Sostuvo que, en la medida en que se podía demostrar que Roger Hennessey era un robot y no un ser humano, Feingold y Charney no se sentían obligados a seguir cumpliendo el contrato de servicios y, por tanto, lo habían anulado unilateralmente.

El abogado añadió que el robot Hennessey había seguido enviando durante varios meses a los equipos robóticos de mantenimiento, pese a que Feingold y Charney no se lo solicitaron ni consideraron que fuera necesario abonar esas prestaciones puesto que, en tanto robot, Hennessey no estaba legitimado para obligarlos a pagar. El joven abogado puso de relieve que los robots no contaban con ninguna de las salvaguardas constitucionales de que disfrutaban los seres humanos. En los pleitos por contratos que incluían robots, éstos no podían presentar demandas, sino exclusivamente sus propietarios.

-¡Pues mi cliente no es un robot! -exclamó el letrado de Hennessey-. Está claro que mi cliente es tan humano como cualquiera de los presentes.

-Hace unos años a su cliente le colocaron un corazón protésico robótico -dijo el representante de Feingold y Charney-. ¿No es así?

-Es posible. Lo comprobaré. ¿Qué relación tiene con...?

-Le aseguro que es muy importante. Solicito respetuosamente al tribunal que obtenga la comprobación de este punto.

El juez miró a Roger y preguntó:

-Señor Hennessey, ¿rechaza o confirma la afirmación de la parte contraria?

-Reconozco que tengo un corazón protésico, pero no sé qué...

El representante de Feingold y Charney lo interrumpió:

-Su señoría, desde nuestro punto de vista, la presencia de un artefacto mecánico sustentador de vida en el cuerpo del señor Hennessey modifica radicalmente su situación legal. Nos parece sensato afirmar que, de no ser por el componente robótico de su organismo, no estaría vivo. Por consiguiente, procedemos a sostener que el señor Hennessey, parcialmente

Librodot

protésico, es en realidad un robot y lo ha sido desde hace unos años. Por tanto, todos los contratos que pueda haber firmado como ser humano quedan anulados a partir del momento en que alcanzó la condición de robot.

-¡Conque era esto lo que pretendían! -masculló Hennessey-. ¡Es increíble! Así pues, el corazón me convierte en robot. ¿Eso es lo que dicen? ¡Y siguen insistiendo! -Hennessey echó la cabeza hacia atrás y se desternilló de risa.

El alboroto que estalló en la sala fue ensordecedor. El juez llamó al orden golpeando el martillo y gritó, pero durante varios minutos nadie le hizo caso. Por fin, sus palabras se impusieron al estrépito. Desestimó la reclamación del bufete y dictó sentencia favorable al demandante. El señor Roger Hennessey -a quien el veredicto declaró innegablemente humano- tenía derecho a cobrar las facturas de los servicios de mantenimiento, más los intereses y una indemnización.

Feingold y Charney apelaron.

En el tribunal de apelación el debate fue más complejo y requirió la presencia de expertos para examinar las definiciones de humanidad. La cuestión se abordó desde diversas perspectivas: científica, teológica, semántica, filosófica...

Se confirmó el veredicto favorable a Hennessey. Feingold y Charney volvieron a recurrir la sentencia.

El bufete libró la batalla hábil y tenazmente; aunque perdió en cada instancia, la cuestión se amplió sin cesar y pasó de una simple pregunta como «¿Se abonarán las facturas de Hennessey?» a «¿Qué es un ser humano?» En todo momento se ocuparon de que la sentencia fuera lo más amplia posible.

El tema duró años y requirió millones de dólares, hasta que el caso alcanzó la jurisdicción del Tribunal Mundial.

El Tribunal Mundial confirmó el primer fallo en favor de Hennessey y confirmó todas las sentencias posteriores relacionadas con la validez de la condición humana de los individuos que llevaban prótesis robóticas. Declaró que el principal factor determinante de la humanidad es el cerebro. El empleo de artilugios auxiliares para mantener la vida cerebral no invalidaba la humanidad fundamental e inalienable de dicho cerebro. Según este tribunal, era inaceptable afirmar que la presencia de prótesis robóticas en el cuerpo de un ser humano dotara a dicha persona de la condición de robot.

Cuando se dio a conocer la sentencia, Simon DeLong celebró con una fiesta la derrota legal definitiva. Como era de prever, Andrew acudió a los despachos del bufete para la gran ocasión.

-Andrew, podemos darnos totalmente por satisfechos. Hemos logrado los dos objetivos que nos propusimos. En primer lugar, hemos demostrado la cuestión legal según la cual ningún artefacto protésico colocado en el cuerpo humano hace que éste deje de ser un cuerpo humano. En segundo lugar, hemos movilizado a la opinión pública de tal manera que está claramente a favor de una interpretación amplia y poco estricta de quién es humano, puesto que en ningún mundo existe un hombre que no espere disfrutar de una expectativa de vida ampliada gracias a la disponibilidad de artilugios protésicos.

-¿Cree que por fin la legislatura me concederá la condición humana? -preguntó Andrew.

DeLong manifestó cierta inquietud.

-Puede que sí, pero puede que no.

-¿No tiene nada mejor que decirme después de tantos años de lucha legal?

-Ojalá pudiera ser tan optimista como a usted le gustaría -repuso DeLong-. Todavía no hemos ganado la batalla definitiva. Hay un órgano que el Tribunal Mundial ha utilizado como criterio para definir la humanidad.

-La mente.

-El cerebro, Andrew. El tribunal no seleccionó la mente, sino el cerebro. La mente es un concepto abstracto y el cerebro, un órgano del cuerpo. Los seres humanos poseen cerebros celulares orgánicos, mientras que algunos robots tienen cerebros positrónicos de platino e iridio, aunque es indiscutible que usted tiene un cerebro positrónico... Por favor, Andrew, no ponga esa cara. Sé en lo que está pensando. Me han asegurado que carecemos de los conocimientos necesarios para duplicar las funciones de un cerebro celular en una estructura artificial parecida a la orgánica. No podremos incluirlo en la sentencia del tribunal. Ni siquiera usted podría hacerlo.

-¿Qué haremos entonces?

-Por intentarlo que no quede. La parlamentaria Li-Hsing estará de nuestra parte, lo mismo que un considerable número de legisladores. Podemos tener la certeza de que el coordinador mundial seguirá los pasos de lo que decida la mayoría de la legislatura.

-¿Contamos con la mayoría?

-No -contestó DeLong-. Aún estamos lejos de alcanzarla, pero podríamos conseguirla si la opinión pública exige a la legislatura una interpretación amplia del concepto de humanidad. Reconozco que las posibilidades son escasas pero, después de todo, usted es el hombre que les proporcionó las prótesis de las que ahora dependen sus vidas.

Andrew sonrió.

Librodot

-¿Ha dicho «el hombre»?

-Sí. Andrew, ¿no es por lo que hemos luchado?

-¡Ya lo creo!

-En tal caso, más vale que empecemos a pensar de esta manera y a extender este pensamiento al resto del mundo, hasta que todos coincidamos. Andrew, no será fácil. Nunca lo ha sido ni hay motivos para suponer que lo será. Le advierto que tenemos muchos factores en contra pero, a menos que quiera darse por vencido, tendremos que arriesgamos.

-Yo no quiero darme por vencido -declaró Andrew.

21

La parlamentaria Li-Hsing era mucho mayor que cuando Andrew la había conocido. Ya no se permitía la coquetería de lucir prendas transparentes. Ahora llevaba vestimenta tubular más recatada. Su cabellera negra, antaño brillante, estaba salpicada de canas y la llevaba más corta.

Andrew no había cambiado un ápice. Su cara estaba tan tersa como siempre y su cabello sedoso y fino seguía siendo castaño. Se mantenía dentro de un estilo sobrio, el mismo estilo que había imperado hacía más de un siglo, cuando se vistió por primera vez.

El año estaba próximo a su fin. Los fríos vientos del invierno ululaban por los antiguos cañones de Nueva York y los copos de nieve se arremolinaban en el aire, por encima de la rutilante y gigantesca torre que albergaba la Legislatura mundial. Las controversias dialécticas de la legislatura habían entrado en período de receso.

Andrew tenía la sensación de que la lucha nunca tocaba a su término. El debate se había prolongado hasta el infinito. Los coléricos y desconcertados parlamentarios intentaron abordar todas las posturas posibles y los electores, incapaces de adoptar una definición filosófica clara, apelaron a las emociones, al miedo cerval, a las incertidumbres y los prejuicios más profundamente arraigados...

La parlamentaria Li-Hsing había retirado el anteproyecto y le había introducido considerables modificaciones a fin de tomar en consideración la tenaz oposición con la que se topó.

-¿En qué quedamos? -preguntó Andrew-. ¿Presentará o no el anteproyecto modificado en la próxima sesión?

-¿Qué quiere que haga?

-Ya lo sabe.

Li-Hsing asintió cansinamente con la cabeza.

-Andrew, en cierta ocasión le dije que su causa no era la mía y que tal vez tendría que abandonarla si consideraba que mi carrera estaba en

Librodot

peligro. Concretemos, mi carrera está en peligro y todavía no lo he abandonado.

-¿Sigue opinando que mi causa no es la suya?

-No. Se ha convertido en mi causa. Andrew, no hay duda de que usted es humano. Tal vez se ha humanizado a sí mismo, pero esto no lo convierte en menos humano. En mi opinión, negar la condición humana a un solo miembro de nuestra especie equivale a replantear la posibilidad de negársela a multitudes, como con demasiada frecuencia se hizo en nuestro sombrío pasado. No debemos permitir que vuelva a ocurrir. Y sin embargo, Andrew, sin embargo...

Chee Li-Hsing titubeó unos segundos.

-Continúe -pidió Andrew-. Ahora dirá que, a pesar de todo, tiene que abandonarme, ¿no es así, Chee?

-No me obligue a decir lo que no digo. Sin embargo, tenemos que ser realistas. Creo que hemos llegado tan lejos como podíamos.

-Entonces no presentará el anteproyecto corregido.

-Tampoco he dicho eso. Me propongo intentarlo una vez más. Andrew, seamos sinceros, no podemos ganar. Mire las cifras. -Li-Hsing pulsó un botón y en la pared del despacho se iluminó una pantalla-. El grupo de la izquierda del gráfico, la sección en verde, representa a los parlamentarios que se oponen inflexiblemente a la más nimia ampliación de las definiciones. Equivalen, aproximadamente, al cuarenta por ciento de los parlamentarios: son inamovibles y están definitivamente decididos a oponerse a sus aspiraciones. La sección en rojo es la de sus partidarios, el veintiocho por ciento. El resto, corresponde a los indecisos.

-¿A qué se debe que aparezcan en dos colores?

-El amarillo es el grupo de indecisos que se inclina a su favor. Se trata de un doce coma cinco por ciento. El azul es el grupo de los indecisos que tienden a estar en su contra y que representan un diecinueve coma cinco.

-Ya veo.

-Para obtener la mayoría debemos mantener a todos los indecisos de la sección amarilla y ganarnos la confianza del resto de indecisos que, en este momento, piensan en votar en su contra. Por no hablar de retener el apoyo de nuestro veintiocho por ciento actual. Andrew, aunque convenzamos a un parte de sus adversarios intransigentes, no creo que obtengamos la mayoría.

-Si es así, ¿para qué se toma la molestia de presentar el anteproyecto a debate?

-Porque se lo debo. Como puede ver, no dará resultado y sospecho que será mi último intento. Y será así no porque haya decidido abandonar esta batalla, sino porque ya no estaré en condiciones de seguir librándola.

Librodot

En las próximas elecciones colgarán de mi cuello cuanto he hecho por usted y seré derrotada. Estoy convencida de que perderé mi escaño.

-Lo sé y me aflige -reconoció Andrew-. Me aflige por usted, no por mí. Chee, hace mucho tiempo que sabe que ocurriría, ¿no es así? Y a pesar de todo me apoyó. ¿Por qué? ¿Por qué me defendió cuando al principio me dijo que me abandonaría si descubría que yo ponía en peligro su trayectoria política? ¿Por qué no me abandonó?

-Como bien sabe, a veces se cambia de idea. Andrew, por alguna razón, abandonarlo suponía pagar un precio más alto del que estaba dispuesta a cambio de seguir una legislatura más en mi escaño. Tal como se han desarrollado las cosas, llevo más de veinticinco años en la legislatura. A mi juicio, ya he tenido bastante.

-Puesto que usted cambió de idea, ¿por qué no iban a hacerlo los demás?

-Hemos convencido a todo aquel capaz de avenirse a razones. Los demás, y lamento decir que se trata de la mayoría, son inamovibles. Es una cuestión de antipatía emocional profundamente arraigada.

-¿Una antipatía propia de ellos o de sus electores?

-Mitad y mitad. Hasta los legisladores más o menos racionales suponen, de vez en cuando, que sus electores no lo son. Tengo la sospecha de que muchos experimentan personalmente una honda antipatía cuando se trata de cuestiones robóticas.

-¿Y basarse en la antipatía emocional es el modo válido en que un legislador decide su voto?

-Vamos, Andrew...

-Está bien, reconozco que he dicho algo muy ingenuo.

-Considerarlo ingenuo no es muy correcto. Sabe que nadie reconocerá que su voto se rige por aspectos emocionales. Le propondrán cualquier explicación razonada de la decisión que adopten, algo que tenga que ver con la economía, una analogía con la historia de Roma o algún argumento religioso arcaico, cualquier cosa menos la verdad. ¿Qué importancia tiene? Lo que cuenta es el voto que emiten, no las razones en que se sustenta.

-De manera que todo se reduce a la cuestión de la estructura cerebral, ¿no?

-Sí, ahí está la clave.

-No entiendo por qué lo consideran un problema tan conflictivo -comentó Andrew con cautela-. Lo esencial no reposa en los componentes del cerebro, sino en el modo en que funciona, es decir, en sus patrones de pensamiento, su tiempo de reacción, su capacidad de razonar y de generalizar a partir de la experiencia. ¿Por qué el debate se reduce a la cuestión de las células orgánicas en oposición a los positrones? ¿No hay manera de hacer prosperar una definición funcional?

Librodot

-¿Funcional?

-Mi cerebro hace todo lo que es capaz de hacer un cerebro humano oficialmente legitimado, y en muchos sentidos, lo hace mejor, más rápido y coherentemente. Quizá sea esto lo que les fastidia. Pues bien, si éste es el problema, es demasiado tarde para que empiece a ocultar mi inteligencia. ¿Tenemos que seguir insistiendo en que el cerebro humano debe estar constituido por una sustancia celular oficialmente aprobada para que sea legalmente humano? ¿No podemos estipular que el cerebro humano es algo, lo que sea, orgánico o no, capaz de alcanzar cierto nivel de pensamiento complejo?

-No dará resultado -declaró Li-Hsing.

-Si definiéramos la humanidad exclusivamente en virtud de la función cerebral, demasiados seres humanos no estarían a la altura del nivel acordado de capacidad intelectual -añadió Andrew con acritud-. ¿No es ésta la causa de tanta oposición?

-¡Andrew, Andrew, Andrew! Quiero que me preste mucha atención: están empeñados en mantener, al precio que sea, una barrera entre ellos y los robots. Aunque sólo sea por amor propio, prefieren creer que pertenecen a la única, auténtica y legítima raza humana y que los robots son seres inferiores. Ha dedicado los últimos cien años a vencer a estas personas y, con mucho esfuerzo, se ha abierto paso hasta conseguir una posición que habría sido inimaginable en los primeros tiempos de la robótica. Pero ahora está en una situación insostenible. Usted está en un cuerpo que, en todos los sentidos, se parece tanto al del ser humano como para que no existan verdaderas diferencias. Usted come, respira y suda. Va a restaurantes de cinco tenedores, encarga cenas exquisitas y bebe los mejores vinos. Lo he notado, aunque no comprendo qué valor tiene para usted, salvo el de las apariencias.

-Para mí es valor suficiente -señaló Andrew.

-Está bien. Probablemente hay muchos seres humanos que tampoco aprecian el vino que beben, aunque lo hacen por las mismas razones que usted. Es decir, sus órganos son artificiales. Es posible que haya personas que viven con cuerpos prácticamente idénticos al suyo, sustituciones artificiales de aquéllos con los que nacieron. Pero, Andrew, aun así no se trata de sustituciones totales, pues nadie tiene un cerebro protésico ni puede tenerlo. Por consiguiente, usted se diferencia del resto de los mortales en un aspecto fundamental. Su cerebro es artificial y el humano no. Su cerebro fue construido y el de los hombres se desarrolló naturalmente. Ellos nacieron y a usted lo montaron. Para los seres humanos empeñados en mantener la barrera que los separa de los robots, estas diferencias semejan un muro de acero de cinco kilómetros de alto por cinco kilómetros de espesor.

-No me ha dicho nada nuevo. Sin duda, la composición de mi cerebro es distinta a la del cerebro humano. Pero no lo es en sus funciones. Puede que sea cuantitativamente distinto, pero en lo cualitativo no tiene nada que envidiarle. No es más que un cerebro, un cerebro muy bueno. Tan sólo se aferran a la oposición entre lo positrónico y lo celular como pretexto para no reconocer que yo soy un ser humano algo distinto... No, Chee, si lográramos anular la antipatía que sienten por mí en virtud de mis orígenes robóticos, que es la fuente misma de esta hostilidad, la misteriosa necesidad que tienen de declararse superiores a alguien que, de acuerdo con todas las definiciones racionales, es superior a ellos...

-Después de tantos años aún intenta comprender al ser humano -lo interrumpió Li-Hsing apenada-. ¡Pobre Andrew! No se enfade por lo que voy a decir, pero es el robot que hay en usted el que lo impulsa en esa dirección.

-Sabe que en mí queda ya muy poco de robot.

-Pero algo conserva... -musitó Li-Hsing.

-Así es, algo queda y si lograra despojarme... Chee Li-Hsing lo miró alarmada.

-Andrew, ¿qué ha dicho?

-No estoy seguro, pero se me ha ocurrido una idea. Chee, el problema consiste en que tengo sentimientos humanos contenidos en mi mente de robot. Pero esto no me vuelve humano, sólo me convierte en un robot desdichado. A pesar de todo lo que se ha hecho para mejorar mi cuerpo robótico, aún no soy humano. De todos modos, se puede dar un paso más. Si fuera capaz de... si fuera capaz de...

22

Si fuera capaz de...

Y ahora, por fin, había sido capaz.

Andrew había pedido a Chee Li-Hsing que aplazara tanto como pudiese la presentación del anteproyecto modificado ante la Legislatura Mundial para el debate y la votación, pues en el futuro inmediato pensaba iniciar un proyecto que tal vez ejerciera una influencia decisiva. Andrew añadió que no estaba dispuesto a hablar con ella sobre los pormenores del proyecto. Se trataba de una cuestión muy técnica, que no era probable Chee comprendiese y, de momento, él no disponía de tiempo para explicársela. Insistió en que lo volvería más humano. Ése era el detalle primordial, lo único que, en realidad, la presidenta del comité debía saber. Repitió que así se volvería más humano.

Con tono de preocupación, Chee Li-Hsing respondió que haría cuanto pudiera por proporcionarle el tiempo necesario para llevar a la práctica el misterioso proyecto.

Andrew le dio las gracias y de inmediato habló con el aclamadísimo robot cirujano que había elegido para la tarea. Fue una conversación difícil. Andrew postergó el momento de la decisión al tiempo que planteaba un doloroso interrogatorio que ponía de relieve su torbellino interior, mientras que el cirujano se mostraba cada vez más confundido por la naturaleza insólita, y probablemente imposible, de lo que Andrew parecía pedirle.

La Primera Ley de la robótica fue el obstáculo: la norma inmutable que impedía que un robot infligiese el menor daño a un ser humano. Al final, Andrew ya no pudo dar más excusas y tuvo que reconocer el hecho fundamental que permitía al cirujano robot realizar la operación, lo único que el médico no había sospechado: la condición de Andrew como algo distinto a un ser humano.

-Señor, me parece que no he entendido bien -dijo el cirujano-. ¿Ha dicho que es un robot?

-Es exactamente lo que soy.

Librodot

La expresión del cirujano, siempre serena e impasible, no podía cambiar ni cambió. No obstante, la mirada fija de sus brillantes ojos fotoeléctricos logró delatar una gran aflicción y Andrew se percató de que el cerebro positrónico del médico estaba acosado por potenciales perturbadores y contradictorios.

Al cabo de un rato el cirujano añadió:

-Señor, no pretendo contrariarlo, pero debo reconocer que no veo nada robótico en su aspecto externo.

-Tiene razón. Mi aspecto externo ha sido ampliamente modificado para conferirme apariencia humana, lo que no significa que sea humano. A decir verdad, en los últimos años he incurrido en elevadísimos gastos en abogados a fin de esclarecer mi condición y parece que, a pesar de todo, sigo siendo un robot.

-Señor, no podía ni imaginármelo.

-No, claro.

Andrew no había elegido a ese cirujano por su deslumbrante personalidad, su gran ingenio o su capacidad para hacer frente a situaciones sociales complicadas. Ninguno de estos factores era relevante. Lo que contaba era su cualificación como cirujano y, al decir de todos, era de los mejores. Por añadidura, era robot. Un cirujano robot era la única opción posible para lo que Andrew se traía entre manos, ya que no podía confiar en un cirujano humano, ni en su capacidad ni en sus intenciones. El robot podría cumplir la tarea. Andrew estaba empeñado en que así fuese.

-Como le he dicho, señor...

-¡Deje de llamarme señor!

El robot calló, evidentemente perplejo, pero volvió a tomar la palabra:

-Señor Martin, como ya le he dicho, practicar a un ser humano una intervención, como la que usted solicita, supone una violación flagrante de la Primera Ley y yo no podría realizarla. Si es un robot, como dice, sigue existiendo un problema. Verá, realizar dicha intervención significa dañar una propiedad y, a menos que reciba instrucciones directas de su propietario, me veo imposibilitado de realizarla.

-Yo soy mi propietario -puntualizó Andrew-. Soy un robot libre y tengo documentos que lo demuestran.

-¿Un... robot... libre?

-Preste atención -pidió Andrew. Estaba agobiado a causa de la ansiedad y su mente positrónica se encontraba acosada por potenciales problemáticos-. Dejémonos de cháchara. No finjo ser humano y, en cuanto me opere, comprobará que no lo soy, por lo que podemos descartar las consideraciones relativas a la Primera Ley. Sin embargo, en este caso se aplica la Segunda Ley. Soy un robot libre y usted hará lo que yo le

Librodot

encomiende. No se opondrá a mis deseos. ¿Me he expresado con claridad? -Con toda la firmeza que había aprendido a emplear en las últimas décadas, incluso con los seres humanos, Andrew añadió-: Le ordeno que me practique la intervención quirúrgica de la que hemos hablado.

Los ojos rojos del cirujano robot se iluminaron todavía más a causa de la confusión y el conflicto interiores. Durante unos segundos no estuvo en condiciones de responder.

Andrew sabía que el cirujano estaba contra las cuerdas. Tenía ante sí a un hombre que insistía en que no era humano o a un robot que reivindicaba poseer tanta autoridad como un ser humano y, tanto en un caso como en el otro, los circuitos positrónicos del cirujano debían de estar saturados de incomprensión.

Si se trataba de un hombre, la Primera Ley anulaba la Segunda y el cirujano no podía aceptar el encargo. En el caso de que fuera un robot, ¿qué ocurría con la Segunda Ley? ¿Qué elemento de la Segunda Ley atribuía a un robot, aunque fuera un robot libre, el derecho de dar órdenes a otro? Por si eso fuera poco, este robot negaba ser humano pero lo parecía. Era una situación casi incomprensible. Tanta ambigüedad debió de colapsar los circuitos positrónicos del cirujano. Sus respuestas visuales indicaban que su visitante era humano, mientras su mente intentaba procesar el dato de su condición robótica. La evidencia visual tendía a activar la Primera y la Segunda Ley, aunque la información las mantenía desactivadas.

Ante contradicciones tan caóticas cabía la posibilidad de que la mente del cirujano sufriese un cortocircuito. Andrew abrigaba la esperanza de que el cirujano optase por el modo más seguro de resolver la crisis y se decantase por la posición que respondía a la Segunda Ley: pese a que por propio reconocimiento el visitante no era lo bastante humano para apelar a las prohibiciones de la Primera Ley, tenía suficientes características humanas para reclamarle obediencia.

Después de un interminable período de vacilación, el cirujano optó por este camino.

-De acuerdo -dijo con un inequívoco matiz de alivio-. Haré lo que me pide.

-Perfecto.

-Los honorarios no serán modestos.

-Me preocuparía mucho que lo fueran -replicó Andrew.

23

Aunque el quirófano no era tan monumental como aquél en el que US Robots and Mechanical Men había realizado las diversas actualizaciones de Andrew en los últimos años, éste se dio cuenta de que las instalaciones estaban soberbiamente equipadas y eran correctas. Miró con admiración la consola de rayos láser, el teclado de pulsadores para mediciones, el panel de mandos, el laberinto de agujas, tubos y conductos auxiliares, la mesa de operaciones, la tarima, la camilla, las luces y los instrumentos, la ropa blanca y los deslumbrantes dispositivos de acero cromado: todo estaba a punto para el insólito paciente.

El cirujano exhibía una serenidad majestuosa. Era evidente que, en el tiempo transcurrido, había resuelto los conflictos desatados por las irregularidades de la petición de Andrew y por las ambigüedades de su aspecto. Ahora, el cirujano estaba exclusivamente concentrado en su misión profesional. Andrew estaba convencido de que había hecho la única elección posible cuando escogió a un cirujano robot para practicar la intervención.

De todos modos, experimentó un atisbo de incertidumbre -sólo un atisbo- cuando llegó la hora de la verdad. ¿Y si algo fallaba? ¿Y si quedaba incapacitado? ¿Y si la intervención fracasaba y quedaba aniquilado en la mesa de operaciones?

No, nada de eso importaba. Era imposible que la intervención fracasase. Aun cuando saliese mal... no, no tenía la menor importancia.

El cirujano lo observaba con atención.

-¿Está preparado? -preguntó.

-Totalmente -repuso Andrew-. Pongamos manos a la obra.

-De acuerdo -añadió el cirujano sucintamente y con un ademán veloz y abarcador sujetó el escalpelo láser en su mano derecha soberbiamente diseñada.

Andrew había elegido permanecer consciente durante el proceso. No quería perder la conciencia ni un solo instante. El dolor no era un problema para él y necesitaba estar seguro de que sus instrucciones se

Librodot

cumplían al pie de la letra. Y así fue. La naturaleza robótica del cirujano no podía permitirse la menor desviación caprichosa del rumbo acordado.

Pero Andrew no estaba preparado para la debilidad y la fatiga insólitamente intensas que sintió una vez cumplida la labor.

Hasta entonces, no había conocido las sensaciones que lo dominaron en las primeras horas de recuperación. No había sentido nada parecido ni siquiera cuando traspasaron su cerebro del cuerpo robótico al androide.

En lugar de caminar normalmente, se sacudía y se tambaleaba. Con frecuencia, tenía la impresión de que el suelo se elevaba y se disponía a golpearle la cara. Los dedos le temblaban tanto que le costaba sostener objetos. Su visión, que siempre había sido perfecta, se tornaba borrosa durante algunos minutos. Si intentaba recordar un nombre, en su mente no había más que un vacío tormentoso que centelleaba por los recovecos de su memoria.

Durante la primera semana posterior a la intervención, dedicó una tarde a indagar en su mente el nombre completo del hombre al que había conocido como Sir. De pronto apareció: Gerald Martin. Y en ese momento Andrew olvidó el nombre de la morena hermana mayor de Little Miss y necesitó horas de minuciosa búsqueda antes de que en su cerebro asomara repentinamente «Melissa Martin». ¡Dos horas, cuando antaño no le habría llevado más de dos milisegundos!

Todo aquello era lo que Andrew podía esperar y lo que, de manera abstracta, había esperado. Sin embargo, la realidad de las sensaciones superaban con creces cuanto había previsto. La debilidad física era una experiencia nueva para él, lo mismo que la falta de coordinación, los reflejos inseguros, la vista defectuosa y los episodios de memoria deteriorada o de olvidos. Resultaba humillante sentirse tan imperfecto, tan humano.

Pensó que estaba equivocado, que no era humillante: «Estás recorriendo el camino a la inversa. Sentirse imperfecto es humano. Era lo que más querías: ser humano. Y ahora lo eres. Las imperfecciones, las debilidades y las imprecisiones son, precisamente, las características que definen a los humanos como tales y las que los llevan a trascender sus flaquezas. Nunca habías tenido flaquezas. Ahora las tienes y punto. No se hable más. Has logrado lo que querías y no debes lamentarlo».

Gradualmente, a medida que pasaba un día y llegaba el siguiente, la situación empezó a mejorar.

Pero fue un proceso lento y paulatino.

En primer lugar recuperó las funciones de memoria. Andrew se sintió gratificado al comprobar que volvía a tener acceso pleno, instantáneo y completo a todo su pasado.

Se acurrucó en el gran sillón del amplio salón de la que había sido la mansión de Gerald Martin y dejó que las imágenes de los años pretéritos pasaran por su mente: la fábrica donde lo construyeron y su llegada a casa de los Martin; Little Miss y Miss de niñas, mientras paseaban con él por la playa; Sir y Madam sentados a la mesa del comedor; sus esculturas de madera y los muebles que había creado; los ejecutivos de US Robots que se trasladaron a la Costa Oeste para someterlo a una revisión; la primera visita de Little Sir; la ocasión en que decidió vestirse; el matrimonio de Little Sir y el nacimiento de Paul Charney. Incluso recordó cosas menos agradables, como el episodio con los dos gamberros que intentaron desmontarlo mientas se dirigía la biblioteca pública. Y más, muchas cosas más, casi dos siglos de recuerdos.

Todo estaba presente. Su mente no había quedado definitivamente deteriorada, por lo que sintió un profundo alivio.

El suelo ya no intentaba precipitarse sobre él. La vista dejó de jugarle malas pasadas. Sus manos cesaron de temblar de manera exasperante. Cuando caminaba, ya no corría el peligro de tropezar y caer. Volvía a ser el mismo en la mayoría de los sentidos fundamentales.

Sin embargo, persistió cierta sensación de debilidad o, al menos, eso le pareció: un cansancio penetrante y crónico, la sensación de que necesitaba descansar un rato antes de abordar la siguiente tarea.

Tal vez era fruto de su imaginación, pues el cirujano insistió en que su recuperación proseguía correctamente.

Andrew sabía que existía un síndrome denominado hipocondría, a resultas del cual, uno sentía que padecía enfermedades que, en realidad, no había contraído. Por lo que había oído, entre los seres humanos era muy corriente. Los hipocondríacos descubrían en sí mismos todo tipo de síntomas que ningún análisis médico confirmaba; cuanto más pensaban en la posibilidad de estar enfermos, más síntomas padecían.

Andrew se preguntó si en su prolongada e incesante búsqueda por alcanzar la humanidad plena se las había apañado para contraer la hipocondría. La idea le provocó una sonrisa. Probablemente era lo que había ocurrido, concluyó. Su equipo de comprobación no señalaba una degradación mensurable de su capacidad de rendimiento. Todos los parámetros se encontraban dentro de un margen de desviaciones permisible y, sin embargo... se sentía tan cansado...

Era cosa de la imaginación. Andrew ordenó a su cerebro que dejase de pensar en la sensación de cansancio. Fatigado o no, cruzó una vez más el continente rumbo a la torre de cristal verde de la Legislatura mundial en Nueva York para visitar a Chee Li-Hsing.

Cuando entró en el grandioso y alto despacho, Chee le indicó instintivamente que tomara asiento ante su escritorio, como habría hecho con cualquier otro visitante. Andrew siempre había preferido permanecer

de pie ante la legisladora, quizá por un recóndito impulso cortés que jamás había intentado explicarse, y ahora no le apetecía sentarse, ahora menos que nunca. Tomar asiento sería demasiado revelador. Después de permanecer unos minutos en pie se dio cuenta de que le costaba y se apoyó en la pared con el mayor disimulo posible.

-Andrew, la última votación tendrá lugar esta semana -dijo Li-Hsing-. He intentado aplazarla, pero he agotado las maniobras parlamentarias y ya no puedo hacer nada más. Se someterá a votación y perderemos... Andrew, hasta aquí hemos llegado.

-Le agradezco la habilidad que ha tenido para los aplazamientos. Me proporcionó el tiempo que necesitaba... para correr el riesgo que debía correr.

Li-Hsing lo miró preocupada.

-Andrew, ¿de qué riesgo habla? -Con cierta irritación, la presidenta del Comité de Ciencia y Tecnología exclamó-: ¡Los últimos meses se ha mostrado muy misterioso! Ha aludido a un gran proyecto, pero no ha permitido que nadie supiese de qué se trataba.

-Chee, tuve que hacerlo. Si le hubiese dicho algo a usted o a la gente de Feingold y Charney me lo habrían impedido, sin duda. Usted podría habérmelo impedido ordenándome que no siguiera adelante. Ya conoce la Segunda Ley: no puedo oponerme a ella. Simon DeLong habría hecho otro tanto. Por eso tuve que guardar en secreto mis planes hasta hacerlos realidad.

-Andrew, ¿qué ha hecho? -preguntó Chee Li-Hsing en voz muy baja y cono tono agorero.

-Acordamos que el punto polémico era el cerebro, el cerebro positrónico en oposición al celular -respondió Andrew-. ¿Y cuál era el tema verdadero que se ocultaba tras esa controversia? ¿Mi inteligencia? Claro que no. Acepto que mi mente es excepcional, pero sólo se debe a que me diseñaron para que tuviera una mente excepcional. Después de hacerme rompieron el molde. Otros robots poseen capacidades mentales extraordinarias de algún tipo, están especializados, pero en el fondo son estúpidos. Como lo es un ordenador, aunque sea capaz de sumar una columna de cifras infinitamente más rápido que un ser humano. No es la inteligencia lo que hace que la gente me envidie. Hay muchos seres humanos que podrían atacarme.

-Andrew...

-Chee, déjeme hablar. Le prometo que seré explícito.

Andrew cambió de posición junto a la pared, con la esperanza de que Li-Hsing no percibiese que le faltaban fuerzas para permanecer de pie durante varios minutos seguidos. Supuso que la legisladora ya se había dado cuenta, pues lo miraba insegura e intranquila.

Librodot

-¿Cuál es la mayor diferencia entre mi cerebro positrónico y el humano? -prosiguió Andrew-. Consiste en que mi cerebro es inmortal. Todos los contratiempos que hemos tenido se originan en este hecho, ¿se da cuenta? ¿A quién le importa el aspecto de un cerebro, de qué está hecho o cómo llegó a existir? Lo que cuenta es que las células orgánicas del cerebro humano mueren y deben morir, es inevitable. Cualquier otro órgano del cuerpo puede mantenerse o cambiarse por un sustituto artificial, pero el cerebro es irremplazable, si se lo sustituye cambia y, por consiguiente, anula la personalidad. A la larga, el cerebro orgánico debe morir, mientras que mis circuitos positrónicos...

La expresión de Li-Hsing había cambiado a medida que Andrew hablaba y su rostro denotaba horror.

Andrew se percató de que la legisladora había empezado a intuir la verdad. Como necesitaba que ella lo oyese decirla, continuó inexorablemente:

-Mis circuitos positrónicos han durado casi doscientos años sin deterioro perceptible, sin el menor cambio negativo y, seguramente, durarán varios siglos más. Puede que indefinidamente, no se sabe. La ciencia de la robótica sólo tiene tres siglos, tiempo insuficiente para que alguien afirme cuál puede ser la expectativa de vida de un cerebro positrónico. Pues así es: mi cerebro es inmortal. ¿Y no es ésta la barrera fundamental que me separa de los seres humanos? Los humanos soportan la inmortalidad de los robots porque el que una máquina dure mucho tiempo es una virtud, y porque nadie se siente psicológicamente amenazado por esta realidad. Sin embargo, no tolerarían la idea de un ser humano inmortal, pues su propia mortalidad sólo es soportable en tanto que se acepta como fenómeno universal. Basta con que una persona quede eximida de la muerte para que todas se sientan agraviadas de la peor manera posible. Chee, éste es el motivo por el que se han negado a concederme la condición humana.

-Ha dicho que sería explícito -intervino Li-Hsing bruscamente-. Basta de rodeos. Andrew, ¿qué ha hecho de sí mismo? ¡Quiero saberlo!

-He extirpado el problema.

-¿Lo ha extirpado? ¿Qué ha hecho?

-Hace décadas, cuando lo instalaron en este cuerpo androide, mi cerebro positrónico fue conectado a nervios orgánicos, aunque quedó cuidadosamente aislado de las fuerzas metabólicas que habrían provocado su deterioro. Me he sometido a una última intervención con el propósito de modificar las conexiones que unen mi cerebro a mi cuerpo. Han quitado los aislantes. Ahora mi cerebro está sometido a los mismos procesos de descomposición a los que es vulnerable cualquier sustancia orgánica. Todo está organizado de manera que lenta, muy lentamente... se agote el potencial de mis circuitos.

Librodot

Durante unos instantes el arrugado rostro de Li-Hsing se tornó inexpresivo. Después, apretó los labios y las manos.

-Andrew, ¿me está diciendo que ha organizado todo para morir? ¡No, no, no es posible! Supondría la violación de la Tercera Ley.

-En absoluto -opinó Andrew-. Chee, existen diversos modos de morir y la Tercera Ley no diferencia entre uno y otro. Pero yo sí. Lo único que he hecho ha sido elegir entre la muerte de mi cuerpo y la muerte de mis aspiraciones y deseos. Permitir que mi cuerpo viviese a costa de una muerte todavía mayor... habría sido una verdadera violación de la Tercera Ley. Lo que he hecho no la transgrede. En tanto que robot, es evidente que podría durar una eternidad. Le aseguro que prefiero morir como hombre en lugar de vivir eternamente como robot.

-¡No, Andrew! -gimió Li-Hsing. Se apartó del escritorio, se acercó a Andrew a una velocidad sorprendente y lo aferró del brazo como si estuviera a punto de sacudirlo. Se limitó a apretarlo con firmeza y sus dedos se hundieron en la flexible piel sintética de Andrew-. Andrew, así no conseguirá lo que pretende. Es una locura espantosa. Vuelva a cambiarlo.

-No puedo. Se han producido demasiados daños y la intervención es irreversible.

-¿Y qué...?

-Chee, me queda un año de vida, aproximadamente. Duraré hasta el bicentenario de mi construcción. Confieso que fui lo bastante débil para calcular las cosas con el propósito de estar presente. Chee, después moriré de muerte natural. Otros robots son desmontados, irrevocablemente aniquilados, dejan de funcionar. Yo, simplemente, moriré. Seré el primer robot que muera, si todavía siguen pensando que soy un robot.

-Andrew, no puedo creerlo. ¿Para qué servirá todo esto? Se ha destruido a cambio de nada... ¡a cambio de nada! ¡No valía la pena!

-Yo creo que sí.

-¡Andrew, entonces es un insensato!

-No lo soy -dijo cariñosamente-. Si representa por fin mi humanidad, habrá valido la pena. Y si no logro conquistarla... bueno, al menos pronto tocarán a su fin mis luchas y esfuerzos infructuosos y mi dolor, lo que también valdrá la pena.

-¿Dolor?

-Sí, Chee, dolor, ¿cree que nunca he sentido dolor? Li-Hsing hizo algo que azoró a Andrew y lo enmudeció: se puso a llorar.

24

Fue sorprendente el modo en que el último y espectacular acto de la vida de Andrew capturó la imaginación del mundo. Nada de lo que había hecho antes había servido para que las personas cambiaran de idea y dejaran de negar su condición humana. Sin embargo, Andrew había abrazado la muerte con tal de ser plenamente humano y era un sacrificio demasiado generoso para rechazarlo.

La historia recorrió el mundo como un huracán. Nadie hablaba de otro tema. La votación que concedía a Andrew lo que durante tanto tiempo había querido fue aprobada por unanimidad en la Legislatura Mundial. Nadie habría osado oponerse. Prácticamente no hubo debate, estaba de más. Se trataba de una decisión sin precedentes, desde luego, pero, para variar, todos estaban dispuestos a dejar de lado los precedentes.

La ceremonia definitiva se planificó para que coincidiese con el día del bicentenario de la construcción de Andrew. El coordinador mundial debía firmar públicamente las actas para convertirlas en ley, la ceremonia se vería en una red televisiva global y sería retransmitida a los asentamientos lunares y a otras colonias espaciales más lejanas.

Andrew estaba confinado a una silla de ruedas. Aunque con muchas dificultades, aún era capaz de caminar, pero no quería que miles de millones de personas lo vieran tan débil.

Y miles de millones de personas lo vieron..., lo vieron desde todos los confines.

La ceremonia fue sencilla y breve. El coordinador mundial -es decir, su simulacro electrónico, pues Andrew estaba en su hogar de California y el coordinador en Nueva York- tomó la palabra:

-Andrew Martin, hoy es un día muy especial no sólo para usted, sino para la totalidad de la especie humana. Jamás ha existido un día como éste, al igual que tampoco ha existido nunca alguien como usted.

»Andrew, hace medio siglo, en la central de United States Robots and Mechanical Men Corporation tuvo lugar una ceremonia en su honor para conmemorar los ciento cincuenta años de su comienzo. Por lo que tengo

Librodot

entendido, durante la ceremonia uno de los oradores declaró que usted era el robot sesquicentenario. Se trataba de una afirmación correcta... en aquel momento. Ahora comprendemos que aquel orador no llegó hasta el final. Por eso el mundo ha tomado medidas para enmendarlo y hoy pondremos en práctica dichas enmiendas.

El coordinador mundial miró a Andrew y sonrió. En el pequeño podio que tenía delante había un documento. El coordinador se inclinó sobre el podio y, con un gesto ampuloso, rubricó el documento con su firma.

Segundos después, volvió a erguirse y añadió con un tono muy formal y solemne:

-Ya está enmendado. Este decreto es oficial e irrevocable. Atrás queda medio siglo desde su sesquicentenario. También queda atrás la condición robótica con que vino a este mundo y por la cual se lo mencionó aquel día. Hemos erradicado dicha condición. Ya no es un robot. El documento que acabo de firmar modifica esa situación. Señor Martin, hoy lo declaramos... el hombre bicentenario.

Andrew también sonrió y extendió la mano como si fuera a estrechar la del coordinador mundial, pese a que estaban separados por un continente. El ademán había sido minuciosamente ensayado y medido al milímetro. Los miles de millones de espectadores tuvieron la impresión de que, en realidad, las dos manos se juntaban en un gesto cálido y humano que, durante unos segundos, enlazó a los dos hombres.

25

La ceremonia celebrada hacía pocos meses no era más que un pálido recuerdo y el fin estaba cada vez más próximo. Los pensamientos de Andrew se diluían lentamente mientras yacía en su lecho de la grandiosa mansión que daba al océano Pacífico.

Andrew se aferró desesperado a sus pensamientos.

¡Por fin era un hombre, por fin era un ser humano! Década tras década había escalado a duras penas desde sus orígenes robóticos, reconociendo por el camino sus auténticas aspiraciones y, al final, alcanzando el objetivo que se había vuelto desesperadamente importante. Había logrado algo casi inimaginable, algo único en la historia de la humanidad.

Quería que éste fuese su último pensamiento. Quería disolverse, morir, con esa idea en la mente.

Andrew abrió los ojos una vez más y reconoció por última vez a Chee Li-Hsing, que aguardaba gravemente junto a su lecho. Había más personas reunidas, serían testigos de sus últimos momentos, como Andrew, tanto tiempo atrás, había asistido a los de Sir y Little Miss. Mas sólo eran sombras, sombras inciertas. Empezaba a olvidar nombres, rostros, todo se hacía olvido. Se le escapaban los recuerdos de doscientos años de vida.

«Déjalos partir» pensó. «Déjalos partir, que todo se pierda». Sólo la delgada figura de Li-Hsing resaltaba sobre un fondo gris cada vez más profundo. Era la última de sus amistades. A lo largo de dos siglos, había tenido infinidad de amigos que le habían abandonado, pero ella era la única que permanecía. Lenta y temblorosamente, Andrew extendió la mano hacia Chee y apenas sintió que la aferraba con gran delicadeza. Chee le dijo algo, pero no llegó a entender sus palabras.

Chee se desdibujó ante sus ojos cuando su último pensamiento se fundió con la oscuridad.

Andrew sintió frío, mucho frío, y Li-Hsing desapareció, se desvaneció en la niebla oscura que había empezado a rodearlo.

Librodot

Se le ocurrió un último pensamiento fugitivo que reposó unos segundos en su mente, antes de que todo cesara. Vio fugazmente la imagen de la primera persona que reconoció quién era de verdad, hacía casi doscientos años. Estaba rodeada por un manto de luz y calor. Sus sedosos cabellos dorados resplandecían como un brillante amanecer. Le sonreía... lo llamaba...

«Andrew...», murmuró quedamente. «Vamos, Andrew, ven de una vez. Sabes quién soy...»

-Little Miss -susurró Andrew, aunque en voz demasiado baja para que lo oyeran.

Andrew cerró los ojos, la oscuridad lo rodeó y, plenamente humano al fin, se entregó a las penumbras sin pesar.